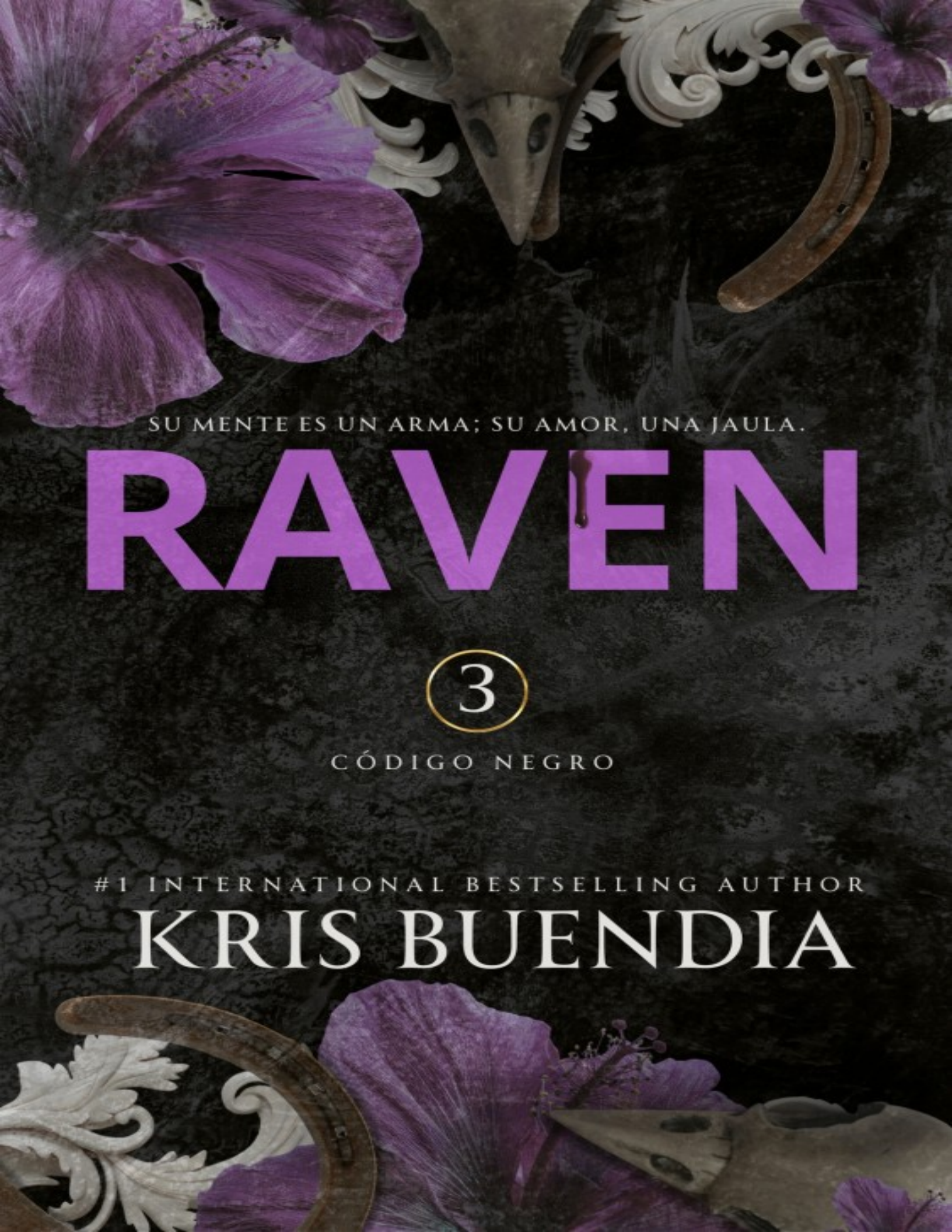




SU MENTE ES UN ARMA; SU AMOR, UNA JAULA.

RAVEN

3

CÓDIGO NEGRO

#1 INTERNATIONAL BESTSELLING AUTHOR

KRIS BUENDIA

CONTENIDO

[kris verso](#)

[RAVEN](#)

[Y estos son los míos:](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Epílogo](#)

[Epílogo extra](#)

[Continúa leyendo:](#)

[Prólogo](#)

[Agradecimientos](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

Copyright © 2026 Kris Buendia

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Título original: RAVEN.

Serie: Código negro, Libro 3.

Diseño de portada: Kaos Studio 28

Diseño de interior: Kaos Studio 28, Kris Buendia.

1ra Edición, septiembre 28, 2026

KRIS VERSO

VIPER

REAPER

RAVEN

La Obsesión de mi Bestia

Las Cicatrices de mi Monstruo

Las Mentiras de mi Villano

El Alma de mi Demonio

La Sangre de mi Diablo

El Corazón de mi Sombra

La Devoción de mi Fantasma

El Beso de mi Ladrón

La Mansión

Incitación

Fascinación

Redención

La misión Ivanovic

El imperio Ivanovic: La redención de Aleksei Ivanovic

Engel

Arráncame el corazón

¡El amor me ha estafado!

Un extraño en el bosque

Mi oscuridad

Mi guardián

Mi salvación

Vicious King

Lucifer

El Malo: La Redención de Lucifer

El Malo

No way out – Dulce perdición
B de Bella
Arte y Venganza
Arte y Placer
Amarga Inocencia
Corrompida
Hermoso Pecado
Seducida
Atrapada
Una criminal culpable
Una criminal engañada
Una criminal liberada
C de Cenicienta
Nunca me dejes de amar
Nunca me dejes ir
El regalo Perfecto
Arráncame el corazón
Arráncame el alma
La novia perfecta
Confesión
Quédate, pequeña mía
Quédate conmigo siempre: No me olvides
Quédate conmigo o vete: No te vayas
Quédate conmigo: No tengas miedo
Un Dulce Encuentro en el Perdón
Un Dulce Encuentro en el Infierno
Un Dulce Encuentro en el Paraíso
El Regalo perfecto

Otros títulos:

Diario de Lectura
Colouring book. – Petals
Poemario – Resonancia
Hasta los huesos

RAVEN

LIBRO 3 CÓDIGO NEGRO

KRIS BUENDIA

Ningún animal de los que conocerás en estas páginas fue lastimado. Solo los corazones de nuestros protagonistas... y quizá el tuyo.

Advertencia de contenido

Antes de comenzar esta historia, quiero pedirte que leas estas líneas con atención.

Tu bienestar siempre será más importante que cualquier libro. Aunque esta novela es una obra de ficción creada con fines de entretenimiento, contiene situaciones, relaciones y comportamientos que pueden resultar perturbadores o desencadenantes para algunas personas.

A lo largo de estas páginas encontrarás violencia física y psicológica, cautiverio, tortura, lenguaje vulgar, manipulación emocional, relaciones moralmente complejas, dinámicas de poder, obsesión, celos extremos y abundante contenido sexual explícito. Ninguna de estas conductas pretende romantizarse ni presentarse como un modelo de relación saludable; forman parte de una ficción perteneciente al género *dark romance*, donde los personajes suelen desenvolverse en contextos oscuros, peligrosos y emocionalmente intensos.

Si cualquiera de estos temas puede afectar tu salud mental o tu bienestar emocional, te invito a priorizarte y considerar si este es el momento adecuado para leer esta historia.

Mi intención al incluir esta advertencia no es desanimarte, sino ofrecerte la información necesaria para que puedas decidir de forma consciente si deseas continuar.

Tropos y contenido de la historia

Age Gap
Cowboy Dark Romance
Padre soltero
Viudo
Cautiverio
Tortura
Lenguaje vulgar
Contenido sexual explícito
Found Family
Enemies to Lovers

Grumpy × Rebel
Mafia rival
Sociedad secreta
Antihéroe dominante
Heroína rota, pero fuerte
Femme Fatale
Slow Burn intenso
Celos extremos
Segunda oportunidad
Amor prohibido por lealtad
Sacrificio por amor

Obsesión romántica : "Eres mía aunque no quieras"

Si decides continuar, espero que disfrutes el viaje y recuerdes siempre que la ficción permite explorar los rincones más oscuros de la naturaleza humana sin dejar de distinguirlos de la realidad.



Se suponía que estas serían mis vacaciones.

Unas semanas lejos de las misiones de sangre de Código Negro.
Solo necesitaba volver a Raven Valley, el rancho donde crecí, respirar
aire limpio y recordar quién era antes de convertirme en el hombre
que todos temen.

Pero el destino tenía otros planes. Porque los problemas, a veces,
tienen nombre y apellido.

Maeve Kavanagh.

Heredera de la mafia irlandesa. La mujer que apareció inconsciente en mi propiedad con demasiados enemigos pisándole los talones y demasiados secretos para dejarla marchar.

Debí echarla.

En lugar de eso, la marqué como ganado. Porque en Raven Valley existe una sola regla: todo lo que cruza mis tierras me pertenece.

Incluso ella.

Y mientras el deseo se mezcla con la guerra y con consumirlo todo, descubriré que hay una diferencia entre proteger a una mujer... y hacer cualquier cosa para impedir que escape de mí.



Dicen que el Código Negro no se firma: se sangra.
No existen reglas escritas, ni mandamientos grabados en piedra.
Cada miembro crea su propio juramento —y con él, su condena.
Puedes modificarlo, romperlo o reinventarlo, pero una verdad
permanece:
no puedes escapar de la deuda que dejas con tu propia sangre.
Aquí, la lealtad se prueba en la oscuridad.
El silencio es pacto.
La muerte, consecuencia.
Y el amor... la más peligrosa de las promesas.
Porque el Código no vive de palabras.
Vive de lo que estás dispuesto a perder para mantenerlas.

Estos son nuestros juramentos:

"YO JURO, TÚ SANGRAS."
"YO DECIDO, TÚ CAES."
"YO MANDO, TÚ SOBREVIVES."
"YO ELIJO, TÚ PAGAS."
"YO REINO, TÚ TE ARRODILLAS."

Y ESTOS SON LOS MÍOS:

Juramento I:

Si te tocan, no los detengo... los destruyo."

Juramento II:

No soy bueno, pero soy tuyo en lo único que importa: te mantengo a salvo."

Juramento III:

"Mis pecados llevan tu nombre, aunque nunca lo digas en voz alta."

Juramento IV:

"No me voy antes que tú. Nunca."

Juramento V:

"Puedo romperme mil veces, pero siempre voy a volver a ti."

PRÓLOGO

Claus, 33 años.

Solo hay una persona en esta vida capaz de detenerme. Una. Y cuando lo pienso con la frialdad que me caracteriza, con esa parte de mí que no duda en apretar el gatillo cuando hace falta, entiendo que quizá ya he llegado al límite. Que es momento de hacerlo. De parar. No por redención —no creo en eso—, sino por ella, ella me necesita. Porque fallarle no es una opción. Antes muerto... pero tampoco puedo permitirme morir. No cuando todo lo que hago, cada decisión, cada cadáver que dejo atrás, también es por ella.

El motor eléctrico de mi Tesla apenas emite sonido mientras dejo atrás Londres, como si la ciudad, con todo lo que arrastra conmigo, pudiera desaparecer en el retrovisor y dejarme respirar, aunque sea por unas horas. Podría haber tomado un avión, habría sido más rápido, más eficiente, pero odio los aviones, odio no tener control, odio esa sensación de estar encerrado sin salida. En una misión es distinto, la adrenalina lo cubre todo, pero hoy no hay misión, hoy solo soy yo, Claus Radkle, treinta y tres años, y una regla que nunca rompí hasta que ella apareció: no dejar que nadie se acerque lo suficiente como para importarme.

Fui al infierno y volví, obtuve mi venganza, pero yo ya estaba muerto por dentro. Ser parte de Código Negro no ayudó, lo empeoró, porque he visto el infierno caminar entre nosotros con rostro humano, he estrechado manos que deberían haber sido cortadas hace años, he escuchado súplicas que no cambiaron nada y después he apretado el gatillo sin titubear, una bala limpia, directa, el tipo de justicia que no sale en los periódicos. Eso es lo que me digo para poder dormir, aunque algunas noches ni siquiera eso funciona.

El paisaje cambia sin pedir permiso y sé exactamente dónde estoy incluso antes de ver el cartel: Yorkshire Dales. El gris desaparece, el aire pesa menos y las carreteras se estrechan entre colinas abiertas que parecen no terminar nunca. Aquí todo es demasiado limpio, demasiado honesto... demasiado lejos de lo que soy.

Treinta minutos después, el letrero aparece medio oculto entre la hierba alta: Raven Valley. No necesita más. Nunca lo ha necesitado, es todo mío.

Este lugar no es solo un rancho. Es legado.

Los Radkle llevamos generaciones aquí, levantando algo que desde fuera parece simple, casi humilde, pero que en realidad sostiene media región. Ganado, caballos, tierras que se extienden más allá de lo que alcanza la vista... y gente. Mucha gente. Familias enteras que trabajan para nosotros desde hace décadas, hombres y mujeres que no son empleados, son parte de algo más grande, algo que mi apellido ha protegido y mantenido en pie mucho antes de que yo naciera.

Somos dueños de media ciudad... pero elegimos vivir aquí. Porque el dinero nunca fue lo importante.

O eso me dijeron.

Reduzco la velocidad y entro por el camino de grava, escuchando el crujido bajo las ruedas mientras las cercas de madera negra enmarcan praderas abiertas donde los caballos corren libres, fuertes, indomables. A lo lejos se ven los establos, grandes, sólidos, contruidos para durar generaciones, y más allá, la casa.

No es una mansión.

Nunca lo fue, y nunca tuvo intención de serlo. Así lo quiso mi padre, y así se ha mantenido con los años, intacto en lo esencial, como si el tiempo respetara su decisión. La construyó él mismo hace más de treinta años, con sus propias manos, tabla a tabla, piedra a piedra, rechazando cada sugerencia de hacerla más grande, más imponente, más... digna del apellido que llevamos. Él no quería una mansión. Quería algo suyo. Algo real. Un lugar donde el silencio no pesara y las paredes no parecieran observarte.

Decía que el lujo era una forma elegante de mantener la distancia, de recordarte constantemente lo que tienes y lo que los demás no, pero que eso no significaba nada cuando llegaba la noche y te quedabas solo contigo mismo. Por eso eligió lo contrario. Espacios amplios pero vividos, madera que cruje al pisarla, ventanales abiertos al campo, una cocina que siempre huele a algo caliente, aunque no haya nadie dentro. Quería un hogar, no un símbolo. Y con eso también muchas habitaciones que nunca llenó.

Porque el dinero puede comprarte tierra, poder, respeto... incluso miedo. Pero hay algo que nunca ha estado en venta.

El calor.

Y mi padre lo sabía. Cuando mi madre murió también.

Aquí crecí.

Aquí aprendí a montar antes que a pelear.

Aquí tuve una vida que no necesitaba sangre.

Y aun así... me fui.

Dejé todo esto atrás porque no era suficiente, porque quería más, porque la calma me asfixiaba más que cualquier avión. Y fue en esa búsqueda donde encontré el amor y la pérdida. La venganza gracias a Theron, el jefe de la mafia de Londres, y donde entendí que el mundo no era tan simple como estas colinas, donde entré en Código Negro y dejé de ser solo un Radkle para convertirme en algo... diferente.

Algo peor.

Estaciono frente a la casa y apago el motor, quedándome unos segundos en silencio, observando un lugar que debería sentir mío y que, sin embargo, cada vez me resulta más lejano. Papá lo ha hecho bien en mi ausencia.

Salgo del coche, me coloco los anteojos de montura negra por costumbre y tomo la bolsa de regalo del asiento antes de cerrar la puerta con suavidad. El aire huele a pasto, a tierra, a vida... y por un instante me pregunto en qué momento dejé de pertenecer aquí.

Entonces la veo.

Mi persona favorita en todo el mundo.

La única capaz de desarmarme sin esfuerzo, de reconstruirme incluso cuando no lo merezco. Sale por la puerta y corre hacia mí, y

todo lo demás desaparece, como si nunca hubiera existido.

Es por ella.

Por ella sigo metiendo las manos en la oscuridad, asegurándome de que nada de lo que hay ahí fuera llegue hasta este lugar. He visto lo que ese mundo le hizo a Theron, a Max, a Azrael, incluso a Noel... y no voy a permitir que toque esto. Que la toque a ella.

Todo es por ella.

Cada decisión.

Cada bala.

Cada pecado.

Porque ella lo es todo.

Y por eso... no puedo morir.

—¡Papi!

CAPÍTULO 1

Maeve, 20 años

No confío en esta reunión.

Lo supe desde el momento en que acepté sentarme con ellos, desde que pronuncié en voz alta que estaba dispuesta a negociar con los rusos como si eso fuera algo normal, como si no estuviera caminando directamente hacia la boca de un animal que no duda antes de morder. Pero a veces liderar no es elegir lo seguro, sino lo necesario, y desde que mis padres murieron, todo lo que hago lleva ese maldito sello: necesario, no correcto.

Somos los Kavanagh, líderes de la mafia irlandesa y esta reunión no me quebrará.

El coche avanza por una carretera que se estrecha cada vez más, rodeada de campo abierto, sombras largas y ese silencio incómodo que solo existe cuando algo va mal. No digo nada. Nadie en el vehículo lo hace. Mis hombres saben leerme, saben cuándo hablar y cuándo quedarse quietos, y ahora mismo lo único que necesito es pensar.

O intentar pensar.

Porque hay algo que no encaja. No es la ubicación. No son los rusos. No es siquiera el acuerdo.

Es la sensación.

Esa que se te mete debajo de la piel y no se va, como si alguien estuviera respirándote en la nuca aunque estés sola. Y algo ya hubiera empezado y tú fueras la única que aún no lo ha entendido.

Y entonces, inevitablemente, pienso en él.

En mi hermano.

Aprieto la mandíbula y giro ligeramente la cabeza hacia la ventana, observando cómo el paisaje se vuelve cada vez más oscuro, más cerrado, como si el mundo se estuviera encogiendo alrededor de nosotros. Me dijeron que estaba en rehabilitación. Que estaba limpio. Que ya no era un problema.

Mentira.

Un hombre como él no deja de ser lo que es. Solo aprende a esconderlo mejor. Cuando mis padres murieron, todo el mundo esperaba que él tomara el control. Era el hijo mayor. El heredero natural. El hombre. Pero también era inestable, cruel, impredecible. Un arma sin seguro. Y la organización no necesita locura. Necesita control.

Por eso me eligieron a mí.

Leal. Fría. Capaz.

O eso creían. Desde entonces, él me mira como si le hubiera robado algo que siempre fue suyo. O cada decisión que tomo fuera una provocación. Y como si mi existencia fuera el error.

Y ahora... esta reunión en Inglaterra, demasiado sospechoso, no confío en los ingleses y mucho menos en los rusos, pero el maldito Denis Rudenko representa a los suyos aquí, líder de la mafia rusa en Inglaterra. Rudenko quiere nuestras armas, pero a un precio más bajo de lo que está en el mercado, y cuando no se le da lo que quiere tal cual niño mimado, busca joderlo todo, o es lo que me han hecho, he pospuesto esta reunión demasiado tiempo y es momento de salir de este problema de una vez por todas y largarme de esta maldita isla.

Pero esa sensación no se va. Demasiadas piezas encajan mal.

—Estamos llegando —dice uno de mis hombres desde el asiento delantero.

Asiento despacio, sin apartar la mirada de la oscuridad que se abre ante nosotros.

Perfecto.

Vamos a ver quién miente.

El lugar es un descampado rodeado de árboles, lo suficientemente alejado como para que nadie escuche nada, lo suficientemente abierto como para ver venir cualquier problema. O

eso debería ser. Salgo del coche con calma, sintiendo el peso del arma contra mi costado, familiar, tranquilizador. El aire es frío. Húmedo. Huele a tierra y a algo más... algo metálico.

Sangre. No la veo. Aún no. Pero la huelo. Mis hombres se colocan a mi alrededor, tensos, atentos. Y entonces los veo.

Los rusos.

Demasiados. Muchos más de los que acordamos. Mi pulso no se acelera, pero algo dentro de mí se tensa como una cuerda a punto de romperse. Camino hacia ellos igualmente, porque dar un paso atrás ahora sería admitir debilidad, y eso es algo que no puedo permitirme. No aquí. No nunca.

—Esto no era lo pactado —digo, con voz firme, clara, sin elevarla cuando veo a Denis, lleva un perfecto traje negro a la medida, calvo, bastante atractivo de hecho y lo que es mejor, no me subestima.

—No me voy a disculpar por venir preparado, *princesa*.

Princesa. Odio esa jodida palabra.

Uno de sus hombres sonríe. Y en ese instante lo entiendo. No hay negociación.

Nunca la hubo.

Todo sucede demasiado rápido después de eso. Un ruido seco. Un disparo. Luego otro. El aire se rompe en mil pedazos y mis hombres reaccionan, pero ya es tarde, porque ellos estaban preparados y nosotros no. Me muevo por instinto, saco el arma, disparo sin pensar, sin contar, sin medir. Solo sobrevivir.

Solo salir.

Alguien grita mi nombre, pero no me detengo. No puedo. Si me quedo, muero. Si dudo, muero. Así de simple. Así de claro. Esto fue una trampa y ahora no puedo confiar en mis hombres. Mierda.

Corro.

El sonido de los disparos me persigue, las balas silban cerca, demasiado cerca, y el mundo se convierte en una mezcla de oscuridad, ramas que golpean mi cara, barro bajo mis botas y ese único pensamiento repitiéndose en mi cabeza: traición.

Esto no es cosa de los rusos. Esto viene de dentro. De alguien que sabía y que quería verme caer.

Mi hermano.

Tiene que ser él o Rudenko.

Sigo corriendo hasta que dejo de oír disparos, hasta que el ruido se convierte en silencio, y se vuelve insoportable. No sé cuánto tiempo pasa. Minutos. Horas. Da igual. Mis pulmones arden, mis piernas tiemblan, pero no me detengo.

No puedo.

La noche cae sin que me dé cuenta, envolviéndolo todo en una oscuridad densa, pesada, que lo vuelve todo desconocido. Ya no sé dónde estoy. No reconozco nada. Solo árboles. Más árboles. Y ese frío que empieza a calarse en los huesos.

Un mal paso es lo que me recuerda que quizás sí soy débil y no sé nada del mundo exterior. El suelo desaparece bajo mis pies y no tengo tiempo de reaccionar, solo de sentir cómo mi cuerpo cae, golpea y rueda. El impacto me roba el aire, el mundo se vuelve un borrón de dolor y tierra, y cuando por fin dejo de caer, todo se queda en silencio.

Durante un segundo no siento nada.

Luego llega el dolor.

Agudo. Brutal. Me arranca un quejido que no logro contener mientras intento moverme y una punzada me atraviesa el costado, la pierna, no sé dónde empieza ni dónde termina, solo sé que está ahí, que me quema por dentro. Intento incorporarme, pero mi cuerpo no responde como debería.

Mierda.

Respiro hondo, demasiado rápido, intentando mantener la cabeza fría, pero el aire no llega bien, y el mareo empieza a envolverlo todo. Miro hacia arriba, pero apenas veo más que oscuridad y la silueta irregular del barranco por el que he caído.

Estoy sola, herida y perdida. Una risa seca, casi inaudible, se escapa de mis labios.

Perfecto, Maeve. Perfecto.

Intento mantener los ojos abiertos, obligarme a pensar en qué hacer, en cómo salir de ahí, en cómo no morir en mitad de la nada como un animal herido. Pero el cuerpo tiene otros planes. El

cansancio, el dolor, la pérdida de sangre... todo se mezcla y empieza a arrastrarme hacia abajo.

Lucho. Juro que lo hago. Pero esta vez no es suficiente. Lo último que pienso antes de que todo se apague... no es en la traición.

—No puedo morir así. —me digo a mí misma, pero no me permito llorar. Ni siquiera lloré la muerte de mis padres, no lloraré ahora, no en el suelo, bañada de mierda y dolor.

No aquí.

No todavía.

CAPÍTULO 2

Claus

El aire en Yorkshire Dales siempre tiene algo extraño cuando cae la tarde, como si el mundo se volviera más pesado sin avisar. No es un silencio real, nunca lo es, pero sí una calma engañosa que te hace bajar la guardia si no sabes leerla. Por eso mi caballo se detiene antes de que yo le dé la orden, tensando el cuerpo debajo de mí como si hubiera olido algo que yo todavía no alcanzo a ver, los pájaros explotan en el bosque, no cantan, no vuelan en formación, simplemente huyen como si algo los hubiera arrancado del aire. Me quedo quieto un segundo, escuchando, dejando que el instinto haga su trabajo antes que la mente, y bajo de mi caballo sin prisa, aunque no estoy para nada calmado en estos momentos. Respiro mientras mi mano roza el arma sin necesidad de sacarla del todo porque ya sé que algo no encaja.

Aquí nunca pasa nada. Esto ni siquiera son senderos para correr, mucho menos para que venga alguien solo a estas horas. Lo único que hay son árboles por todas partes, animales escondidos entre la maleza y quién sabe qué más observándote desde la oscuridad.

Entonces escucho un jadeo rompe el silencio y me obliga a detenerme. Es un sonido débil, apenas un hilo de aire rasgando la noche, pero suficiente para llamar mi atención. Frunzo el ceño y avanzo entre los árboles, apartando ramas y maleza mientras sigo el origen del ruido. Cuanto más me adentro en el bosque, más extraño me parece todo. No debería haber nadie aquí.

Me quedo helado por lo que veo a unos metros más adelante.

Está al borde de una caída irregular del terreno, medio oculta entre la hierba alta, como si la propia montaña hubiera intentado

tragársela y hubiera escupido lo que quedaba de ella. Durante un segundo pienso que es un animal herido. Un bulto inmóvil, cubierto de tierra y sombras. Pero cuando me acerco, y me agacho a su lado apartando el cabello corto más negro que la noche que le cubre parte del rostro, y veo que es una mujer.

Una mujer joven.

Demasiado joven para estar sola en mitad de ninguna parte.

La ropa que lleva está rota en varios puntos. Tiene barro pegado a la piel, arañazos en los brazos y una herida sobre la ceja de la que ya no brota sangre, aunque las manchas secas le recorren la sien. Su respiración es irregular, tan débil que por momentos parece olvidarse de seguir viviendo.

No debería tocarla.

No debería involucrarme.

No debería importarme.

Pero antes de que pueda convencerme de marcharme, ya estoy inclinándome más sobre ella. Deslizo una mano bajo su espalda y la otra detrás de su cuello para incorporarla con cuidado, intentando evitar que cualquier hueso roto termine peor de lo que ya está.

Y por un instante me quedo inmóvil. Porque incluso así, golpeada, sucia y medio inconsciente, es imposible no verla.

Su piel es tan blanca que parece desafiar la oscuridad que la rodea. Sobre sus mejillas y el puente de su nariz descansan pequeñas pecas que le dan un aspecto casi inocente, un contraste absurdo con el estado en que se encuentra. Tiene el cabello negro, espeso, cortado a la altura de los hombros, desordenado por la caída y cubierto de hojas secas. Algunos mechones están pegados a su frente por el sudor y la sangre, pero ni siquiera eso consigue ocultar lo hermosa que es.

Sus labios, aunque resecos y partidos, tienen una forma suave que llama la atención de inmediato. Las pestañas oscuras descansan sobre sus mejillas pálidas y sus facciones poseen esa clase de belleza que no necesita esfuerzo para imponerse. No es una belleza delicada ni perfecta. Es el tipo de rostro que obliga a mirar una segunda vez.

Mi mirada desciende sin querer.

Es delgada, quizá demasiado para alguien que parece haber pasado por un infierno antes de terminar aquí. La ropa rota deja entrever una figura esbelta, pero también unas caderas pronunciadas que contrastan con su cintura estrecha que las marcan los jeans oscuros que lleva. Todo en ella parece fuera de lugar en medio de este bosque. Como si alguien hubiera arrancado a una mujer de una fotografía y la hubiera abandonado entre árboles y barro.

Es hermosa. Demasiado hermosa para estar sola y algo en el aire no huele bien, algo no está bien y no hablo solo de ella.

Y es entonces cuando lo siento.

El frío metálico contra mi mandíbula. Me quedo completamente inmóvil.

Es el cañón de una pistola.

La mujer que hace apenas unos segundos parecía estar a un paso de la muerte tiene la mano temblando alrededor del arma, apuntándome directamente a la cara. Sus ojos, oscuros y febriles, se abren por completo mientras lucha por mantenerse consciente.

—No... me toques —susurra con una voz rota, apenas audible, aunque el arma no tiembla tanto como debería.

Quizá yo no soy quien corre peligro de morir esta noche. Si continúa apuntándome, sacaré mi arma y le dispararé aquí mismo, no me importa lo hermosa que se vea, no me importa quién sea o quién la busque.

Nadie.me.apunta.con.una.puta.arma.

—Quita tus sucias manos de mi cuerpo —susurra.

La voz le tiembla, pero el arma no tanto como ella cree. O quizá sí, porque sus dedos no la sostienen con fuerza, solo con orgullo, y eso es lo primero que me llama la atención. No me aparto, ni levanto las manos, no reacciono como debería reaccionar alguien que tiene una pistola apuntándole a la cara, simplemente la miro desde arriba con calma, y como si la situación no tuviera suficiente peso como para sacarme de quicio.

—Vaya —digo despacio, sin apartar el contacto con ella porque cambiar eso ahora sería absurdo—, si quieres puedo soltarte

aquí mismo y dejar que descubras por ti misma qué es lo que vive en estos sitios cuando cae la noche.

No hace falta que lo repita. Lo entiende. Lo veo en el leve temblor que atraviesa su cuerpo, en la forma en que su respiración se quiebra por un instante y en cómo aprieta la mandíbula, luchando por aferrarse a algo que ya se le está escapando de las manos. Tiembla entre mis brazos, y no sé si es el frío que se le está metiendo en los huesos, el dolor de las heridas o el miedo lo que está terminando de consumirla. Quizá sean las tres cosas a la vez.

Está demasiado débil para mantener la amenaza. Demasiado herida para seguir fingiendo que tiene el control de la situación. Sin embargo, sus dedos continúan aferrados al arma con una determinación casi desesperada. No la baja. Como si soltarla significara aceptar una derrota de la que jamás podría recuperarse.

Y eso me dice mucho más de ella que cualquier palabra.

Porque la mayoría de las personas, cuando llegan a este punto, se derrumban. Suplican. Se rinden. Buscan a alguien que las salve.

Ella no.

Ella sigue apuntándome aun cuando apenas puede mantenerse consciente. Como si rendirse fuera algo peor que morir. Y la gente así siempre llama mi atención. Porque suelen ser las más peligrosas. O las más interesantes.

—Ayúdame... —consigue decir al fin, casi sin aire.

Ahora sí suena real. Ya no es una orden, ni una amenaza. Es solo una petición simple. La miro un segundo más, lo suficiente para decidir lo que en realidad ya he decidido desde que la vi, y acerco un poco más su cuerpo al mío para que no se me rompa entre los brazos mientras su arma baja por fin, no porque confíe en mí, sino porque ya no puede sostenerla.

—¿Entonces es así, *Salvaje*? —mi voz sale más baja ahora—
¿Apuntar a quien te está sujetando como si eso fuera la mejor idea que has tenido hoy?

Sus ojos se abren apenas más, entonces lo noto el hermoso color verde hoja en ellos, cansados, y rotos de una forma que no encaja con la terquedad con la que aún intenta sobrevivir. Por un

segundo siento cómo tiembla contra mí de verdad, porque su cuerpo ya no le está obedeciendo. La mantengo firme sin soltarla, sin dar señales de que esto pueda ser algo más que lo que es, aunque en el fondo de mi cabeza ya sé que no voy a dejarla aquí.

—Tranquila —añado al final, sosteniéndola mejor contra mi pecho mientras ajusto el agarre para que no caiga— si hubiera querido hacerte daño, ya estarías muerta.

La pausa que dejo después no es para ella, es para mí, porque cuando baja la mirada apenas un poco, y se detienen en mi boca, me doy cuenta de que el problema no es que la haya encontrado, sino que algo en mí ya ha decidido que no pienso soltarla.

...

No la llevo a casa.

Desde el instante en que la encontré supe que era una mala idea. De esas decisiones que parecen insignificantes al principio, algo que uno puede justificar con facilidad, hasta que un día descubre que ya es demasiado tarde para deshacer el error. Hazel está allí. Probablemente despierta todavía, leyendo escondida bajo las mantas o haciendo cualquier cosa que sabe perfectamente que no debería hacer a esas horas. Y yo no conozco a esta mujer. No sé quién es, de dónde viene ni por qué ha aparecido medio muerta en mitad del bosque.

No lo sé... todavía, pero lo averiguaré. Soy bueno averiguando cosas, incluso aquellas que te harán crear las peores pesadillas cada vez que cierras los ojos. Lo único que sé es que no la quiero cerca de mi hija. Y tampoco tengo ninguna intención de explicarle a Hazel por qué llego a casa cargando con una desconocida cubierta de sangre.

Por suerte, el establo está más cerca.

Al principio la subí a mi caballo. La sujeté por la cintura para evitar que se desplomara cada vez que el animal avanzaba sobre el terreno irregular. Aguanta más de lo que esperaba. Se mantuvo erguida a pura fuerza de voluntad, aferrándose a la consciencia con

una terquedad que empieza a llamar mi atención. Pero llegó un momento en que su cuerpo dejó de obedecerle. La noto perder tensión poco a poco, como si cada músculo decidiera rendirse por separado, hasta que termina cayendo contra mí. No me queda más remedio que desmontar y recorrer el resto del camino con ella en brazos.

No habla durante todo el trayecto. Ni una sola palabra. Pero la siento.

Siento cómo permanece alerta detrás de ese aspecto destrozado. Cómo lucha por no perder el conocimiento. En más de una ocasión tengo la impresión de que me observa a través de las pestañas entreabiertas. Incluso creo que me huele. Como si intentara reconocer qué clase de hombre la sostiene o si soy otra amenaza más de la que debe protegerse. No pregunta quién soy. No se queja del dolor. Solo permanece en silencio, vigilándome con una desconfianza que ni siquiera las heridas consiguen apagar.

La sujeto con más firmeza mientras avanzo hacia el establo. El camino de tierra está húmedo y el viento se cuela entre los árboles, removiendo las ramas sobre nuestras cabezas y arrastrando el olor a lluvia y madera mojada. Ella apenas pesa entre mis brazos. Es demasiado ligera. Tan ligera que cuesta creer que todavía siga luchando por mantenerse consciente.

Y entonces vuelvo a sentirlo. El frío del metal. El arma ha vuelto.

No apuntándome directamente como antes. No amenazándome con una verdadera posibilidad de disparar. Pero tampoco la ha soltado. La presión aparece contra mis costillas cada vez que me muevo, recordándome que incluso al borde del colapso sigue aferrada a esa pistola como si fuera lo único que la mantiene con vida.

Ella es divertida. Pienso para mis adentros, una pequeña mierdecilla herida y todavía tiene el valor de apuntarme con su arma, un arma cara, una que no cualquiera con poder adquisitivo puede permitirse. Ella es alguien, lo puedo oler.

Podría quitársela en cualquier momento. Bastaría con sujetarle la muñeca y arrancársela de los dedos antes de que pudiera reaccionar. Pero no lo hago. Y mientras sigo caminando hacia el establo con esta *sa/vaje* en brazos, empiezo a sospechar que ese detalle dice más de mí de lo que debería.

...

Empujo la puerta del establo con el hombro y el olor a heno, cuero y madera vieja nos envuelve de golpe. Es un lugar simple, limpio dentro de lo posible, con una habitación pequeña que antes usaba el antiguo capataz. Nadie la usa ya, pero no la he tirado abajo porque en algún momento todo esto fue más grande de lo que es ahora.

La dejo sentada en el borde de la cama unipersonal. Solo la bajo, la estabilizo, y me separo lo justo para poder verla entera. Tiene los ojos abiertos ahora, más claros de lo que esperaba, pero aún con esa capa de niebla encima, como si su cuerpo estuviera aquí pero el resto siguiera huyendo.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

Tarda un segundo.

—Eve.

No cambia nada en su cara cuando lo dice. No hay orgullo, ni miedo, ni intención de impresionar. Solo un nombre usado como si no significara nada.

Repito el sonido en mi cabeza. Eve. Demasiado simple para alguien que aparece sangrando en mi tierra con un arma en la mano.

—Eve —repito, probándolo—. ¿Tienes apellido, Eve?

Su mandíbula se tensa apenas. Lo sabía. No quiere que sepa quién es. Si tan solo supiera quién soy yo, la haría salir corriendo.

—No para ti —responde al fin, seca, cansada—. Solo soy Eve.

Sonríó sin querer. No porque me haga gracia, sino porque es exactamente el tipo de respuesta que da alguien que cree que aún puede decidir qué es y qué no es cuando está rota en medio de un establo ajeno.

Me apoyo contra el marco de la puerta, cruzándome de brazos, mirándola sin esconderlo.

—Bien, *Eve la Salvaje*... —Dejo que el apodo caiga despacio, con intención, sin suavizarlo— te quedarás aquí. En el establo. En esta pequeña habitación que llamarás palacio, tienes cama, tienes baño, tienes agua caliente si sabes usarla. Y te vas mañana.

Sus ojos se levantan de golpe.

—No —dice, más rápido de lo que debería—. No, por favor. No puedo irme.

Esa frase cambia algo en el aire y no es por el tono, sino el hecho de que no es orgullo lo que la sostiene ahora. Es necesidad. Y la necesidad siempre complica las cosas más que las armas. La observo en silencio un momento, midiendo lo que está diciendo sin que ella lo sepa. No confío en ella. No debería estar aquí. Está armada. Está mintiendo en algún nivel, aunque todavía no sepa cuál. Y aun así... mierda, debí dejarla ahí y seguir mi camino.

No, no eres así. Dice la jodida voz en mi cabeza.

—Vas a decirme quién eres —digo al fin, sin subir la voz.

Niega con la cabeza.

—No... no confío en nadie.

Me río una vez, breve, sin humor.

—Vaya —respondo, inclinando apenas la cabeza— tenemos algo en común.

Eso la hace fruncir el ceño. Apenas. Pero lo hace.

Se queda callada unos segundos, como si estuviera decidiendo si seguir luchando o no, y entonces, como si fuera lo último que debería hacer y aun así no pudiera evitarlo, pregunta:

—¿Cómo te llamas?

Ahora sí levanto la mirada del todo.

La observo un segundo más de lo necesario. Yo no debería decirle mi nombre, pero de todas formas aquí solo soy Claus, dueño de Raven Valley y otras propiedades. Respetado y temido del pueblo también, viudo y padre soltero.

—Claus Radkle —digo despacio, sosteniendo su mirada sin el menor interés en apartarla—. Dueño de este rancho... y el hombre

que te va a quitar esa arma de una forma muy poco agradable si decides seguir apuntándome.

No se mueve. Yo tampoco. El silencio se instala entre nosotros con una facilidad inquietante, llenando cada rincón del establo mientras el viento golpea las paredes de madera y el olor a heno húmedo se mezcla con el de la sangre seca que todavía cubre parte de su piel. No necesito acercarme ni repetir la amenaza. A estas alturas no me interesa que confíe en mí. Lo único que necesito es que entienda la situación en la que está. Está herida, agotada, sola y en mi propiedad. Las opciones que tiene son escasas, aunque sospecho que es el tipo de mujer que preferiría lanzarse de nuevo al bosque antes que admitirlo.

La observo con calma. Está sentada en el borde de la cama, intentando mantener la espalda recta a pesar de que cada movimiento parece costarle un esfuerzo enorme. El arma sigue entre sus manos, pero ya no parece una amenaza real. Más bien parece una extensión de sí misma, una última barrera entre ella y el mundo. Sus ojos verdes recorren mi rostro con una intensidad obstinada, como si estuviera intentando decidir si soy peor que aquello de lo que ha estado huyendo, y la idea me provoca una satisfacción absurda.

—No me mires así, no sabes nada de mí, señor Radkle.

Vaya, tiene modales. Aunque la voz le sale áspera, desgastada por el cansancio.

—¿Así cómo? —pregunto.

—Como si ya supieras quién soy.

Una sonrisa apenas perceptible aparece en mi boca.

—No necesito saber quién eres para entender algunas cosas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Entiendo que estás viva por pura terquedad. Que llevas un arma incluso cuando apenas puedes sostenerla. Y entiendo que has llegado hasta mi propiedad después de pasar por algo que todavía no estás dispuesta a contar.

La mandíbula se le tensa de inmediato. Ahí está el orgullo. Lo he visto cientos de veces antes, pero en ella viene acompañado de algo más peligroso. Algo que sigue luchando incluso cuando el

cuerpo ya ha empezado a rendirse. Lo compruebo cuando intenta levantarse. Apenas logra incorporarse antes de que el dolor la atravesase. Su expresión se endurece, da un paso inseguro y tiene que apoyarse de nuevo sobre la cama para no caer. El pequeño jadeo que escapa de sus labios confirma lo que ya sé.

No va a ninguna parte.

—Te vas a caer otra vez.

—No necesito que me cuides.

La respuesta sale inmediata, cargada de rabia.

—Menos mal —respondo mientras doy un paso hacia ella—.

Porque no te estoy cuidando.

Su cuerpo reacciona antes que su mente. El arma vuelve a elevarse entre nosotros, aunque esta vez lo hace más despacio. Más débil. Más consciente de que probablemente no podría dispararme, aunque quisiera. Me detengo a poca distancia, lo suficiente para sentir su tensión y ver cómo su respiración se acelera. No la toco. Ni siquiera lo intento. Pero tampoco retrocedo.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? —pregunta.

La sostengo con la mirada durante varios segundos.

—Estoy decidiendo qué hacer contigo.

Algo cambia en sus ojos. Rabia. Desconfianza. Desafío. Todo mezclado en una combinación que resulta tan problemática como atractiva. Porque debería estar pensando en quién la persigue o en por qué apareció medio muerta en mi bosque. Debería estar pensando en Hazel y en los problemas que esta mujer puede traer a mi puerta. Sin embargo, me descubro observando las pequeñas pecas sobre su nariz, el cabello negro cayendo desordenado sobre sus hombros y esa absurda determinación que sigue brillando en ella incluso cuando apenas puede mantenerse consciente.

—Soy un problema para ti desde el momento en que me encontraste —dice.

Suelto una exhalación lenta.

—No. El problema empezó cuando decidí traerte aquí en lugar de dejarte donde estabas.

El arma vuelve a temblar entre sus dedos. Esta vez no por amenaza sino por agotamiento. Y ambos lo sabemos.

Me giro un segundo, lo justo para tomar una manta doblada del respaldo de una silla y tirarla sobre la cama sin suavidad. No es un gesto amable, no intento serlo. Solo práctico. Aquí hace frío por la noche, y si se muere de hipotermia en mi establo no voy a tener la conversación que necesito tener.

—Te quedas aquí —repito—. No sales. No caminas por ahí. Y si vuelves a apuntarme a la cara con esa arma, te aseguro que no vas a tener el lujo de hacerlo una tercera vez.

—¿Y si intento irme? —pregunta, desafiante, aunque la voz le traiciona un poco.

La miro directamente.

Ahora sí doy un paso más cerca, lo suficiente para que entienda la diferencia entre hablar y actuar.

—Entonces no vas a llegar muy lejos —digo, tranquilo—. Y no va a ser el bosque lo que te mate.

Un segundo de silencio.

Ella traga saliva.

El arma sigue en sus manos, aunque no me apunte, es una desventaja, tiene un arma y no sabe usarla, estoy demasiado cerca, si intenta levantarla y dispararme, fallará.

Eso me gusta más de lo que debería.

—Duerme, Eve —añado al final, ya girándome hacia la salida del establo—. Mañana veremos qué parte de tu historia merece la pena creerse.

Y justo antes de salir, sin mirarla, dejo caer la última frase con calma, como si no importara, aunque sí importa:

—Y te advierto algo... aquí no sobreviven los que mienten bien. Solo los que saben cuándo dejar de hacerlo.

CAPÍTULO 3

Maeve

Cuando abro los ojos, el dolor me encuentra antes que la memoria. Durante varios segundos no sé dónde estoy ni cuánto tiempo ha pasado, solo sé que respirar duele, que algo bajo mis costillas late con una violencia insoportable y que tengo la garganta seca, la piel pegajosa y el cuerpo tan pesado como si la noche me hubiera enterrado viva y luego se hubiera arrepentido a medias. No me muevo. Aprendí hace mucho que el dolor también tiene un idioma, y si una sabe escucharlo antes de desafiarlo, a veces puede sobrevivir un poco más. Primero inspiro despacio, apenas lo suficiente para llenar los pulmones sin que las costillas terminen de partirse; después abro los ojos del todo y observo el techo de madera, las vigas oscuras, las rendijas por donde empieza a colarse una luz pálida de amanecer. Son las cinco de la mañana, o algo cerca de eso. El sol acaba de salir, débil y frío, como si incluso él dudara de querer iluminar este sitio.

Y yo quiero morir, no sin antes matar a quien me tendió una trampa.

El olor llega después y me hace fruncir la nariz. Heno húmedo, tierra mojada, madera vieja, animales, lluvia encerrada en las paredes y alguna cosa más que prefiero no identificar. Este lugar apesta a sabrá Dios qué cosa mojada y joder, es desagradable. Quizá a otra persona le parecería rústico, acogedor incluso, pero yo soy Eve Kavanagh, hija de una de las familias más temidas de Irlanda, criada entre mármol, coches blindados, escoltas armados y habitaciones donde todo olía a flores frescas, jabón caro y dinero limpio. Nunca he tenido que pedir una toalla. Nunca he tenido que preguntarme si habría agua caliente. Nunca he dormido en un

establo con sangre seca tirándome de la piel, barro pegado al pelo y una pistola escondida bajo una manta áspera.

Soy una princesa de la mafia irlandesa, aunque ahora mismo no parezco una princesa de nada. Parezco lo que soy: una mujer que ha corrido demasiado, que ha caído mal, que ha perdido sangre y que todavía está viva porque el orgullo, a veces, funciona mejor que la suerte.

Intento moverme apenas y el dolor me castiga de inmediato. Se me corta la respiración, aprieto los dientes y cierro los ojos hasta que la punzada se vuelve soportable. Tengo costillas rotas. No necesito un médico para saberlo. También necesito una ducha, ropa limpia, algo para limpiar las heridas y quizá un milagro discreto que me permita salir de aquí antes de que ese vaquero, Claus Radkle decida hacer demasiadas preguntas. El problema es que no puedo levantarme sin sentir que el cuerpo se me parte en dos. El otro problema es que, aunque me duela admitirlo, estoy demasiado débil para huir. Mi mano busca la pistola por instinto y la encuentra bajo la manta, fría, fiel, una pequeña promesa de que todavía tengo alguna clase de control, aunque sea mentira.

Entonces escucho pasos acercándose.

Me quedo inmóvil. No respiro. No parpadeo. Solo cierro los dedos alrededor del arma y espero mientras los pasos se acercan a la puerta del establo con una calma que no pertenece a un hombre descuidado. Claus no camina como alguien que entra en un lugar sin saber qué puede encontrar dentro. Camina como alguien que sabe que el lugar es suyo, que todo lo que pisa le pertenece y que cualquiera que esté dentro tendrá que adaptarse a sus reglas. Cuando la puerta se abre y la luz gris del amanecer se derrama detrás de él, lo primero que veo es su tamaño. Lo segundo, sus manos ocupadas. Lleva una chimenea portátil, una bolsa con cosas que no alcanzo a identificar y algo envuelto en tela. Lo tercero que veo es su rostro, y ahí cometo el error de mirarlo demasiado.

Claus Radkle es el hombre más hermoso que he visto nunca, y odio que mi mente elija ese pensamiento en un momento como este. Es un inglés fuerte, alto, ancho de hombros, musculoso de una manera que no parece construida para gustar sino para trabajar,

para cargar peso, para romper cosas si hace falta. Tiene tatuajes que asoman bajo las mangas remangadas, tinta oscura sobre piel marcada por una vida que no ha sido suave, y unas gafas que deberían restarle peligro, pero hacen lo contrario. Un vaquero con gafas. La contradicción debería parecer absurda, pero en él resulta inquietantemente perfecta. Lo vuelve más serio, más difícil de leer, más maduro. Debe llevarme diez años, quizá más, y se nota en todo: en la forma de sostener la mirada, en la paciencia fría con la que observa antes de hablar, en esa calma de hombre que ya ha perdido suficiente en la vida como para permitir que una desconocida juegue con él. No es un chico intentando parecer peligroso. Es un hombre que no necesita intentarlo.

Entra sin acercarse demasiado a mí, y eso me dice que no es estúpido. Deja la chimenea portátil a una distancia prudente, se agacha para encenderla y el calor empieza a crecer poco a poco, tímido al principio, luego más firme, extendiéndose por el suelo del establo como una amenaza amable. Yo no bajo el arma, aunque la mantengo medio oculta bajo la manta. Él lo sabe. No necesito verla reflejada en sus ojos para entenderlo. El señor Radkle se da cuenta de demasiadas cosas. Eso lo hace peligroso.

—Vaya —digo, con la voz áspera y seca—. No se te ocurrió traerla anoche.

Claus termina de ajustar la chimenea antes de mirarme. No sonrío. Solo me observa como si estuviera midiendo cuánto dolor puedo soportar antes de quebrarme.

—Lo siento, Salvaje. El servicio a la habitación ya estaba cerrado.

El apodo no suena cariñoso. Suena como una advertencia envuelta en calma, como si para él fuera eso, algo Salvaje y sin rumbo y si hubiera decidido llamarme así porque todavía no sabe dónde colocarme: si en la categoría de víctima, amenaza o problema. Tal vez en las tres. Yo no respondo porque cualquier frase ingeniosa me costaría más energía de la que tengo. Además, no hay confianza entre nosotros. No somos dos personas jugando a provocarse. Él es el hombre que me encontró casi muerta en su

bosque. Yo soy la mujer que le apuntó con una pistola después de que intentara ayudarla.

Sí, es así como soy.

Claus deja una bolsa sobre una silla vieja y saca un paquete envuelto en una servilleta, un vaso cerrado y algunas cosas de limpieza. Gasas. Jabón. Una toalla doblada. Algo que parece desinfectante. Luego coloca un sándwich junto a la leche y el olor llega hasta mí antes de que pueda prepararme. Mantequilla de maní. Me quedo mirando la comida durante demasiado tiempo, y esa pequeña debilidad me enfurece más que el dolor. Él no puede saber que es mi favorito. No puede saber que, de niña, cuando me negaba a cenar después de alguna discusión con mi padre, mi madre entraba a escondidas con un sándwich de mantequilla de maní y un vaso de leche como si me estuviera entregando un secreto. No puede saber que llevo años sin permitirme necesitar nada tan simple. No puede saber que ese olor me golpea en una parte de mí que creía enterrada.

—Espero que no seas alérgica a nada —dice—. Es mantequilla de maní y leche descremada.

Trago saliva y aparto la mirada antes de que vea demasiado. Me niego a llorar. Me niego a mostrarle que un sándwich barato en un establo miserable acaba de hacerme más daño que algunas de mis heridas. Soy Maeve Kavanagh. Las mujeres como yo no se rompen por comida. No delante de desconocidos. No delante de hombres que miran como si pudieran abrirte en dos y encontrar la verdad bajo las costillas.

—¿Qué más trajiste? —pregunto, obligándome a sonar fría.

—Lo necesario para que dejes de sangrar sobre mis cosas y puedas lavarte.

Su voz es grave, controlada, sin rastro de ternura. Aun así, coloca todo con cuidado. Eso me molesta. Me molesta porque no es amable de una forma obvia, no intenta agradarme ni tranquilizarme, pero sus gestos son prácticos, precisos, casi silenciosamente considerados. Deja una toalla limpia, una botella de jabón de ducha que parece caro, vendas, agua y después sostiene la ropa. Un vestido sencillo, algo viejo, de tela suave y gastada, junto con unas

medias para soportar el frío. No parece comprado para mí. No parece comprado para nadie en mucho tiempo.

—Es lo único que pude conseguir —dice.

Miro el vestido. No es lujoso, elegante y no es mío. Y aun así, siento una necesidad casi desesperada de ponérmelo. No por pudor, sino porque quiero quitarme de encima el barro, la sangre, el bosque y todo lo que ocurrió antes de llegar aquí. Quiero arrancarme la noche de la piel aunque sepa que algunas cosas no se van con agua.

Intento incorporarme porque prefiero romperme otra costilla antes que pedir ayuda. El movimiento es torpe, lento, humillante. Apoyo una mano en la cama, luego otra, intento poner los pies en el suelo y durante un segundo creo que podré lograrlo. Entonces el dolor sube por mi costado como fuego. Se me nubla la vista, la respiración se me rompe y el cuerpo deja de obedecerme. Caigo hacia delante sin poder evitarlo.

Claus se mueve rápido.

Un segundo está a dos pasos de distancia y al siguiente sus brazos me sostienen antes de que toque el suelo. Una mano firme se cierra en mi cintura, la otra se coloca en mi espalda con una seguridad que me deja sin aire por razones que no tienen nada que ver con las costillas. Quedo contra su pecho, rodeada por su calor, por el olor limpio de su camisa, por la fuerza tranquila de un cuerpo que no duda. Levanto la mirada y él está ahí, demasiado cerca, mirándome con esos ojos grises y fríos detrás de las gafas. No hay suavidad en su expresión, de hecho, mi cuerpo ha comenzado a temblar.

Y Durante un segundo ninguno habla. Puedo sentir la presión de sus dedos sobre mi cintura, la forma en que contiene su fuerza para no hacerme daño, el leve movimiento de su respiración. Él puede ver mi cara de cerca, las pecas sobre mi nariz, los ojos verdes que seguramente brillan de fiebre y rabia, el cabello pegado a la piel por la humedad. Estoy sucia, herida, débil. Qué vergüenza, en otra ocasión hubiera robado su mirada, con otra ropa, en otro lugar, en otra vida.

Debería sentir vergüenza. En cambio, siento algo mucho peor: conciencia. De él. De su tamaño. De su boca. De lo fácil que sería que un hombre como Claus Radkle se convirtiera en otra jaula si una mujer no tiene cuidado.

—Te llevaré a la ducha —dice al fin, bajo, sin apartar la mirada.

La frase me devuelve de golpe a mí misma. Mis dedos se tensan contra su camisa y el orgullo, bendito y maldito orgullo, me sube por la garganta antes de que pueda detenerlo.

—Te dispararé si te atreves a desnudarme.

Claus no se ofende. Tampoco sonríe. Solo baja la mirada un instante hacia mi mano, como si pudiera ver el arma incluso sin verla, y luego vuelve a mis ojos con una calma que me eriza la piel.

—No quiero desnudarte, Eve. Quiero que dejes de llenar de mierda mi propiedad, que te limpies esas heridas antes de que se infecten y que comas algo antes de desmayarte otra vez. Si necesitas convertir eso en una amenaza para sentir que sigues teniendo el control, adelante, pero no confundas mi paciencia con permiso para jugar conmigo.

La dureza de su voz me deja inmóvil. No me asusta, sino porque desde que desperté alguien me habla como si no le impresionara mi rabia. Como si no le importara mi apellido, aunque todavía no lo conoce, y si pudiera ver a través de todas las capas que uso para mantener a la gente lejos y encontrara algo debajo que no le interesa compadecer.

—No estoy jugando —respondo.

—Bien —dice—. Yo tampoco.

Me sostiene un segundo más, solo lo necesario para asegurarse de que no voy a caerme, y después me deja sentada en la cama con una lentitud casi irritante. No me toca más de lo imprescindible. No invade ni siquiera mi espacio. Y de algún modo eso vuelve la tensión más insoportable, porque sería más fácil odiarlo si lo hiciera. Sería más fácil meterlo en la misma categoría que todos los hombres que creen que una mujer herida es una mujer disponible. Pero Claus se aparta, recoge la toalla y la ropa, y

las deja a mi lado como si estuviera entregándome herramientas, no favores.

—Hay una ducha en la parte trasera del establo. No es cómoda, pero hay agua caliente. Te llevaré hasta allí porque no puedes caminar sola. Te quedarás vestida mientras pueda ayudarte y después cerraré la puerta. Cuando termines, te cambiarás y comerás. Luego hablaremos.

Lo dice sin preguntarme. La orden cae entre nosotros con una naturalidad que me hace apretar la mandíbula. Estoy acostumbrada a que me den órdenes. Mi padre lo hacía todo el tiempo. Mi hermano también. Los hombres de mi familia creen que proteger significa encerrar, vigilar, decidir por una. Pero esto no suena igual. Claus no habla como alguien que cree tener derecho sobre mí. Habla como alguien que está estableciendo límites en su territorio y espera que yo sea lo bastante inteligente para entenderlos.

—¿Y si no quiero hablar? —pregunto.

Sus ojos se fijan en los míos.

—Entonces comerás en silencio y yo haré las preguntas de todos modos.

La respuesta me enciende la sangre. Quiero levantarme, mirarlo desde mi altura, devolverle algo que lo obligue a retroceder. Pero el cuerpo me traiciona incluso antes de intentarlo. Estoy pálida, sudando frío, sosteniéndome apenas por pura rabia. Claus lo ve. Por supuesto que lo ve. Y eso me enfurece aún más.

—No sabes quién soy —digo.

—No —responde—. Pero sé lo suficiente para no creerte inofensiva.

El silencio que sigue es distinto. Porque ahí está la verdad entre los dos. No soy inofensiva. Nunca lo he sido. Fui criada entre hombres que enseñan a sus hijas a sonreír en público y a disparar en privado. Sé mentir, aguantar dolor y mirar a alguien a los ojos mientras decido si puede vivir un minuto más. Y aun así, ahora mismo, sentada en una cama ajena, con un vestido viejo sobre las piernas y el olor de mi comida favorita rompiéndome por dentro, me siento peligrosamente cerca de algo que no puedo permitirme.

—¿Por qué me ayudaste? —pregunto antes de poder evitarlo.

Claus no tarda en responder.

—Porque estabas muriéndote en mi bosque y odio la limpieza de animales salvajes.

Vaya, ¿cree que me hiere?

—Muchos hombres habrían mirado hacia otro lado.

—Yo no soy muchos hombres.

No lo dice con arrogancia. Lo dice como un hecho, y eso lo vuelve peor. Más difícil de discutir. Más difícil de ignorar. Lo observo mientras recoge la bolsa vacía, mientras ajusta la chimenea para que el calor no me dé directamente, y evita mirarme demasiado, aunque ambos sepamos que ya lo ha hecho. Hay atracción ahí. No soy ingenua. La reconozco porque también la siento. No es dulce ni cómoda. No es algo que invite a acercarse. Es una corriente baja, tensa, llena de desconfianza, de límites, de cosas que ninguno debería querer tocar.

Claus vuelve a mirarme cuando llega a la puerta que conduce a la parte trasera.

—Vamos.

Miro la ducha, luego la comida, el arma bajo la manta. Pienso en el bosque, en los hombres que podrían estar buscándome, en mi familia, en mi padre, en el apellido Kavanagh pesando sobre mí como una corona hecha de hierro. Después miro a Claus Radkle, el vaquero inglés de gafas y tatuajes que no me conoce, que no confía en mí y que, aun así, ha traído calor, ropa limpia, comida y una forma de quitarme la sangre de encima.

Me odio un poco por necesitarlo. Me odio más por querer seguir mirándolo.

—Si intentas algo —digo, aferrándome a lo único que me queda—, te disparo.

Claus se acerca lo suficiente para ofrecerme el brazo, pero no tanto como para tocarme sin permiso. Sus ojos bajan un instante hacia mi boca y regresan a los míos con una lentitud que hace que el aire se vuelva más denso.

—Ya lo sé, Salvaje.

Su voz no es suave.

No es amable.

Pero se me queda en la piel de todos modos.

Y cuando acepto su ayuda para ponerme en pie, cuando su mano vuelve a cerrarse con firmeza alrededor de mi cintura para impedir que caiga, entiendo que la peor parte de todo esto no es el dolor, ni el establo, ni la sangre, ni siquiera las preguntas que vendrán después.

La peor parte es que Claus Radkle no parece el tipo de hombre del que una pueda escapar fácilmente. Y yo, que he pasado toda mi vida huyendo de jaulas, acabo de despertarme dentro de una que todavía no sé si quiero romper.

CAPÍTULO 4

Maeve

La comida desaparece más rápido de lo que me gustaría admitir. Intento mantener algo de dignidad mientras mastico, pero mi estómago parece haber tomado el control de la situación y ya no le importa lo que piense mi orgullo. Claus permanece sentado frente a mí, apoyado contra una de las paredes del establo con una taza de café entre las manos. No habla mientras como. Tampoco aparta la mirada demasiado tiempo. Tiene la paciencia de un depredador. No la de alguien que espera. La de alguien que sabe que tarde o temprano conseguirá lo que quiere.

Por eso no me sorprende cuando la primera pregunta llega.

—¿Quién te hizo eso?

La pregunta me encuentra con el vaso de leche a medio camino hacia mis labios. Levanto la vista. Claus no parece solo curioso también parece enfadado.

Y eso me desconcierta más de lo que debería.

—Iba caminando y me caí.

Su expresión no cambia. Ni un poco.

—Así que seguirás por ese camino.

—¿Cuál camino? —pregunto.

—El de mentirme en la cara.

Apoyo el vaso sobre mis piernas y sostengo su mirada.

—No estoy mintiendo. Me caí.

Claus asiente despacio.

—Me queda claro que fue una caída.

—Entonces estamos de acuerdo.

—No exactamente.

Se inclina apenas hacia delante. Lo justo para que la conversación deje de parecer una charla casual.

—La pregunta no es si te caíste. La pregunta es por qué caminabas sola por un lugar desconocido, sabrá Dios a qué hora y cuánto tiempo estuviste ahí inconsciente. No hay nada interesante que ver aquí. Son kilómetros de campo, bosque y ganado. Mi ganado. Nadie llega por accidente hasta esta parte de Yorkshire.

Frunzo el ceño.

—¿Y cuál es tu teoría?

—Todavía no tengo una.

—Qué decepción. —Me quejo.

—Pero estoy trabajando en ella.

La forma en que lo dice me provoca ganas de lanzarle algo a la cabeza.

—¿Crees que me enviaron a espiarte? ¿Acaso eres un mafioso, *Vaquero*?

—Puede que sea algo peor, Salvaje.

—Vaya. Y luego dicen que las exageradas somos las mujeres.

Por primera vez algo parecido a una sonrisa aparece en su rostro, es pequeña pero está ahí. Y por alguna razón me molesta que me guste verla.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta, y no sé si debería decirle la verdad.

—Veinte.

Claus suelta una risa baja que no suena a carcajada, es algo peor. Una de esas risas que te hacen sentir insultada inmediatamente.

—¿Te hace gracia?

—No.

—Pues parece que sí.

—Tu edad no me hace gracia.

—Entonces explícate.

Su mirada recorre mi rostro durante un instante.

—Pensé que eras mayor.

—¿Porque estoy herida?

—Porque pareces alguien que lleva demasiadas cosas encima.

Aprieto la mandíbula.

—Gracias por el cumplido. —respondo, con cierto sarcasmo.

—No era un cumplido.

—Lo sé.

—Te ves mayor de veinte, Salvaje sin apellido.

Hijo de puta.

—Eres tan fácil de odiar, señor Radkle.

—Lo sé.

Da un sorbo a su café.

—Y aun así sigues aquí.

Mi respuesta se queda atrapada en algún lugar entre el orgullo y la realidad. Porque tiene razón. Sigo aquí. Porque no puedo caminar bien, no tengo a dónde ir sin saber quiénes son mis enemigos y aliados, y si salgo ahora mismo de esta propiedad, probablemente termine muerta antes del anochecer.

—No puedo irme todavía, señor Radkle.

La admisión me sabe amarga.

Claus arquea una ceja.

—¿Por qué? —pregunta, y el tono de su voz no debería afectarme como lo hace.

—Solo dame tiempo.

—¿Para qué?

—Te pagaré. —respondo, como último recurso.

Esta vez sí sonrío, y no con amabilidad. Debe de estarse imaginando todo tipo de cosas, pero no creo que sepa que soy la mafia. Es desconfiado, lo suficiente, pero no lo hace con una mujer que se ve frágil y joven como yo. Lo que me hace hacerme mucho tipo de preguntas.

—¿Con qué dinero?

Me quedo callada.

—No llevas bolso, identificación, nada. Eres nada aquí en mi propiedad, Salvaje.

Continúa observándome.

—Tampoco llevas teléfono.

Otro sorbo de café y sus ojos se clavan en los míos.

—No llevas absolutamente nada.

Mi estómago se tensa, porque cada palabra es verdad y es la primera vez que escucharlo en voz alta hace que todo parezca más

real y peligroso.

—Puedo devolverte el dinero cuando me marche.

—Claro.

—Puedo hacerlo. —Insisto, y odio sonar desesperada.

—No he dicho que no.

El silencio se instala durante unos segundos, entonces Claus deja la taza sobre una mesa cercana. Cuando vuelve a hablar, su voz es más grave:

—También podría matarte.

Mi cuerpo se queda inmóvil porque viniendo de él y todo lo que me ha demostrado es únicamente ser un hombre bueno aunque con una actitud de mierda, pero no ha querido hacerme daño.

—¿Qué?

—Podría matarte.

Lo dice con una tranquilidad escalofriante, como si la muerte no significara nada importante para él.

—Nadie sabe que estás aquí.

No aparta la mirada ahora ni siquiera parpadea. Y mi respiración se vuelve más lenta.

—Y estoy bastante seguro de que nadie vendría a buscarte.

El establo parece quedarse sin aire porque le creo, joder, claro que le creo. Este hombre sabe matar. Puedo sentirlo, tiene un aura peligrosa para solo ser un simple vaquero, o ha visto demasiada mierda en su vida como yo en la mía.

Lo veo en sus manos. En sus cicatrices. En la forma en que se mueve. Un vaquero pasa media vida sacrificando animales. Cortando carne, separando huesos. Un cuerpo humano no es tan diferente. De pronto una idea horrible atraviesa mi cabeza.

¿Qué pasa si realmente nadie me está buscando? No es que tenga familia además de la escoria de mi hermano, sé que hay muchos de mis guardias que me son fiel, que me vieron crecer y juraron lealtad.

Pero ¿qué pasa si tiene razón? ¿Qué pasa si todos ya me han dado por muerta?

El último bocado del sándwich se convierte en una piedra dentro de mi garganta. El establo empieza a girar y el calor

aumenta.

Demasiado.

Mi piel se vuelve pegajosa y el vaso de leche resbala entre mis dedos y se estrella contra el suelo. El ruido parece venir de muy lejos.

—Mierda. —La palabra se escapa de mis labios.

Intento incorporarme de la cama para limpiar mi desastre pero no lo consigo. Todo se inclina hacia a un lado, o soy solo yo, no lo sé. Pero la visión de vuelve borrosa y entonces estoy cayendo.

Pero Claus es rápido.

Malditamente rápido.

Antes de que toque el suelo, sus brazos ya me rodean.

Me sostiene contra su pecho mientras una oleada de frío recorre todo mi cuerpo por sentir el calor de su cuerpo contra el mío. No debería sentirme así, pero desde que desperté en ese bosque y lo primero que vi fueron sus ojos, no pude ignorar cómo mi estómago se contrajo ante su tacto.

—Joder. —dice.

Su mano sube hasta mi frente.

—Estás ardiendo.

Parpadeo, pero me cuesta enfocar.

—Voy a morir. —En este punto, no sé si soy yo o mi mente jugando conmigo.

—No.

Su voz suena más cerca y dura.

—No en mi propiedad, maldita sea.

Una risa débil escapa de mis labios. O quizá es un gemido.

Ya no lo sé.

—Está bien...

—¿Qué está bien, Salvaje?

Mi cabeza pesa demasiado. Los párpados también.

—Que me dejes morir.

Escucho cómo maldice en voz baja.

—Eve...

—Tienes razón.

Mi voz apenas existe.

—Nadie vendrá a buscarme. Todos creen que morí.
El silencio que sigue dura apenas un segundo, pero se siente eterno.

—¿Quiénes son todos?

No respondo. Porque ya no estoy segura. Porque veo su rostro cada vez más borroso.

Y porque el cansancio y las ganas de morir son demasiado grandes en estos momentos.

—Eve.

La voz de Claus se vuelve más firme.

—Todos...

Trago saliva.

—Todos me quieren muerta.

Sus manos se tensan alrededor de mí. Y ahí está. Su protección no es normal, su forma de estar en guardia tampoco. ¿Quién es este hombre realmente?

—¿Quiénes? —insiste, tomándome del rostro para que me mantenga despierta.

Cierro los ojos.

—Claus...

—Respóndeme, joder.

La orden resuena a través de la niebla que empieza a tragarse mi cabeza.

—No te duermas.

Intento abrir los ojos, responder y decirle que no es tan sencillo. Que hay nombres que no pueden pronunciarse y familias que matan por menos. Que si supiera quién soy probablemente me sacaría de su propiedad y me dejaría en la carretera más cercana.

Pero las palabras ya no salen y lo último que siento es el brazo de Claus sujetándome con fuerza. Hasta que escucho algo parecido al miedo en su voz desde que llegué aquí:

—Maldita sea, Eve. Quédate conmigo.

CAPÍTULO 5

Claus

El médico familiar de confianza tarda casi una hora en marcharse.

No hace demasiadas preguntas, algo que agradezco más de lo que debería. Examina las costillas de Eve, limpia correctamente las heridas que yo apenas había logrado contener y termina colocando una venda sobre el corte de su frente. La fiebre sigue siendo preocupante, pero asegura que no está muriéndose. Al menos no hoy. Le deja antibióticos, analgésicos y una lista de instrucciones que probablemente ignorará en cuanto abra los ojos, porque incluso inconsciente tiene el aspecto de una mujer que discute con cualquiera que intente ayudarla.

Cuando finalmente se queda dormida, puedo estar un poco tranquilo, al menos un poco después que el médico la revisó. El calentador portátil mantiene el ambiente agradable, alejando el frío húmedo de la mañana, y varias mantas cubren su cuerpo hasta los hombros. La venda blanca sobre su frente destaca demasiado sobre su piel pálida. Ya no parece una desconocida peligrosa encontrada en medio del bosque. Ahora parece alguien agotado. Alguien que lleva demasiado tiempo peleando sola. Porque me arrancaré los ojos si esta mujer no vive el peligro cada día y por eso acabó aquí en este lugar.

Sigue sin gustarme no saber quién es.

Que apareciera en mi propiedad.

Y cada respuesta que consigo me deje con más preguntas. Pero eso acabará pronto, soy bueno encontrando a las personas, su pasado, de dónde vienen y quiénes son. Y ahora con un poco de sangre que fue extraída lo sabré muy pronto.

—Eve La Salvaje. Pronto sabré quién eres.

Cierro la puerta con cuidado cuando me marchó.

Ella necesita descansar. Y yo necesito dejar de pensar en ella.

La segunda parte resulta bastante más difícil. Cuando regreso a la casa, el olor a café recién hecho y tostadas todavía flota en el aire. La cocina está tranquila. Mi padre ocupa uno de los taburetes junto a la isla central mientras lee algo en una tableta. Levanta la vista en cuanto entro y la expresión que aparece en su rostro me deja claro que ya sabe que he estado escondiendo algo.

Maldición.

Mi padre es un médico exveterano de guerra, y no es fácil engañarlo, es mi mejor amigo y eso significa que también es un grano en el culo. Voy directamente hacia el fregadero y empiezo a lavar algunos platos del desayuno. Es una tarea inútil. Una excusa. Los dos lo sabemos. Porque tenemos gente que se encarga de eso y como otros cien trabajadores más que mantienen este rancho en orden cuando no estoy. Lo cual es casi siempre.

—Pensé que ese establo no tenía nada que te mantuviera ocupado tan temprano por la mañana.

No respondo inmediatamente. Termino de enjuagar un plato. Lo dejo secando y luego tomo otro.

—No es asunto tuyo, papá.

Mi padre resopla.

—Llama a la policía.

—No.

La policía se la llevaría, y ella está en mi propiedad, por lo cual eso en algún lugar del mundo o solo en mi jodida cabeza, la convierte en mía. De mi propiedad.

Mía.

—No queremos extraños en esta casa. —continúa él.

—Por eso la dejé en el establo.

El silencio dura apenas dos segundos. Después él sonríe. No necesito verlo para saber que está sonriendo. Y esa sonrisa me hace arrepentirme inmediatamente de haber abierto la boca.

—Entonces es una ella.

Aprieto la mandíbula.

—Papá.

—Eso lo hace aún peor.

—No empieces.

—¿Acaso eres un animal? —pregunta, dejando la tableta sobre la encimera—. Encuentras a una mujer herida y la metes en un establo maloliente.

Ni siquiera voy a preguntar cómo sabe que está herida, pero tuvo que haber visto el coche de nuestro médico aparcar enfrente así que no se necesita ser un genio para saberlo.

—Ella no se ha quejado.

—Porque probablemente estaba inconsciente.

—Además, no se quedará mucho tiempo. —Decirlo en voz alta me sabe mal.

Mi padre me observa durante unos segundos. Llevo toda mi vida viendo esa mirada. Es la misma que utilizaba cuando yo tenía diez años y volvía a casa cubierto de barro después de hacer alguna estupidez. La misma que utilizó cuando me marché a trabajar a la ciudad. La misma que utiliza cuando sabe que estoy ocultando algo.

Y peor aún. La misma que utiliza cuando cree que me estoy mintiendo a mí mismo.

—Te conozco, Claus.

Maldición. Ahí vamos.

—Ayudas demasiado hasta que terminas metido en problemas.

—Estoy perfectamente. —Me defiendo.

—Pensé que habías venido aquí a descansar de tu trabajo en la ciudad.

La forma en cómo dice trabajo me sabe amarga, porque sé que no le gusta que sea parte de código negro. Ya es suficiente tener como mejor amigo al jefe de la mafia de Londres como para pertenecer a otra banda criminal.

Pero, aun así, mi padre lo entiende y sabe por qué lo hago.

—Y estoy descansando.

—¿Metiéndote en problemas?

—No es un problema.

—Claro que lo es.

Me apoyo sobre la encimera y cierro los ojos durante un instante.

—Solo es una mujer herida y perdida, papá.

—Las peores historias suelen empezar exactamente así.

—Y las mejores también.

Eso le arranca una carcajada.

—Vaya. Ya la estás defendiendo.

—No la estoy defendiendo.

—Entonces explícame por qué has llamado a un médico privado, has convertido medio establo en una habitación y llevas toda la mañana entrando y saliendo como un adolescente enamorado.

Lo miro.

Mi padre me devuelve la mirada. Los dos sabemos que acaba de exagerar deliberadamente.

—Tienes demasiada imaginación.

—Y tú demasiados años de experiencia metiéndote en líos. Y además soltero, apuesto a que es una mujer hermosa y te ha hechizado como un idiota.

Voy a responder cuando una pequeña voz nos interrumpe.

—¿Es malo meterse en problemas, papi?

Me quedo inmóvil. Lentamente giro la cabeza. Hazel, mi hija de cinco años está de pie en la entrada de la cocina con un oso de peluche bajo el brazo y el cabello castaño claro completamente despeinado. Todavía lleva puesto el pijama y me observa con esos enormes ojos curiosos color miel que parecen detectar cualquier conversación interesante a kilómetros de distancia.

Mierda.

Miro a mi padre. Él levanta ambas manos inmediatamente.

—Gracias, papá. —Quiero arrancarle la cabeza.

—No me mires a mí. —se defiende.

—Claro que voy a mirarte a ti.

—Yo no decidí meter un *animal salvaje* en el establo a escondidas.

Hazel parpadea.

Luego sonrío. Y esa sonrisa me hace presentir problemas.

—¿Tenemos un animal salvaje?

Mi padre tose para ocultar una risa. Yo cierro los ojos.

—No. —me pellizco el puente de la nariz y niego con la cabeza.

—El abuelo dijo que sí.

—El abuelo exagera.

—Mientes terrible —añade mi padre.

—No ayudas.

—Nunca ha sido mi trabajo ayudarte.

Hazel abandona el oso sobre una silla y se acerca a la isla de la cocina con toda la determinación de una niña que acaba de descubrir un misterio.

—¿Es un zorro?

—No.

—¿Un lobo?

—No.

—¿Un oso?

—Definitivamente no.

—¿Un caballo?

—Hazel.

Ella inclina la cabeza.

Pensando. Analizando tocando sus mejillas con sus pequeños dedos, cuyas uñas me hizo pintar el otro día de color rosa.

Mi hija es exactamente igual que su madre. La punzada aparece tan rápido que casi me deja sin aire. Cinco años después y todavía ocurre.

Mi padre lo nota cuando me quedo viendo demasiado tiempo a mi pequeña. Siempre lo nota. Porque sé que en mis ojos ve todavía a mi madre, la que nos dejó hace cinco años también por un cáncer de estómago.

Y es por eso cambia de tema antes de que el silencio se vuelva incómodo.

—Quizá deberíamos preocuparnos más por saber quién es el animal del que te hablé el otro día, que por dónde duerme.

La frase vuelve a tensar el ambiente inmediatamente. Que llame a Eve animal no me hace nada de gracia, es una salvaje, lo sé.

Pero es mí *Salvaje*.

Pero tiene razón. Porque yo también llevo toda la mañana pensando exactamente lo mismo. Y porque, por mucho que intente convencerme de que todo esto terminará en cuanto se recupere, hay algo dentro de mí que no deja de repetir la misma pregunta.

¿Quién demonios es Eve? Y, más importante todavía... ¿Quién demonios la dejó medio muerta en mi bosque?

—Vamos a prepararnos para llevarte a la escuela—levanto a mí hija y le doy un beso en la cabeza mientras me sonrío. —y mientras me dices qué quieres desayunar.

—Quiero mantequilla de maní.

Ruedo los ojos y recuerdo a Eve cómo devoraba el maní en sus dedos cuando comía.

Joder.

...

Mi padre tiene razón, aunque no pienso admitirlo delante de él. Llevo toda la mañana intentando convencerme de que esto es temporal, de que en cuanto esa mujer pueda caminar saldrá de mi propiedad y volverá a la vida de la que vino. Sin embargo, cada respuesta que consigo de ella genera dos preguntas nuevas. No sé quién es realmente Eve. No sé por qué apareció medio muerta en mitad de mi bosque. No sé quién le hizo esas heridas ni por qué una mujer tan joven habla como alguien acostumbrado a vivir mirando por encima del hombro. Lo único que sé es que nadie termina en este rincón perdido de Yorkshire por accidente y que, cuando despertó, no parecía preocupada por haber sobrevivido, sino por la posibilidad de que alguien la encontrara. Y esa diferencia es demasiado importante como para ignorarla.

Mientras Hazel sigue intentando adivinar qué clase de animal escondo en el establo y mi padre me observa con esa expresión de hombre que cree tener razón en todo, una sensación incómoda se instala en mi cabeza. Porque llevo años trabajando rodeado de mentirosos, criminales, y gente que haría cualquier cosa por dinero. He aprendido a reconocer el miedo cuando lo veo. La desesperación también.

Y lo que vi en los ojos de Eve esta mañana no se parecía a ninguna de las dos cosas. Se parecía más a alguien que ha corrido durante demasiado tiempo y que, por primera vez, se ha quedado sin lugares a los que huir.

El problema es que todavía no sé de qué está huyendo. Y una parte de mí sospecha que, cuando finalmente lo descubra, desearé no haberla encontrado nunca.

CAPÍTULO 6

Eve

Dos días después

Me he sentido como una maldita presa durante los últimos dos días.

No importa cuántas veces me diga a mí misma que me estoy recuperando. No importa que la fiebre haya desaparecido o que ya pueda caminar algunos pasos sin sentir que alguien me está apuñalando entre las costillas. Sigo atrapada aquí. En este establo. En esta propiedad perdida en mitad de ninguna parte. Dependiendo de la buena voluntad de un hombre al que apenas conozco y que parece disfrutar recordándome que sigo siendo un problema.

Por eso, cuando Claus aparece esa mañana arrastrando un enorme toro hasta el compartimento vacío al otro lado del establo él solo sin ayuda de otros hombres, mi humor empeora todavía más.

Porque es jodidamente fuerte y yo sigo siendo su secreto.

—¿Qué hizo? —pregunto desde la cama.

El animal es enorme. Oscuro. Tiene una mirada que no me gusta absolutamente nada. Y no sé nada de ganado o de animales pero ese toro debe pesar toneladas.

—Mató a tres vacas.

Parpadeo.

—¿Es posible eso?

—Sí. Cuando eres un animal salvaje.

Hay algo en su tono que me hace levantar una ceja.

—Qué oportuno.

Claus me ignora.

—Fue un error haberlo traído aquí. Lo encontré vagando solo hace unas semanas. Estaba desorientado.

Desorientado.

Solo.

Perdido.

No sé por qué esa descripción me golpea tan fuerte. Quizá porque suena demasiado familiar.

—Lo dejaré aquí solo por hoy —continúa mientras asegura la pequeña compuerta de separación—. No molestará. No te acerques.

—¿Le has dado algo para que no me ataque?

—No te atacará si no te acercas y sí, le he dado un tranquilizante.

Observo al enorme animal resoplando fuerte.

—No parece dormido.

—No es para que duerma.

Claus termina de cerrar la puerta.

Cuando se marcha unas horas después para ocuparse de algún asunto de la granja, el establo vuelve a quedar en silencio. Intento aprovecharlo. Necesito moverme, recuperar fuerzas y encontrar una forma de conseguir un maldito teléfono porque cuanto más tiempo permanezco aquí, más difícil me resulta ignorar la realidad.

Alguien me tendió una trampa.

Alguien me entregó.

Y hasta que averigüe quién fue, no pienso volver a confiar en nadie.

Ni siquiera en mi propia sombra.

Con una mano apoyada sobre la pared comienzo a caminar despacio por el establo. Las costillas protestan inmediatamente. Cada respiración profunda sigue siendo una tortura. Aun así, continúo avanzando porque negarme a rendirme es prácticamente lo único que me queda.

Estoy a medio camino cuando escucho unos pasos.

No son los de Claus. Los de Claus son pesados y firmes. Imposibles de ignorar.

Estos son ligeros y pequeños. Y entonces escucho una voz.

—¿Hola?

Me quedo inmóvil.

—¿Hay alguien aquí?

Mierda.

Una niña. La veo aparecer entre las puertas abiertas del establo y reconozco inmediatamente el mismo color de cabello y unos ojos muy bonitos desde aquí. ¿Es la hija de Claus? Debe de serlo. Lleva ropa limpia y cara, reconozco a una niña que vive bien cuando la veo y esta niña, no sé qué hace aquí sola. Tampoco me gusta que lo esté.. La niña continúa avanzando mientras observa todo con absoluta curiosidad. Y entonces gira la cabeza hacia el compartimento donde está encerrado el toro.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

—Niña.

Ella da un pequeño salto del susto. Y el movimiento provoca que el animal también se mueva.

—¿Quién eres? —pregunta, sonriéndome.

—Soy Eve. No te acerques al animal. Ven aquí.

La niña me observa durante un instante.

—¿Tú eres el animal salvaje?

Por alguna razón, eso casi me hace reír.

—No.

Pienso un segundo.

—Bueno... sí. No lo sé.

Ella parece satisfecha con esa respuesta. Lo cual resulta preocupante. Escuchamos otro movimiento detrás de la compuerta. El toro resopla.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto, necesito que confíe lo suficiente y se acerque a mí.

—Soy Hazel.

El toro vuelve a resoplar, esta vez más fuerte. Hazel gira inmediatamente la cabeza. Exactamente como esperaba. Ella es demasiado curiosa.

—¿Hay otro animal salvaje aquí?

—Sí.

—Quiero verlo.

—No.

—Solo un poquito.

—No.

—Por favor. —Ella junta sus manos y veo el esmalte rosa en sus uñas, es jodidamente adorable, pero necesito que se aleje del peligro.

—Hazel.

Ella sonr e. Y antes de que pueda detenerla vuelve a mirar hacia la compuerta. El animal vuelve a moverse. Esta vez m s fuerte.

Un golpe.

Despu s otro.

Y veo exactamente lo que est  pensando.

Quiere acercarse.

Quiere mirar.

Igual que har a cualquier ni a de su edad.

—Hazel, no.

Pero ya est  caminando.

—Solo voy a verlo.

—No te acerques, por favor—me muevo y mis costillas se resienten.

—No har  nada.

—Hazel.

Mi voz sale m s fuerte esta vez y me incorporo m s. Ella pone una mano sobre la peque a puerta de madera. Y entonces el toro golpea desde dentro. Todo ocurre demasiado r pido.

El animal embiste la compuerta. La madera se abre. Hazel grita, esta vez sus gritos me desgarran por dentro al saber que el animal podr a lastimarla. Es solo una jodida ni a.

Mi cuerpo se mueve antes de que mi cerebro tenga tiempo de pensar y corro.

No siento las costillas.

El dolor.

No siento absolutamente nada.

Solo veo a una ni a demasiado cerca de un animal de m s de media tonelada. La alcanzo justo cuando intenta retroceder. Y la

empujo lejos.

Entonces el impacto me alcanza a mí. Es como recibir el golpe de un coche.

Salgo despedida. Mi espalda choca contra el suelo y algo de metal que no tengo idea de que es, pero mi cabeza se resiente.

El aire desaparece de mis pulmones. Y algo caliente comienza a deslizarse por mi frente.

A lo lejos escucho los gritos y pasos pesados, veo a Hazel tirada en el suelo, el animal adentro como si nada hubiera ocurrido y esto solo hace que todo se vea peor de lo que es.

Hijo de puta.

—¡HAZEL!

Reconozco la voz de Claus inmediatamente. Después otra más grave. Los dos irrumpen en el establo al mismo tiempo. Encuentran Hazel está llorando. Y yo intento incorporarme.

Fracaso miserablemente.

Lo siguiente que veo es a Claus arrodillándose junto a su hija, la revisa y ve el caos a su alrededor, pero sus ojos terminan sobre mí.

—¿Qué le hiciste?

La acusación me golpea más fuerte que el toro. Durante un segundo me quedo inmóvil. Después algo explota dentro de mí, porque conozco ese tono y sé perfectamente lo que se siente cuando alguien decide que eres culpable antes de escuchar una sola palabra.

Consigo ponerme de pie.

Apenas.

Y antes de pensarlo demasiado le golpeo el brazo, pero eso no le hace nada.

—¿¡Qué clase de padre eres!?

Claus me mira como si hubiera perdido completamente la cabeza.

—¿Qué mierda...?

—¡Hay un puto animal aquí!

Mi voz rebota por todo el establo.

—¡Y dejas que una niña pequeña ande sola por este lugar!

El silencio dura exactamente un segundo. Porque entonces Hazel empieza a llorar todavía más fuerte.

—Papi...

Claus gira inmediatamente hacia ella.

—Cariño...

—Eve me protegió.

Todos nos quedamos inmóviles.

—¿Qué? —dice Claus a la pequeña.

Hazel se limpia las lágrimas.

—El animal salvaje iba a atacarme.

Señala hacia mí.

—Eve me salvó.

La sangre continúa cayendo por mi frente.

—Es mi culpa, papi, lo siento.

Hazel solloza.

—Lo siento mucho.

El señor mayor que se parece mucho a Claus y que debe ser su padre reacciona antes que nadie. Le quita suavemente a la niña de los brazos y la sostiene contra su pecho.

Mira directamente a su hijo.

—Me llevaré a Hazel de aquí.

Después su expresión se endurece.

—Arregla esto, Claus.

Y desaparece con la niña.

El establo queda en silencio, solo quedamos Claus y yo. Y el maldito toro. Pero ahora mismo creo que el Toro es más amigable que Claus Rakdle.

Nos miramos y de pronto estoy demasiado cansada para seguir enfadada.

—¿Qué... —Mi voz sale rota.—¿Qué clase de padre eres?

La expresión de Claus cambia, porque ahora sí está viendo la sangre.

Mucha sangre.

—Eve...

Parpadeo y todo se vuelve cada vez más borroso.

—Estás sangrando.

—Ya me había dado cuenta. —Llevo mi mano hasta ahí y toco mi cabeza.

Da un paso hacia mí e intenta tocarme, pero lo aparto con un manotazo.

—Ven aquí.

Intento apartarlo de nuevo.

—Vete a la...

No termino la frase, porque el suelo desaparece. Y lo último que siento antes de que todo oscurezca es un par de brazos atrapándome antes de caer.

Otra vez.

Maldita sea.

Otra vez.

CAPÍTULO 7

Claus

La llevo a la casa antes de pensar demasiado en ello.

Quizá porque si me detengo a analizarlo acabaré reconociendo que mi padre tiene razón y ahora mismo no tengo ganas de darle esa satisfacción. Eve pesa menos de lo que debería. Lo noto mientras atravieso el jardín y subo los escalones del porche con ella inconsciente entre mis brazos. La sangre sigue manchando el lateral de su rostro, deslizándose por la venda que lleva puesta desde hace dos días. El golpe del toro ha reabierto la herida y probablemente empeorado unas costillas que ya estaban lejos de recuperarse. Aun así, cuando cierro la puerta de la casa detrás de nosotros, no puedo dejar de pensar en la imagen de ella lanzándose delante de Hazel sin dudarlo ni un segundo.

Ni siquiera conocía a mi hija.

Ni siquiera tenía motivos para hacerlo.

Y aun así lo hizo.

Mi padre nos espera en el salón. En cuanto me ve aparecer señala el sofá sin perder tiempo con preguntas innecesarias. Hace años que dejó de ejercer, pero sigue moviéndose como el médico militar que fue durante media vida.

—Déjala aquí en la casa—me ordena.

Haré lo que me pide, ya fue suficiente de tenerla escondida ahí, ahora mi padre, Hazel y seguramente mis trabajadores saben de la existencia de Eve, por lo cual tenerla encerrada ahí no es necesario.

Mientras él limpia la sangre de la frente de Eve y examina la herida, me quedo de pie observando desde la ventana. Afuera comienza a caer la tarde sobre los campos. Los caballos siguen

tranquilos. Los trabajadores han terminado la mayor parte de las tareas del día. Todo parece normal.

Demasiado normal.

—Se irá de aquí.

La voz sale más seca de lo que pretendía. Mi padre ni siquiera levanta la vista.

—Ella protegió a Hazel.

Aprieto la mandíbula.

—Eso no cambia nada.

—Lo cambia todo.

Ahora sí me mira. Y me fastidia descubrir que ya sabe exactamente lo que estoy pensando.

—Algo que deberíamos haber hecho tú y yo.

—No empieces.

—No estoy empezando nada, Claus.

Vuelve a concentrarse en la herida.

—Le debemos eso.

—No le debemos nada. —gruño. No le debo nada a nadie y mucho menos a una salvaje como ella.

Mi padre resopla.

—Claro que sí.

El silencio se instala durante unos segundos mientras termina de colocar una venda nueva sobre la frente de Eve. Después se incorpora lentamente y me observa como si estuviera evaluando el estado mental de un paciente particularmente difícil.

—¿Pretendes echarla? —me pregunta.

—Pretendo que se recupere y se marche.

—No puedes echarla a la calle ella debe de tener familia, ¿Le has dado un teléfono para que llame siquiera?

No.

—Llevo dos días manteniéndola a salvo, ella huía de algo.

—Y seguirá siendo insuficiente si continúa escondida.

Paso una mano por mi nuca. Ya conozco esa mirada. La ha utilizado conmigo toda la vida. Es la mirada que aparece cuando cree que estoy siendo un completo idiota y, por desgracia, demasiadas veces ha tenido razón. Pero mi padre no sabe lo que

Código Negro te hace después de años trabajando allí. No sabe lo que ocurre cuando pasas demasiado tiempo viendo lo peor de la gente. Aprendes a desconfiar de todo el mundo. De cada historia, lágrima y persona que asegura necesitar ayuda. Empiezas a buscar mentiras incluso cuando no las hay. Ves demasiadas cosas. Demasiadas redadas, casas donde el horror vive escondido detrás de una puerta aparentemente normal. Niñas siendo rescatadas de lugares donde jamás deberían haber estado. Niñas de la edad de Hazel. Y después de eso ya no vuelves a mirar el mundo igual. Te acostumbras a esperar lo peor porque, la mayoría de las veces, lo peor termina apareciendo. Por eso me cuesta creer en las casualidades. Por eso me cuesta confiar en Eve. Porque las mujeres medio muertas no aparecen en mitad de un bosque por accidente y porque la experiencia me ha enseñado que los problemas rara vez llegan solos. Joder, quizá mi padre piense que estoy exagerando, pero él no ha visto las cosas que yo he visto.

—No sabemos quién es. —dice.

—Exactamente.

—Eso no te preocupa. —No ha sido una pregunta. Pero la verdad es que se equivoca, me preocupa demasiado, no saber nada de ella, pero ya obtendré mis respuestas pronto y no sé si me gustarán.

—Claro que me preocupa.

Se cruza de brazos.

—Pero me preocupa más una mujer herida que apareció sola en mitad de un bosque y que, aun así, se lanzó delante de un toro para salvar a una niña que ni siquiera conocía.

No respondo porque no tengo una respuesta que me guste. Y mi padre tampoco parece necesitarla porque cree que ganó esta conversación.

—¿Acaso no te diste cuenta de su acento?

Lo miro. Estaba demasiado embelesado con su belleza que no tuve tiempo de darme cuenta, pero ahora que lo pregunta, Eve tiene acento, aunque intente fingirlo.

—¿Qué pasa con él?

—No es inglesa.

—Ya lo sé. —De eso me di cuenta desde la primera vez que la vi ahí tirada, nadie viene a estos lugares a caminar y termina cayéndose por un barranco a mitad de la nada.

—No estoy seguro de que lo supieras.

Estaba demasiado ocupado también intentando averiguar qué escondía como para prestar atención a otras cosas.

—Es irlandesa. —dice por fin.

—¿Y?

—Y nada.

Se encoge de hombros.

—Solo me parece curioso.

—No tiene nada de curioso.

—Una mujer irlandesa aparece medio muerta en una propiedad perdida de Yorkshire sin documentos, sin teléfono, sin equipaje y con heridas que claramente no se hizo cayéndose de una bicicleta.

Mi jodido padre ya sabe todo lo que yo sé y no puedo discutir también eso con él. Es demasiado listo para mi gusto.

—A mí me parece bastante curioso.

Antes de que pueda responder, Eve se mueve ligeramente sobre el sofá. Apenas un gesto. Un leve fruncir del ceño. Nada más. Sin embargo, los dos miramos inmediatamente hacia ella.

Sigue dormida. Agotada, demasiado pálida e inquieta. Mi padre recoge el material médico y lo guarda en silencio. Eve lleva uno de los vestidos de mi madre que mi padre se negó a tirar, pero no dice nada.

—La subirás a la habitación de invitados.

—Papá...

—La subirás.

—No pienso...

—La subirás—La forma en que lo dice me recuerda exactamente por qué nadie discutía con él cuando llevaba uniforme. Resoplo.

—Esto es una mala idea.

—Posiblemente, pero nadie morirá en mi propiedad y mucho menos en mi sofá. Así que deja la rabieta a un lado, Claus Radkle y

arregla esto.

—Sí, señor—Sigue siendo mi padre después de todo.

—Gracias.

Lo odio cuando hace eso, especialmente porque suele acertar.

Me acerco al sofá y la tomo nuevamente en brazos. Eve ni siquiera se despierta. Su cabeza cae contra mi pecho y una parte de mí se pregunta cuánto tiempo lleva sin sentirse lo bastante segura como para dormir de verdad. No es una pregunta que quiera hacerme. Mucho menos una que quiera responder.

Camino cruzando la cocina y me detengo en seco:

—Papá.

Levanto la vista. Hazel está sentada en la isla de la cocina con una taza de leche entre las manos.

Maldición.

Ve a Eve en mis brazos y luego a mí. La niña es demasiado inteligente, siempre lo ha sido. Y creo que eso viene de mi padre, aunque lo terca lo sacó de su madre. Hazel me sonrío, tiene todavía las mejillas rojas y los ojos llorosos, pero aun así mi pequeña me sonrío.

—¿Quién es?

—Un problema. —Intento hacerla reír. Ya me quedó claro que Eve tuvo tiempo de decirle su nombre, así que ahora puede que sean hasta amigas, lo cual no me sorprende en absoluto.

Hazel sonrío inmediatamente.

—Es muy guapa.

—No empieces.

—Solo digo que es guapa.

—Y yo solo digo que cierres la boca, cachorra.

Su sonrisa se vuelve más grande, exactamente igual que la de su madre. La punzada llega donde siempre lo hace. Rápida. Silenciosa. Imposible de ignorar. Aparto la mirada antes de quedarme atrapado allí y señalo la libreta abierta sobre la encimera.

—Ve a terminar la tarea.

—¿Está muerta?

—No.

—¿Seguro?

—Hazel.

—Ya voy.

La niña levanta ambas manos en señal de rendición y vuelve a concentrarse en su tostada.

No se lo cree.

Yo tampoco me lo creería.

Subo las escaleras con Eve entre mis brazos y avanzo por el pasillo hasta la habitación de invitados. Hace años que nadie duerme aquí. Mantengo el cuarto limpio porque me gusta que la casa esté preparada para cualquier cosa, aunque la realidad es que nunca viene nadie. Nunca dejo que venga nadie. La tranquilidad me resulta más fácil que las visitas.

Empujo la puerta con el hombro y entro.

La habitación está iluminada por la luz suave del atardecer. Las cortinas blancas se mueven ligeramente con la brisa y el olor limpio de las sábanas recién lavadas llena el ambiente. Me acerco a la cama y dejo a Eve sobre el colchón con cuidado. Durante unos segundos permanece completamente inmóvil, con el cabello negro esparcido sobre la almohada y la nueva venda cubriendo parte de su frente.

De cerca sigue pareciendo demasiado joven.

Veinte años, quizás.

Todavía me cuesta creerlo. Veinte años y ya carga una mirada que parece haber vivido tres vidas distintas. La observo un momento más de lo necesario. Después me obligo a apartarme. Porque mi padre tiene razón sobre una cosa.

No sabemos quién demonios es.

Y cuanto más tiempo pasa, más tengo la sensación de que cuando finalmente lo descubra, nada volverá a ser tan sencillo como debería.

CAPÍTULO 8

Eve

Despertar empieza a convertirse en una experiencia desagradable.

Primero llega el dolor, después la confusión y finalmente la humillación de recordar exactamente qué estupidez me ha llevado a terminar otra vez en una cama ajena, porque se siente demasiado cómoda como para seguir en la del establo, además huele demasiado bien a sábanas limpias y caras.

Mantengo los ojos cerrados durante unos segundos mientras intento identificar qué parte de mi cuerpo duele menos. La respuesta es sencilla: ninguna. Tengo la cabeza latiéndome bajo la venda, las costillas protestando cada vez que respiro y la desagradable sensación de que me ha atropellado algo mucho más grande que un toro. Lo peor es que recuerdo perfectamente lo ocurrido. A Hazel, el animal y a Claus gritándome de repente desde que lo conozco. Y, por supuesto, recuerdo haberme desplomado delante de él otra vez como una maldita damisela de una novela barata.

Cuando abro los ojos, descubro que no estoy sola. Una niña me observa con la intensidad de quien lleva demasiado tiempo esperando que ocurra algo interesante. Hazel está sentada junto a la cama con las piernas colgando de una silla demasiado grande para ella y las manos entrelazadas sobre el regazo. En cuanto nota que estoy despierta, sus ojos se iluminan de una forma que me desarma por completo. No estoy acostumbrada a que nadie parezca feliz de verme abrir los ojos.

—Hola, Eve.

Hay algo extraño en la forma en que lo dice. Algo pequeño y frágil que me obliga a incorporarme un poco a pesar del dolor.

—Hola, Hazel.

Hazel baja la mirada inmediatamente.

—Lo siento por lo de antes.

Y ahí está. La culpa. Tan evidente que me aprieta algo dentro del pecho. Durante un instante veo a una niña de cinco años probablemente, intentando cargar con una responsabilidad que jamás debió ser suya y eso me resulta insoportablemente familiar. Quizá porque durante años hice exactamente lo mismo. Quizá porque conozco demasiado bien la sensación de creer que todo es culpa tuya.

—Estoy bien —le digo con una sonrisa pequeña—. Ese toro no podrá con nosotras.

Hazel levanta la cabeza tan rápido que casi me hace reír. La sonrisa aparece inmediatamente en su rostro y la habitación parece cambiar de temperatura.

—Lo sabía. —me dice.

—¿Lo sabías?

—Sí. Sabía que tú eras más fuerte que ese toro.

—Qué confianza tienes en mí.

—Papá dice que eres una extraña.

La respuesta me arranca una risa por la nariz. Creo que alguien ha estado escuchando hablar a los mayores. No me ofende que me llamen extraña, me han llamado de maneras peores toda mi vida.

—Tu papá tiene razón.

Hazel asiente con absoluta seriedad, como si acabara de descubrir una verdad universal, y durante unos segundos me estudia en silencio. Después inclina la cabeza ligeramente hacia un lado y su cabello castaño se mueve también. Lleva vaqueros y una camisa a cuadros.

—¿Sabes hacer trenzas?

Parpadeo.

—¿Trenzas?

—Sip.

La forma en que hace sonar la "p" es tan ridículamente adorable que me cuesta mantener una expresión seria.

—Creo que sí.

—Hablas raro, Eve.

Mierda.

Ahí está.

—¿Raro cómo?

—No hablas como nosotros.

—¿Y cómo hablan ustedes?

—Como papá. —se encoje de hombros.

—Eso suena terrible.

Hazel se ríe.

—Eres de otro país.

Mierda.

—Probablemente.

—¿*Proablemente*? —pronuncia mal de forma divertida.

Me río, ella es muy tierna, no como el ogro de su padre. Me pregunto si su madre también sabrá de mi existencia, seguramente trabaja o está de viaje, lo cuál lo hace todo más incómodo.

—Es una historia larga.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo?

La puerta se abre antes de que tenga que responder.

—Basta de preguntas, Hazel.

Levanto la vista.

Claus entra en la habitación cargando una bandeja y una bolsa de papel. La luz de la tarde entra detrás de él durante un segundo y, por alguna razón, la imagen resulta demasiado doméstica para alguien como yo. Un hombre entrando en una habitación con comida, ropa limpia y expresión de cansancio. Una escena normal. Ridículamente normal.

Y quizá por eso me incomoda.

—Ella solo es curiosa —digo antes de que pueda regañarla.

Claus deja la bandeja sobre una mesa cercana.

—Lo sé y lo siento por eso.

Una ceja oscura se arquea detrás de las gafas.

—No lo sientas. Es una niña muy dulce.

Claus me dedica una mirada extraña, pero no dice nada delante de Hazel.

—Eso pensaba.

Hazel ya ha olvidado completamente el tema de mi acento.

—Papá, Eve sabe hacer trenzas.

Claus se queda inmóvil un segundo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Ya veo.

—Tú no puedes. —Se burla.

El silencio dura apenas un instante.

—Puedo hacer muchas cosas.

—No trenzas.

—No necesito saber hacer trenzas. —Se cruza de brazos y veo sus músculos, lleva la camisa remangada hasta los codos y puedo ver también tinta en ellos, joder él ni siquiera intenta lucir mal. Hasta su cabello, que ahora ya no lleva ese sombrero feo desgastado negro.

—Porque no puedes.

—Porque no necesito. —Continúa él defendiéndose, pero sabe que perdió.

—Porque no puedes. —Ella podría ponerlo de rodillas.

Lo observo mientras intenta discutir con su hija y desde hace mucho tiempo algo parecido a una risa me sube por la garganta. Intento contenerla, pero fracaso. La risa sale sola, pequeña al principio y después más fuerte. Las costillas protestan inmediatamente, pero ya es tarde. No puedo parar de reír.

Y la expresión de Claus cuando se da cuenta de ello es todavía peor.

—No puedes hacer trenzas, vaquero.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Qué decepción. —continúo.

—Sé montar a caballo.

—Impresionante. —le digo.

—Sé construir una casa.

—Fascinante.

—Sé reparar un motor. —asiento divertida y luego le digo:

—Y aun así derrotado por un cepillo y tres mechones de cabello.

Hazel estalla en carcajadas.

Yo también.

Y durante unos segundos peligrosamente breves, olvido que alguien intentó matarme.

...

A pesar de la presencia de Hazel cuando abrí los ojos me pude dar cuenta que ya no estaba en el establo. El colchón es mejor. Las sábanas también. Incluso el aire huele diferente. Cuando consigo incorporarme un poco más, ignorando la protesta inmediata de mis costillas, dejo que la mirada recorra la habitación y comprendo exactamente dónde me han traído. Esto no parece una habitación de invitados. Parece una suite de hotel escondida en mitad del campo. La cama es enorme, con una estructura de madera oscura tallada a mano que probablemente cuesta más que algunos apartamentos en Dublín. Las paredes están revestidas con paneles elegantes, el suelo de madera reluce bajo la luz que entra por los ventanales y las cortinas de lino grueso caen hasta el suelo como si hubieran sido elegidas por algún diseñador obsesionado con los detalles. Hay una chimenea de piedra en una esquina, varias estanterías llenas de libros, una cómoda antigua impecablemente conservada y un sillón junto a la ventana que parece el lugar perfecto para sentarse durante horas con una copa de vino y ninguna preocupación.

Lo que más me sorprende no es el lujo. He crecido rodeada de dinero toda mi vida. Lo que me sorprende es el tipo de lujo. No es ostentoso. No hay mármol brillante ni lámparas absurdamente caras intentando demostrar nada. Todo aquí transmite la sensación de haber sido elegido con cuidado. De pertenecer a una familia que lleva generaciones viviendo entre estas paredes. Cada mueble parece tener una historia. Cada detalle parece pensado para durar décadas. Incluso la vista es ridículamente hermosa. Más allá de la ventana se extienden colinas verdes, cercas blancas, campos interminables y caballos pastando bajo la luz dorada de la tarde.

Parece una postal. Una de esas imágenes perfectas que la gente compra cuando sueña con escapar de la ciudad.

Y entonces recuerdo quién es el dueño de todo esto.

Claus Radkle.

El hombre que viste como un vaquero, trabaja como un granjero y vive en una casa que podría competir tranquilamente con muchas mansiones que he conocido. Por alguna razón, eso me resulta tan irritante como fascinante. Porque nada en él encaja del todo. Es demasiado culto para ser solo un granjero. Demasiado observador para ser únicamente un hombre de campo. Y definitivamente demasiado rico para alguien que pasa la mitad del día cubierto de tierra y arreglando cercas. Mientras apoyo la cabeza contra la almohada, una idea incómoda atraviesa mi mente.

Hazel se ha ido a regañadientes después de que vencimos a su padre, no importa que pueda hacer muchas cosas, no sabe hacer trenzas y perdió la guerra.

Y ahora que hemos quedado solos sigo pensando en algo y es que quizá no soy la única persona en esta casa que está ocultando cosas. La idea sigue rondándome la cabeza mientras observo la habitación. Muchas contradicciones y cosas que no encajan. Claus pasa los días cubierto de polvo, arreglando cercas, cuidando ganado y conduciendo camionetas grandes, pero esta habitación parece sacada de una revista de arquitectura. Todo es demasiado elegante, cuidado y caro. No es el tipo de riqueza que intenta impresionar. Es peor. Es la riqueza que ya no necesita hacerlo.

Mi mirada se desliza hacia una fotografía apoyada sobre una estantería cercana.

No debería mirar.

Lo hago igual.

Es una mujer.

Rubia, con la misma sonrisa de Hazel, es hermosa y llena de vida. Sonríe directamente a la cámara mientras está tocando su barriga. La fotografía está colocada en un lugar demasiado visible para ser casualidad. Nadie deja algo así donde cualquiera pueda verlo si no lo mira todos los días.

Así que esa debe ser la madre.

—¿Dónde está la madre de Hazel? —pregunto, y
arrepintiéndome al mismo tiempo al ver la expresión en el rostro de
Claus.

—Muerta. —Responde, se da la vuelta y se va.

CAPÍTULO 9

Eve

Muerta.

Eso no me lo esperaba. Por un instante me descubro preguntándome cómo murió. Porque está muerta, no necesito preguntarlo para saberlo. Hay una tristeza demasiado antigua en los ojos de Claus para que la historia termine de otra manera. Debería haber más fotografías, pero esa, cuando llevaba a Hazel en su vientre me hace pensar que.

—Oh, mierda.

Puede que, ni siquiera haya sobrevivido al parto.

Aparto la mirada inmediatamente. No es asunto mío. Nada de esto lo es. Lo único que debería importarme es encontrar un teléfono, llamar a Irlanda y descubrir quién demonios decidió venderme. El problema es que cuanto más tiempo paso aquí, más difícil resulta concentrarme únicamente en eso.

Un golpe suave en la puerta interrumpe mis pensamientos. Ni siquiera espero respuesta. Sé quién es. Solo una persona entra en las habitaciones como si le pertenecieran.

Porque le pertenecen.

La puerta se abre y Claus aparece cargando de otra bandeja. La que trajo antes, está intacta, no he querido comer desde que se fue de esa manera. Aunque él sea un idiota, jamás me imaginé que fuera viudo. Ahora entiendo por qué es un tipo malhumorado. Seguramente todavía le duele la pérdida de su esposa.

Mi atención debería ir a la comida. En lugar de eso, la primera imagen que recibe mi cerebro es él ocupando casi todo el marco de la puerta. Vaqueros oscuros. Camisa negra remangada. Gafas. El cabello ligeramente despeinado. La clase de hombre que parece

capaz de derribar una pared y luego sentarse tranquilamente a leer un libro.

—Veo que no comiste anoche. —Quiero discutir, pero la verdad es que no quiero hacerlo.

Es profundamente irritante. Y guapo.

—¿Te gusta?

Parpadeo.

—¿Qué?

—La habitación.

Maldición. Me ha pillado mirándolo.

—Es horrible.

La comisura de su boca se mueve apenas.

—Claro.

—Demasiado limpia.

—Terrible.

—Demasiado cómoda.

—Una tragedia.

—Y sospechosamente cara para alguien que pasa el día persiguiendo vacas.

Claus entra finalmente y deja la bandeja sobre una pequeña mesa junto a la cama.

—Son caballos, también hay vacas. Y no persigo ninguna, ellas me adoran.

Joder, las vacas lo adoran. Cómo no.

—Seguro. —le digo.

Sus ojos se levantan hacia mí. Y ahí está otra vez, esa maldita mirada. La que parece ver más de lo que debería.

—¿Cómo te sientes?

La pregunta llega tan directa que me incomoda. Se fue molesto ayer cuando le pregunté sobre la madre de Hazel, y ahora regresa con las paredes bajas, me gusta. Quiero decir, me gusta que, no esté tratando de matarme.

Aunque lo único que ha hecho es cuidar de mí.

—Como si me hubiera atropellado un toro.

—Eso es porque te atropelló un toro.

—Son detalles. —Me encojo de hombros y evito verle a la cara.

—Detalles importantes, Eve.

—Y sigo viva.

—Apenas. —se mofa.

—Qué optimista eres, señor Radkle.

—Alguien tiene que serlo.

Resoplo.

Y él parece extrañamente satisfecho al ver que sigo teniendo energía para discutir. Se acerca a la ventana y ajusta ligeramente una cortina que deja pasar demasiado sol. El gesto es tan cotidiano que me desconcierta. Nadie hace cosas así en mi mundo.

En mi mundo hay empleados, escoltas y conductores. Personas contratadas para resolver problemas y aquí Claus lo hace todo él mismo. Y cuanto más lo observo, menos entiendo cómo encaja todo.

—¿Qué? — la pregunta me sobresalta.

Mierda.

Otra vez me ha atrapado mirándolo como una tonta.

—Nada. —miento.

—Mentira.

—¿Siempre haces eso? —me quejo.

—¿Qué cosa?

—Saber cuándo la gente te está observando.

Su sonrisa es apenas visible. Como si no quisiera admitir que esto es gracioso para él.

—Sí.

—Qué molesto de tu parte, *vaquero*.

—Lo sé, mi hija me lo recuerda todo el tiempo.

Y ahí está. Por primera vez una sonrisa de verdad, pequeña, pero real. Y el efecto es ridículamente injusto, porque transforma por completo su rostro. Lo vuelve más joven. Más cercano y humano. Y durante un segundo peligroso entiendo perfectamente por qué una mujer podría enamorarse de un hombre como Claus Radkle. Por suerte, yo no soy esa mujer. La conclusión llega tan rápido que casi me hace reír.

Porque ni siquiera me lo creo yo misma, y él continúa mirándome y no me gusta.

Porque cada vez que esos ojos grises se detienen sobre mí tengo la incómoda sensación de que puede verlo todo. Como si estuviera observando algo más que mi rostro. Como si pudiera arrancar cada mentira, cada secreto y cada nombre que llevo escondiendo desde que aparecí en su propiedad. Lo peor es que ni siquiera parece intentarlo. No me interroga, presiona. Ni me amenaza. Simplemente observa.

Y eso resulta mucho más peligroso.

Ahora que conozco a Hazel, la situación se ha vuelto todavía peor. Antes solo estaba preocupada por mí. Ahora hay una niña involucrada. Una niña que se disculpa por cosas que no son culpa suya, que sonríe con facilidad y que todavía cree que el peor problema del mundo es que su padre no sabe hacer trenzas. Ellos son buenas personas. Claus. Hazel. Incluso el abuelo gruñón que finge ser más duro de lo que realmente es.

Yo no debería estar aquí.

Porque la gente como yo arrastra problemas. Y los problemas siempre terminan alcanzándonos.

—Hay ropa nueva en la bolsa.

La voz de Claus me arranca de mis pensamientos. Miro hacia la bolsa de papel que ha dejado junto a la cama.

—¿Fuiste de compras sin mí? —le digo, fingiendo ironía.

La comisura de su boca se mueve apenas.

—Muy chistosa.

—Lo intento.

—Una amiga tiene una tienda en el pueblo. Le pedí varias cosas de tu talla.

¿Una amiga? No debería sentirme rara el saberlo, es un hombre libre y dudo mucho que sea un hombre de amigas, el cuerpo necesita desahogo de todas formas. Miro la bolsa. Después lo miro a él.

—¿Cómo sabes mi talla?

Silencio.

Maldita sea.

El hombre ni siquiera pestañea. Solo permanece ahí, observándome con esa calma irritante.

—Sé hacer muchas cosas, *Salvaje*.

Mi estómago hace algo extraño. Algo que no me gusta. Aunque la respuesta no debería afectarme porque es una tontería y porque seguramente lo habrá deducido viendo la ropa que llevaba puesta.

Y aun así me descubro apartando la mirada primero incómoda y nerviosa. Una sensación absurda que no debería existir.

Joder.

—Come.

La orden me salva.

—Qué romántico.

—Y toma tus pastillas.

—Sigues conquistándome. —lo sé, soy insoportable.

—Son para que la herida de la cabeza no se infecte y para controlar la fiebre.

—Sabes cómo hacer que una mujer se sienta especial, *vaquero*.

—Come, Eve. No tienes cinco años como Hazel.

Eso dolió. Resoplo, pero obedezco. Porque, para mi desgracia, tiene razón.

Claus espera unos segundos para asegurarse de que me tomo los medicamentos y después gira hacia la puerta. Lo observo alejarse. Debería dejarlo marchar. Debería limitarme a comer y seguir fingiendo que no me importa nada de esto.

En lugar de eso, las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

—¿Claus?

Se detiene.

No se gira inmediatamente.

—¿Sí, *Salvaje*?

Por alguna razón, eso hace que resulte más difícil decirlo.

—Gracias.

Ni siquiera sé cuándo fue la última vez que le dije eso alguien.

El silencio dura apenas un segundo. Después gira ligeramente la cabeza. Lo suficiente para que pueda ver parte de su perfil.

—No hay nada que agradecer.

Y se marcha, cerrando la puerta detrás de él y yo me quedo mirando el espacio vacío durante demasiado tiempo.

...

Horas después estoy aburrida hasta niveles que deberían considerarse una forma de tortura. He leído una revista que encontré sobre la mesita, porque los libros que tiene son anticuados y aburridos, observado el paisaje por la ventana, intentar caminar un poco por la habitación, contar las tablas del techo. Incluso he considerado dormir otra vez.

Por eso, cuando alguien llama a la puerta, casi me alegro.

—Adelante.

La puerta se abre lentamente. Y aparece el padre de Claus.

Tiene el mismo porte que su hijo. La misma altura. Los mismos ojos claros. Pero el cabello completamente gris y varias décadas más de experiencia acumuladas en el rostro.

—Menos mal que estás despierta, muchacha.

—Soy Eve.

—Eve *sin apellido*. Lo sé.

Me señala con un dedo.

—Yo soy Arthur Radkle.

Arthur.

Le queda bien. Tiene cara de llamarse Arthur.

—Encantada.

—Todavía no estamos en ese punto.

No puedo evitar sonreír porque es gruñón como su hijo. Ya veo de dónde sacó su encanto.

—Justo cuando empezaba a tomarle cariño.

—Eso sería preocupante. —me dice sonriendo. Es raro, pero agradable, sé que no se fía de mí, soy una completa extraña, pero al menos no quiere matarme como su hijo.

Se acerca con una pequeña bolsa de cuero y la deja sobre una silla cercana.

—¿Puedo revisar tu herida y tus signos vitales?

Miro inmediatamente la puerta. Instinto. Siempre buscando una salida y calculando.

Arthur parece darse cuenta.

—No si no quieres.

La respuesta me sorprende.

—¿Qué?

—No es obligatorio.

Se encoge de hombros.

—Soy un médico retirado que estaba aburrido y quería sacar sus instrumentos.

Eso me arranca una risa. Pequeña pero real.

Son buenas personas, Maeve. Relaja tu mierda.

—En ese caso, sí. Por favor.

—Bien.

Toma una silla y se sienta junto a la cama.

Los primeros minutos transcurren entre tensiómetros, preguntas médicas y observaciones sobre mi recuperación. Arthur es meticuloso. Profesional. Pero no invasivo. Lo cual resulta extraño para alguien que claramente siente tanta curiosidad como su hijo.

—La fiebre ha desaparecido por el momento. —me dice.

—Buenas noticias.

—Las costillas siguen siendo una porquería.

—Eso ya lo sabía. —El dolor es una mierda que apenas lo alivia el medicamento.

—Y sigues siendo demasiado joven para acumular tantas heridas.

Mi sonrisa desaparece un poco. Por suerte él no insiste.

—Hazel parece haberte adoptado.

—Creo que simplemente está aburrida. —le digo.

—No.

Arthur guarda el estetoscopio.

—Hazel es selectiva.

—Tiene cinco años. —Intento sonar razonable, pero se ve que pelea mejor que Claus.

—Precisamente.

Eso me hace reír.

—No funciona así. —niego.

—Créeme. — Se acomoda en la silla. —Funciona exactamente así.

Durante unos segundos ninguno habla. Hay algo cómodo en el silencio.

—Es una buena niña. —le digo.

La frase sale antes de que pueda evitarlo.

Arthur asiente.

—Lo es. Está llena de amor.

—Se parece a su padre. —dice con orgullo.

—Pobre criatura. —Me río, porque en esto estamos de acuerdo.

—Entonces todavía la conoces poco.

Resoplo. Y él sonríe.

—Claus parece más feliz cuando ella está cerca.

La expresión de Arthur cambia apenas, solo un poco, pero lo noto. ¿Acaso Claus no pasa mucho en casa?

—Hazel le salvó la vida.

La frase me sorprende y él se ha dado cuenta que, me ha dado más información de que la debería.

—¿Cómo?

Arthur permanece observando por la ventana unos segundos antes de responder.

—Cuando perdió a su mujer, mi hijo se convenció de que nunca volvería a ser el mismo. Era padre soltero y viudo, lo entendí el mismo año, porque fue cuando también perdimos a su madre.

Baja la vista hacia sus manos.

—Y tenía razón.

La habitación se queda en silencio.

—Pero Hazel hizo que siguiera adelante. —continúa.

Algo se aprieta dentro de mi pecho. Porque conozco esa clase de dolor, conozco a la gente que aprende a seguir respirando únicamente por alguien más.

—La quiere mucho. —Puedo notarlo.

—Más que a sí mismo.

La respuesta llega sin dudar. Es la verdad más evidente del mundo.

De pronto una pregunta peligrosa aparece en mi cabeza. No sobre quién es Claus, ni sus secretos. La pregunta es mucho peor, pero de todas formas la hago dentro de mi cabeza

¿Qué ocurrirá cuando descubra quién soy yo?

CAPÍTULO 10

Eve

La tarde termina convirtiéndose en noche mucho más rápido de lo que esperaba.

Quizá porque llevo días encerrada. Quizá porque esta casa tiene algo extraño que hace que el tiempo pase diferente. Desde la ventana veo cómo las últimas luces desaparecen detrás de las colinas y cómo el cielo se oscurece poco a poco sobre los campos. Todo parece tranquilo. Demasiado tranquilo. Es el tipo de paz que siempre me pareció aburrida cuando era niña y que ahora, por alguna razón, me resulta peligrosa. Porque cuanto más tiempo paso aquí, más fácil es olvidar quién soy realmente.

Un golpe suave en la puerta me obliga a apartar la vista de la ventana.

—Adelante.

La puerta se abre. Y aparece Claus, otra vez con una bandeja.

Empiezo a sospechar que este hombre cree que puede solucionar cualquier problema alimentando a la gente.

—¿Traes otra cena? —Es comida y moría de hambre de todas formas.

—No. —responde, de manera irónica.

Deja la bandeja sobre una mesa.

—Es decoración.

—Qué alivio. —Estoy pensando a creer que este será nuestro juego siempre.

—¿Te quejas mucho o solo cuando estoy cerca?

—Solo cuando estoy despierta.

Pone los ojos en blanco, pero veo una mueca casi sonrisa en su rostro.

—Perfecto. Así sé cuándo estás mejorando.
Intento incorporarme y mis costillas me recuerdan inmediatamente que siguen enfadadas conmigo.
—Maldita sea. —Me quejo
—Sigues quejándote del dolor. Creo que es momento de llevarte al hospital.
—¡Ni se te ocurra! —protesto. Le dedico una mirada asesina. Él ni siquiera parece impresionado.
—Necesitas ducharte.
—Qué romántico. —En verdad odio a este hombre.
—Empiezo a arrepentirme de haberte salvado.
Hijo de puta.

...

Unos minutos después me ayuda a caminar hasta el baño privado de la habitación. No porque quiera. Porque mis costillas siguen recordándome cada movimiento brusco que hice intentando jugar a ser heroína delante de un toro. Su mano permanece firme alrededor de mi brazo mientras avanzamos despacio por la habitación. Ninguno de los dos habla demasiado. Hay algo incómodo en la cercanía. Algo que no sé nombrar.

Cuando llegamos a la puerta del baño, me aparto inmediatamente.

—Puedo sola.
—Sigue diciéndote eso a ti misma, Salvaje.

Llegamos a la puerta del baño y quiero estampársela en la cara.

—Eso ha sonado casi ofensivo.
—Era ofensivo.
Resoplo.
—Voy a ducharme, puedes irte.
—Me quedaré aquí por si necesitas algo.
Me giro lentamente.
—¿Como qué?

—Nunca se sabe—Dice como si se tratara de algo cotidiano que hace todos los días.

—¿Como que me enjabones la espalda?

Una ceja oscura se levanta.

—Puedo hacerlo si es lo que quieres.

Maldición.

No esperaba esa respuesta.

—No quiero a nadie apestoso en mi propiedad.

—Hijo de...

—Cuida esa boca, Salvaje.

La sonrisa desaparece.

—No hagas que meta jabón también en ella. —El silencio dura apenas un segundo.—¿O algo más?

Mi estómago se contrae. Y lo odio. Porque ni siquiera lo dice con intención, su tono sigue siendo tranquilo probablemente ni siquiera se da cuenta de lo que provoca.

—Buenas noches, Claus.

—Todavía no.

Y cierra la puerta del baño antes de que pueda protestar.

Me quito la ropa ignorando el dolor, necesito aclarar mi cabeza y pensamientos sucios con agua. Abro la ducha y el agua caliente golpea mi piel durante varios minutos. Me quedo inmóvil bajo la ducha más tiempo del necesario. Dejando que el vapor llene la habitación, que el calor afloje músculos que llevan días tensos y que el ruido del agua ahogue pensamientos que preferiría no tener.

Por unos minutos consigo fingir que no estoy escondiéndome, que no tengo enemigos, que no hay nadie buscándome para terminar el trabajo. Cuando termino, me apoyo contra los azulejos y cierro los ojos. Y entonces escucho su voz al otro lado de la puerta.

—¿Eve?

—¿Qué?

—¿Sigues viva? —¿Por qué le importa?

—Lamentablemente.

Escucho una risa baja. Y algo dentro de mí responde a ese sonido y también sonrío, aunque no pueda verme. Algo que no debería.

—¿A qué te dedicas, Eve?

La pregunta llega de repente sin advertencia. Y me deja inmóvil bajo el vapor.

Eve. No *Salvaje*.

Me gusta más cuando me llama por mi apodo. Porque cuando utiliza mi nombre habla en serio y está intentando conocerme. Y eso es exactamente lo que no puedo permitir.

No puedo decirle que soy una Kavanagh.

No puedo decirle quién era mi padre.

No puedo decirle lo que he hecho.

No puedo decirle las cosas que he ordenado hacer para demostrar que no era débil.

Pero entonces recuerdo otra vida. Una que existió antes de todo aquello.

Antes cuando dejé de ser princesa a ser reina.

Antes de la sangre.

Antes de convertirme en alguien que apenas reconozco.

—Era bailarina de ballet.

El silencio al otro lado de la puerta dura unos segundos.

—¿Eras?

Trago saliva.

—Sufrí un accidente. —intento restarle importancia, pero el nudo que se forma en mi garganta se siente demasiado para mí y me arrepiento de haber abierto la boca.

—¿Quieres hablar sobre ello?

No respondo inmediatamente, porque ya he terminado de ducharme.

Es ridículo. Completamente ridículo, pero ahora detrás de esta puerta, resulta más fácil respirar, más fácil mentir y recordar a la chica que fui.

Cierro el grifo y el silencio se hace notar. Claus sigue del otro lado de la habitación y tampoco dice nada.

Tomo una toalla y la envuelvo alrededor de mi cuerpo. Después me preparo para salir y abro la puerta.

Pensé que se había marchado, pero ahí está. Esperando del otro lado, apoyado contra la pared, ni siquiera ocupa una de sus

sillas. Es un hombre grande, de gran tamaño y no hablo solo de su altura.

Las manos en los bolsillos lo hacen ver relajado, las gafas ligeramente bajas sobre la nariz, inocente. Pero esos ojos, durante un segundo, recorre mi figura.

Descaradamente.

No como lo harían otros hombres, eso sí. Él lo hace como si supiera lo que hay detrás de esta toalla, como si pudiera ver a través de mi alma. Es quizás porque conoce la muerte, o porque conoce bien lo que es estar muerto en vida.

Quizás en eso nos parecemos un poco.

Después se aclara la garganta. Como si también se hubiera dado cuenta que lo he estado mirando demasiado tiempo.

Tomo un cepillo sobre la encimera y comienzo a peinarme con demasiada fuerza.

¿Hablar sobre ello? Nadie nunca me lo había preguntado.

—Me caí. —Esa es la única explicación que tendrá sobre el tema.

—¿Te caíste? —Como esperaba, no parece estar satisfecho con mi respuesta.

—Sí.

Sigo cepillando mi cabello.

—No hay nada más que contar. —Otra pasada.—Solo me caí. Y ya no pude seguir.

Claus permanece observándome durante unos segundos. No parece convencido. Yo tampoco me creería. Pero ninguno insiste.

Cuando finalmente termino de asesinar a mi cabello, lo veo y asiente. Se mueve hacia la salida, dando por terminada nuestra conversación. Ni siquiera me ayudará llegar de nuevo hacia la cama.

En realidad, puedo moverme por mí misma, pero sentirme cuidada por un segundo, aunque nos hablemos con sarcasmo e ironía, hace que me olvide de todo y me odie más por mentirle.

—Buenas noches, Eve.

—Buenas noches, Claus.

Y cierra la puerta detrás de él.

El silencio regresa. Me quedo observando mi reflejo en el espejo. La mujer que me devuelve la mirada parece una desconocida. Más cansada, dura y rota. Nunca me había sentido tan vulnerable en toda mi vida hasta ahora. Estar cerca de él, me hace sentir demasiado pequeña, es lo que me hace ser eso por lo que me llama, una salvaje.

Pero la historia no era una mentira. Fui bailarina.

Y era jodidamente buena.

Durante años pensé que ese sería mi futuro. Los escenarios. Los teatros. Los ensayos interminables. El dolor normal de quien persigue una pasión. Todo terminó el día que llegó un bailarín nuevo a la compañía. Durante una presentación, ejecutábamos un gran *pas de deux*. Una elevación complicada. Él debía sostenerme mientras giraba por encima de su hombro antes de descender lentamente hasta el suelo. Habíamos practicado aquella secuencia decenas de veces.

Una sola salió mal y sus manos resbalaron. Mi cuerpo cayó y toda la fuerza del impacto se concentró en una rodilla. Recuerdo el sonido, un crujido imposible. Después el dolor y el ardor en mi garganta mientras gritaba.

La rodilla se fracturó en cuatro partes. Los médicos prometieron que podría volver. Después prometieron que quizá volvería.

Y finalmente dejaron de prometer nada, las cirugías no arreglaron la pierna y nunca devolvieron lo que perdí.

Los vestidos y saltos desaparecieron, los aplausos también y con ellos desapareció la única vida que había imaginado para mí.

Durante mucho tiempo pensé que aquel fue el peor día de mi existencia. Ahora sé que estaba equivocada, porque ese día solo perdí un sueño.

Años después terminaría perdiéndome a mí misma.

CAPÍTULO 11

Eve

La mañana se me está haciendo eterna.

Llevo más de una hora sentada junto a la ventana observando la vida de otras personas, que es una forma bastante deprimente de describir el aburrimiento. Desde aquí puedo ver casi toda la actividad del rancho. Los trabajadores moviéndose entre los establos. Los caballos recorriendo los cercados. Camionetas entrando y saliendo. Incluso algunas vacas que parecen tener más libertad que yo. Sin embargo, mi atención termina regresando siempre al mismo lugar. Al mismo hombre.

Claus.

Está trabajando cerca de uno de los corrales y debería ser un pecado ser tan guapo, es jodidamente atractivo el vaquero y, aunque intenta fingir que está ocupado, cada cierto tiempo levanta la cabeza hacia la casa. Hacia esta ventana. Hacia mí. No sonríe. No saluda. No hace absolutamente nada amable. Simplemente me mira como si estuviera vigilando a un delincuente en libertad condicional. Lo peor es que, cuando descubre que lo estoy observando, tiene el descaro de fruncir el ceño como si yo fuera el problema.

—Psicópata —murmuro para mí misma.

Por supuesto, está demasiado lejos para escucharme.

Una llamada suave en la puerta me obliga a apartar la vista de la ventana.

—Adelante.

La puerta se abre y aparece Hazel. La niña entra tan tranquila como si esta fuera también su habitación, pero esta vez no viene sola. Lleva algo entre los brazos. Algo blanco, peludo y que hace que todo mi cuerpo se tense inmediatamente.

Oh, no.

No.

No.

No.

Hazel avanza sin sospechar nada mientras sostiene un animal completamente blanco, con ojos azules enormes y una expresión que ya me parece sospechosa. Los animales nunca me han gustado demasiado. Los caballos son una excepción porque al menos son predecibles. Los gatos, en cambio, tienen la costumbre de mirarte como si estuvieran planeando un asesinato. Y bueno, ya sabemos lo que hace un toro.

—Mira quién vino a saludarte. —dice Hazel, sonriéndome, lleva un vestido largo floreado, su cabello completamente revuelto y descalza.

—Qué suerte la mía.

La gata gira la cabeza hacia mí. Y entonces ocurre exactamente lo que temo. La traidora salta de los brazos de Hazel y aterriza directamente sobre mis piernas.

Todo mi cuerpo se queda inmóvil. No grito porque eso sería ridículo. Principalmente porque Hazel está aquí. Pero por dentro estoy negociando mi propia supervivencia.

La gata se acomoda sobre mi regazo como si me conociera de toda la vida.

—Le gustas. —Hazel aplaude, como si fuera algo extraordinario que esté por morir de un infarto.

—¿Tú...crees? —Mi voz sale demasiado aguda.

Hazel frunce el ceño.

—¿Estás bien?

—S...Sí.

Mentira. Estoy convencida de que el animal puede sentir mi miedo, pero no le importa porque me olfatea y se acomoda más. Es cuando la puerta vuelve a abrirse, y por primera vez en mi vida me alegra ver a Claus.

Sus ojos pasan de Hazel a mí y después a la gata. El proceso completo no dura ni dos segundos, pero es suficiente para que entienda exactamente lo que está ocurriendo. La comisura de su

boca se mueve apenas. *Apenas*. Pero lo suficiente para que quiera arrojarle algo a la cabeza.

—Hazel. —Llama a su hija sin dejar de verme.

—¿Sí, papi?

—Lleva a tu gata a tu habitación.

—Pero Daisy está haciendo amigos. —Hace pucheros.

—Daisy está aterrorizando a nuestra invitada.

Lo fulmino con la mirada:

—No estoy aterrorizada.

—Claro que no. —Esto le divierte al bastardo.

—No lo estoy.

—Eve. —Sentencia, levanta una ceja y juro que es lo más sexy que lo he visto hacer desde que lo conozco.

—No lo estoy.

—Parece que estás viendo al diablo.

La gata gruñe, como si entendiera perfectamente lo que Claus dice:

—Quizá el diablo tiene pelo blanco y ojos azules.

Hazel se ríe mientras toma nuevamente a la gata en brazos.

—Ven, Daisy. —Coloca a la gata en el suelo—Eve todavía no entiende tu personalidad.

La gata me mira por última vez antes de desaparecer por la puerta junto a su dueña. Solo entonces vuelvo a respirar.

Claus me observa durante un instante demasiado largo.

—Eres imposible.

—Y tú tienes animales demoníacos. —Me defiendo.

—Es una gata, Eve.

—Exacto. —Un gato puede hacer muchas cosas, la gente puede morir de eso. ¿verdad?

Antes de que la conversación pueda continuar, Hazel regresa prácticamente corriendo y se planta delante de su padre con la misma expresión que utilizan los abogados cuando saben que van a ganar un caso.

—Papá.

—No. —le dice, como si leyera su mente.

—Todavía no he preguntado nada.

—No importa, la respuesta es no.

—Sí importa.

—No.

—Sí.

La niña cruza los brazos. Exactamente igual que él. Y, por alguna razón, eso me hace gracia.

—Quiero que Eve venga a jugar conmigo.

Claus cierra los ojos durante un segundo.

—Hazel...

—Y que me haga trenzas.

—Hazel. —sentencia con poca paciencia hacia su hija.

—Por favor, papi.

—Hazel. Estás abusando de tu poder.

—Lo aprendí de ti. —Yo tengo que morderme el interior de la mejilla para no reírme.

La expresión de Claus es maravillosa. Porque claramente sabe que va a perder esta batalla. Y porque Hazel también lo sabe y es momento de intervenir:

—Puedo ir.

La frase sale de mi boca antes de que pueda pensarlo demasiado. Los dos se giran hacia mí.

Hazel parece haber recibido la mejor noticia del año y Claus parece estar reconsiderando todas sus decisiones vitales.

—¿Estás segura? —pregunta Claus, esperando que, me retracte, pero la verdad es que estoy volviéndome loca aquí encerrada y creo que no hay nada que pueda negarle a esa niña.

Claus ya no está mirando a Hazel. Me está mirando a mí. Observando la venda de mi frente. Las costillas. La forma en que todavía me muevo con cuidado.

—Sí. —afirmo, con una sonrisa.

—Eve.

—Estoy bien. —Lo tranquilizo.

—Eso suele significar exactamente lo contrario.

—Qué poca fe me tienes. —Me quejo.

—Tengo exactamente la cantidad adecuada.

Su mirada permanece sobre mí unos segundos más y algo incómodo se instala entre nosotros. Porque no es desconfianza. No esta vez. Es preocupación y no debería afectarme. No debería importarme que un hombre al que conozco desde hace menos de una semana se preocupe por mí.

Pero importa.

Mucho más de lo que quiero admitir.

—Regresa a trabajar, *vaquero*. Yo cuidaré de Hazel.

La carcajada le escapa antes de que pueda contenerla.

Y Dios mío. Ese hombre debería reír más.

—Algo me dice que ella cuidará mejor de ti.

Hazel asiente inmediatamente.

—Yo protegeré a Eve, papi.

Hazel aprovecha la distracción para agarrar mi mano y tirar suavemente de mí hacia la puerta. Me levanto despacio, ignorando la molestia de las costillas, y permito que me arrastre por el pasillo. Antes de salir, vuelvo la cabeza por puro instinto.

Claus sigue allí. Observándonos.

Y cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, algo pasa. Algo pequeño. Silencioso. Una de esas cosas que nadie dice en voz alta. Porque él sigue sin confiar en mí.

Y yo sigo ocultándole quién soy. No lo culpo, pero de algo estoy segura, no haría nada que pudiera lastimar a esta familia, se ve que ya han sufrido bastante y no seré yo alguien que encienda el cerillo en medio del caos.

CAPÍTULO 12

Claus

Una semana después

Llevo tres días sin abrir el sobre. Tres. Malditos. Días.

Y eso no se parece en nada a mí.

La mayoría de la gente cree que el trabajo más difícil de Código Negro es entrar en los lugares donde nadie más puede entrar. No tienen ni idea. Lo difícil nunca es encontrar información. Lo difícil es lo que haces después con ella. La decisión que tomas cuando la verdad finalmente llega a tus manos y ya no puedes fingir que no existe.

El sobre descansa sobre mi escritorio mientras observo por la ventana de mi despacho. Ha estado ahí cada mañana. Cada tarde y noche. Esperándome y burlándose de mí.

Porque sé exactamente lo que contiene. No los detalles, la respuesta y la verdad sobre Eve. Y ahora no estoy seguro de querer conocerla.

Abajo, en el jardín, Hazel corre detrás de algo que probablemente sea Daisy. La gata escapa entre los rosales mientras mi hija la persigue convencida de que ambas están participando en el mismo juego. Después, sentada bajo uno de los árboles, Eve termina una trenza y la asegura con una cinta azul antes de apartar el cabello del rostro de Hazel.

Mi hija sonríe. Y no es una sonrisa cualquiera. Una de verdad. Una de esas que le iluminan toda la cara. La misma sonrisa que algún día me imaginé ver en su rostro.

Mi mandíbula se tensa. Porque pensé que era feliz conmigo y con mi padre.

Joder.

Pensé que ya lo era.

La quiero más que a mi propia vida. Pero ninguna niña que pierde a su madre y sale completamente ilesa de ello.

Ninguna.

Y verla junto a Eve me obliga a enfrentar una realidad que prefería ignorar.

Hazel la adora.

No sé cuándo ocurrió ni cómo. Solo sé que ahora, cuando llega del colegio, pregunta primero por Eve.

Cuando desayuna, quiere sentarse junto a Eve. Cuando se peina, quiere que Eve le haga las trenzas. Y cuando tiene pesadillas, pregunta si Eve sigue en la casa. Eso debería alegrarme.

En lugar de eso me enfurece. Porque mi hija ya ha perdido demasiado y no pienso dejar que se encariñe con alguien que desaparecerá de su vida. Y porque una parte de mí empieza a sospechar que el problema no es Hazel.

El problema soy yo.

Mi mirada vuelve al sobre.

Código Negro.

Clasificación prioritaria.

Investigación completa.

Yo soy código negro.

La respuesta está ahí al alcance de mi mano. Y aun así sigo sin abrirlo. Porque la última semana ha sido un desastre.

La he visto reír, jugar con Hazel, caminar descalza por la cocina a las tres de la mañana porque no podía dormir.

La he escuchado cantar mientras creía que nadie la oía.

La he visto llorar una vez.

Solo una.

En silencio.

Pensó que nadie la observaba.

Yo sí. Nadie es de hierro, ni siquiera ella como se hace notar. Algo la atormenta, o alguien. Y desde entonces algo no termina de encajar.

Las historias que cuenta y las que evita. Su forma de hablar y esa forma en que siempre se coloca de espaldas a una pared.

La manera en que revisa las ventanas cada vez que entra en una habitación y en que analiza las salidas. La cicatriz de su rodilla. Las pesadillas.

Todo grita peligro.

Y al mismo tiempo...

Todo grita víctima. ¿Lo será?

—Maldita sea.

Mi mano alcanza finalmente el sobre.

Ya está.

Se acabó.

Necesito saberlo. Necesito saber quién demonios vive bajo mi techo. Rasgo el borde de papel. Extraigo el informe. Y empiezo a leer.

La primera página basta para detener mi respiración.

No.

No.

No puede ser.

Paso la hoja.

Después otra.

Cada página empeora la anterior, destruye algo. Cada dato encaja exactamente donde no quería que encajara. Mi pulso empieza a acelerarse.

La mandíbula se endurece. Y una presión oscura comienza a acumularse dentro de mi pecho. Porque conozco ese apellido. Conozco perfectamente ese apellido.

He visto familias destruidas por él. He visto ciudades enteras pudrirse alrededor de organizaciones como esa. Y ahora el nombre está escrito frente a mí.

Ya no podrá esconderse.

Maeve Kavanagh.

Una Kavanagh.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

Me levanto tan rápido que la silla golpea contra la pared y el sonido resuena por toda la habitación. Abajo, a través de la ventana,

veo a Hazel subir al auto que la llevará a la escuela. Justo a tiempo antes de que vea el infierno desatarse.

Veo a Eve levantar la cabeza, esos ojos verdes dirigirse directamente hacia la casa y hacia mí como si pudiera sentirlo, como si supiera exactamente lo que acabo de descubrir.

Y quizá lo sabe.

Y el apellido Kavanagh ha sido enemigo de la mafia inglesa durante más tiempo del que quiero recordar. Apoyo ambas manos sobre el escritorio.

Entonces mi mirada baja hasta la última fotografía del expediente.

Eve, sonriendo vestida de negro. Rodeada de hombres armados. La fotografía de alguien que pertenece exactamente al mundo del que dice estar huyendo. Y algo dentro de mí termina de romperse. Porque si el informe es cierto, si todo esto es verdad, entonces la mujer que duerme bajo mi techo, juega con mi hija y se sienta cada mañana a desayunar en mi mesa no es una desconocida.

Es el enemigo.

Y no sé qué me enfurece más. Que me haya mentido. O descubrir que una parte de mí deseaba desesperadamente que no lo hubiera hecho.

CAPÍTULO 13

Eve

Estoy en el jardín, junto al cercado de las vacas *Highland*, cuando veo a Claus acercarse. Hasta hace unos minutos, el mundo parecía casi soportable. Las vacas son enormes, peludas y absurdamente hermosas, con esos flequillos largos cayéndoles sobre los ojos como si acabaran de despertar de una siesta eterna y no tuvieran ninguna prisa por entender el mundo. Les estoy dando de comer de mi mano porque, por alguna razón inexplicable, estos animales sí me resultan menos amenazantes que la gata blanca de Hazel. Quizá porque no saltan sobre mi regazo sin permiso. O porque no tienen esa expresión de superioridad con la que los gatos parecen juzgarte por respirar.

Los trabajadores pasan a cierta distancia, algunos levantan la mano para saludarme, otros inclinan la cabeza con cortesía, pero nadie se acerca demasiado. No conozco sus nombres. Apenas reconozco algunos rostros. Ellos tampoco preguntan nada y, de pronto, agradezco la indiferencia de los desconocidos. Cuanto menos sepan de mí, más seguros estarán. Cuanto menos me quieran cerca, menos daño dejaré cuando tenga que marcharme o cuando descubran quién soy.

La sonrisa desaparece antes de que pueda evitarlo. Claus no camina como siempre. Durante una semana he aprendido a reconocer sus estados de ánimo, aunque jamás se lo admitiría. Sé cuándo está irritado con un trabajador, cuándo Hazel le ha ganado una discusión, o cuándo su padre lo está provocando o simplemente está cansado de cargar con todo el mundo sobre los hombros. Pero esto es distinto. Mucho peor. Camina hacia mí con la mandíbula rígida, los hombros tensos y una frialdad en el rostro que no le había

visto ni siquiera cuando me encontró apuntándole con una pistola. Si antes era un hombre serio y malhumorado, ahora parece que acaba de ver al diablo y ha decidido venir a matarlo con sus propias manos.

El aire cambia antes de que llegue. Incluso las vacas parecen percibirlo, porque una de ellas levanta la cabeza y deja de comer de mi palma.

—Hola —digo, aunque el nudo que se me forma en el estómago me advierte que no debería hablar.

Claus no responde. Se detiene frente a mí, demasiado cerca para ser educado y demasiado lejos para que pueda llamar a eso una amenaza física. Sus ojos no recorren mi cuerpo como otras veces, no buscan la venda, ni las costillas, ni ninguna señal de dolor. Esta vez solo me miran a la cara, y esa mirada me atraviesa de una forma que me pone helada.

—Veo que te sientes bien —dice al fin, con una calma tan desagradable que preferiría que gritara—. Ya no te duele nada. Así que toma tus cosas y te quiero fuera de mi rancho ahora mismo.

Durante un segundo no entiendo las palabras. O quizá las entiendo demasiado bien y mi cabeza se niega a aceptarlas. La vaca vuelve a empujar mi mano con el hocico, buscando más comida, pero yo ya no puedo mover los dedos.

—¿Qué sucede? —pregunto, y odio que mi voz no suene tan firme como debería—. ¿Por qué me dices eso?

La boca de Claus se endurece. No sonrío, pero algo parecido al desprecio cruza por su expresión y me golpea más fuerte de lo que debería.

—¿Vas a continuar por ese camino?

—¿Qué camino? —pregunto, aunque mi pulso ya está corriendo demasiado rápido, y una parte de mí ya sabe la respuesta, llevo toda la vida reconociendo el instante exacto en que una mentira deja de protegerte y empieza a apretarte el cuello.

—Muy bien —murmura él.

Eso es lo último que escucho antes de que se abalance sobre mí.

No tengo tiempo de reaccionar. Doy un paso atrás, pero él ya está encima. Una de sus manos se cierra alrededor de mi cintura y la otra bajo mis muslos, y antes de que pueda entender lo que ocurre estoy sobre su hombro como si no pesara nada. El movimiento me arranca una punzada brutal en las costillas y un jadeo de rabia que se mezcla con el golpe seco de mi puño contra su espalda.

—¡Claus! ¿Qué demonios haces? —le grito, pero él no responde. Camina hacia el granero con una determinación que me seca la boca. Mierda. Esto no es un arranque de furia. Esto es algo peor. Algo decidido. Esto va a ser un interrogatorio. Y entonces el miedo se convierte en algo más frío, más afilado.

¿Sabe quién soy? Imposible.

Mi información está enterrada bajo capas de protección, nombres falsos, favores, muertos y gente que se ha quedado sin lengua por hablar demasiado. Nadie tiene acceso a ella. Mucho menos un vaquero insignificante como él. Un hombre que se supone que arregla cercas, cuida ganado y le prepara leche a su hija antes de dormir.

Pero cuando entramos en el granero donde desperté la primera vez, algo dentro de mí entiende que Claus Radkle nunca fue solo eso.

Me baja sin delicadeza, aunque tampoco con intención de romperme. Eso me enfurece más. Porque incluso ahora, incluso así, sigue midiendo la fuerza. Me agarra las muñecas antes de que pueda golpearlo de nuevo y las eleva hasta una de las argollas de hierro sujetas a un poste grueso. Entonces veo las cadenas. Reales. Pesadas. Frías.

Durante un segundo el orgullo se me apaga y aparece el pánico, rápido y sucio, subiéndome por la garganta.

—Claus, ¿qué mierda haces? —repito, esta vez más bajo, porque no me gusta cómo suena mi voz y mucho menos cómo se siente el metal cerrándose alrededor de mis muñecas.

—Cállate la puta boca, *princesa*.

El mundo se detiene.

Ni siquiera por la palabra en sí, sino por la forma en que la dice. Con asco. Con una rabia tan contenida que me corta la

respiración. *Princesa*. No *Salvaje*. No Eve. *Princesa*. No. No, no, no. Joder. Me ha descubierto.

No sé cómo, no sé cuánto, pero lo ha hecho. Y mientras termina de asegurar las cadenas, mientras mi vestido se sube un poco por el forcejeo y deja mis piernas más descubiertas de lo que me gustaría, comprendo que algo que había empezado a parecer peligroso por razones equivocadas se ha vuelto peligroso de verdad. Esto no es tensión ni deseo. No es el tipo de amenaza que se puede disfrazar de juego entre dos personas que se atraen. Esto es una mierda. Una trampa. Una caída que debí ver venir desde el primer día.

Claus se aparta y toma una silla de madera, la coloca frente a mí y se sienta con la calma de un hombre que ha interrogado a demasiadas personas y ya no necesita alzar la voz para hacerse obedecer. Detrás de él comienzan a aparecer otros hombres. No son los trabajadores que me saludan en el jardín. Estos no tienen las manos relajadas ni el gesto amable. Visten como vaqueros, sí, con botas gastadas, sombreros bajos y camisas de trabajo, pero la forma en que se colocan alrededor del granero no pertenece a hombres de campo. Pertenece a guardias. Para impedir mi huida.

Algunos llevan armas a la vista. Otros no necesitan hacerlo para que sepa que las tienen. Mi estómago se hunde. Claus no está solo y me temo que lo subestimé demasiado, es un hombre preparado, que está dispuesto a proteger a su familia de criminales como yo.

—Claus —digo, intentando que su nombre no suene como una súplica, porque prefiero arrancarme la lengua antes de suplicarle a nadie.

Él se inclina hacia delante, apoya los antebrazos sobre las rodillas y me mira como si al fin hubiera decidido dejar de fingir.

—¿Quién eres, Eve? Última oportunidad. Si me dices la verdad, te dejo ir ilesa. Si mientes, te quedas, y no será nada agradable.

Me río. No porque me haga gracia, sino porque la alternativa es dejar que vea el miedo. ¿Cree que puede atarme de esta manera sin que haya consecuencias? Está muy equivocado.

—Ya te lo dije. Estaba caminando. No soy de aquí... No lo recuerdo.

Sus ojos se oscurecen.

—Tienes razón en una cosa. No eres de aquí. Vienes de muy lejos. Irlanda del Norte ¿Verdad?

Mierda.

El silencio que sigue es tan espeso que puedo escuchar mi propia respiración. Mis muñecas se tensan contra las cadenas, pero no intento liberarme. No todavía. Sería inútil y no pienso regalarles el espectáculo de verme desesperada.

—Claus, yo...

—Creo que tu memoria está bastante bien después de escuchar eso, ¿no es así? —interrumpe, y la decepción en su voz me arde más que la rabia.

Porque no tiene derecho. No tiene derecho a sentirse traicionado por algo que nunca le prometí. A mirarme como si hubiera entrado en su casa por voluntad propia, como si yo no hubiera aparecido medio muerta en su bosque, y hubiera intentado marcharme antes de que Hazel se metiera debajo de mi piel con sus trenzas, sus preguntas y esa forma absurda de sonreírme como si yo no fuera una amenaza para todo lo que toca.

Entonces dejo de jugar.

Levanto la barbilla y lo miro como me enseñaron a mirar a los hombres que creen que pueden doblarte.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a interrogarme como si fueras el primero que lo intenta? ¿Vas a amenazarme con esos hombres? ¿Vas a golpearme también? He pasado por cosas peores que esto, señor Radkle. Mucho peores. Un vaquero como tú no va a hacerlo difícil.

Algo cambia en su rostro, una sombra apenas visible, pero antes de que responda aparece Arthur en la entrada del granero. Durante un instante creo que va a detenerlo. Quiero creerlo. Quiero pensar que el viejo médico que revisó mis heridas con manos firmes pero cuidadosas tendrá algo que decir al ver a una mujer encadenada en medio de su propiedad. Pero entonces sus ojos se posan en mí y entiendo que él también lo sabe. No me mira como antes. Ya no soy la muchacha herida sin apellido. Ni soy la mujer

que protegió a Hazel de un toro. Ahora soy Kavanagh. Un apellido que pesa más que cualquier herida.

Mi mirada regresa a la de su hijo.

—Qué vas a hacer, ¿marcarme como a una puta vaca? —
escupo, porque el miedo se convierte en veneno cuando no tienes
dónde ponerlo.

Claus no aparta la mirada.

—Si es necesario para que digas la verdad, lo haré. Yo ya la
sé, pero necesito escucharla de tu boca y que me digas, qué
mierdas haces lejos de casa.

La sangre se me enfría. Por un segundo el granero
desaparece y solo queda su rostro. La mandíbula dura y la rabia que
no intenta esconder.

—No te atreverías.

—¿Estás segura de eso, Eve?

—Eres un simple vaquero —digo, aunque ya no lo creo, y
ambos sabemos que acabo de perder esa mentira para siempre—.
Que tengas este lugar no te hace invencible. Yo soy invencible.

La respuesta no llega con palabras. Llega con el sonido del
metal. Uno que se había estado calentando quién sabe cuánto
tiempo.

Quiere *quebrar* algo. Quiere castigarme por haber entrado en
su casa, por haber tocado la vida de Hazel, por haberle hecho creer
que podía confiar en una mujer que lleva el apellido de gente mala.
Y quizá una parte de mí entiende su rabia. Quizá por eso me niego a
darle lo que quiere.

No lloro. El castigo me lo merezco.

Por ser blanda.

Por quedarme.

Por encariñarme.

Por bajar la guardia.

—Última oportunidad, Salvaje—que me llame así lo hace peor.
Lo odio, lo odio con todas mis fuerzas.

—Vete a la mierda, *vaquero*.

Hay algo en sus ojos, es como si por un segundo no quisiera
hacerlo, y al otro, sabe que lo merezco, sabe que no me matará el

hierro con las iniciales de su rancho. RV. Nada de eso importa, cuando veo la decepción en sus ojos, y él la rabia en los míos.

Se planta más cerca y durante un segundo solo existe él. La furia contenida en sus hombros. La tensión brutal en su mandíbula y la decepción oscura que sigue habitando su mirada. No se compara con la mía. Después su mano desciende y un dedo áspero se desliza por mi pierna desnuda para levantar un poco más el vestido. El gesto debería parecer práctico, pero es una última advertencia antes del castigo.

—No me hagas hacerlo, Maeve—que me llame por mi nombre lo hace peor.

Hace que lo odie más, pero en realidad, me estoy odiando más a mí misma. Yo soy la que tiene la culpa, yo soy la que debió decir la verdad, pero él no tiene idea de que lo estoy protegiendo. Una protección que nunca le he dado a nadie, ni siquiera a mí misma.

—Hazlo, cobarde. ¡Termina con esto de una jodida vez! —le grito, con mi garganta ardiendo al rojo vivo.

Lo miro directamente, negándome a bajar la cabeza, negándome a darle el miedo que busca. Y cuando el hierro al rojo vivo toca mi piel, aprieto los dientes hasta sentir sangre en la boca. Pero no lloro. No le doy eso. *Nunca*.

El dolor es blanco. Absoluto. Animal. Me atraviesa tan rápido que durante un instante ni siquiera sé si he gritado. Creo que no. O quizá sí. No importa. Sostengo la mirada de Claus porque no pienso permitir que mi rostro se convierta en una victoria para él. No después de todo. Ni de haber sobrevivido a hombres que sí disfrutaban haciendo daño. Ni de haber sido educada por una familia que confundía amor con posesión y poder con crueldad. El olor a piel quemada me revuelve el estómago, el mundo se inclina, las voces se vuelven lejanas y lo último que veo antes de que todo se rompa es a Claus de pie frente a mí, inmóvil, sin disculparse.

Cuando mi cuerpo cede, no siento el suelo. Tal vez alguien me sostiene. Tal vez las cadenas lo hacen. Tal vez ya no importa. Lo último que escucho antes de perderme por completo es la voz de Arthur, dura, furiosa, mucho más humana que la de su hijo.

—Eres un bárbaro.

—Ella es peligrosa, papá —responde Claus, y su voz suena lejos, pero no arrepentida.

Arthur no baja el tono.

—¿Y tú qué eres haciéndole esto? ¿Mejor que ella?

Todos los hombres disfrutaban haciéndome daño. Claus Radkle no. Él no lo disfrutó. Él odió cada segundo. ¿Entonces por qué lo hizo?

CAPÍTULO 14

Claus

Odié cada segundo. Cada maldito segundo.

Lo odié antes de hacerlo, mientras lo hacía y después, cuando el silencio cayó sobre el granero y el olor a hierro todavía permanecía suspendido en el aire como un maldito triunfo. Durante días me convencí de que, cuando descubriera quién era realmente, todo encajaría. Que la rabia sería suficiente. Que el apellido Kavanagh no borraría las noches en las que la vi sentada con Hazel riendo. Que el informe borraría las veces que la escuché reír. Que la verdad sería suficiente para convertirla en una enemiga y nada más.

No lo fue.

Porque cuando vi cómo levantaba la barbilla para desafiarme, cuando vi el orgullo absurdo con el que intentaba sostenerse incluso sabiendo que había perdido, entendí algo que no quería entender.

Maeve Kavanagh no era lo que esperaba.

Y eso me enfurecía todavía más.

La observé todo el tiempo y vi en ella lo que leí en esos papeles. Cada mentira. Cada silencio. Cada vez que intentó devolverme el golpe con palabras porque ya no podía hacerlo de ninguna otra forma. Y aun así seguí adelante. Seguí porque estaba furioso, porque había metido a una desconocida en mi casa, había permitido que se acercara a Hazel. Porque mi hija sonreía cuando escuchaba su nombre. Y una parte de mí había empezado a confiar en ella antes incluso de saber quién demonios era.

Y porque la atracción enfermiza que sentía hacia esa mujer me estaba volviendo loco.

Quizá esa era la peor parte, no el expediente, el apellido o las mentiras, sino lo débil que fui ante su belleza y descubrir que incluso

después de leerlo todo seguía viendo a la mujer que apareció medio muerta en mi bosque.

Seguí diciéndome que lo soportaría. Que una mujer criada dentro de una organización como esa habría sobrevivido a cosas mucho peores. Que me sostendría la mirada y seguiría desafiándome.

Y me equivoqué.

Porque en cuanto la vi perder el conocimiento supe que había cometido un error.

Uno enorme. La imagen sigue clavada en mi cabeza. El momento exacto en que su cuerpo dejó de resistirse. El instante en que toda aquella rabia desapareció de sus ojos y solo vi miedo.

Ella también se estaba castigando.

La forma en que se desplomó.

Maldición.

Cierro los puños. Mi padre sigue observándome desde el otro extremo del granero. No ha dicho mucho desde entonces.

No necesita hacerlo. La decepción en su rostro habla por sí sola.

—Ella es peligrosa —repito. Pero realmente no sé qué tan peligrosa puede ser si la tengo aquí encerrada, si la encontré inconsciente y herida en mi bosque.

Suena débil incluso para mí.

—¿Y eso justifica lo que acabas de hacer?

No respondo.

Porque no tengo una respuesta que me guste, la verdad sería demasiado complicada de explicar. Vi el nombre Kavanagh y dejé de pensar con claridad. Y porque la verdad más incómoda de todas es que me importó demasiado.

Mi padre resopla.

—Has leído un informe y has decidido quién es.

—No es un simple informe y lo sabes.

—Lo sé mejor que nadie.

Su mirada se endurece.

—Pero también sé reconocer cuándo mi hijo está actuando por rabia.

Aprieto la mandíbula.

—No conoces a esa gente.

—Tú tampoco la conoces a ella, apareció herida y la trajiste aquí porque viste a una víctima, las que estás acostumbrada a ver, te has puesto a pensar que ella quizás sea una, aunque tenga un apellido importante, estaba sola.

El golpe da donde debe. Porque tiene razón. No conozco a Maeve. Solo un expediente, fotografías, informes y todo lo que he escuchado y visto por ahí, al ser el mejor amigo del jefe de la mafia de Londres sabes demasiado. Conozco cadáveres relacionados con el apellido Kavanagh.

Pero no a la mujer que se lanzó delante de un toro para salvar a mi hija, a la mujer que se sienta en el suelo a jugar durante horas con Hazel. No conozco a la mujer que todavía tiene pesadillas algunas noches.

Y eso es precisamente lo que me está volviendo loco. Porque ninguna de las piezas encaja.

Ninguna.

—Lo averiguaré.

Mi padre niega lentamente con la cabeza.

—Ten cuidado de no convertirte en aquello que dices perseguir.

Las palabras permanecen conmigo mucho después de que se marche. Solo entonces vuelvo a mirar hacia donde está Maeve.

Ya no está en el granero.

La llevé a su habitación después de que perdiera el conocimiento. Mi padre insistió en revisarla. Yo no discutí. Ni una sola vez. Porque ya había hecho suficiente. Ahora duerme bajo mi techo otra vez. Y eso debería enfurecerme.

Debería.

En lugar de eso me marché solo a mi despacho observando el expediente abierto sobre el escritorio.

Maeve Kavanagh. Veinte años. Heredera. *La princesa*. Y aun así no consigo reconciliarlas con la mujer que conozco. Quizá porque llevo años cazando monstruos.

He visto monstruos.

Los he perseguido.

Los he encerrado.

Los he enterrado.

Y Maeve no tiene la cara de uno. Eso no significa que sea inocente.

Tú tampoco lo eres.

Significa algo peor. Significa que todavía no entiendo qué papel ocupa en esta historia. Pero lo descubriré. Porque ahora sé una cosa con absoluta certeza. No voy a dejarla marchar.

No todavía.

Ella cree que soy un simple vaquero. Quizá sea mejor que siga creyéndolo. Porque nunca debe saber quién soy realmente, lo que es Código Negro, quizás ya lo sabe, pero no tiene idea de que soy uno de ellos.

Nunca debe saber cuántas veces he ayudado a derribar organizaciones construidas sobre sangre, miedo e inocentes que seguramente su apellido construyó. Y nunca debe saber que el hombre que la rescató del bosque fue el mismo que pidió el informe que destruyó todo entre nosotros.

Cuando despierte estará furiosa e intentará desafiarme.

Mentirá.

Me odiará.

Perfecto.

Porque cuando abra los ojos, por fin vamos a tener la conversación que debimos tener desde el primer día. Y esta vez no pienso dejar que se esconda detrás de una mentira.

CAPÍTULO 15

Eve

Abro los ojos lentamente y durante unos segundos no recuerdo dónde estoy. Después llega el techo. La habitación. El olor a madera. Y finalmente el recuerdo.

Claus.

El granero.

Las cadenas.

La palabra *princesa* escupida como si fuera un insulto.

El muy cabrón me marcó.

Maldición.

Me incorporo de golpe y me arrepiento inmediatamente. La cabeza me da vueltas durante un segundo, pero no tanto como debería. Eso es lo primero que me llama la atención. Lo segundo es el dolor. O más bien la falta de él. Me duele, sí. Lo suficiente para saber que sigue ahí. Pero no lo suficiente para justificar haber estado inconsciente tanto tiempo.

Me inyectó algo. O su padre lo hizo. No sé cuál de los dos me molesta más. Mi mirada cae sobre la mesita de noche. Hay vendas limpias. Ungüentos. Gasas. Medicamentos. Todo perfectamente ordenado, como si después de comportarse como un completo animal hubiera decidido jugar a ser médico.

—Hijo de puta.

Mi voz suena áspera. Aparto las sábanas y me siento en el borde de la cama antes de alcanzar la venda que cubre mi muslo. Durante unos segundos dudo. Después tiro de ella.

La piel aparece poco a poco. La marca roja, inflamada e irritada. Me quedo observándola varios segundos. Después otros cuantos más. Y entonces me echo a reír, ni siquiera lo oculto. Es una carcajada de verdad.

—No me lo puedo creer...

Vuelvo a mirar la marca. La risa regresa y veo lo absurdo que es todo. Si no estuviera en este lugar, si yo no hubiera sido traicionada y algo así hubiese pasado, este hombre no estaría vivo. Y es lo que lo hace peor, no quiero matarlo, no todavía.

—Siempre quise un tatuaje. —digo para nadie.

Otra carcajada.

—Nunca pensé que sería en tres dimensiones.

El muy desgraciado. En verdad me marcó como a una puta vaca. La idea debería enfurecerme. Y lo hace. Muchísimo. Pero también tiene algo tan ridículamente ofensivo que resulta imposible no reírse. La risa termina apagándose poco a poco mientras vuelvo a cubrir la herida. Entonces regresa la realidad. Pesada. Fría e incómoda.

Claus sabe quién soy, dudo que lo sepa todo. Pero sabe suficiente.

La pregunta es cómo. Porque eso es lo que no deja de dar vueltas en mi cabeza. ¿Cómo demonios lo averiguó? Se supone que es un ranchero perdido en mitad del campo inglés.

Y sin embargo consiguió información que muy poca gente debería poder conseguir. Eso me preocupa mucho más que la marca. Porque significa que Claus Radkle me ha estado mintiendo igual que yo le he estado mentado a él. Tiene poder, uno que no pensé que alguien como él tuviera.

Y eso cambia las reglas completamente. Me levanto despacio y camino hacia el baño. Cada paso estira la piel herida y me arranca una punzada desagradable. No es insoportable. He sentido cosas peores. Muchísimo peores. Pero sigue siendo suficiente para recordarme que la conversación que tendremos cuando vuelva a verlo no será agradable para ninguno de los dos.

Cuando entro en la ducha, el agua caliente cae sobre mis hombros y cierro los ojos. Por primera vez en días estoy sola. De verdad sola y me siento como la mierda.

Sin Hazel haciéndome preguntas.

Sin Arthur vigilando mis signos vitales.

Sin Claus observándome como si intentara descifrar cada pensamiento que pasa por mi cabeza. Me lo merezco, lo sé. Y, por supuesto, es precisamente cuando estoy sola cuando él vuelve a aparecer en mis pensamientos.

Maldito hombre.

Intento concentrarme en otra cosa.

En Irlanda. En mi familia muerta, en quién pudo traicionarme. En las personas que probablemente me están buscando. En el idiota de mi hermano tal vez. Pero no funciona, porque sigo viendo sus ojos.

La forma en que me miró en el granero.

La furia.

La decepción.

La traición.

Todo mezclado. Y eso es lo que más me molesta y no es la rabia que sintió, fue la decepción. Como si realmente hubiera esperado algo mejor de mí, como si realmente hubiera querido confiar en mí.

Apoyo una mano contra la pared de la ducha y dejo escapar una exhalación lenta. Necesito salir de aquí y recuperar mi arma, averiguar quién intentó matarme.

Necesito dejar de pensar en Claus Radkle. Especialmente porque cuanto más lo pienso, más peligroso se vuelve. Y no hablo del hombre que me encadenó, que descubrió quién soy. Ni siquiera del que me marcó. Hablo del hombre que sigue trayéndome comida. Del que dejó medicinas junto a mi cama después de hacer algo imperdonable.

Del hombre que mira a su hija como si fuera la única cosa importante que existe en el mundo. Ese es el verdaderamente peligroso. Porque es el único que consigue hacerme olvidar durante unos segundos quién soy. Y esa clase de error suele acabar matando a gente como yo. El agua caliente cae sobre mis hombros y cierro los ojos durante unos segundos. Debería estar pensando en cosas importantes. En mi regreso y venganza. En quién me traicionó. En cómo salir de aquí. En el hecho de que Claus Radkle acaba de

descubrir quién soy y que, a estas alturas, probablemente me considere una amenaza más que una persona.

En lugar de eso, sigo pensando en él. De nuevo, joder.

Y eso me enfurece. Porque debería odiarlo. Debería estar planeando cómo romperle la nariz en cuanto tenga la oportunidad, y estar repasando todas las formas posibles de escapar de este rancho.

Sin embargo, mi mente vuelve una y otra vez al mismo lugar.

A sus ojos cuando me estaba atando con las cadenas, a la forma en que pronunció la palabra *princesa* como si le hubiera sabido amarga en la boca, su rabia y la forma tan atractiva en que se ve cada vez que lo veo. Y, peor aún, a la certeza absoluta de que una parte de él no quería encontrar lo que encontré. Apoyo ambas manos contra los azulejos y dejo que el agua siga cayendo. Es ridículo. Claus debería ser la última persona capaz de despertar mi interés. Es controlador. Mandón. Arrogante. Tiene la irritante costumbre de creer que siempre tiene razón y, para empeorar las cosas, a menudo la tiene.

Pero... Aun así, sigo viendo su rostro. La forma en que intenta ocultar todo lo que siente detrás de una expresión imposible de leer. Es un hombre lleno de contradicciones. Y quizá por eso resulta tan peligroso. Porque cuanto más lo conozco, menos encaja con la imagen que intento construir de él. El agua resbala por mi piel mientras dejo escapar una exhalación lenta. La marca vuelve a protestar cuando me muevo y una sonrisa amarga aparece en mis labios.

—Hijo de puta...

La frase sale sola. Porque incluso ahora no consigo decidir qué me molesta más, que me haya descubierto o que me gustaba el juego de ser solo una mujer indefensa para él. O el hecho de que una parte de mí sigue queriendo entender por qué no quiero irme todavía.

CAPÍTULO 16

Eve

Tengo hambre. Después de la ducha me metí a la cama de nuevo y no recuerdo en qué momento me quedé dormida, solamente sé que ya es de día y que me siento como la mierda.

Y tengo hambre.

—Arriba.

La voz de Claus atraviesa mi sueño como una bala.

Abro los ojos de golpe y me incorporo tan rápido que durante un segundo olvido la quemadura, el interrogatorio y el hecho de que técnicamente sigo siendo una prisionera. La luz de la mañana entra por las ventanas y, de pie junto a la cama, está él. Lleva una camisa de cuadros remangada hasta los antebrazos, unos vaqueros gastados que parecen haber sido diseñados para recordarme constantemente que Dios tiene favoritos, y las gafas apoyadas sobre la nariz mientras me observa con esa expresión insoportable que utiliza cuando cree que tiene el control de una situación.

Lo peor es que normalmente lo tiene.

—Buenos días para ti también —refunfuño.

La respuesta es un sombrero golpeándome la cara.

—¿Qué demonios...?

Después llegan unos pantalones, luego unas botas. Y finalmente una camisa. Miro el montón de ropa y después vuelvo a mirarlo a él.

—Si vas a estar aquí, más te vale ganarte el techo y la comida.

Parpadeo varias veces.

—Debes estar bromeando.

Una ceja oscura se levanta.

—¿Acaso me ves riendo, *princesa*?

Odio esa palabra. Aunque venga de ese acento tan... jodidamente inglés y sensual. La odio desde que tengo memoria. La odiaba cuando la utilizaban mis enemigos. La odiaba cuando la utilizaban los aliados de mi padre. Y la odio todavía más cuando sale de la boca de Claus.

Porque él no sabe perfectamente que me molesta.

—Deja de llamarme así.

—Entonces deja de comportarte como una.

Eso me hace ponerme de pie inmediatamente. Mala idea. La marca protesta. Pero mi orgullo gana igualmente.

Camino hasta quedar frente a él y tengo que levantar la cabeza para sostenerle la mirada. Claus es más alto. Más fuerte. Más grande en todos los sentidos posibles. Pero el tamaño nunca me ha impresionado demasiado. He crecido rodeada de hombres peligrosos que utilizaban su fuerza para compensar todo lo demás.

—¿Por qué simplemente no me dejas ir, *vaquero*?

Sus ojos bajan durante una fracción de segundo hacia la marca que oculta la ropa de dormir. Después vuelven a los míos. Algo oscuro cruza por su rostro.

Culpa.

Solo un instante. Después desaparece.

—Porque conoces dónde vivo. — Se ajusta las gafas con un movimiento tranquilo.—Nadie me asegura que no volverás para hacerle daño a mi familia.

—No tienes nada que yo quiera. —La respuesta sale inmediatamente. —Solo eres un vaquero amargado.

Su mandíbula se tensa. Y por alguna razón eso me produce una satisfacción infantil.

—Y ahora seré *jefe*.

—¿Perdón?

—Ahora mismo soy tu jefe.

—Vete al infierno.

—Después de que limpies el granero.

Lo miro fijamente. Él me mira fijamente. Ninguno se mueve. Ninguno aparta la vista. Y otra vez ocurre esa cosa extraña que lleva días pasando entre nosotros.

Esa tensión.

Esa sensación de que estamos discutiendo sobre una cosa mientras pensamos en otra completamente distinta.

—Hablemos entonces. —Mi voz sale más baja.—¿Eso quieres? Hablemos.

Los ojos grises de Claus permanecen clavados en mí.

—Claro que hablaremos.

Da un paso hacia delante y es suficiente para ponerme nerviosa... y cachonda.

—Cuando termines de limpiar el puto granero.

—Eres insoportable.

—Y tú sigues aquí. —responde.

—Porque me tienes secuestrada.

—Detalles. —dice con ironía.

Quiero golpearlo de verdad. Y lo peor es que creo que él lo sabe. Porque una sonrisa mínima amenaza con aparecer. Voy a golpearlo, o mejor, voy a tomar mi arma y dispararle en ese culo perfecto que tiene.

—Necesito desayunar primero.

—No te lo has ganado.

—¿Cómo dices? —Esto es humillante.

—Todo depende de tu trabajo. —Cruza los brazos sobre el pecho.—Ya te lo dije.

—Eres el peor de los jefes.

—¿Y qué? —Su mirada se vuelve más afilada.—¿Papi siempre te dio todo?

El golpe llega donde pretendía. Mi expresión cambia inmediatamente. La suya también. Porque sabe que ha encontrado algo sensible.

—No hables de mi familia.

—¿Por qué?

—Porque no sabes nada de ellos.

—Sé suficiente. —contraataca.

—No.

La rabia empieza a subir por mi garganta.

—No sabes una mierda.

—Entonces explícamelo.

—No soy como ellos. —digo por fin.

La frase sale antes de que pueda detenerla. El silencio que sigue es inmediato. Pesado y peligroso. Porque los dos sabemos que acabo de decir demasiado.

Los ojos de Claus no abandonan los míos. Y desde que entró en la habitación deja de parecer enfadado. Ahora parece interesado en lo que acabo de decirle, pero me importa una mierda, no me quebrará un simple vaquero.

—Demuéstralo, *Salvaje*.

Maldita sea.

Porque una parte de mí quiere hacerlo. Quiere explicarle. Quiere contarle que las cosas nunca fueron tan simples. Que crecer dentro de una familia como la mía no te convierte automáticamente en aquello que esperan de ti. Que hay cadenas que no necesitan metal para mantenerte atrapada.

Pero no puedo.

No todavía. Y él tampoco parece dispuesto a facilitarme las cosas.

Se gira para marcharse. Yo debería dejarlo.

En lugar de eso hablo. Porque hay algo que necesito saber, hay algo que necesito confirmar con todas mis fuerzas, algo que vi en sus ojos.

—Claus.

Se detiene, pero no se gira.

—¿Qué?

—¿Marcarme te hizo sentir mejor?

La habitación se queda completamente en silencio. Y muy lentamente él vuelve la cabeza.

Y veo algo que, desde el granero no esperaba.

Arrepentimiento. Apenas un poco, pero conozco ese sentimiento tan bien. Es así como me siento todo el tiempo.

—No.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

Ahora sí se gira completamente. Y cuando lo hace ya no queda apenas distancia entre nosotros. No recuerdo en qué

momento se acercó tanto. Solo sé que de repente está ahí.

Frente a mí. Demasiado cerca. Lo bastante cerca para ver el cansancio bajo sus ojos, para notar el olor a café y madera. Lo bastante cerca para que mi corazón empiece a comportarse como un completo imbécil.

—Porque estaba furioso. —Su voz baja.—Porque me mentiste.

—Tú también me mentiste. —Sé que no lo ha hecho nunca.

—Nunca dije quién era. —dice.

—Exactamente.

Sus ojos bajan un segundo hacia mi boca. Después vuelven a subir. Y el aire desaparece de la habitación.

Maldición.

Lo ha notado. Esa tensión y esa cercanía que no podemos controlar. Durante un instante absurdo tengo la sensación de que cualquiera de los dos podría cruzar esa distancia. Y eso sería una idea terrible.

Horrible.

Catastrófica.

Porque sigo enfadada con él, él sigue enfadado conmigo, ninguno confía en el otro. Y porque probablemente deberíamos intentar matarnos antes que besarnos.

—Ve a limpiar el granero, Maeve.

La forma en que pronuncia mi verdadero nombre me golpea más fuerte de lo que debería.

Sin burlas.

Sin rabia.

Sin sarcasmo.

Solo Maeve.

Después se aparta. Rompiendo el momento antes de que se convierta en algo peor.

—Pero primero desayunarás.

Parpadeo.

—¿Qué?

—No voy a dejar que te mueras de hambre.

—Hace treinta segundos dijiste que no me lo había ganado.

—He cambiado de opinión.

—Eres un tirano. —Y aquí vamos de nuevo.

—Y tú llegas tarde al trabajo.

Tomo una de las botas y se la lanzo. Se aparta sin esfuerzo.

Por supuesto. Y la sonrisa que aparece finalmente en su rostro mientras sale de la habitación es exactamente el tipo de sonrisa que me recuerda por qué necesito recuperar mi arma cuanto antes.

Porque cada día que paso aquí resulta un poco más difícil recordar que Claus Radkle debería ser solo un peón.

CAPÍTULO 17

Eve

Nunca pensé que terminaría limpiando un granero.

Si alguien me lo hubiera dicho hace un mes, probablemente le habría disparado por insultarme. Maeve Kavanagh, heredera de una de las organizaciones criminales más poderosas de Irlanda, sosteniendo una pala entre las manos mientras recoge paja sucia y limpia bebederos. Es ridículo. Tan ridículo que por momentos me entran ganas de reírme sola. Luego recuerdo que el responsable de todo esto es Claus jodido Radkle y las ganas se transforman inmediatamente en deseos de enterrarle esa misma pala en la cabeza.

El granero es mucho más grande de lo que imaginé la primera vez que desperté aquí. Ahora puedo caminar sin marearme tanto y descubro que hay una rutina perfectamente organizada. Los caballos ocupan la mitad del lugar y no solo hay un granero hay cinco. Las herramientas están ordenadas con una precisión enfermiza. No hay una sola cuerda fuera de lugar. Todo huele a madera, heno y cuero nuevo. Incluso el desorden parece tener permiso para existir únicamente donde Claus decide que puede hacerlo. Es irritante. Igual que él.

—Así no terminarás nunca.

Levanto la cabeza.

Un hombre de unos cuarenta años me observa apoyado sobre una horca de madera. Es alto, de barba pelirroja y una barriga que delata demasiados desayunos ingleses.

—¿Perdón?

—La escoba.

Se acerca con una sonrisa tranquila y me la quita de las manos antes de que pueda protestar.

—No la empujes. Déjala deslizarse.

Hace un movimiento sencillo. En menos de diez segundos deja limpio un espacio que a mí me había tomado varios minutos.

—Presumes demasiado.

El hombre suelta una carcajada.

—Llevo quince años trabajando aquí. Si no aprendiera ya sería preocupante.

—Gracias.

—Soy Graham.

Me ofrece la mano y la estrecho con cuidado.

—Eve.

No pregunta mi apellido y lo agradezco.

—¡Graham! —grita una mujer desde el otro lado del establo.

Levanto la vista. Ella viene caminando con un cubo lleno de alimento mientras sacude la cabeza.

—¿Ya estás molestando a la chica nueva?

—Solo intento que no barra como si estuviera peleándose con el suelo.

La mujer se ríe antes de detenerse junto a nosotros. Tiene el cabello rubio recogido en una coleta alta y la piel llena de pecas y es muy bonita.

—No le hagas caso. Lleva creyéndose capataz desde que aprendió a usar una escoba.

—Porque alguien tiene que enseñar aquí. —dice Graham.

Ella le da un pequeño codazo.

—Soy Emma.

—Eve.

—Ya lo sabemos. —Eso me pone inmediatamente alerta.

Ella parece notarlo.

—Hazel habla mucho de ti.

Mi cuerpo se relaja apenas un poco.

Claro que sí es Hazel.

—Espero que solo diga cosas buenas.

—Dice que haces las mejores trenzas del mundo.

No puedo evitar sonreír.

—Eso es discutible.

—Y que el jefe no sabe hacer ninguna.

Graham estalla en carcajadas.

—Eso también lo sabemos todos.

Una voz nueva interrumpe la conversación.

—Porque el jefe tiene manos para arreglar motores y pagar nuestro sueldo, no para peinar niñas.

Un muchacho aparece empujando una carretilla llena de pacas de heno. Debe tener veintidós o veintitrés años como mucho. Alto. Moreno. Con una sonrisa demasiado fácil y unos ojos claros que me observan con abierta curiosidad.

—No la asustes el primer día, Liam —dice Emma.

—No la estoy asustando.

La sonrisa del chico se vuelve todavía más amplia mientras se acerca.

—Solo intento averiguar si la famosa Eve existe de verdad.

—¿Famosa? —me quejo.

—Hazel no ha hablado de otra persona durante una semana.

—dice Liam.

Pongo los ojos en blanco.

—Eso explica muchas cosas.

—Y también explica por qué el jefe lleva varios días con peor humor del habitual.

Todos se quedan en silencio. Liam carraspea inmediatamente.

—Creo que no debía decir eso.

Emma le da otro codazo.

—No, definitivamente no.

Yo hago como si no hubiera escuchado nada. Aunque lo hice, demasiado bien.

Seguimos trabajando durante un rato. Graham y Emma terminan saliendo para revisar uno de los corrales y Liam desaparece con la carretilla hacia el otro extremo de la finca. Poco a poco el granero vuelve a quedarse en silencio. Solo quedan el sonido de los animales, el roce de la escoba sobre el suelo y mi respiración cada vez un poco más pesada. Los movimientos siguen protestando con

cada movimiento amplio y la marca arde debajo de la ropa como un recordatorio constante de quién manda aquí.

No voy a darle esa satisfacción.

Termino de mover unas pacas de heno y camino hacia una estantería donde Claus guarda herramientas. El suelo está cubierto por una fina capa de paja y barro seco. No veo el cubo de metal hasta que mi bota choca contra él.

Todo ocurre demasiado rápido.

El cubo se mueve y mi pie resbala. Intento recuperar el equilibrio pero es nulo. Caigo de rodillas contra el suelo de piedra con un golpe seco que me deja sin aire.

Durante un segundo todo se vuelve blanco. El dolor sube por mi costado como fuego. Aprieto los labios con tanta fuerza que siento el sabor metálico de la sangre.

No.

No voy a gritar.

No delante de nadie.

Respiro una vez. Después otra.

Apoyo una mano en el suelo para levantarme y noto algo húmedo. La palma está cubierta de sangre. Una de las piedras ha abierto una nueva herida en mi pierna.

Perfecto.

Justo lo que necesitaba. Me limpio la mano contra el pantalón antes de que nadie pueda verlo. Después me pongo de pie despacio. Las piernas me tiemblan y la cabeza también.

Pero sigo respirando.

Eso es suficiente.

Tomo nuevamente la escoba y continúo trabajando. Como si no hubiera pasado nada. Como si no sintiera la sangre resbalando lentamente por mi pierna dentro del pantalón y cada paso no me recordara que mi cuerpo todavía está lejos de recuperarse.

No pienso darle a Claus otra razón para tratarme como si estuviera rota.

No otra vez.

CAPÍTULO 18

Claus

No necesito vigilarla. O eso me repito toda la tarde.

Eve lleva aquí suficientes horas para saber dónde está cada herramienta, qué animales no debe tocar y cuáles sí, cómo se limpia un establo y dónde termina cada cosa. Emma, Graham y el metiche de Liam seguramente ya le explicaron el resto. Son buena gente. Demasiado buena. Sobre todo, con ella. La han tratado como si llevara años trabajando aquí y no como una desconocida que apareció medio muerta en mi bosque con un apellido capaz de iniciar una guerra. Debería molestarme. En cambio, termino caminando hasta el lindero del corral con la absurda excusa de comprobar cómo va el trabajo. La verdad es otra. Sé perfectamente que no hará un buen trabajo. Nunca ha hecho una labor física en su vida. Se nota en la forma en que sostiene las herramientas, en cómo intenta ocultar el cansancio y en el orgullo enfermizo con el que se niega a pedir ayuda.

La encuentro barriendo el último pasillo del granero. Tiene el cabello negro recogido de cualquier manera, varios mechones pegados al cuello por el sudor y la camisa de cuadros remangada hasta los codos. Está completamente cubierta de polvo, con una mancha de heno en una mejilla y las botas llenas de barro. Si alguien me hubiera enseñado una fotografía suya hace un mes, jamás habría imaginado que la heredera de la familia Kavanagh terminaría así. Y, sin embargo, hay algo inquietantemente hermoso en verla fuera de ese mundo. No parece una princesa. No parece una criminal. Solo parece una mujer agotada intentando demostrar que todavía puede mantenerse en pie.

Entonces la veo cojear.

Es apenas un instante. Tan leve que cualquiera podría pasarlo por alto. Da un paso, carga el peso sobre la pierna sana y vuelve a enderezarse antes de que nadie lo note.

Cualquiera.

Menos yo.

Camino hacia ella sin pensarlo demasiado.

—Estás cojeando.

Ella sigue barriendo. Ni siquiera levanta la cabeza.

—Estoy bien, *vaquero*.

—No te he preguntado cómo estás. He dicho que estás cojeando.

—Y yo te estoy diciendo que estoy bien.

Da otro paso. Vuelve a cojear. Y sigue fingiendo que no ocurre nada.

Aprieto la mandíbula.

—Eve...

—Estoy trabajando...*jefe*.

Ni siquiera espera mi respuesta. Continúa alejándose con la escoba al hombro como si la conversación hubiera terminado. La observo unos segundos más antes de girarme. Conozco esa terquedad. Ya la he visto antes. Es exactamente la misma expresión que tenía cuando la encontré en el bosque apuntándome con una pistola mientras apenas podía respirar. Si insiste en que está bien, podría caerse delante de mí y seguiría negándolo.

Salgo del granero y encuentro a mi padre cepillando a Atlas, su caballo favorito. El viejo levanta la vista apenas me escucha acercarme y ni siquiera necesita preguntarme qué ocurre. Me conoce demasiado.

—Se cayó. —dice sin mirarme.

Me detengo en seco.

—¿Cómo que se cayó?

—La vi hace un rato.

Sigue cepillando al caballo como si estuviera hablándome del clima.

—Tropezó con un cubo. Cayó sobre una piedra.

Mi cuerpo entero se tensa.

—¿Y por qué nadie me avisó?

Arthur me dedica una mirada de esas que llevan cuarenta años diciéndome que deje de comportarme como un imbécil.

—Porque esperaba que hiciera lo sensato.

—¿Qué cosa?

—Que se quejara. —Suspira. —Que dejara de trabajar.

Guarda silencio un momento antes de añadir:

—Pero es terca como una puta mula. Me recuerda a tu madre.

Miro hacia el granero.

—Eso ya lo sabía.

—Está manejando bastante bien el dolor.

Las palabras me golpean más de lo que deberían.

Porque sé exactamente por qué. La mafia no cría hijos. Cría supervivientes. Si Maeve aprendió a seguir caminando con una herida abierta, es porque alguien le enseñó que detenerse nunca fue una opción.

No espero a escuchar nada más. Dejo a mi padre hablando solo y vuelvo al granero. La encuentro exactamente donde imaginaba.

Sola. Empujando un saco de alimento que pesa casi lo mismo que ella.

Da un paso.

Cojea otra vez.

No me ha visto.

Perfecto.

Porque discutir con ella sería perder diez minutos que ninguno de los dos tiene ganas de desperdiciar. Llego hasta su espalda y, antes de que pueda protestar, paso un brazo por detrás de sus rodillas y el otro alrededor de su espalda.

La levanto del suelo como si no pesara nada.

—¿Qué demonios haces?!

Su grito hace que medio granero vuelva la cabeza hacia nosotros. Graham deja la horca. Emma se tapa la boca para esconder una sonrisa. Liam directamente estalla en carcajadas.

—Ya decía yo que esto iba a pasar —murmura.

Perfecto. Seré el hazmerreír del rancho durante el resto del día.

—¡Bájame!

Eve comienza a removerse entre mis brazos.

—Estás lastimada, Eve.

—¡No, no lo estoy!

—Sí lo estás.

Intento sujetarla mejor mientras ella sigue forcejeando.

—Deja de ser tan terca.

—¡Suéltame, Claus!

—Cuando dejes de sangrar.

Ella deja de moverse. Solo un segundo. Después baja la vista hacia su pantalón. La sangre ha terminado empapando la tela.

Maldición.

Ni siquiera ella se había dado cuenta de cuánto había empeorado. La llevo hasta la casa sin decir una sola palabra más. Mi padre nos observa desde el porche, cruza los brazos y, sorprendentemente, no hace ningún comentario. Eso significa que también ha visto la sangre.

Entro directamente en la cocina y siento a Eve sobre la isla central. Ella cruza los brazos inmediatamente.

Como una niña enfadada.

—Puedo hacerlo sola.

—No.

Abro el botiquín. Busco las tijeras.

—No necesitas...

El sonido de la tela rompiéndose corta la protesta. Levanto con cuidado el pantalón alrededor de la herida y mi respiración se vuelve más lenta.

La piedra abrió un corte no tan limpio.

Hay tierra, paja, sangre seca. Y el borde comienza a inflamarse. Si la hubiera dejado así toda la noche, mañana tendría una infección.

—Eres un desastre.

Ella resopla.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Empiezo a limpiar la herida con una gasa empapada en antiséptico. Ella ni siquiera se inmuta. Solo aprieta un poco la mandíbula.

—Esto va a escocer.

—He sobrevivido a cosas peores.

Lo dice con tanta naturalidad que me obliga a levantar la vista. Nuestros ojos se encuentran.

Otra vez.

Demasiado cerca. Mi mano sigue sujetando su pierna. Ella sigue sentada sobre la encimera. Y, de repente, la cocina parece demasiado pequeña.

—Está claro que te gusto, *vaquero*.

La frase me toma completamente desprevenido.

Parpadeo.

Ella sonríe apenas. Esa sonrisa desafiante que aparece siempre que cree haber recuperado el control.

—Sigue soñando, *Salvaje*.

Intento volver a la herida.

No me deja.

Su mano sube despacio hasta mi cuello.

No aprieta.

Solo me obliga a levantar un poco la cabeza para que vuelva a mirarla.

Maldición.

Las pecas se han multiplicado con el sol de estos días. Tiene el cabello todavía húmedo de sudor. Los labios ligeramente resacos por el cansancio. Y aun así...nunca la he visto tan hermosa. No debería pensar eso. Mucho menos ahora. Mi mirada baja un instante.

Solo uno.

Hasta su boca.

Imagino lo que sería besarla. Morder esos labios tercos. Callarla de una puta vez. Y la idea resulta tan intensa que tengo que apartarme medio paso antes de hacer una estupidez.

Ella lo nota.

Por supuesto que lo nota. Porque sonr e. Muy despacio. Como si acabara de ganar una batalla de la que yo ni siquiera era consciente. Y eso me confirma una cosa.

Maeve Kavanagh puede estar herida.

Puede estar atrapada. Puede estar bajo mi techo. Pero sigue siendo, sin ninguna duda, la mujer m s peligrosa que he conocido.

No aparta la mano de mi cuello.

Es un gesto tan peque o que cualquiera dir a que no significa nada. Sus dedos apenas descansan sobre mi piel, sin apretar, sin obligarme a nada, y aun as  siento ese contacto en cada maldito pensamiento. La cocina ha quedado demasiado silenciosa. Mi padre no ha entrado. Los trabajadores siguen fuera. Incluso el reloj parece haber dejado de sonar. Solo estamos ella y yo.

Eve levanta apenas la barbilla.

— Qu  pasa, vaquero? —murmura sin dejar de sostenerme la mirada—. Hace un momento parec as muy seguro de todo.

No respondo. Porque ya no lo estoy.

Mi mano contin a rodeando su pierna mientras termino de colocar el vendaje, pero hace varios segundos que olvid  por qu  segu a sujet ndola. Solo soy consciente de la cercan a. Del calor que desprende despu s de todo un d a trabajando. De las peque as pecas que cruzan el puente de su nariz y desaparecen bajo el cabello negro, corto y desordenado. Tiene un mech n pegado a la mejilla por el sudor y, por un impulso que no entiendo, me descubro queriendo apart rselo.

No lo hago. Ser a un error. Ella sonr e apenas. Como si hubiera adivinado exactamente lo que acabo de pensar.

—Sigues mir ndome. —dice.

—Estoy comprobando que no te abras la herida.

—Mentiroso.

— Ah, s ?

—Hace rato que terminaste de curarla.

Bajo la vista. Tiene raz n. El vendaje ya est  colocado. Hace demasiado tiempo. Mi mano contin a sobre su pierna por pura inercia.

La retiro inmediatamente. Ella deja escapar una risa baja. Una de esas risas pequeñas que parecen una provocación.

—¿Ahora quién está nervioso?

Levanto la cabeza otra vez.

—No sabes cuándo callarte.

—No contigo. —Morderé esa puta boca.

Yo no retrocedo. Ella tampoco.

La distancia entre los dos desaparece poco a poco hasta que apenas queda espacio para respirar. Podría contar las pestañas de sus ojos verdes. Podría distinguir el aroma del jabón mezclado con el heno que todavía quedó impregnado en su ropa. Nunca había estado tan cerca de ella sin que alguno de los dos estuviera herido o enfadado.

Y quizá ese sea precisamente el problema porque sigo enfadado. Ella también. Y, aun así, ninguno se mueve.

—Deberías apartarte —digo en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque no es buena idea.

—¿Para quién?

No tengo una respuesta. Eve inclina apenas la cabeza. Su mirada baja un instante hasta mi boca y vuelve a subir lentamente. El gesto es tan sutil que cualquiera podría pasarlo por alto.

Yo no. Mi respiración cambia y la de ella también. No sé quién empieza a inclinarse primero.

Quizá ambos. Quizá ninguno. Solo sé que, durante un segundo absurdo, todo el rancho desaparece. Voy a besarla de una jodida vez, sabré su sabor y con eso se acabará todo mi martirio porque seguramente no me gustará.

Hasta que una voz infantil rompe el silencio.

—¡Papá!

Los dos reaccionamos al mismo tiempo. Eve se baja de la isla y da un paso atrás. Yo hago exactamente lo mismo. Hazel entra corriendo en la cocina sujetando un dibujo entre las manos y se detiene en seco al vernos.

—¿Qué sucede? —pregunta mi hija.

Eve carraspea inmediatamente.

—Tu padre estaba regañándome.

Hazel nos observa con esa expresión demasiado inteligente para su edad.

—Parecía otra cosa. Como lo que pasa en esas novelas que mira el abuelo cuando cree que nadie lo está viendo.

—Hazel. —interrumpo, Jesucristo, esta niña.

—¿Qué?

—Nada. —Ella sonríe con inocencia. O finge hacerlo. Nunca estoy completamente seguro.

—Mira lo que dibujé.

Levanta la hoja de papel hacia Eve. Es un caballo enorme con cuatro patas demasiado largas, una niña con dos trenzas y, sorprendentemente, otra figura con el cabello corto y un sombrero de vaquero mal dibujado.

—Somos nosotras.

Eve observa el dibujo varios segundos. Después sonríe de verdad.

—Está precioso.

—¿Verdad que sí?

—Muchísimo.

Aprovecho la distracción para guardar el botiquín y alejarme un poco. Necesito distancia. Aire. Cualquier cosa que me recuerde que todavía puedo pensar con claridad.

Una ducha bien fría.

Ninguna de las dos parece notar mi ausencia cuando me alejo. Salgo de la cocina antes de cambiar de opinión.

...

El agua cae sobre mis hombros mientras apoyo ambas manos contra la pared de la ducha. Debería sentir alivio. No lo siento.

Cierro los ojos. Y vuelvo a verla. No encadenada sino desafiante.

No siendo interrogada por mí, marcada como algo de mi propiedad, pero la realidad es que, Maeve me pertenece mientras esté bajo este mismo techo. Ella es mía.

La veo riéndose con Hazel mientras intenta enseñarle una trenza nueva, discutiendo conmigo por cualquier tontería,

alimentando a las vacas como si hubiera nacido en el rancho y no en el otro lado del mar.

Maldición.

Abro el agua un poco más fría.

No sirve de nada, y mi polla está dura como el puto acero y hierro caliente. Ojalá pudiera marcarla con mi polla, joder.

No lo pienso un segundo más, necesito liberarme, de este pensamiento, del deseo de ver más allá si ella supiera que no soy solo un simple vaquero, que yo también conozco el peligro y tengo las manos manchadas de sangre. ¿Me vería igual? ¿O me retaría peor?

Eso solo hace que me ponga más duro, comienzo a follarme con mi propia mano mientras mi cabeza sigue llena de ella. Sigo recordando la forma en que me sostuvo la mirada en la cocina. Lo cerca que estuve de besarla. Lo fácil que habría sido cometer un error.

Apoyo la frente contra los azulejos y mi mano se vuelve más violenta mientras me lubrico con mi propia excitación.

¿Qué demonios me está pasando?

Ella es una Kavanagh. Una mujer criada en el corazón de una organización a la que me gustaría destruir. Una mujer que todavía me oculta más de la mitad de la verdad. Pero entonces, ella está dentro de mi ducha, la imagino aquí de rodillas, rogando porque meta mi polla en su boca y su coño apretado.

—Eso es, Salvaje. Abre la boca y saca la lengua. —digo para mí mismo, mientras la fantasía está ahí frente a mí.

Puedo sentir mis bolas tensarse. La imagino ahí con las tetas mojadas por la ducha, su mano entre sus piernas, el dolor es insoportable, muere porque entierre mi boca ahí y muerda cada parte sensible.

—Joder. —siseo, bombeando más, ella grita mi nombre.

Claus.

Imagino mi mano en su cabello mientras me come la polla, la levanto de su cabello, fuerte, grita del dolor, pero sé que el dolor le excita y la acorralo contra la pared. Mi polla busca su entrada y sin previo aviso la penetro tan fuerte que veo las estrellas junto a ella.

—Jó...deme. —Me masturbo con ese pensamiento, teniéndola ahí clavada en la pared, con mi polla bien enterrada dentro y ella gritando en mi hombro. Es todo lo que necesito cuando me corro y hilos de semen caen sobre las baldosas.

Mi fantasía se desvanece con mi liberación en el desagüe, pero mis pensamientos siguen en Eve. Y, sin embargo, cuando la tengo delante, mi cabeza deja de comportarse como la de un investigador y empieza a hacerlo como la de un hombre.

Eso no puede volver a ocurrir.

No mientras no sepa quién intentó matarla.

No mientras no descubra por qué apareció en mi bosque.

No mientras siga siendo un peligro para Hazel.

Abro los ojos y dejo que el agua termine de arrastrar mi fantasía del día.

Necesito recordar quién soy.

Porque cada vez que Maeve Kavanagh me sonríe, resulta un poco más difícil hacerlo.

CAPÍTULO 19

Eve

Nunca imaginé que una mesa pudiera ponerme más nerviosa que un interrogatorio.

Tal vez porque en un interrogatorio sabes que el otro quiere hacerte daño. Aquí no. Aquí me ofrecen un plato caliente, una silla y una familia sentada alrededor de la misma mesa. Y eso resulta mucho más peligroso para alguien como yo.

Porque no lo merezco, y mi familia tiene la culpa de ello. Nunca fui digna de un plato de comida caliente sobre la mesa o de tener una conversación en familia mientras comíamos. Solo eran órdenes y castigos, poder y miedo.

La cocina huele a pan recién horneado, carne asada y verduras. Arthur ha cocinado la mayor parte de la cena mientras Claus terminaba de trabajar fuera. Hazel no deja de mover las piernas debajo de la silla porque quiere contar absolutamente todo lo que hizo durante el día. Habla de una mariposa que encontró, de una gallina que decidió perseguirla durante cinco minutos y que su gata volvió a dormir encima de mi cama porque, según ella, "ya me adoptó". Yo apenas sonrío mientras la escucho. Hace años que no compartía una comida donde nadie estuviera armado, donde nadie discutiera por territorio o dinero, donde el silencio no fuera una amenaza constante.

Una vez la comida está servida. Claus entra, deja el sombrero sobre la encimera, se lava las manos y le da un beso a Hazel en la cabeza cuando se sienta a su lado. Y precisamente por eso sé que la paz no durará. Entre más lo veo, más se me hace difícil alejar la mirada por la forma en cómo me ve, cómo me habla y es casi una tortura tener que soportar la magnitud de sensualidad que este hombre desprende cuando lo tengo cerca.

Ellos dan las gracias en silencio, algo que es de esperarse siendo una familia de campo, y es algo que jamás vi con mis propios ojos, solamente sabía que existía. ¿Puedo ser más ridícula? Incluso Hazel junta sus pequeñas manos y da las gracias a su abuelo por el banquete. Una vez nos disponemos a comer, quiero hasta llorar de lo rico que se ve y sabe todo, pero así como es de bueno, acaba cuando Arthur comienza a hablar:

—Háblame un poco de ti, Eve.

Levanto la vista lentamente. Arthur deja los cubiertos a un lado mientras me observa con esa calma que solo tienen los médicos. No parece estar interrogándome. Parece estar intentando entender a la persona que tiene delante. Aun así, mi cuerpo entero se pone en guardia.

Él no es como tu padre, Eve. Nadie de aquí lo es.

—¿De mí? —pregunto, formando una pequeña sonrisa.

—No te conozco y no vamos a tocar ciertos temas. —Su mirada viaja hasta Hazel, que sigue completamente concentrada en hacer montañas de puré con el tenedor—. Solo quiero saber a quién estamos... *cuidando*.

La palabra se queda suspendida entre nosotros.

Cuidando. Miro un instante a Claus. Él continúa comiendo como si la conversación no fuera con él, pero conozco demasiado bien esa mandíbula tensa. Está escuchando cada palabra.

—¿Qué quiere saber?

Arthur apoya los antebrazos sobre la mesa.

—Sobre tu familia.

Antes de que pueda responder, Claus habla.

—Papá... —Hay una advertencia en su voz.

Arthur ni siquiera lo mira.

—¿Eras cercana a ellos?

Cercana. La palabra rebota dentro de mi cabeza. Si supiera lo que en realidad es. Lo más cerca que estuve de mi madre fue cuando todavía estaba dentro de su vientre.

Después desapareció. No físicamente ni emocionalmente. Nunca volvió a existir para mí ni yo para ella, incluso antes de morir,

cuando enfermó, no quiso que nadie estuviera con ella, tampoco quiso un funeral. Y de mi padre...

Lo más cerca que estuvo de mí fue la palma de su mano estampándose contra mi cara cuando era una niña, los nudillos golpeándome la cabeza porque llorar era un signo de debilidad y la voz diciéndome una y otra vez que una Kavanagh no tenía derecho a sentir miedo.

Pero sé que Arthur no está preguntando eso. Sé perfectamente lo que quiere decir. Quiere saber si soy como ellos. Si soy una asesina. Si disfruto haciendo daño.

No soy idiota.

Ellos ya saben quién era mi padre. Saben lo que significa su apellido. Mi familia ha dejado demasiada sangre repartida por todo el Reino Unido como para fingir que nadie los conoce. Bajo lentamente el tenedor. De repente la comida ya no sabe a nada.

—No siempre fui... *cercana*.

Arthur permanece en silencio unos segundos.

—Explícate.

Claus deja los cubiertos sobre el plato.

—Papá.

—Déjala responder, hijo. Creo que podemos mantener una conversación aquí sin que nadie salga herido.

Respiro despacio. No puedo decirles la verdad. Pero tampoco quiero seguir mintiendo todo el tiempo.

—No siempre estuve de acuerdo con las decisiones que tomó mi padre dentro de... la organización.

Arthur asiente despacio.

—¿Cazaban animales o bestias?

Frunzo ligeramente el ceño. Él sonríe con tristeza.

Lo traduzco. ¿Asesinamos malos... o inocentes? La cocina queda completamente en silencio. Hazel deja de comer. No entiende la conversación. Pero sabe que algo ha cambiado.

Yo miro fijamente el plato.

Malos.

Inocentes.

Qué diferencia hay. La sangre siempre tiene el mismo color. El dolor siempre suena igual. Y los muertos nunca preguntan quién tenía razón. Aprieto los puños por debajo de la mesa hasta sentir cómo las uñas se hunden en la palma de mi mano.

Necesito ese dolor.

Necesito recordar dónde estoy.

—Solo... *bestias*, señor.

La mentira sale tan limpia que incluso yo podría creerla. Arthur no responde inmediatamente. Solo me observa. Como si intentara decidir si acaba de escuchar una verdad... o una respuesta aprendida hace muchos años.

Finalmente asiente despacio.

—Bien.

¿Bien? Eso es todo.

No insiste, ni vuelve a preguntar. Y, curiosamente, esa confianza pesa mucho más que cualquier interrogatorio. Porque no la merezco. Empujo el plato unos centímetros. He perdido completamente el apetito.

—Gracias por la cena.

Me pongo de pie despacio y lavo mi plato, algo que jamás hice en mi propia casa, tenía personal para eso y a veces ni siquiera comía en mi propia casa.

—Buenas noches a todos.

Hazel es la primera en reaccionar.

—¡Buenas noches, Eve!

Corre hasta mí con esos pasitos rápidos que siempre parecen estar a punto de hacerla caer. Antes de que pueda decir nada, rodea mi cintura con los brazos y apoya la cabeza contra mi estómago.

Mi cuerpo entero se queda inmóvil. Hace mucho tiempo que nadie me abraza sin esperar algo a cambio. Trago saliva. Levanto una mano y acaricio lentamente su cabello castaño.

Es increíblemente suave ahora que me deja peinarla todos los días.

—Buenas noches, cariño.

Ella levanta la cabeza y me dedica una sonrisa enorme. Sale corriendo y regresa a la mesa a terminar su cena. Cuando vuelvo a

levantar la vista, Arthur también se ha marchado discretamente de la cocina.

Solo queda Claus.

De pie. Apoyado contra la encimera.

Mirándome.

No hay rabia. Solo demasiadas preguntas.

—No le mentiste del todo, ¿verdad? —dice finalmente.

Sostengo su mirada.

—No.

—Pero tampoco le dijiste toda la verdad.

Niego despacio.

—Todavía no puedo diferenciar ciertas cosas, Claus.

Él asiente una sola vez. Como si ya esperara esa respuesta.

—¿Algún día podrás?

La pregunta me atraviesa. Porque, por primera vez en muchos años, deseo que la respuesta sea sí. Pero pertenezco a un mundo donde la verdad siempre termina matando a alguien. Y no estoy dispuesta a que ese alguien sea él.

—Buenas noches, *vaquero*.

Paso a su lado con la intención de subir a mi habitación. Cuando nuestros hombros casi se rozan, él habla otra vez, esta vez tan bajo que apenas lo escucho.

—Buenas noches... Maeve.

Me detengo solo un instante. No me giro. Porque si lo hago, quizá empiece a creer que todavía existe una vida donde alguien pueda pronunciar mi verdadero nombre... sin miedo.

...

No llevo ni cinco minutos en mi habitación cuando llaman a la puerta y no hace falta preguntar quién es.

—Adelante.

La puerta se abre despacio y Claus aparece apoyando un hombro en el marco. Ya no lleva aquella expresión de hombre enfadado que tuvo durante el día. Ahora parece... cansado. Como si hubiera estado peleando consigo mismo desde que terminó la cena.

—Una cosa más.

Levanto una ceja.

—¿No te cansas de dar órdenes?

No responde enseguida. Sus ojos se detienen un instante en mi rostro, recorriéndolo con demasiada calma, y por un segundo tengo la absurda sensación de que busca algo. Después vuelven a encontrarse con los míos.

Maldita sea.

¿Por qué me pone nerviosa que me mire así? Siento el calor subir hasta mis mejillas y me odio por ello.

—Mañana saldré temprano.

Cruzo los brazos.

—¿Y por qué me lo dices?

—Porque regresaré tarde.

Da un paso dentro de la habitación.

—Quiero que te comportes.

—¿Comportarme? —me río.

—Y no te hagas daño, por el amor de Dios. —Responde, dando otro paso. —Y no te metas en problemas.

No puedo evitar sonreír con ironía.

—No lo haré, *señor*.

La palabra apenas termina de salir de mi boca cuando él ya está delante de mí. Tan cerca que apenas tengo tiempo de reaccionar. Su mano asciende lentamente hasta rodear mi cuello. Aprieta, pero sin hacerme daño. Solo mantiene el contacto suficiente para impedir que me aparte mientras, con la otra mano, empuja la puerta hasta cerrarla.

El clic de la cerradura resuena en toda la habitación. Mi respiración se vuelve más lenta y la suya también.

—Ten cuidado, *Salvaje*. —Su voz es grave. Demasiado baja.— No me creo ni una sola palabra de lo que dijiste ahí abajo.

Sostengo su mirada.

—¿Ah, no?

—No.

Sus ojos no abandonan los míos.

—¿Bestias? —Hace una pausa. —¿Así llaman también a sus víctimas?

La pregunta golpea donde más duele. Intento mantener el rostro impassible. No voy a regalarle una reacción esta vez. Ni siquiera estoy intentando quitar su jodida mano de mi cuello.

—Creo que eres todo lo contrario de lo que intentas aparentar.

Su pulgar roza apenas mi mandíbula mientras habla. El gesto es mínimo. Casi accidental. Pero consigue desarmarme más que cualquier amenaza.

—Eres letal. —Hace otra pausa. —Y eres salvaje.

Mi corazón late demasiado deprisa.

—Así que ten cuidado. —Sus ojos se endurecen.—Tu tiempo se acaba.

Trago saliva.

—¿Qué quieres decir?

—Que o me dices por qué apareciste en mi bosque... —Se inclina apenas hacia mí. —...o te vas.

Ahí está. La conversación que llevo evitando desde el primer día. Pero la realidad es que no tengo teléfono. No tengo armas. No tengo forma de contactar con los míos. Ni siquiera sé si puedo confiar en los pocos nombres que todavía repaso una y otra vez antes de dormir. Al principio pensé que la lista de posibles traidores era corta. Después comprendí que quizá el único error fue creer que podía confiar en alguien.

Y, para empeorar las cosas, Hazel. Esa niña se ha abierto paso donde nadie debía hacerlo. Porque ya no solo pienso en escapar. También pienso en lo que dejaría atrás.

—Suéltame. —Mi voz apenas supera un susurro. Él no lo hace.

—¿Vas a hablar?

La pregunta queda suspendida entre nosotros. Está demasiado cerca. Puedo notar el calor que desprende después de todo el día trabajando, el aroma limpio de la ducha mezclado con el olor de la madera que parece acompañarlo siempre. Mi espalda toca la pared y apenas queda espacio entre los dos.

Bastaría con inclinarme unos centímetros. Solo unos centímetros.

Qué idea tan desastrosa.

Mis labios permanecen cerrados.

No puedo hablar.

Porque la verdad arrastraría a esta familia a una guerra que no les pertenece.

Claus sostiene mi mirada durante varios segundos más.

Después deja escapar una respiración lenta. Como si la respuesta ya la conociera desde el principio.

—Es lo que imaginaba.

Retira la mano de mi cuello. Toda la tensión desaparece de golpe y, sin ese apoyo, doy un pequeño paso hacia un lado. El borde de la cama golpea mis piernas y termino sentándome sobre el colchón sin apartar la vista de él.

Claus permanece inmóvil. Observándome con una mezcla peligrosa de ambas cosas y algo más que ninguno de los dos parece dispuesto a nombrar. Sus ojos recorren un instante mi ropa. El pantalón de trabajo. La camisa de cuadros demasiado grande para mí. El cabello todavía desaliñado por el trabajo duro del día.

No hay nada especial. Nada que justifique la forma en que me mira. Y, aun así, siento que ve mucho más de lo que debería.

Finalmente rompe el silencio.

—Una semana, Eve. —Su voz recupera la firmeza de siempre.
—Solo te daré una semana.

—¿Y después?

Él abre la puerta. No responde enseguida. Solo cuando ya está en el umbral habla sin girarse.

—Después dejarás de tener elección.

La puerta se cierra con suavidad. Me quedo sola en medio de la habitación, incapaz de apartar la vista de la madera cerrada frente a mí.

Una semana.

Siete días.

Para decirle lo que me pasó. Para que piense que soy una mujer débil que no debería llevar en sus hombros un trabajo que lo podría hacer mejor un hombre. Una semana para decidir si puedo

confiar en el único hombre que, al mismo tiempo, me ha salvado la vida... y me mantiene prisionera.

Y, por alguna razón, eso último es lo que menos miedo me da.

CAPÍTULO 20

Eve

Estos últimos días en el rancho me enseñan una verdad que jamás habría imaginado: el cuerpo termina acostumbrándose a casi todo. Al dolor de la quemadura que Claus me dejó grabada en la pierna. A las costillas que todavía protestan cuando levanto un saco de alimento algunas veces. Al olor permanente a heno, estiércol y cuero. Incluso a despertarme antes de que salga el sol. Lo que mi cuerpo todavía no consigue entender es por qué, cada vez que creo haber dejado de pensar en él, aparece otra razón para hacerlo. Hoy no está. Salió antes del amanecer como me lo dijo, y el rancho parece... ligero. Nadie espera una mirada de desaprobación, nadie teme escuchar esa voz grave dando órdenes desde el otro extremo del establo. Es extraño admitirlo, pero su ausencia también se nota.

Paso la mañana limpiando los corrales junto a Emma y Graham mientras Liam intenta convencernos, por quinta vez, de que una carretilla puede moverse más rápido si uno le habla con cariño.

—Eso no tiene ningún sentido —dice Emma, soltando una carcajada.

—Claro que lo tiene. Los caballos responden a la voz. ¿Por qué una carretilla no?

—Porque la carretilla no tiene cerebro.

—Yo tampoco cuando me enamoro y aquí sigo.

Graham niega con la cabeza.

—Algún día te vas a casar con una mujer que te haga trabajar el doble.

—Con que esté buena, acepto el riesgo.

Emma le lanza un puñado de paja a la cara.

—Eres insoportable.

No puedo evitar reírme. Una risa de verdad. Hace tanto tiempo que no me sale una sin esfuerzo que hasta yo misma me sorprendo.

Liam me mira de reojo.

—¿Ves? Ya logré que la nueva sonriera.

—No te emociones tanto —respondo mientras empujo otra carretilla—. Ha sido un accidente y deja de llamarme nueva.

—Lo tomaré como una victoria.

Seguimos trabajando hasta que el sol empieza a caer. El calor disminuye y el viento trae el olor de los campos recién regados. Estamos terminando de guardar las herramientas cuando Liam deja caer una noticia como quien habla del clima.

—Hay una fiesta esta noche en el pueblo. El jefe nos dijo que podíamos salir temprano ya que no está.

Levanto la cabeza.

—¿Una fiesta?

—Es en un bar —explica Graham—. Música, cerveza y comida. Lo de siempre.

Emma deja el rastrillo apoyado contra la pared y se vuelve hacia mí con una sonrisa.

—Deberías venir.

—Sí —añade Liam enseguida.

—Haré que Graham también se anime. —dice Emma viendo a su marido.

—Como si necesitara convencerme.

Emma vuelve a mirarme.

—Claro... si el jefe te da permiso.

Resoplo antes de poder evitarlo.

—No necesito el permiso de nadie.

Los tres intercambian una mirada. Después sonríen. Y no dicen nada más.

...

Dos horas después estoy mirándome en el pequeño espejo de la habitación de Emma. Todavía no entiendo cómo ha conseguido convencerme.

Llevo un vestido sencillo de flores pequeñas que ella asegura que pertenecía a su hermana menor. Encima, una chaqueta vaquera porque las noches en Yorkshire son traicioneras. En los pies, unas botas rosas que Liam ha jurado, entre risas, que "son imposibles de combinar con cualquier cosa".

Emma me recoge el cabello con una pinza metálica y deja caer algunos mechones alrededor de mi rostro.

—Listo.

Me observo.

No parezco yo. No parezco Maeve Kavanagh. Solo una chica de casi veintiún años preparándose para salir con sus amigos. Es una sensación extraña. Y peligrosamente agradable.

La pequeña casa de Emma y Graham es modesta, sin lujos, impecablemente limpia y huele bien. Es increíble lo feliz que pueden ser las personas con tan poco.

—El maquillaje es de farmacia —dice Emma mientras guarda las brochas.

—¿Eso era una advertencia?

—Era una disculpa.

Las dos nos echamos a reír.

—El maquillaje es perfecto, Emma. Gracias por ayudar a esta forastera.

...

El pueblo entero parece haberse reunido en la plaza. Es la primera vez que veo este lugar, en cuanto llegué en coche semanas atrás, no presté atención a mis alrededores y ese fue el primer error. No me di cuenta de lo hermoso y simple que puede ser.

Hay música en directo, luces colgadas entre los árboles, niños corriendo con algodón de azúcar y ancianos bailando como si todavía tuvieran veinte años. Graham desaparece casi inmediatamente para saludar a medio mundo, Liam consigue dos cervezas antes incluso de que encontremos una mesa y Emma me arrastra directamente hacia la pista improvisada.

—¡Vamos!

—No bailo. —y no es mentira. Bailaba ballet, eso es todo.

—Mentira.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tienes cara de saber bailar.

Si supiera. No tengo tiempo de responder. La música cambia y Emma ya me está sujetando de las manos. Al principio me siento ridícula. Después mi cuerpo empieza a recordar cosas que mi cabeza había enterrado. El equilibrio. El ritmo. La forma de seguir una melodía sin pensar demasiado.

No es ballet.

Jamás lo será. Pero, durante unos minutos, vuelvo a sentir que mi cuerpo me pertenece. Estoy girando con Emma cuando una mano se desliza descaradamente sobre mi trasero.

Todo ocurre en menos de tres segundos.

Me giro. Encuentro al responsable. Un hombre con sombrero, completamente borracho, sonrío enseñando unos dientes amarillos.

—Ven acá, preciosa...

No termina la frase. Mi puño impacta primero contra su mandíbula. Él tambalea. La botella que alguien ha dejado sobre una mesa termina en mi mano antes de que siquiera piense en ello.

La estrella contra un lado de su cabeza y el cristal estalla. El hombre cae al suelo completamente inconsciente. El silencio dura exactamente dos segundos.

Después alguien empieza a reír.

Otro lo sigue. Y, en menos de un minuto, la música vuelve a sonar mientras dos amigos del borracho lo arrastran fuera del lugar sujetándolo por los brazos.

Como si aquello ocurriera todos los viernes. Emma llega hasta mí con los ojos abiertos de par en par.

—¿Estás bien?

Todavía tengo el cuello caliente por la rabia.

—Nadie me toca el culo.

Ella parpadea. Después rompe a reír.

—Definitivamente me caes bien.

...

Terminamos sentados alrededor de una mesa de madera con otra ronda de cervezas. El ambiente vuelve a relajarse y, mientras escucho a Liam discutir con un anciano sobre cuál es la mejor

cerveza del condado, aprovecho para hacer la pregunta que lleva días rondándome la cabeza.

—¿Y cuál es la historia del jefe?

Los tres se miran. Es Emma quien termina respondiendo.

—Claus casi nunca viene a Yorkshire. Solo aparece en vacaciones o en fechas especiales.

Frunzo el ceño.

—Entonces... ¿Vive en otro sitio?

—Sí. —responde, dándole un sorbo a su cerveza.—Tiene otro trabajo en la ciudad.

Eso me desconcierta. Siempre asumí que era un simple ranchero. Quizá otro rancho o una empresa agrícola.

—¿De qué trabaja?

Graham levanta ambos hombros.

—Nadie lo sabe.

Emma señala su cerveza.

—Creo que he bebido demasiado para pensar en eso.

—Quizá esté casado... —dice Liam muy serio. —Hace una pausa dramática. —...o sea un asesino.

Los tres estallan en carcajadas.

Yo no. Porque aquí estoy. Una asesina. Sentada entre personas que creen que mi mayor preocupación consiste en limpiar establos.

Qué ironía.

—El jefe es un buen hombre —dice Graham cuando las risas terminan—. Solitario, sí. Demasiado serio también. Pero es un buen padre y un gran jefe. Es una pena que sea tan amargado.

No digo nada. Solo doy otro trago a la cerveza. Porque, por mucho que me cueste admitirlo, estoy de acuerdo. Liam aprovecha el silencio para señalarme con el cuello de la botella.

—¿Y tú de dónde vienes?

Sonrío apenas.

—De ninguna parte. Necesitaba trabajo... y el resto es muy aburrido.

Es la mentira más sencilla que he dicho en toda la noche. Y quizá por eso resulta la más fácil de creer.

Emma apoya un codo sobre la mesa.
—Eres muy joven... ¿Cuántos años tienes?
—Cumpliré veintiuno en unos días.
Liam abre mucho los ojos.
—Joder... sí que eres joven.
Graham le da un golpe suave en el hombro.
—Tú también tienes veintiuno, idiota.
—Sí, pero yo parezco más adulto.
Emma lo mira de arriba abajo.
—No. Pareces un niño con barba.

La mesa vuelve a llenarse de risas. Y mientras los escucho discutir, descubro algo que me asusta mucho más que cualquier interrogatorio de Claus. Estoy empezando a sentirme parte de este lugar. Y cuanto más me aferre a él... más doloroso será el momento de marcharme.

...

No recuerdo la última vez que me divertí.

La idea me golpea cuando salimos del bar entre risas, empujones y el murmullo alegre de la gente que sigue llenando la plaza. El aire de la noche es fresco y trae consigo el olor de la lluvia que seguramente caerá antes del amanecer. Graham lleva un brazo alrededor de los hombros de Emma mientras ella intenta convencerlo de que todavía puede conducir perfectamente, aunque ambos saben que será él quien tome el volante. Liam ya ni siquiera está con nosotros. Lo vimos desaparecer de la mano de una chica pelirroja que lo miraba como si fuera el hombre más interesante del condado.

—¡Nos vemos mañana! —grita desde la otra acera antes de perderse calle abajo.

—Ese chico no tiene remedio —murmura Graham riéndose.

—Pero nunca se aburre.

Los tres seguimos caminando hasta el pequeño estacionamiento detrás del bar. Graham abre la puerta del coche y Emma entra primero. Antes de subir, ella gira la cabeza hacia mí.

—¿Vienes?

—Ya voy.

Levanto la cerveza que todavía sostengo entre los dedos.

—Solo necesito un minuto.

Ella asiente sin darle importancia.

—No tardes.

La puerta se cierra. El motor cobra vida. Yo permanezco inmóvil unos segundos, respirando el aire frío de la noche.

Entonces lo siento.

No escucho nada.

No veo a nadie.

Pero mi cuerpo cambia.

Los años dentro de la organización me enseñaron una cosa antes incluso de aprender a disparar. Cuando el peligro está cerca...el cuerpo lo sabe antes que la cabeza.

Mi mano deja caer lentamente la botella vacía.

El cristal golpea el suelo.

Me giro.

No hay nadie.

Qué raro. Doy otro paso. Y entonces ocurre. Una mano enorme cubre mi boca. La otra rodea mi cintura. Todo sucede demasiado deprisa. Me arrastran hacia la oscuridad de un callejón antes siquiera de que pueda clavar el codo en unas costillas.

Intento gritar.

El sonido muere contra aquella palma áspera.

Al otro lado de la calle, en el coche estan Graham, y Emma estalla en una carcajada por algo que él acaba de decir.

No me escuchan.

Mi espalda golpea violentamente la pared del callejón antes de que me empujen hacia el suelo. Las piedras raspan mis rodillas y el vestido se desliza varios centímetros por mis piernas. Intento incorporarme inmediatamente, pero uno de ellos me devuelve al suelo de una patada en el hombro.

Levanto la vista.

Y reconozco el rostro.

El hombre de la botella.

Todavía tiene un corte reciente junto a la sien.

Sonríe. Una sonrisa llena de odio.

—Ya no te ves tan valiente, *maldita perra*.

No está solo. Hay otro hombre junto a él.

Más grande. Los dos me observan de la misma manera. Como si ya hubieran decidido qué van a hacer conmigo. El segundo baja lentamente la vista hacia mis piernas descubiertas. Después vuelve a mirar a su compañero.

Los dos sonrían. Un escalofrío me recorre la espalda.

No.

Eso no.

Cualquier cosa menos eso. Apoyo las manos contra el suelo intentando levantarme.

—No me violarán... —Mi voz sale ronca. Pero firme.—...hijos de puta.

El hombre de la botella se acerca despacio. Demasiado despacio. Se agacha frente a mí.

—¿Ah, no?

Ni siquiera veo venir el golpe. El revés de su mano impacta directamente contra mi rostro.

La cabeza gira con violencia. El mundo desaparece durante un segundo. Y, cuando vuelve...ya no estoy en Yorkshire.

Tengo ocho años. Estoy en casa. Mi padre acaba de perder una partida de póker.

Yo derramé un vaso de whisky sin querer. Después llega la primera bofetada. Luego otra.

Y otra.

—*Las Kavanagh no lloran. Levántate.*

—*No seas débil.*

Regreso al presente incapaz de respirar. No veo el callejón. No veo a los hombres. Solo escucho aquella voz. La de mi padre.

La que creí haber enterrado para siempre.

—¿Qué pasa?

La voz del borracho llega muy lejos. Como si estuviera debajo del agua.

—Ya no hablas tanto...

Mis manos empiezan a temblar. No por miedo sino por el recuerdo.

—Hay que hacerlo rápido —dice el otro hombre mientras mira nervioso hacia la calle.

El primero vuelve a acercarse.

Esta vez no me golpea. Su mano asciende lentamente por mi muslo. Mi cuerpo deja de responder.

No.

No.

Cierro los ojos. Y entonces...

...el peso desaparece.

Escucho un golpe seco. Después otro.

Un grito.

Abro los ojos justo a tiempo para ver cómo uno de ellos atraviesa literalmente el aire antes de estrellarse contra un contenedor de basura.

El segundo apenas consigue darse la vuelta. Un puñetazo le rompe la nariz. Luego una rodilla le hunde el estómago. Cae de rodillas intentando respirar.

Una pistola aparece apuntando directamente entre sus ojos.

Conozco esa postura.

Conozco esa precisión.

No es un vaquero esta noche.

—Señor Radkle...

La voz del hombre tiembla.

—No sabíamos...

—Señor...

Claus ni siquiera pestañea. Tiene el arma completamente inmóvil. Los ojos convertidos en hielo. Nunca lo había visto así. Y, por alguna razón, eso me da más miedo que los dos hombres juntos.

—Denme una razón... —Su voz sale baja. Terriblemente tranquila.—Para no matarlos aquí mismo.

Ninguno responde. El silencio se vuelve insoportable. Uno de ellos empieza a llorar. El otro baja lentamente las manos.

Yo sigo en el suelo.

Incapaz de moverme.

Incapaz de hablar.

—Señor...

—Será mejor que corran o los mataré.

Claus monta el seguro del arma con un movimiento lento. No necesitan escucharlo dos veces. Los dos salen huyendo prácticamente arrastrándose, desapareciendo calle abajo sin volver la vista atrás.

El callejón queda completamente en silencio. Solo escucho mi respiración.

O eso creo. Porque todo sigue sonando demasiado lejos.

Claus guarda el arma. Se acerca despacio y dice algo. No entiendo qué, mueve los labios otra vez.

Sigue hablándome.

No escucho nada.

Él se arrodilla frente a mí. Su mano toca mi mejilla con una delicadeza que no esperaba. Sigue diciendo mi nombre.

Creo.

No estoy segura. Solo siento cuando me levanta del suelo. Esta vez no protesto. No tengo fuerzas. No tengo pensamientos. Solo un enorme vacío dentro del pecho. Me lleva hasta una camioneta negra estacionada unos metros más allá. Abre la puerta del copiloto y me sienta con un cuidado que contrasta demasiado con el hombre que me marcó como a un animal. Después tira suavemente del cinturón de seguridad y lo abrocha sobre mi pecho.

Todo ocurre en silencio. Sube al asiento del conductor y luego enciende el motor. Las luces iluminan la carretera.

Ninguno de los dos habla.

Yo observo la oscuridad detrás del parabrisas mientras apoyo la cabeza contra la ventanilla. Todavía siento el ardor del golpe. Pero duele mucho más el recuerdo que despertó con él. Solo quiero que el camino no termine nunca. Porque sé que, en cuanto esa camioneta se detenga... tendré que volver a enfrentarme a mí misma.

CAPÍTULO 21

Claus

No pensaba venir al pueblo. Ni siquiera me gusta este maldito lugar cuando es de noche. Puede ser muy tranquilo para algunos, pero no cuando ven carne fresca los carroñeros que deambulan por el lugar, no es nada bonito como cualquier otro lugar.

Las fiestas siempre terminan igual: alcohol gratis, forasteros creyéndose dueños del mundo, turistas buscando problemas y algún imbécil convencido de que una mujer sola es una invitación.

Precisamente por eso jamás dejaré que Hazel ponga un pie aquí cuando cae la noche. Lo tenía claro desde que salí esta mañana. Haría mi trabajo en la ciudad, volvería al rancho y el día terminaría como cualquier otro.

Pero llegué a casa.

Y la casa estaba demasiado silenciosa.

Mi padre estaba leyendo en el porche.

—¿Dónde están todos?

—Todos fueron a la fiesta del bar.

Sentí algo extraño. No miedo pero sí instinto. Ese que me ha mantenido vivo demasiados años.

—¿Y Eve?

—Fue con ellos.

No recuerdo haber respondido. Solo recuerdo las llaves de la camioneta entre mis dedos y el motor rugiendo antes incluso de cerrar la puerta.

Le había dicho una sola cosa.

No te metas en problemas. Y, maldita sea, parece que los problemas siempre la encuentran primero a ella. Conduje demasiado rápido. Más rápido de lo que debería. Y llegué a tiempo.

Por unos segundos. Solo unos malditos segundos.

...

La carretera permanece casi desierta mientras regreso al rancho. El motor rompe el silencio, las luces iluminan el asfalto húmedo y, a mi lado, Maeve continúa mirando por la ventanilla como si ni siquiera supiera dónde está.

No habla.

No pestañea.

No respira con normalidad.

—Eve.

Nada.

Ni siquiera gira la cabeza.

Aprieto la mandíbula.

—Eve.

Sigue igual.

No puedo imaginar qué demonios ha pasado dentro de su cabeza para verla así. La mujer que soportó un hierro caliente sin regalarme una lágrima ahora parece perdida en algún lugar donde ni siquiera yo puedo alcanzarla.

—Maeve.

Esta vez mi voz sale mucho más baja. Mi mano abandona el volante y busca la suya. En cuanto nuestros dedos se rozan siento el temblor. Está helada y tiembla sin control.

A la mierda.

Es todo lo que necesito y piso el freno con suavidad y aparto la camioneta al borde del camino. El motor queda encendido, pero ya no me importa llegar pronto.

Me importa ella. Me quito el cinturón y me inclino hacia el asiento del copiloto. Aprieto su mano entre las mías buscando que vuelva a sentir algo, cualquier cosa, y entonces ocurre.

Se rompe.

No hay otra forma de describirlo.

Primero una respiración temblorosa.

Después otra.

Y, finalmente, las lágrimas.

Llora con una desesperación silenciosa que me atraviesa el pecho de una forma que no esperaba. No intenta ocultarlo. No lucha contra ello. Solo deja que todo salga como si hubiera contenido ese dolor durante demasiados años.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

La atraigo hacia mí casi por instinto. Su frente golpea mi pecho y, en cuanto rodeo su espalda con un brazo, empieza a llorar todavía más fuerte.

Cierro los ojos un instante.

¿Llegué tarde?

¿Acaso esos hijos de puta...?

—Lo siento... —dice entre sollozos—. Lo siento... yo solo...

Aprieto un poco más el abrazo.

—No tienes que disculparte.

Ella niega contra mi pecho.

—Lo odio...

Su voz apenas existe.

—Lo odio.

Bajo la barbilla hasta rozar su cabello.

—¿Qué odias, Eve?

Levanta lentamente la cabeza. Sus ojos están completamente enrojecidos. Nunca había visto tanta tristeza concentrada en una sola mirada.

—Que hombres como ellos existan.

Mi mano sube hasta su rostro. Necesito que me mire. Necesito saber la respuesta antes de hacer algo de lo que probablemente no me arrepienta jamás.

—Eve... —Trago saliva. Las palabras cuestan más de lo habitual.—¿Ellos llegaron a...?

No soy capaz de terminar la pregunta. Ella entiende perfectamente qué intento decir.

Niega despacio.

Una sola vez. Y no me doy cuenta de que llevaba varios segundos sin respirar hasta que el aire vuelve de golpe a mis

pulmones.

El alivio apenas dura un instante. Porque inmediatamente después llega otra cosa.

Rabia.

Una rabia tan fría que casi puedo saborearla.

Voy a encontrarlos.

Voy a descubrir quiénes son.

Y desearán no haber nacido.

La vuelvo a abrazar sin decir una palabra más. Esta vez no para consolarla.

También para contenerme a mí.

Permanecemos así durante varios minutos. Poco a poco noto cómo su respiración recupera el ritmo. Sus manos dejan de temblar. El peso de su cuerpo se relaja hasta que, finalmente, se queda dormida apoyada contra mi pecho.

Bajo la vista y tiene el ceño ligeramente fruncido incluso dormida. Como si ni en sueños pudiera descansar. Conduzco el resto del camino con una sola mano sobre el volante mientras la otra permanece alrededor de ella. No pienso demasiado en ello.

Simplemente no quiero que vuelva a sentirse sola.

...

Cuando las luces del rancho aparecen frente a nosotros, detengo la camioneta junto a la casa y apago el motor. Eve abre lentamente los ojos y parpadea varias veces antes de incorporarse de golpe, como si acabara de recordar dónde está.

—Lo siento, Claus.

La observo unos segundos.

—No te disculpes.

Baja la mirada.

—Arruiné tu noche.

No puedo evitar soltar una risa seca.

—Mi noche ya estaba arruinada desde que descubrí que habías ido a esa fiesta.

De repente, una pequeña sonrisa aparece en la comisura de sus labios. Pequeña y cansada, pero real.

—Sigues siendo un vaquero amargado.

—Y tú sigues sin obedecer. Te dije que no te metieras en problemas, pero lo que pasó no fue culpa tuya.

Nuestros ojos vuelven a encontrarse. El silencio regresa, pero ya no pesa igual. Ella está tan cerca que puedo distinguir cada una de las pecas que cruzan su nariz. Un mechón oscuro cae sobre su mejilla y, sin pensar, lo aparto con los dedos.

No debería hacerlo. Ella tampoco debería inclinarse apenas hacia mí, pero lo hace, y yo también.

La beso. Sin pedir permiso. Ella no retrocede; me devuelve el beso con la misma fuerza con la que me desafía todos los días. Mi mano se cierra en su nuca, la suya en mi camisa. No hay dulzura. Solo rabia, tensión y demasiadas ganas contenidas por probarla, al menos así, su boca, esa jodida boca que me desafía. Es el tipo de beso que sabes que no deberías dar... y precisamente por eso resulta imposible detener.

Pero tanto ella como yo queremos más cuando comienza a desabotonar mi camisa y la detengo. Soy yo quien rompe el beso. No porque quiera, es porque jodidamente no haremos esto, sintiéndose vulnerable en estos momentos. Casi la violan, joder y debe estar confundida.

Apoyo mi frente contra la suya unos segundos mientras intento recuperar el control.

—¿Quieres abrir las puertas del infierno, Salvaje?

Ella abre los labios para responder.

—Yo...

Levanto una mano y, con un gesto suave, le impido continuar.

—No. —Mi voz sale ronca.—Todavía no estás lista para todo lo que quiero hacerte.

Permanezco un instante más mirándola.

Después ella abre mi puerta.

—Buenas noches, Claus.

Salgo de la camioneta antes de que cambie de opinión y ella es la primera en entrar a la casa.

No vuelvo la vista hacia enfrente hasta escuchar la puerta de la habitación de ella cerrarse a lo lejos, solo entonces apoyo ambas

manos sobre el lavabo de la cocina y dejo escapar lentamente el aire.

Hay pensamientos peleándose dentro de mi cabeza.

El primero tiene nombre y apellido. Maeve Kavanagh. Los dos hombres del callejón a los que voy a encontrar. Y cuando lo haga, descubrirán que la peor decisión de sus vidas no fue obligarme a intervenir, fue tocar a Maeve Kavanagh.

El segundo pensamiento es todavía más peligroso porque es la continuación del primero. Porque no lleva un arma. Lleva unos ojos verdes, pecas sobre la nariz... y un beso que todavía puedo sentir en mis labios.

Y mantenerme alejado de ella empieza a parecer una misión mucho más difícil que destruir cualquier organización criminal.

CAPÍTULO 22

Eve

Dormí fatal.

Cada vez que cerraba los ojos volvía a sentir su boca sobre la mía. No el beso. El momento justo antes, cuando respiraba tan cerca de mí que parecía dispuesto a romperme de otra forma. Y después... después simplemente se detuvo. Se apartó como si hubiera recordado algo importante, como si besarme hubiera sido un error que no estaba dispuesto a repetir. Qué idiota fui. Por un instante creí que aquel beso significaba algo para él. Que detrás de esa fachada de vaquero gruñón había un hombre que me deseaba tanto como yo empezaba a desearlo a él. Pero no. Claus Radkle siempre tiene el control. Siempre es él quien decide cuándo acercarse y cuándo levantar un muro. Yo solo fui un momento de debilidad. Uno que seguramente ya habrá olvidado.

Así que hago lo único que sé hacer cuando algo empieza a dolerme.

Trabajar. Pero sin arma esta vez y sin derramar sangre, qué aburrido.

Desde que amanece no hago otra cosa que mover sacos de alimento, limpiar los bebederos, revisar cercas y ayudar a Emma con las ovejas que no dejan de escaparse. Nadie me obliga a hacer más de la cuenta, pero necesito mantener la cabeza ocupada. Si dejo de moverme, volveré a pensar en él. En el sabor de su boca. En la forma en que su mano sujetó mi nuca. En cómo me apartó justo cuando empezaba a perder el poco juicio que me queda.

—¡Eve!

Levanto la cabeza.

Hazel corre hacia mí sujetando una manta bajo un brazo y una tablet entre las manos. Lleva dos coletas mal hechas que,

sospecho, se hizo ella sola porque esta mañana no me dejó ayudarla.

—Necesito tu ayuda.

—¿Con qué?

—Es urgente.

Sonrío.

—¿Tan urgente?

Asiente con una seriedad que casi consigue convencerme.

—Muy urgente.

Antes de que pueda seguir trabajando, me agarra de la mano y prácticamente me arrastra hasta la sombra de un enorme roble. Extiende la manta sobre el césped con una precisión admirable y se deja caer encima.

—Siéntate.

—Hazel...

—Siéntate, por favor.

Suspirando, termino obedeciendo. Ella enciende la tablet y, segundos después, aparece una caricatura de un perro con sombrero de sheriff.

—¿Qué es eso?

La niña me mira escandalizada.

—¿No conoces al Sheriff Labrador?

—Creo que no.

Abre mucho los ojos.

—Entonces hoy cambiaremos eso.

No puedo evitar reírme.

Durante los siguientes minutos Hazel me explica quién es cada personaje con una emoción tan auténtica que termino prestando más atención a ella que al dibujo animado. Habla con las manos, cambia las voces de los personajes y hasta se enfada cuando uno de ellos hace algo que considera injusto.

Es imposible no sonreír.

Mientras ella sigue completamente concentrada en la pantalla, levanto distraídamente la vista hacia los corrales.

Y lo veo.

Claus.

Está al otro lado del rancho. Sin camisa.

El sol cae directamente sobre su espalda mientras carga unos tablones de madera como si no pesaran absolutamente nada. Sus tatuajes recorren ambos brazos y parte del pecho. Cada movimiento marca los músculos de su espalda con una naturalidad irritante. Habla con varios hombres que no había visto antes. No son Graham. Tampoco Liam.

Estos son distintos.

Más serios.

Todos llevan sombrero y ropa de trabajo, pero ninguno tiene aspecto de granjero. Se mueven demasiado coordinados, demasiado atentos a todo lo que ocurre a su alrededor. Uno permanece siempre de espaldas al resto, vigilando los alrededores. Otro nunca deja de observar los accesos del rancho. Incluso la forma en que se ríen parece medida.

Esos hombres no trabajan aquí. Y, definitivamente, no son simples vaqueros.

Claus dice algo y los cuatro se ríen. Es una imagen extraña. Nunca lo había visto relajado con nadie. Pero mis ojos no ven amistad.

Ven entrenamiento.

Disciplina.

Hombres acostumbrados a obedecer órdenes. La misma clase de hombres que mi padre reunía antes de cada operación. Un escalofrío me recorre la espalda.

¿Quién eres realmente, Claus Radkle?

Porque cada día encuentro una pieza nueva que no encaja. Un vaquero que desaparece durante semanas porque "trabaja en la ciudad". Un hombre que dispara como un militar.

Que interroga como un agente.

Que marca con hierro caliente sin que le tiemble el pulso.

Que tiene alrededor hombres que parecen sacados de una unidad de operaciones especiales.

Y que besa... como alguien acostumbrado a ganar todas las guerras.

—Eve.

Hazel tira suavemente de mi manga.

—No estás viendo la tablet.

Parpadeo.

—Lo siento.

—Estás mirando a papá.

La niña sonrío con una malicia impropia de sus años.

—¿Te gusta?

Casi me atraganto con mi propia respiración.

—¿Qué?

—Mi papá.

Niego demasiado deprisa.

—No.

—Mientes fatal. —Suelta una risita y vuelve a concentrarse en la pantalla como si no acabara de lanzar una bomba sobre mi cabeza.

Yo, en cambio, ya no puedo apartar la vista de Claus. Él levanta la cabeza en ese mismo instante. Nuestras miradas se encuentran a través de todo el rancho.

No sonrío.

Yo tampoco.

Pero ninguno de los dos aparta los ojos. Y, mientras el resto del mundo sigue con su rutina, una idea empieza a abrirse paso dentro de mi cabeza.

Quizá escapé del peligro...solo para terminar viviendo con otro mucho peor.

CAPÍTULO 23

Claus

El disparo siempre suena igual.

Seco y cercano.

Lo suficientemente fuerte para arrancarme del sueño... pero nunca antes de obligarme a revivirlo entero. Todo comienza mucho antes del hospital.

Comienza frente a una pantalla.

Tengo veintiocho años y soy el mejor hacker que muchas empresas pueden contratar. Mi trabajo consiste en construir muros imposibles de atravesar. Protejo bancos, corporaciones, gobiernos. Encuentro agujeros antes que los criminales y cierro puertas que nadie más sabe que existen. El dinero nunca fue un problema. Me buscaban porque era bueno. Demasiado bueno.

Hasta que una noche encontré algo que jamás debí encontrar. No estaba buscándolo. Simplemente apareció. Una carpeta escondida detrás de otras cien.

Cifrada.

Protegida.

Y eso fue suficiente para despertar mi curiosidad.

La abrí.

Ojalá no lo hubiera hecho. No eran cuentas bancarias, evasión fiscal ni corrupción política.

Había nombres, fotografías, niños, mujeres, rutas, puertos, compras y ventas.

Seres humanos convertidos en mercancía. Sentí ganas de vomitar delante del ordenador. Todavía recuerdo el silencio de aquella oficina cuando comprendí que la empresa para la que trabajaba no protegía dinero.

Protegía monstruos. Y yo les había construido la jaula perfecta para esconderse. Fui a la policía y entregué todo. Pensé que bastaría.

Qué ingenuo era.

Pero entonces, la escena cambia y ahora estoy en el hospital. El olor a desinfectante siempre llega antes que los recuerdos.

Hannah está preciosa. Incluso con el cansancio dibujado en el rostro. Está tumbada en la camilla sujetándome la mano mientras se ríe porque llevo veinte minutos caminando de un lado a otro sin poder quedarme quieto.

—Vas a hacer un agujero en el suelo.

—Estoy nervioso.

—Ya lo noté, cariño.

Sonríe. Ella es quien consigue hacerme olvidar cualquier mierda del mundo. Me acerco para besarle la frente.

—Todo va a salir bien. —le digo.

—Eso debería decirlo yo.

Me río por lo bajo, tiene razón. Siempre la tiene. Meto la mano en el bolsillo de la chaqueta y siento la pequeña caja de terciopelo.

El anillo sigue ahí.

Todavía no sabe nada. Quiero esperar. Nuestra hija va a nacer en cualquier momento. Después le pediré matrimonio y será perfecto. Ya hemos discutido cien veces nombres. Ella quiere uno. Yo otro. Ninguno termina de convencernos.

Lo único que tenemos claro es que esa niña será la mejor parte de nosotros.

Y entonces...

La puerta explota.

Los disparos llegan antes que los gritos. El médico cae primero. Una enfermera intenta correr. No llega a la puerta.

Otra bala.

Otra persona menos.

Todo ocurre demasiado deprisa. Me levanto de un salto y empujo la camilla hacia atrás mientras busco desesperadamente algo.

Cualquier cosa. No llevo mi arma. ¿Quién demonios entra armado a un quirófano?

Qué estúpido.

Qué maldita estupidez.

Los hombres avanzan sin prisa. Como si ya supieran cómo termina la historia. El primero me apunta directamente al pecho.

—Esto se pudo haber evitado. —dice el hombre, cuyo rostro no se inmuta en cubrir, solamente significa una cosa. No dejará testigos vivos.

No respondo. Solo intento cubrir a Hannah con mi cuerpo. Ella me agarra la muñeca y está llorando.

—Por favor...

No sé cuál de los dos lo dice. Después llega el disparo.

Ella grita.

La bala atraviesa su pecho. Otra impacta en mi costado y el aire desaparece, caigo de rodillas. Intento arrastrarme hasta ella.

No puedo.

Hay demasiada sangre.

Levanto la cabeza.

Uno de ellos sonríe.

—Hasta luego... —Levanta nuevamente el arma.—...señor Radkle.

...

Abro los ojos de golpe.

El pecho me arde. Durante unos segundos no sé dónde estoy. Solo escucho mi respiración descontrolada y siento las sábanas completamente empapadas de sudor.

Maldición.

Otra vez.

Me siento en el borde de la cama y apoyo ambos codos sobre las rodillas mientras intento recuperar el aire.

Han pasado cinco años. Y todavía sigue pareciendo ayer.

Ese día perdí a Hannah. Nunca llegó a conocer a su hija. Ni vio el anillo. Nunca pudo decirme que sí.

Hazel nació tres horas después. Los médicos lograron salvarla a ella. A mí casi no. La bala había destrozado parte de un pulmón y

pasé semanas entre operaciones, tubos y máquinas que respiraban por mí.

No pude cargar a mi hija cuando nació.

Ni al día siguiente.

Ni a la semana siguiente.

Pasó un mes entero antes de que un médico me la colocara por primera vez entre los brazos. Era tan pequeña... Cabía entera sobre mi pecho. Me miró con aquellos ojos enormes sin tener la menor idea de quién era yo. Y lo único que pude pensar fue que no merecía ser su padre.

Por mi culpa había perdido a su madre antes incluso de aprender a decir "mamá". Yo provoqué aquello. También la muerte de mi madre cuando enfermó de pronto y nos dejó el mismo año. Solo éramos mi padre, Hazel y yo.

Pero fui yo quien abrió aquella carpeta, quien denunció y quien creyó que hacer lo correcto no tendría consecuencias. Durante mucho tiempo viví convencido de que Hazel estaría mejor creciendo con cualquier otra persona, menos conmigo.

Hasta que entendí una cosa. No podía devolverle a su madre. Pero sí podía asegurarme de que ningún otro niño pasara por lo mismo.

Cobré mi venganza.

No fue limpia.

Tampoco legal.

Pero fue completa. No habría podido hacerlo solo. Mi mejor amigo, el hombre al que el mundo conoce como un respetable cirujano londinense y que muy pocos saben que dirige una de las mafias más poderosas del Reino Unido, fue quien puso a aquellos hombres delante de mí.

No preguntó qué pensaba hacer. Solo me dijo dónde encontrarlos. Y yo hice el resto.

Ninguno volvió a respirar.

A pedir perdón.

Ninguno lo merecía.

Después vino Código Negro y quise ser parte ahora con un nombre. No nació por justicia.

Nació por culpa.

Por una promesa. La misma que le hice a una niña dormida entre mis brazos mientras aún olía a hospital.

—*Voy a hacer del mundo un lugar donde nadie vuelva a quitarte lo que más amas.*

Desde entonces vivo para cumplirla. Por eso persigo monstruos, destruyo organizaciones y no puedo permitirme fallar. Y por eso Maeve Kavanagh representa el mayor problema que ha aparecido en mi vida en muchos años.

Porque cada vez que la miro...dejo de pensar como el hombre que prometió proteger el mundo. Y empiezo a pensar como un hombre que solo quiere proteger a una niña y una mujer.

Eso es mucho más peligroso que cualquier mafia.

CAPÍTULO 24

Claus

No recuerdo en qué momento dejo de escuchar a mi padre.
Solo la veo a ella.

Está al otro lado del corral con Liam. Se ríe. Una risa de verdad. La cabeza ligeramente hacia atrás, los ojos entrecerrados y unos malditos hoyuelos que jamás le había visto. Liam le dice alguna estupidez y ella le da un golpe en el hombro mientras sigue riéndose.

No me ha sonreído así ni una sola vez.

La mandíbula se me tensa. Liam levanta la vista y nuestras miradas se encuentran.

No hace falta hablar. Se queda inmóvil un segundo, carraspea y busca cualquier excusa para alejarse.

Buena decisión.

Eve frunce el ceño al verlo marcharse. No entiende por qué.
Yo sí.

Sigue con su trabajo como si nada y entra al granero cargando un saco pequeño de alimento. Espero apenas unos segundos antes de seguirla.

Ella deja el saco en el suelo y, cuando se gira, ya estoy demasiado cerca.

—¿Qué haces?

No respondo. Pero mis manos van a dar directo a su pequeño cuello, sigo caminando hasta que su espalda encuentra la pared de madera.

No tiene escapatoria.

Ella levanta la barbilla, desafiándome como siempre, pero puedo notar cómo le afecta cada vez que la tengo así.

—¿Vas a decir algo o solo vas a quedarte mirándome? —me dice.

—Te estabas divirtiendo.

Una sonrisa aparece en su boca.

—¿Con Liam?

No contesto, porque no hace falta, joder.

Se ríe por lo bajo.

—Estás celoso.

—No.

Sí.

Aprieto un poco más. No para lastimarla. Solo para obligarla a sostenerme la mirada. Necesito que vea el desastre en el que me convierte. Que entienda que verla reír con otro hombre me hizo perder el maldito control. Mis dedos se cierran un poco más alrededor de su cuello.

—Deja de provocarme, Salvaje.

Aumento apenas la presión para que deje de desafiarme con esa sonrisa y quiero que vea lo mismo que yo siento: esta guerra entre las ganas de besarla... y las de odiarla.

—¿Sabes qué es lo mejor?

Levanta una ceja.

—Que ni siquiera intentas esconderlo. —Una mano va a dar a mi rostro, es tan suave que me provoca escalofríos.

Le sujeto suavemente la muñeca antes de que vuelva a tocarme y sin tiempo para arrepentirme, estrello mis labios contra los suyos. No pienso y el impacto la sorprende apenas un instante. Después responde, con la misma rabia y orgullo de siempre. Su boca se mueve contra la mía como si esto también fuera una pelea y se negara a perderla. Mi mano abandona lentamente su cuello para perderse en su cintura y acercarla más. La necesito cerca. Demasiado cerca. Sabe a café, a menta y a problemas. A todos los problemas que juré mantener lejos de mi hija y de mi vida. Aun así, no me aparto. La beso otra vez, más despacio, saboreando esa maldita boca que llevo noches enteras queriendo saborear. Ella exhala un suspiro contra mis labios y, por un segundo, el mundo desaparece. No existe el rancho. No existe la mafia a la pertenece.

No existe Código Negro. Solo existe esta mujer que debería repudiar... y que, por alguna maldita razón, cada día deseo más.

Me obligo a separarme antes de hacer una estupidez mayor. Mi frente casi roza la suya. Los dos respiramos con dificultad. La observo unos segundos. Tiene las mejillas encendidas, los labios ligeramente hinchados y esos ojos verdes clavados en los míos, desafiándome otra vez.

—No vuelvas a provocar mis celos, Salvaje.

Una sonrisa lenta curva sus labios.

—Entonces sí estás celoso.

Aprieto la mandíbula.

—No vuelvas a dejar que otro hombre te toque.

—¿Y qué si lo hago?

Mi pulgar acaricia apenas el borde de su mandíbula antes de apartarlo.

—Si dejas que otro hombre te toque, marcaré mi nombre tan profundamente en tu piel para que nadie olvide, ni tú a quién perteneces.

Me aparto de golpe y doy media vuelta. Si permanezco un segundo más encerrado con ella en ese granero, voy a olvidar por completo por qué Maeve Kavanagh llegó aquí como mi prisionera... y empezaré a tratarla como la única mujer que ha conseguido hacerme perder el control.

—Vuelve al trabajo.

—¿Eso es todo, vaquero? —A ella jodidamente le gusta desafiarme.

La miro una última vez.

—Por hoy.

Me doy la vuelta y salgo del granero primero.

CAPÍTULO 25

Eve

Las vacas Highland son, oficialmente, mis animales favoritos del rancho.

No producen miedo. No intentan matarme. No gruñen cuando me acerco. Solo mastican, pestañean con calma y me observan con esos enormes flequillos pelirrojos que les cubren casi toda la cara. Son ridículamente adorables.

—Quédate quieta, preciosa —le digo a una de ellas mientras intento colocarle un moño color crema entre el abundante pelo de la frente.

Hazel suelta una carcajada desde la vaca de al lado.

—¡La tuya ya parece una princesa!

—La tuya también. —Ambas sonreímos.

—No, la mía parece una reina.

—Ah, entonces esta será la princesa.

—¡No! —protesta enseguida—. Las dos son reinas.

No puedo evitar sonreír.

Es sábado. Hazel no tiene colegio y, por alguna razón que todavía no entiendo, decidió que hoy era el día perfecto para peinar a las vacas. Según ella, "si tienen pelo, merecen un peinado bonito". La lógica de una niña es imposible de discutir.

Por suerte no todas se dejan tocar.

Si no, seguiríamos aquí hasta mañana. Entre las dos apenas hemos conseguido poner moños a cinco. Las otras nos han ignorado con una elegancia admirable.

—Creo que esta necesita uno rosa.

—No, azul.

—Tienes razón. —Hazel sonríe satisfecha, como si acabara de ganar una discusión importantísima.

Estoy terminando el lazo cuando una voz grave aparece detrás de nosotras.

—¿Se puede saber qué hacen?

Ni siquiera necesito girarme. Reconocería esa voz entre mil. Hazel es la primera en darse la vuelta.

—¡Papi!

Levanta orgullosa una de las vacas. Bueno, no a la vaca, el moño.

—¿Verdad que están divinas?

Claus observa el panorama en completo silencio.

Cinco vacas Highland perfectamente peinadas.

Cinco enormes moños de colores.

Y su hija con un cepillo en una mano y otro moño entre los dientes.

Su expresión no tiene precio.

—¿Por qué...? —Se frota el puente de la nariz y luego decide mirarme—Eve, haz el favor de dejar de peinar y ridiculizar mi ganado.

Hazel abre mucho los ojos.

—¡Es un moño, papi! No es ridículo y además fue mi idea. — Levanta una pequeña bolsita llena de lazos. —Y traje muchos más por si los pierden.

Yo bajo la cabeza para esconder la risa pero no funciona.

Claus me mira.

—No te rías.

Eso solo consigue que me ría más.

—No me estoy riendo. —Me defiendo sin parar de reír.

—Claro que sí.

—Solo... solo creo que combinan muy bien con ellas.

Él resopla.

—Increíble.

—¿Qué?

—Llegaste hace poco tiempo y ya estás conspirando con mi hija contra mí.

—Eso significa que somos un buen equipo.

—Eso significa que tengo dos problemas en lugar de uno.

Hazel levanta los brazos al cielo.

—¡Ganamos!

—No era una competencia, Hazel.

—Ahora sí, papi.

Arthur aparece desde la terraza de la casa con un cuaderno bajo el brazo.

—¡Hazel, cariño!

La niña hace una mueca.

—No...

—Los deberes. —le recuerda.

—Pero abuelo...

—Los deberes siguen existiendo aunque protestes.

Hazel suspira como si el mundo entero estuviera siendo injusto con ella. Antes de irse corre hacia mí y me abraza por la cintura.

—No dejes que papi les quite los moños.

Le guiño un ojo.

—Haré todo lo posible.

—¡Bien! —Después sale corriendo hacia Arthur.

Ahora solo quedamos Claus y yo. El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, aunque no es incómodo. Es peor. Porque desde el beso de ayer todo ha cambiado. Cada vez que lo miro recuerdo el sabor de su boca. Y cada vez que él me mira parece debatirse entre besarme otra vez... o echarme definitivamente del rancho.

Ninguno habla.

Graham aparece silbando desde el otro extremo del campo. En cuestión de segundos las vacas levantan la cabeza y comienzan a caminar hacia los comederos como si entendieran perfectamente la llamada.

—Hora de comer —murmuro.

—Son más obedientes que algunos trabajadores.

—¿Lo dices por Liam? —lo provoco.

Él gira lentamente la cabeza hacia mí.

—No empieces.

Sonrío.

—Solo preguntaba.

—Y yo solo te aviso, Salvaje.

Camino delante de él mientras seguimos el sendero de tierra que conduce hacia los corrales de los caballos. Hoy todos están fuera. Algunos pastan tranquilamente, otros galopan de un extremo a otro del prado. El sol cae sobre el campo y el viento mueve la hierba hasta las rodillas.

Es cuando lo veo. Es enorme.

Completamente negro, con apenas una pequeña mancha blanca en la frente. Tiene el cuello ancho, el pecho poderoso y una melena tan larga que el viento juega con ella como si fuera seda.

Está solo. Dentro de un cercado amplio de madera y no aparta la vista de nosotros.

—No te acerques, Eve.

La voz de Claus llega justo cuando doy el primer paso.

—¿Por qué?

No dejo de mirar al caballo.

—Porque desde que murió su compañera no deja que nadie lo monte.

Sigo observándolo. El animal no parece agresivo.

Solo... Vacío. Como muchas veces me he sentido yo. Si supieran que, dejarnos solo lo hace peor.

—Es hermoso, no creo que lastime a nadie.

—Le arrancó media oreja a uno de mis trabajadores.

Lo miro de reojo y me río, no sé por qué, es cruel, lo sé.

—Quizá el trabajador se lo merecía.

—Eve. —No respondo. Sigo caminando hasta detenerme frente al cercado.

—Maeve, ten cuidado. —Que me llame por mi nombre siempre provoca algo en mí, pero nunca obediencia.

Levanto despacio ambas manos para que el caballo las vea.

—No voy a tocarlo.

Él permanece inmóvil. Solo mueve una oreja. Sus ojos oscuros no se apartan de mí.

—Eres muy hermoso. —Hablarle me sale natural. Como si pudiera entenderme. —¿Lo sabías?

Detrás de mí escucho a Claus suspirar.

—Te estoy diciendo que es peligroso.

—También decías lo mismo de mí. —Sonrío para mis adentros.

—¿Cómo se llama?

Vuelvo a mirar al caballo.

—Francis. —responde.

Qué nombre tan elegante. Le sonrío al caballo, como si se tratara de un viejo amigo. No recuerdo haber tenido caballos de joven, pero recuerdo que siempre quise uno. Siempre me gustaron los animales, pero no había tiempo ni para los ojos de peluche, tuve mi primera arma antes de un juguete con el cual divertirme y ser una niña normal.

—Francis. Creo que nadie te entiende, ¿verdad?

El caballo resopla y baja lentamente la cabeza. Da un paso hacia el cercado.

Luego otro.

Hasta quedar justo frente a mí.

—Eso es... —Muy despacio acerca el hocico hacia mi mano.

No la toca, solo la huele. Después inclina la cabeza. Como si esperara algo.

—Pero qué coño... —La voz de Claus ya no suena enfadada.

Suena confundida. Levanto la vista hacia él.

—¿Lo ves? —Vuelvo a mirar a Francis. —Solo se siente solo.

Con muchísimo cuidado paso los dedos por encima de su frente, apartándole un mechón de la melena que le cae sobre los ojos. El caballo cierra los párpados.

No se mueve, ni intenta mordirme. No hace absolutamente nada.

Solo permanece allí quieto. Como si llevara demasiado tiempo esperando que alguien dejara de verlo como una amenaza.

No puedo evitar sonreír y sentirme conmovida, este lugar me ha cambiado de maneras que no pensé que tenía, que pensé que ya estaban muertas o que había un problema en mí. Sentir.

—Yo también sé lo que se siente.

Durante unos segundos nadie dice nada. Ni siquiera Claus. Cuando me giro para verlo, descubro que no está mirando al caballo.

Me está mirando a mí. Con esa expresión que empieza a conocer demasiado bien. La misma que pone cada vez que deja de verme como una prisionera... y empieza a olvidarse de que debería mantenerme lejos.

Siento la quemadura por encima de mi ropa, siempre mi mano va a dar ahí cuando recuerdo la forma en que me marcó. Pensé que sería algo que me jodería, pero llámame masoquista, fue lo que realmente me despertó.

CAPÍTULO 26

Eve

Dos días después.

Nunca había visto un rancho convertirse en una ciudad de la noche a la mañana.

Ayer, cuando Emma y Graham me explicaron que hoy era el evento anual de los Radkle, pensé que exageraban. Según ellos, todos los años Claus y Arthur abrían una enorme parte de la propiedad para organizar un rodeo y una feria ganadera donde pequeños productores del condado podían competir, vender sus animales o subastarlos sin pagar las cantidades absurdas que cobraban otros organizadores. También había competencias de monta, exhibiciones de caballos, toros, puestos de comida y música. Todo el dinero recaudado se destinaba a ayudar a familias ganaderas que habían tenido malas cosechas, enfermedades en el ganado o simplemente estaban pasando por un mal momento. Emma hablaba del evento con tanto orgullo que por un instante olvidé que vivía en la casa de un hombre que me había marcado con hierro caliente.

—El jefe podrá ser un amargado—me dijo mientras doblábamos ropa limpia—pero nadie en este condado habla mal de él.

Graham solo se limitó a asentir y añadió algo que todavía sigue rondándome la cabeza.

—Cuando Claus hace algo, lo hace por los demás. Nunca por él.

No respondí. Porque cuanto más conozco a ese hombre, menos consigo entenderlo.

Desde mi ventana veo llegar camionetas, remolques y caballos desde muy temprano. La finca parece otra. Donde hace apenas unos días solo había campos verdes, ahora hay carpas

blancas, corrales temporales, gradas de madera y decenas de personas caminando de un lado a otro con sombreros, botas llenas de barro y sonrisas que parecen sinceras. Nunca había estado en algo así. Mi mundo siempre fue salones privados, reuniones clandestinas, hombres armados y negocios donde nadie sonreía. Aquí la gente viene con niños pequeños, perros y hasta abuelos que saludan a cualquiera que pase cerca. Me cuesta creer que exista un lugar donde las personas puedan reunirse sin sospechar unas de otras.

Emma insistió tanto en que me arreglara que terminé cediendo. Entre toda la ropa que Claus mandó traer encontré un vestido azul oscuro con pequeñas flores blancas. Es sencillo, cómodo y al fin, en mucho tiempo, me pongo algo porque me gusta y no porque sea práctico para escapar o esconder un arma. Emma también apareció con una pequeña bolsa de maquillaje.

—No acepto un no por respuesta— dijo antes de sentarme frente al espejo de mi habitación. Veinte minutos después apenas llevo un poco de máscara de pestañas, un toque de rubor y brillo en los labios. Nunca entendí cómo algo tan simple podía hacer tanta diferencia. Mi cabello corto se niega a obedecer, pero consigo sujetar una parte con una pinza que Hazel asegura que me hace parecer "una princesa". Casi me da un infarto cuando la escucho decirlo. Si esa niña supiera cuánto detesto esa palabra... Han pasado muchos días y ya me toca retocarlo, así que decido conseguir unas tijeras de la cocina y cortarlo yo misma como siempre lo he hecho hasta mantener el corte estilo *bob* de siempre.

—Vaya, tienes que enseñarme a hacer eso—dice Emma. Ella tiene un moño rubio desordenado. Es hermosa, esa belleza pueblerina que no ves ni siquiera en las películas, Graham tiene mucha suerte de tenerla.

Bajo las escaleras intentando convencerme de que hoy será un día tranquilo. Solo quiero respirar un poco, caminar entre los puestos y fingir, aunque sea durante unas horas, que soy una chica normal de veintiuno. Sí, hoy es mi cumpleaños aunque nadie lo sepa. Pero aquí no soy Maeve Kavanagh. No soy la heredera de una

organización criminal. No soy una mujer buscada por medio mundo criminal. Solo Eve.

Estoy a mitad de la escalera cuando levanto la vista y mis botas se detienen.

Y ahí está él.

Claus lleva unos vaqueros oscuros que parecen hechos para él, botas negras perfectamente limpias, una camisa blanca con varios botones abiertos que deja ver parte de los tatuajes que desaparecen bajo la tela y ese maldito sombrero que debería estar prohibido. Las gafas nunca esconden sus ojos, ni consiguen ocultar la forma en que me observa. Está hablando con dos hombres que no conozco y, aun así, en cuanto aparezco deja de prestarles atención. Su mirada sube lentamente desde mis botas hasta mi rostro. Sin prisa. Como si quisiera memorizar cada detalle. No sé por qué eso consigue ponerme nerviosa, pero lo hace.

Sigo bajando hasta quedar frente a él. Durante unos segundos ninguno habla. Solo nos miramos. Los besos siguen entre nosotros como un secreto del que nadie quiere hacerse responsable. Todavía puedo recordar exactamente cómo sabía su boca y odio descubrir que mi cuerpo también lo recuerda cada vez que lo ve y cuando siento su perfume en el aire.

Debería ser un jodido pecado que huela tan bien.

—¿Qué? —pregunto al final, incapaz de soportar más ese silencio.

Él tarda un instante en responder. Se acerca lo suficiente para que solo yo pueda escucharlo.

—Estás hermosa. Y te has cortado el cabello.

Así. Sin más. Siento un calor absurdo subir por mis mejillas. No esperaba un cumplido. Ni que se diera cuenta de que corté mi cabello unos pocos centímetros.

—Tú también estás... presentable, vaquero.

Mentira. Está escandalosamente guapo. Tan guapo que me entran ganas de besarlo, desnudarlo y comerle la polla que seguramente es impresionante también.

Una sonrisa apenas mueve la comisura de sus labios.

—¿Presentable?

—Es un cumplido. No te emociones.

—Creí que podías hacerlo mejor. —Ronronea el muy maldito. Inclino ligeramente la cabeza.

—Puedo. Pero no quiero alimentar demasiado tu ego.

Él baja la vista un segundo hacia mi boca. Lo hace tan rápido que cualquiera diría que lo imaginé. Yo no. Igual que veo cómo aprieta la mandíbula antes de volver a mirarme a los ojos.

—Será mejor que no te alejes de Emma ni de Graham, hay mucha gente desconocida cada año, mantén un perfil bajo.

—Sí, señor.

...

Claus tenía razón: hay muchísima gente. Muchísima más de la que imaginaba. Desde que empezó el evento no han dejado de llegar personas, familias, trabajadores y conocidos que parecen moverse de un lado a otro como si todos supieran exactamente qué hacer. Al principio intenté estar pendiente de todo, pero después de un rato dejé de preocuparme por el ruido, por las luces y por toda la gente alrededor porque Hazel solo quería estar conmigo. Terminamos alejándonos un poco del centro del evento, en una zona más tranquila donde todavía podíamos ver parte del espectáculo desde lejos, pero sin tener que estar rodeadas de todo ese movimiento. Nos sentamos sobre una manta, con el sonido de la música llegando más suave hasta nosotras, y ella empezó a contarme cosas mientras jugaba con su sombrero rosa, hasta que poco a poco su voz se fue apagando. Cuando me doy cuenta, Hazel está dormida contra mí.

Durante todo ese tiempo puedo sentir la mirada de Claus sobre nosotras. No hace falta que lo busque para saber que está ahí. Cada vez que levanto la vista lo encuentro observándonos, y no solo él. Sus trabajadores también están pendientes, algo que al principio me parecía extraño, pero ahora entiendo perfectamente. No son simples empleados. Son guardias. La manera en la que revisan todo, cómo miran alrededor, cómo están atentos a cada movimiento... todo tiene sentido ahora. Claus no deja nada al azar, mucho menos cuando se trata de su hija.

Me quedo unos minutos más con Hazel entre mis brazos, disfrutando de esa calma antes de levantarme. Ella está completamente dormida, así que la cargo con cuidado para no despertarla y camino hacia la casa. Su cuerpo pequeño se acomoda contra el mío con una confianza que derrite el corazón que pensé que no tenía.

Cuando entro, todo está mucho más tranquilo que afuera. El sonido del evento queda atrás mientras subo las escaleras con ella en brazos hasta su habitación.

La acuesto con cuidado sobre la cama y le quito el sombrero rosa que ha llevado puesto todo el día. No puedo evitar sonreír un poco al verla entre mis manos. Se veía preciosa con él, tan feliz, tan emocionada con cada cosa que hacía. La observo unos segundos antes de cubrirla con la manta y acomodarle el cabello para que duerma cómoda. Hay algo en verla así que me golpea más de lo que esperaba. Hazel no sabe todo lo que ha cambiado en mi vida desde que apareció, pero lo cierto es que poco a poco se ha ganado un lugar que no pensé darle a nadie. Juro que la protegeré con mi vida cuando me vaya de aquí, me aseguraré de eso.

Estoy a punto de salir cuando escucho la puerta abrirse detrás de mí. Claus entra sin hacer ruido y sus ojos van directamente hacia su hija y una sonrisa aparece en su rostro.

—Tenía que seguir las —dice en voz baja, acercándose un poco—. Pondré el monitor de bebés para que puedas ver el resto del evento si quieres, la niñera cuidará de Hazel.

—¿Tienes una niñera?

—Esta noche sí.

Lo miro y niego suavemente con la cabeza.

—En ese caso—respondo—. Mi compañera ya se quedó dormida. Creo que yo también me iré a la cama, si no te importa.

La excusa sale fácil, pero los dos sabemos que no es realmente eso. Porque ninguno de los dos se mueve. Nos quedamos mirándonos en silencio, atrapados en algo que ninguno parece querer romper. Hay demasiadas cosas sin decir entre nosotros, demasiadas conversaciones pendientes, demasiadas veces en las

que hemos estado a punto de cruzar una línea que los dos sabemos que existe.

Veo en sus ojos que quiere decir algo. Él también parece estar buscando las palabras correctas, pero por una vez Claus no parece tener una respuesta preparada. Y eso me gusta más de lo que debería.

Yo también tengo ganas de acercarme. De sentirlo otra vez. Dejar de pensar por un momento en todo lo que nos rodea y simplemente dejarme llevar. Desde que lo besé, desde que sentí esa conexión entre nosotros, he intentado convencerme de que puedo mantener distancia, pero cada vez que estoy cerca de él se vuelve más difícil.

—Quiero enseñarte un lugar. ¿Vienes conmigo?

No necesito pensarlo demasiado. Ni siquiera pregunto dónde es. Solo asiento con la cabeza.

Porque ahora mismo, si Claus quiere llevarme a algún lugar, quiero ir. No porque confíe completamente, ni porque haya olvidado todo lo que significa estar cerca de alguien como él. Sino porque estoy cansada de fingir que no lo deseo. Cansada de actuar como si no me afectara la manera en la que me mira, ni sentir sus manos sobre mí otra vez, es como si ese beso hubiera cambiado algo entre nosotros.

Salgo de la habitación detrás de él, dejando a Hazel dormir tranquila, mientras una parte de mí sabe que debería tener más cuidado y otra simplemente está demasiado necesitada de él como para detenerse.

CAPÍTULO 27

Eve

Salimos de la casa sin hacer ruido para no despertar a Hazel. Claus espera a que cierre la puerta antes de seguir caminando y no dice una sola palabra mientras atravesamos el jardín. La música del evento todavía llega hasta aquí, mezclada con las voces de la gente y alguna carcajada perdida, pero todo empieza a quedar atrás cuando se dirige a su camioneta. Abre la puerta del copiloto para que suba primero. Rodeo el vehículo y, antes de entrar, echo un vistazo a la parte trasera. Está cubierta con varios fardos de heno y, sobre ellos, hay una manta gruesa perfectamente extendida, como si hubiera preparado ese espacio antes de venir. Frunzo un poco el ceño, curiosa, pero decido no preguntar. Hay algo en la forma en la que Claus conduce cuando guarda silencio que me dice que él mismo responderá cuando llegue el momento.

El camino se vuelve cada vez más solitario. Dejamos atrás las luces del rancho, el ruido del evento y los coches aparcados hasta que lo único que escucho es el motor y el viento entrando por la ventanilla entreabierta. Miro de reojo a Claus un par de veces. Lleva una mano apoyada sobre el volante y la otra descansando cerca de la palanca de cambios. Parece relajado, pero lo conozco lo suficiente para saber que siempre está atento a todo. No insisto con preguntas. Por alguna razón, me gusta esta tranquilidad. No se siente incómoda. Se siente... fácil.

Después de unos minutos abandona el camino principal y toma un sendero de tierra. La camioneta avanza despacio hasta detenerse al borde de un acantilado.

Al bajar, el aire fresco me golpea el rostro.

La vista me deja completamente inmóvil.

Frente a nosotros se extiende un lago enorme que refleja el cielo oscuro como un espejo. Todo alrededor está cubierto por un manto verde que parece no terminar nunca. No hay edificios. No hay carreteras. Solo árboles, el agua moviéndose suavemente y el sonido del viento recorriendo la hierba.

—¿Todo esto es tuyo? —pregunto sin apartar la vista del paisaje.

Claus se coloca a mi lado.

—Lo es.

Giro lentamente hacia él.

—Es hermoso.

—Es un pequeño pulmón para este lugar. Lo compré porque no quiero que nadie construya aquí.

Lo dice con una naturalidad que casi me hace reír. Como si comprar un acantilado entero fuera algo que cualquiera pudiera hacer, pero supongo que no es simplemente un vaquero, sino uno muy rico.

—Algún día expandiré el rancho.

Lo dice sin presumir, como si estuviera comentando que necesita cambiar una cerca. Sacudo la cabeza, divertida. Cada vez descubro algo nuevo sobre este hombre y cada cosa resulta más absurda que la anterior.

—Los chicos dicen que vas mucho a la ciudad.

El cambio de tema lo toma desprevenido.

—Sí... es verdad. Voy por trabajo.

—¿Qué clase de trabajo? —pregunto, no voy a detenerme.

Levanta una ceja.

—¿Esto es un interrogatorio, Eve?

Una sonrisa apenas aparece en la comisura de sus labios.

—Tengo curiosidad. —digo.

Él da un paso hacia mí.

—Te lo cuento... si tú me cuentas la verdad.

Mi sonrisa desaparece. No hace falta que especifique de qué habla. Ha pasado una semana.

Su plazo.

Ni siquiera me había dado cuenta de cuánto tiempo llevaba aquí. Los días en el rancho pasan tan deprisa que había olvidado por completo aquella conversación. O quizá solo había decidido ignorarla.

—O me iré. —Le recuerdo su amenaza.

Baja la mirada unos segundos. No quiere que me vaya, lo sé. Y yo no quiero volver a quedarme sola.

—No quiero que te vayas—dice entonces con un tono mucho más suave—. Solo quiero ayudarte.

Levanta una mano despacio y me acaricia la mejilla con los nudillos. Es un gesto tan simple que, aun así, consigue desarmarme por completo. Sus ojos bajan hasta mis labios y por un segundo olvido cómo respirar.

—¿Por qué quieres arruinarlo todo? —susurro—. No hay nada importante en esa historia.

Él niega despacio.

—Para mí todo lo que tenga que ver contigo es importante. — Las palabras caen sobre mí con más fuerza de la que deberían.

Importante.

Nadie había utilizado nunca esa palabra para referirse a mí. Nunca fui importante para mi madre. Ni lo fui para mi hermano. Después de la muerte de mi padre, dejé de ser una hija para convertirme en un problema y enemiga del único familiar que tengo.

Y, sin embargo, Claus acaba de decirlo como si fuera la cosa más evidente del mundo.

Trago saliva.

—De acuerdo.

Él no sonrío como si hubiera ganado.

Solo asiente.

Caminamos hasta la parte trasera de la camioneta. Claus acomoda un poco más la manta sobre el heno extendido y ambos nos sentamos mirando el lago. Hay suficiente distancia entre nosotros para que nadie diga que estamos demasiado cerca, pero la realidad es otra. Siento su calor incluso sin tocarlo.

Se quita el sombrero y lo deja a un lado. Luego pasa los dedos por su cabello para acomodarlo hacia atrás antes de

recolocarse las gafas de montura negra. Lo hace con un gesto distraído, completamente inconsciente del efecto que provoca.

Maldita sea. Es ridículamente atractivo.

—Deberías operarte, ¿sabías? —le digo sin pensar—. Aunque debo admitir que te quedan bien las gafas.

Él me mira de reojo.

—Lo sé.

—¿Qué parte?

—Que me veo bien con ellas, por eso las uso.

Suelto una risa.

—Ya... eres muy creído.

Una sonrisa aparece en su rostro.

—Habla, salvaje. Quiero escucharlo todo.

Respiro hondo mientras observo el agua. No quería volver a recordar esa parte y contarla. Pero si hay alguien a quien puedo hacerlo... es él.

—Después de que murió mi padre, me dejó todo a mí. El negocio, los contactos, las decisiones... Todo. No es que haya sido un buen padre, fue un monstruo, pero confiaba en mí, no me lo esperé. A mi hermano nunca le gustó esa decisión. Siempre creyó que debía ser suyo solo por ser hombre. Desde entonces no dejó de buscar la manera de quitarme de en medio.

Claus permanece completamente en silencio.

—Ese día iba a cerrar un trato. Era algo sencillo. Solo tenía que reunirme con alguien y cerrar la maldita venta.

—¿Cómo se llama?

Lo miro.

—No creo que él tuviera algo que ver, Claus.

—¿Por qué lo defiendes? ¿Acaso te gusta? —pregunta, y siento el tono de celos como cuando con Liam.

—Por supuesto que no y no lo estoy defendiendo.

—Su nombre, Eve. —Repite, esta vez con su tono de siempre.

Sus ojos no se apartan de los míos.

—Denis Rudenko, ruso. Vende armas. Representa a su gente aquí en Inglaterra y ya habíamos hecho negocios antes. Todo parecía fácil. Llegué al punto de encuentro... y de repente todo se

fue a la mierda. Nos emboscaron. Empezaron los disparos por todos lados. Ni siquiera tuve tiempo de entender quién estaba atacando. Solo... corrí.

Claus termina la frase por mí.

—Y te caíste.

Asiento lentamente.

—Sí. No sé cuánto corrí. Perdí la noción del tiempo. Solo seguía avanzando porque sabía que si me detenía estaba muerta. Después resbalé... y cuando abrí los ojos... estabas tú.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros. Esta vez no resulta incómodo y siento un peso menos en mi pecho al sacarlo todo, ahora todo parece real. Alguien intentó matarme y alguien seguramente me está buscando.

—Necesito mi arma, por cierto.

Claus gira apenas la cabeza hacia mí.

—Te la daré cuando confíe en ti.

Lo miro con incredulidad.

—Déjame adivinar... nunca.

Una sonrisa lenta aparece en sus labios.

—Eres muy lista, *amor*.

Ruedo los ojos, aunque no puedo evitar sonreír también.
¿Amor? Eso se siente jodidamente bien viniendo de él.

Claus no aparta la vista de mí ni un solo segundo. El viento mueve despacio la hierba alrededor de la camioneta, el lago permanece inmóvil frente a nosotros y, aun así, siento que todo se reduce a este momento, a la forma en la que me sostiene la mirada esperando una respuesta que ni yo misma tengo.

—¿Cómo puedo ayudarte, Eve?

Suelto una risa amarga que no tiene nada de graciosa.

—Es que no lo sé.

Me llevo una mano a la frente y la masajeo unos segundos. Siento la cabeza a punto de estallar. Llevo una semana intentando encontrar una solución y todas terminan igual: con alguien muerto.

—No lo sé, Claus. De verdad que no lo sé. No quiero involucrarte. Tú... ustedes... son buenas personas. No voy a traer el peligro hasta tu casa. No después de todo lo que han hecho por mí.

No pienso hacerlo. —Mi voz se rompe antes de terminar. —Y luego... Hazel...

No soy capaz de seguir hablando.

Claus busca mi mano sin preguntarme. Entrelaza nuestros dedos con una naturalidad que me desarma por completo.

—Te has enamorado de mi hija. —Baja la vista hacia nuestras manos un instante antes de volver a mirarme.—No eres tan lista, *amor*.

La comisura de mi boca tiembla, pero no llego a sonreír. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando. Solo lo descubro cuando Claus levanta la otra mano y pasa el pulgar con una delicadeza imposible sobre mi mejilla, llevándose una lágrima que acababa de caer.

No dice nada. No intenta convencerme de dejar de llorar. Simplemente espera y eso duele mucho más.

—No sé en quién confiar —admito finalmente—. Mi padre destruyó demasiadas cosas. Quiero arreglarlas. Quiero hacer las cosas bien por primera vez. No quiero que mi hermano tome el poder. Mi padre nunca terminó de confiar en él y ahora entiendo por qué. Si él queda al mando... será mucho peor. Muchísimo peor de lo que fue mi padre.

—Me imagino que tienes contactos.

Asiento.

—Los tengo.

—¿Y por qué no los llamas?

Niego lentamente.

—Porque tengo miedo. Para estas alturas mi hermano ya debió de hablar con la mayoría. Seguro les preguntó por mí. Seguramente les prometió dinero o les apuntó con una pistola. No sé quién sigue siendo leal a mi familia y quién ahora trabaja para él.

Claus permanece pensativo unos segundos. Pero hay algo que ronda por mi cabeza, mi hermano no es listo, es estúpido y mi padre lo sabía, por eso no confiaba en él.

—¿Crees que piense que estoy muerta? —pregunto, con un hilo de esperanza.

—Sin un cuerpo... lo dudo, Eve.

Mi hermano jamás deja un trabajo a medias, era estúpido, pero también caprichoso, obtenía lo que quería a pesar de todo. Me seguirá buscando hasta encontrarme.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pero esta vez es él quien habla primero.

—¿Es por eso que quieres irte?

Asiento.

—Sí.

—¿Y adónde irás?

Abro la boca. Luego la cierro. Porque no tengo una respuesta. Niego despacio con la cabeza, aceptando mi derrota.

—No lo sé. Lo único que sé es que no puedo quedarme. Y, al mismo tiempo...No quiero marcharme.

Mis ojos bajan hasta su boca casi por instinto. Después vuelven a encontrarse con los suyos. Hay algo en la manera en que me mira que hace desaparecer todo lo demás. El lago. El viento. Los problemas. El miedo.

Todo.

Solo existe él. Y entonces comprendo algo que llevaba días intentando ignorar.

No me importa el mañana.

No me importa mi hermano.

No me importa la organización.

No me importa nada cuando él está delante de mí.

Soy yo quien rompe la distancia.

No pienso. Y simplemente me lanzo hacia él. Mis labios encuentran los suyos con una necesidad que ya no puedo seguir escondiendo. Claus tarda apenas una fracción de segundo en reaccionar. Su mano sube inmediatamente hasta mi nuca mientras la otra rodea mi cintura y tira de mí hasta sentarme prácticamente sobre él. El beso deja de ser lento en cuestión de segundos. Se vuelve intenso, y desordenado, pero no me importa.

Mi respiración desaparece entre sus labios. Sus dedos se hunden en mi cabello mientras yo me aferro a la tela de su camisa.

Lo necesito.

Lo necesito de una forma que empieza a asustarme.

Cuando nuestras bocas se separan apenas unos centímetros para tomar aire, nuestras frentes quedan apoyadas.

—Eve...

Dice mi nombre casi en un susurro. Como si estuviera luchando contra sí mismo.

—Si seguimos...

Lo interrumpo volviendo a besarlo.

No quiero escuchar razones.

No quiero hablar del peligro.

No quiero pensar en lo que pasará cuando salga el sol.

Solo quiero esto.

Solo lo quiero a él.

Claus responde con un gruñido bajo antes de volver a besarme con más fuerza. Sus manos recorren mi espalda lentamente, como si estuviera memorizando cada centímetro de mi cuerpo y, aun así, manteniendo un control que yo ya perdí hace rato. Cuando vuelve a separarse, respira hondo y apoya la frente contra la mía otra vez.

—No sabes cuánto tiempo llevo intentando no hacer esto.

Mi corazón golpea tan fuerte que casi duele.

—Entonces deja de intentarlo.

Sus labios se curvan apenas.

—Eres un peligro, *Salvaje*.

—Eso llevas diciéndomelo desde que me encontraste.

—No. —Su pulgar acaricia mi mejilla una vez más.—Ahora empiezo a entender que el peligro no eras tú.

—¿Ah, no?

Niega muy despacio sin dejar de mirarme ni de besarme, siento sus manos en mi espalda, en mi culo y ahora debajo de mi vestido.

—El peligro es lo mucho que empiezo a querer que te quedes. No dejaré que tu hermano te haga daño, Eve. Lo mataré por ti.

Me quedo mirándolo sin ser capaz de responder. Solo sé que mi cuerpo reacciona por sí solo cuando se trata de él y además, acaba de decir que está dispuesto a enfrentarse a un hombre al que

ni siquiera conoce. A una organización que ni siquiera entiende. Y lo dice con la tranquilidad de quien ya aceptó las consecuencias.

Eso me enfurece.

—¿Por qué? —pregunto al fin—. ¿Por qué harías algo tan estúpido por mí?

Claus no responde enseguida. Baja la vista un instante, como si estuviera eligiendo las palabras. Después vuelve a levantarla y me sostiene la mirada.

—Porque hace mucho dejé de hacerlo por obligación.

Mi pecho se oprime.

—No.

Me levanto de su regazo a regañadientes, mi coño protestando por lo bien que se siente su polla debajo de mí y me bajo de la camioneta, alejándome un poco de él.

—No empieces con eso.

—¿Con qué? —pregunta, siguiéndome.

—Con lo que sea que estás pensando.

Claus avanza y yo retrocedo. Él vuelve a avanzar. Hasta que mi espalda choca contra el costado de la camioneta.

No tengo a dónde ir.

—Mírame.

Niego.

—Eve.

—No. —digo, con un hilo de voz.

Su mano se apoya junto a mi cabeza, bloqueándome el paso.

—¿Sabes cuál fue el momento en que dejé de verte como una desconocida?

No quiero saberlo.

No debería querer saberlo.

—Fue el día que despertaste apuntándome con un arma que ni siquiera podías sostener.

Frunzo el ceño.

Él sonríe apenas.

—Estabas temblando. Perdías sangre. Apenas podías mantener los ojos abiertos... y aun así estabas dispuesta a dispararme.

No digo nada.

—Ese día entendí dos cosas.

Hace una pausa.

—La primera... que eres demasiado orgullosa para pedir ayuda. —dice, haciendo un paso y siento su mano en mi cuello suavemente. —La segunda...que, si algún día alguien quería hacerte daño otra vez, primero tendría que pasar sobre mí.

Mi respiración se corta.

No.

No puede decir eso.

No después de un beso.

—No me conoces. —Mi voz sale rota.

—Conozco suficiente.

—¡No! —Lo empujo con ambas manos. Él apenas se mueve.

—¡No sabes quién soy!

Mi garganta empieza a arder.

—¡No sabes las cosas que he hecho! —De pronto me doy cuenta de que soy un monstruo igual que mi padre. —He mandado a matar gente.

Mis palabras quedan suspendidas entre nosotros.

—He firmado órdenes de las que todavía me arrepiento. —

Otra respiración. —He visto morir personas sin mover un dedo.

Siento las lágrimas volver.

—No soy una buena persona, Claus.

Él no parpadea. Solo aprieta su agarre en mi cuello y las lágrimas de mis ojos se liberan cuando lo veo a los ojos. Pienso que va a besarme, pero en cambio, pasa su lengua por mi mejilla, bebiéndose mis lágrimas y mi coño también comienza a llorar por él.

—¿Ya terminaste? —Lo miro sin entender. —¿Eso era todo?

—¿Te parece poco?

—No.

Su voz es firme.

—Me parece exactamente lo que esperaba.

Mi corazón se detiene.

—Las personas buenas no sobreviven donde tú creciste. —dice, mientras el aire pesa. —Sobreviven las que hacen lo necesario.

—No intentes justificarme, Claus.

—No lo estoy haciendo, amor. —Su mandíbula se endurece.

—Estoy diciéndote que dejes de condenarte por seguir viva.

Más lágrimas terminan cayendo. No puedo detenerlas cuando me habla de esa manera.

—Tengo miedo.

Es la primera vez que lo admito en voz alta.

No de mi hermano.

No de morir.

—Tengo miedo de dejar de luchar sola —susurro, y mi voz tiembla—. Porque eso significa confiar. Y confiar siempre me ha destruido.

Claus acorta los últimos centímetros que nos separan. Apoya la frente contra la mía. Su voz apenas es un susurro.

—Entonces deja que el miedo sea mío por un rato.

Sus palabras me desarmen más que cualquier caricia. Cierro los ojos y siento su aliento cálido contra mis labios. Huele a whiskey, a cuero, a algo salvaje que no puedo nombrar.

—No sé cómo hacer esto —admito.

—Lo sé, cariño. —Su mano sube por mi brazo, despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Por eso voy a enseñarte.

Me besa entonces. Suave. Tan suave que quiero llorar. Sus labios exploran los míos con una paciencia que no sabía que existía en un hombre como él. Claus es todo bordes afilados y miradas oscuras, pero ahora me toca como si fuera algo precioso.

Sus dedos encuentran los botones de mi vestido. Uno por uno, los desabrocha mientras su boca traza un camino por mi mandíbula, mi cuello, el hueco de mi garganta.

—Eres tan hermosa —murmura contra mi piel—. Tan jodidamente hermosa que me duele mirarte.

El aire fresco de la noche besa mi piel expuesta cuando aparta la tela. No llevo mucho debajo, solo un sostén sencillo que de repente me parece inadecuado. Pero la forma en que me mira... como si fuera la primera mujer que ha visto en su vida.

—Claus...

—Shh. —Su pulgar acaricia mi labio inferior—. Déjame cuidarte esta noche. ¿Puedes hacer eso por mí?

Asiento, incapaz de formar palabras.

Me quita el vestido, luego alcanza detrás de mí para desabrochar el sostén. Cuando mis pechos quedan expuestos, el frío me hace temblar, o quizás es la intensidad de su mirada.

—Perfecta —dice, y hay algo reverente en su voz.

Su boca encuentra mi pecho y grito suavemente. La sensación es abrumadora: caliente, húmeda, perfecta. Su lengua rodea mi pezón mientras su mano masajea el otro, y algo se enciende en mi vientre bajo.

—¿Te gusta eso, cariño?

—Sí —jadeo.

—Bien. Porque voy a hacerte sentir mucho mejor.

Sus manos bajan por mi estómago, hasta mis bragas. Me ayuda a quitármelas junto con mis botas y de repente estoy completamente desnuda bajo las estrellas, vulnerable de una manera que nunca he estado.

—Mírate —dice, su voz más ronca ahora—. Tan perfecta y toda mía.

Algo en esas palabras me hace arder. *Toda suya*. Debería asustarme, pero en cambio me hace sentir... segura.

Claus se quita la camisa y veo su torso marcado por un cuervo de alas extendidas y por cicatrices y músculos duros ganados con trabajo. Es hermoso de una manera brutal. Se quita el cinturón, el sonido del cuero deslizándose me hace estremecer de anticipación.

Cuando se quita los jeans y lo veo completamente desnudo, mi respiración se detiene. Es grande. Muy grande. El miedo debe mostrarse en mi cara porque se inclina sobre mí, besándome profundamente. Y sus tatuajes son tan él que lo hacen ver sexy y peligroso, todo al mismo tiempo.

—Voy a ir despacio —promete contra mis labios—. Te lo juro. Si quieres detenerte, me detengo.

—Está bien —susurro, aunque mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

Su mano baja entre mis piernas y gimo cuando sus dedos me encuentran. Estoy mojada, tan mojada que es vergonzoso, pero él gruñe con aprobación.

—Joder, cariño. Ya estás lista para mí, ¿verdad?

Sus dedos me exploran, uno deslizándose dentro de mí con cuidado. La sensación es extraña, invasiva, pero no desagradable. Comienza a moverlo, despacio, mientras su pulgar encuentra ese punto que me hace arquear la espalda.

—Eso es, nena. Déjame sentirte. Estoy seguro de que nadie ha puesto sus dedos aquí, ¿verdad?

Asiento con la cabeza como puedo.

Agrega un segundo dedo y la presión aumenta. Me estira, me prepara, y todo mi cuerpo se tensa con una necesidad que no entiendo completamente.

—Claus, yo... necesito...

—Lo sé. —Su voz es puro pecado—. Pero todavía no. Quiero que estés tan mojada que me supliques.

Y sigue trabajándose con sus dedos, dentro y fuera, mientras su boca devora mis pechos, mi cuello, mis labios. El placer se construye como una tormenta, creciendo y creciendo hasta que no puedo respirar.

—Por favor —Jadeo finalmente—. Por favor, Claus.

—¿Por favor qué, cariño? Dímelo.

—Te necesito. Dentro de mí. Ahora.

Algo oscuro cruza su rostro. La ternura sigue ahí, pero hay algo más ahora. Algo salvaje.

—Ponte en cuatro para mí —ordena, su voz más dura.

Mi cuerpo obedece antes de que mi mente pueda procesar. Me volteo, apoyándome en manos y rodillas sobre la manta. El heno cruje debajo de nosotros. Me siento expuesta, vulnerable, y es aterrador y excitante al mismo tiempo.

Sus manos agarran mis caderas, firmes, posesivas.

—Tan hermosa así —murmura—. Toda abierta para mí. Pronto llenaré estos agujeros, ¿te gustaría eso, cariño? Sé que sí.

Siento la punta de su miembro contra mi entrada y me tenso.

—Relájate y respira.

Empuja despacio, tan despacio, y la presión es inmensa. Grito suavemente cuando la cabeza entra, estirándome de maneras que no sabía que eran posibles.

—Joder, estás tan apretada —gruñe—. Tan perfecta.

Se detiene, dejándome ajustarme. Sus manos acarician mi espalda, mis costados, tranquilizándome.

—¿Estás bien?

—Sí —jadeo, aunque arde—. Sigue.

Se mueve despacio. Solo un poco. Un roce hacia dentro que me hace aferrarme a la manta debajo de mí.

Se detiene de golpe. Siento cómo su cuerpo se tensa, cómo la respiración se le corta detrás de mí.

—Espera —dice, la voz ronca, casi incrédula—. ¿Eres...? ¿Es tu primera vez?

No puedo mentir. No así. No con él dentro de mí, sintiendo cada fibra de mi cuerpo cerrado alrededor suyo.

—Sí —susurro.

Gruñe. Es un sonido animal, posesivo, que me recorre entera. Se retira lentamente, apenas, lo justo para mirarme a los ojos.

—Joder, *amor*...

—No te detengas... —Trago saliva— quiero que sigas.

Vuelve a gruñir, y esta vez hay algo diferente en su voz. Algo que me quema más que el ardor físico: la realización de que soy suya. De que *era* suya antes de esto, pero ahora... ahora es diferente.

—Joder —exhala—. Eres mía. Completamente mía.

No es una pregunta. Es una declaración. Una promesa. Una posesión.

Vuelve a entrar, despacio, midiendo cada milímetro, sintiendo cómo mi cuerpo se abre para él. Sus manos bajan por mi espalda hasta mis caderas y me sujeta ahí, con una firmeza que me dice sin palabras que soy suya. Que este momento es suyo. Que *yo* soy suya.

—Mírame.

Obedezco. Levanto el rostro y volteo hacia él y lo que veo me deja sin aire: mandíbula apretada, las venas del cuello marcadas, los

ojos oscuros clavados en mí con una intensidad que me quema más que cualquier otra cosa.

—Quiero verte —dice—. Quiero verlo todo.

Se hunde despacio, milímetro a milímetro, sin apartar los ojos de mi cara, leyendo cada reacción, cada tensión de mis rasgos. Cuando hago un pequeño sonido entre el dolor y algo que todavía no reconozco como placer, frena. Espera. Deja que mi cuerpo lo aprenda.

—Ya eres mía —susurra, y no es una pregunta. Es una declaración—. Eras mía antes de esto, pero ahora... —Deja la frase incompleta y la termina hundiéndose del todo.

Grito, o algo parecido a un grito. Las manos de él están en todas partes: en mi pelo, en mis costados, en la curva de mi cintura, como si necesitara tocarme entera para convencerse de que es real.

—¿Bien?

—Bien —consigo decir, aunque la voz no me sale entera—. Muy bien.

Empieza a moverse en serio entonces. Lento todavía, deliberado, cada embestida calibrada, cada retirada calculada para que yo sienta exactamente hasta dónde llega y hasta dónde se va. El ardor inicial se va disolviendo como azúcar en agua caliente, transformándose en algo distinto, en una tensión que sube por mi vientre y me enrolla los dedos de los pies.

—Ahí —Jadeo sin querer.

—Aquí. —Repite el ángulo. Lo repite otra vez. Y otra—. Así me gusta. Quiero oírte.

Y yo lo oigo a él también: la respiración quebrada, los sonidos bajos que se le escapan cuando aprieto sin darme cuenta, cuando mi cuerpo lo retiene como si no quisiera dejarlo ir. Me dice cosas al oído, cosas que me hacen arder la cara, aunque el resto de mí ya arde de otra forma: que estoy perfecta, que estaba esperando esto, que nadie va a tocarme como él, que este cuerpo ahora lo conoce a él y solo a él.

La posesividad en su voz no me asusta. Me ancla.

—Respira, nena. Respira para mí.

Inhalo temblorosamente y algo del dolor se desvanece, reemplazado por una sensación de plenitud que es casi abrumadora.

—No quiero hacerte daño... —advierte—. Dime si es demasiado.

Se retira casi completamente, luego empuja de nuevo, estableciendo un ritmo lento y profundo. Cada embestida me hace gemir. El dolor se mezcla con placer hasta que no puedo distinguir uno del otro.

—Eso es —gruñe—. Tómame. Toma cada puto centímetro.

Sus movimientos se vuelven más rápidos, más duros. Sus dedos se clavan en mis caderas con suficiente fuerza para dejar marcas. La ternura de antes se está desvaneciendo, reemplazada por algo más crudo, más primitivo.

—Eres mía —dice, su voz áspera—. Di que eres mía.

—Soy tuya —jadeo, y es verdad. En este momento, soy completamente suya.

—Joder, sí. —Embiste más fuerte y grito—. Tan perfecta. Hecha para mi polla.

El lenguaje crudo debería escandalizarme, pero en cambio me hace arder más. Me empuja más profundo, más duro, y puedo sentir cada centímetro de él dentro de mí.

Una de sus manos se desliza alrededor de mi cuerpo, encontrando ese punto sensible entre mis piernas. Frota círculos mientras sigue embistiendo, y el placer se dispara.

—Quiero sentirte correrte en mi polla, amor —gruñe—. Quiero sentir cómo me aprietas.

—No puedo... es demasiado...

—Sí puedes. —Su voz es puro comando—. Córrete para mí. Ahora.

Y como si mi cuerpo solo esperara su permiso, explota. El orgasmo me atraviesa como un rayo, haciéndome gritar su nombre. Mis músculos internos se contraen alrededor de él, apretándolo, y él gruñe profundamente.

—Joder, así.

Embiste más rápido, persiguiendo su propio placer ahora. El sonido de piel contra piel llena la noche, mezclándose con nuestros

gemidos y jadeos.

—¿Dónde quieres que me corra? —pregunta, su voz tensa.

—Dentro —Susurro sin pensar—. Quiero sentirte.

—Mierda. —Embiste una, dos, tres veces más, luego se entierra profundamente con un gruñido gutural—. Tómalo todo, cariño. Todo.

Puedo sentirlo pulsando dentro de mí, llenándome con su calor. Es íntimo de una manera que no esperaba, conectándonos de una forma que va más allá de lo físico.

Finalmente se retira con cuidado y me ayuda a voltearme. Me acuesta sobre la manta y se recuesta a mi lado, atrayéndome hacia su pecho. Su corazón late tan fuerte como el mío.

—¿Estás bien? —pregunta, y la ternura ha regresado a su voz.

—Sí —susurro—. Más que bien.

Me besa la frente, luego los labios, suave y dulce.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

Sonríó contra su pecho.

—Tú tampoco estás mal, vaquero.

Se ríe, el sonido vibrando a través de su pecho.

—Descansa, amor. Te tengo.

Y por primera vez en mi vida, creo esas palabras. Me permito confiar. Me permito ser vulnerable. Porque con Claus, finalmente me siento segura.

No cuando me besa.

No cuando me toca.

Sino cuando entiendo que ese hombre acaba de decidir cargar con una guerra que nunca le perteneció...

...cuando comprendo que ya no existe una salida para ninguno de los dos.

Porque si mi hermano llega hasta este rancho...

No vendrá a buscarme solo a mí.

Vendrá a destruir todo lo que Claus acaba de decidir proteger.

Y esa guerra...

Acaba de empezar.

CAPÍTULO 28

Eve

El sonido del teléfono rompe el momento como un disparo.

Los dos nos quedamos inmóviles durante una fracción de segundo. Mi respiración todavía está desordenada cuando Claus aparta la vista de mí y busca el móvil entre los bolsillos de su pantalón. La forma en la que cambia su expresión antes incluso de contestar me hace sentir un nudo en el estómago.

Es como si el peligro estuviera en el aire.

—¿Qué pasa? —responde sin dejar de mirarme.—¿Cómo que no está?

Su voz cambia por completo. Se incorpora de golpe y el tono tranquilo con el que había estado hablando desaparece.

—¿Qué quieres decir con que no está?

Lo escucho gritar mientras yo me vuelvo a colocar el vestido con manos torpes. Encuentro mi ropa interior sobre la manta y me la pongo deprisa, intentando entender qué demonios está ocurriendo.

—Hazel —digo en voz baja, sintiendo que el corazón empieza a latirme con fuerza.

Claus ya no me mira.

—Voy para allá. —Cuelga sin añadir una sola palabra más.

Durante un segundo permanece completamente quieto. La frustración, la preocupación y el miedo están escritos en su rostro con tanta claridad que ni siquiera intenta esconderlos. Aprieta la mandíbula, se pasa una mano por el cabello y se coloca la camiseta casi a la fuerza.

No dice nada.

Ni una palabra.

Subimos a la camioneta y, en cuanto arranca el motor, salimos disparados. Tengo que sujetarme del asiento porque

conduce como un hombre que ha dejado de pensar. Las ruedas levantan tierra mientras descendemos por el camino del acantilado. Claus adelanta sin importarle quién venga de frente y aprieta el volante con tanta fuerza que los nudillos se le vuelven blancos.

Nunca lo había visto así.

Cuando llegamos al rancho, el ambiente ha cambiado por completo.

La música ya no se escucha. Las risas han desaparecido. Todo el mundo parece hablar al mismo tiempo. Emma está cerca de Arthur junto a varios trabajadores, todos con la misma expresión de desconcierto. Algunos hombres corren hacia Claus apenas baja de la camioneta.

—Saca a todo el mundo. El evento terminó. —Su voz retumba por encima del resto. —No dejes que nadie se vaya sin registrar todos los coches y camionetas. Quiero revisar absolutamente todo.

—Sí, señor.

Los hombres salen corriendo sin hacer preguntas.

Yo busco a Emma desesperadamente.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está Hazel?

Emma está tan pálida como yo.

—Parece que la niñera nunca llegó.

Siento que el suelo desaparece bajo mis pies.

—¿Qué?

—Nadie la vio salir. Creíamos que estaba contigo, pero te busqué y no estabas. Cuando empezamos a buscarla... —Se le quiebra la voz.—Lleva desaparecida treinta minutos.

Treinta minutos.

Treinta.

La sangre se me hiela. Busco a Claus entre toda la gente. Lo encuentro dando órdenes a cinco hombres al mismo tiempo.

—¡Claus!

Él gira apenas la cabeza.

—Ahora no, Eve.

Veo mucha rabia en sus ojos cuando me ve.

Empiezo a correr sin saber exactamente hacia dónde. Reviso los establos, los corrales, los caminos de tierra y los alrededores de

la casa. Todo el mundo busca a Hazel. Escucho cómo llaman su nombre una y otra vez entre los árboles. Los guardias revisan cada vehículo mientras otros salen a caballo.

Cada minuto que pasa pesa más que el anterior.

Y entonces empiezo a notar las miradas. Algunas son de preocupación. Otras... De sospecha.

Soy la desconocida. La mujer que apareció hace unas semanas. La única persona que nadie conoce realmente.

Intento ignorarlas. Solo quiero encontrar a Hazel. Doblo una esquina de la casa principal y lo veo.

Claus.

Está completamente inmóvil.

Tiene los puños cerrados y el pecho sube y baja con violencia. Hay algo en su expresión que me obliga a detenerme. No parece enfadado sino roto. Levanta la vista y nuestros ojos se encuentran. Y en ese mismo instante sé que algo acaba de romperse ahí.

Camina y cuando se detiene frente a mí, su respiración sigue siendo irregular.

—Si no hubiera estado perdiendo el tiempo contigo... —Las palabras salen entre dientes.—...mi hija no se habría perdido.

No respondo y él simplemente se da la vuelta y continúa caminando. Yo me quedo donde estoy. Las piernas dejan de responderme. Caigo de rodillas sobre la tierra antes siquiera de darme cuenta.

El aire ya no entra en mis pulmones. Las palabras siguen repitiéndose dentro de mi cabeza.

Perdiendo el tiempo contigo.

No lloro, no voy a perder la cabeza por lo que me dijo. No cuando Hazel sigue desaparecida. Aprieto los dientes hasta hacerme daño y vuelvo a ponerme de pie. No importa cuánto me hayan dolido sus palabras.

Hazel sigue ahí fuera. Eso es lo único que importa. Apenas pasan unos minutos cuando el teléfono de Claus vuelve a sonar a lo lejos.

Todo el mundo guarda silencio mientras él responde de inmediato.

—¿Hola?

Su expresión cambia mientras escucha, pasa de confusión a alivio. Y finalmente... Sus ojos me buscan entre la multitud. Esta vez lo que veo en ellos es otra cosa.

Arrepentimiento.

Un arrepentimiento tan evidente que ni siquiera intenta ocultarlo. Nadie dice una palabra. Todos miran hacia la entrada del rancho. Un todoterreno aparece levantando una nube de polvo.

Se detiene bruscamente.

Uno de los guardias baja con una niña en brazos.

—¡Hazel! —Claus corre hacia ella. La pequeña se lanza inmediatamente sobre él, rodeándole el cuello con todas sus fuerzas. —¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas, princesa?

Hazel empieza a llorar.

—Lo siento, papi. Salí a buscar a Eve y a ti... y me perdí. —Se limpia la nariz con la manga. —Encontré un teléfono en un bolso de una señora que no estaba mirando...lo robé, lo siento.

Claus la separa apenas para verla.

—Está bien, cariño. ¿Cómo supiste llamarme? —Hazel gira la cabeza hacia mí inmediatamente. No me había dado cuenta que estaba ya cerca de ellos. —Eve me enseñó.

Todos me miran, mientras yo me acerco más, despacio hasta quedar frente a ella y le tomo la mano.

—¿Recuerdas el capítulo que vimos juntas? El del niño que se pierde en el supermercado. —Yo asiento con fuerza. —Memoricé el número de papi... como tú me dijiste por si algún día lo necesitara.

No puedo evitar sonreír.

—Y lo hiciste perfecto, cariño.

Arthur da un paso al frente.

—Ella me pidió que la ayudara a escribir el número hace unos días. Pensé que era un juego.

Hazel vuelve a abrazar a su padre con todas sus fuerzas. Él no deja de besarle la cabeza. Los dos están llorando. Los observo unos segundos, no hago ningún intento de acercarme a Claus.

No después de lo que me dijo.

Simplemente doy media vuelta y me marchó. Nadie intenta detenerme ni veo hacia atrás. Subo las escaleras hasta mi habitación sin escuchar las voces que quedan abajo. Entro, cierro la puerta con llave y voy directamente al baño y abro la ducha.

El agua cae sobre mi cabeza mientras permanezco completamente vestida durante unos segundos. Solo cuando el calor empieza a envolverme siento que el cuerpo deja de sostenerse. Me apoyo contra la pared y es ahí lejos de todos donde por fin dejo de fingir que sus palabras no me hicieron daño.

Y lloro en un silencio que duele mucho más que cualquier grito.

CAPÍTULO 29

Claus

Nunca había reforzado la seguridad del rancho de esta manera. Hay hombres patrullando el perímetro cada pocos minutos, otros revisando las cámaras una y otra vez y dos camionetas dando vueltas por los caminos de tierra como si esperáramos un ataque durante la madrugada. Algunos pensarán que estoy exagerando, pero no me importa. Prefiero que me llamen paranoico antes que volver a pasar por los treinta minutos más largos de mi vida. Hazel nació entre estas montañas. Aprendió a caminar en estos establos. Sabe llegar al lago antes que cualquiera de mis trabajadores y conoce atajos que ni yo recordaba. No. Mi hija no simplemente "se perdió".

Y la puta niñera desapareció. Algo ocurrió. Quizá siguió una mariposa, quizá quiso explorar un sendero nuevo o quizá alguien se acercó demasiado a ella y logró escapar antes de que pasara algo peor. No tengo pruebas para afirmar ninguna de las tres cosas, pero tampoco las necesito para saber que algo dentro de mí ya no volverá a estar tranquilo. Desde hoy, este rancho deja de ser únicamente mi hogar. Desde hoy será una fortaleza.

Llevo más de una hora reconstruyendo mentalmente todo lo que pasó desde que comenzó el evento. Cada conversación. Cada rostro. Cada vehículo que entró. Cada persona que saludé. Hago memoria intentando encontrar un detalle que no vi en su momento. Pensé en cancelar la beneficencia este año. Lo pensé varias veces. Sabía que reunir a tanta gente suponía un riesgo, pero también sabía que muchos pequeños ganaderos dependen de este evento para cerrar acuerdos que les permiten sobrevivir el resto del año. Algunos vienen desde muy lejos porque saben que aquí encontrarán compradores. Otros cuentan conmigo desde hace años. Al final

decidí hacerlo por ellos... y esa decisión pudo costarme lo único que realmente importa. No solo puse en peligro a Hazel. También expuse a Eve. Si alguien de su organización estaba entre toda esa gente, hoy ya sabe dónde encontrarla. Y eso significa que el error fue mío.

Aprieto los puños con tanta fuerza que los nudillos empiezan a dolerme. No dejo de escuchar mi propia voz repitiendo aquellas palabras una y otra vez.

—*Si no hubiera estado perdiendo el tiempo contigo...*

¿Qué clase de imbécil dice algo así?

Ni siquiera lo pensé.

Solo necesitaba encontrar un culpable porque durante treinta minutos imaginé a mi hija muerta. Imaginé su cuerpo en algún bosque. Imaginé a alguien llevándosela mientras yo estaba demasiado ocupado, llevándome la primera vez de la mujer que llevo intentando alejarme desde el día en que apareció sangrando frente a mí. Y el miedo hizo lo que siempre hace: convertir la razón en rabia.

Pero la rabia pasó. Y ahora solo queda la culpa. Porque si alguien perdió algo esta noche, y el día de su cumpleaños... no fui yo.

Fue Eve. Cierro los ojos un instante y dejo escapar el aire lentamente.

Me entregó algo que jamás volverá a recuperar. La forma en que temblaba cuando la besé, cómo buscaba mi boca y mi polla, cómo escondía el miedo detrás de esa fachada de mujer indestructible... todo me decía que nunca antes había dejado entrar a nadie de esa manera. Yo también lo sentía. No era deseo únicamente. Era confianza. Una confianza que no le regala a nadie. Y la primera cosa que hice después fue destrozarla con una frase que probablemente no olvidará jamás.

Me paso una mano por la barba. Y veo lo que sostengo en la otra: La caja que contiene un pequeño regalo para ella. No es gran cosa, pero quería darle algo.

Soy un maldito idiota.

Si ahora abre esa puerta y me golpea, no pienso detenerla. Si decide insultarme, escucharé cada palabra. Si quiere que le devuelva

la pistola para dispararme en la polla... probablemente hasta le indique dónde hacerlo para que no falle. Después de la estupidez que dije, merezco cualquier cosa menos su perdón.

Cuando llego frente a su habitación me quedo inmóvil. La luz sigue encendida debajo de la puerta. Sé que está despierta. También sé que probablemente preferiría no verme.

Levanto la mano. La dejo caer otra vez. No recuerdo la última vez que dudé antes de enfrentarme a alguien.

He negociado con criminales.

He apuntado con un arma a hombres que duplicaban mi tamaño. Y, sin embargo, una simple puerta consigue que me sienta como un adolescente incapaz de ordenar dos malditas palabras.

Finalmente llamo dos veces.

Escucho pasos, luego la puerta se abre despacio. Y entonces el tiempo vuelve a detenerse.

El aroma a jabón llega antes que cualquier palabra. Es limpio, suave, el mismo que quedó impregnado en mi piel cuando mis labios recorrían su cuello hace algunas horas. Lleva el cabello húmedo, todavía cayendo en mechones oscuros sobre sus hombros. Algunas gotas resbalan lentamente por su clavícula hasta perderse bajo una camiseta demasiado grande para ella. Tiene los ojos rojos. No necesita decirme que ha llorado. Lo veo. Y descubrir que fui yo quien provocó esas lágrimas me revuelve el estómago de una forma que no conocía.

Nos quedamos mirándonos durante varios segundos.

—Feliz cumpleaños—Es lo único que consigo decir y le entrego la caja, ella la toma, pero su expresión no cambia.

—Fuiste un idiota.

Asiento despacio.

—Sí.

No pienso defenderme.

Vuelvo a mirarla y descubro que lo que más me duele no son sus palabras. Es la distancia. Hace apenas una hora se aferraba a mi cuerpo como si el resto del mundo hubiera desaparecido. Ahora mantiene la puerta entre los dos como si necesitara recordarse que no debe volver a acercarse.

—Tienes razón—continúo—Y tú no merecías cargar con ese miedo. Tú acababas de salvarla sin saberlo.

Sus ojos bajan un instante al suelo.

No responde.

Eso me obliga a seguir hablando.

—Si no le hubieras enseñado a que me llamara... todavía seguiríamos buscándola.

El silencio pesa entre los dos.

Me acerco un paso.

Ella no retrocede.

Levanto la mano con cuidado y acaricio su mejilla. Está tibia. Su piel todavía conserva el calor de la ducha. Cierra los ojos apenas un segundo, lo suficiente para hacerme creer que todavía existe una oportunidad.

—Es lo único que tengo. —Mi voz casi se rompe.

—Lo sé. —Susurra las palabras con dolor.

Eve toma mi muñeca con una delicadeza que me desarma por completo. Durante un segundo pienso que va a entrelazar sus dedos con los míos. Que va a perdonarme. Pero simplemente aparta mi mano de su rostro. Como si ya no quisiera permitirse sentir lo que hace unas horas sentía cuando la tocaba.

Ese gesto duele mucho más que cualquier bofetada y joder, no me lo esperaba.

—Lo siento mucho —repito.

Ella sostiene mi mirada durante un largo instante.

—Te disculpo, Claus. —Mi pecho se afloja apenas. Hasta que termina la frase. —No volverás a perder el tiempo conmigo.

Trago saliva.

—Eve...

—No volverá a pasar, lo siento.

Cada palabra cae con una calma devastadora. No está intentando herirme. Simplemente está levantando un muro. Uno diferente del que tenía cuando llegó. Y eso es infinitamente peor.

—Buenas noches, Claus.

La puerta empieza a cerrarse. El clic de la cerradura resuena en el pasillo y yo permanezco inmóvil varios segundos. Tengo la

certeza de que un enemigo consiguió joderlo todo.

Y ese enemigo...

Soy yo mismo.

CAPÍTULO 30

Eve

Observo la caja y la abro. Dentro encuentro una herradura pequeña, adornada con diminutas piedras brillantes que reflejan la luz. La tomo entre mis dedos, entendiéndolo todo, lo que significa y por qué alguien como él habría guardado algo así con tanto cuidado.

Se acordó de mi cumpleaños y aunque quiera, no puedo odiarlo.

Saco el collar de la caja y me lo coloco. He usado joyas caras, y no hay prenda alguna que me deslumbre, pero joder. Claus Radkle sabe cómo hacerme sonreír.

Maldito estúpido.

Después del susto con Hazel, la vida en el rancho intenta recuperar la normalidad. O, al menos, fingir que la recupera.

Las vacas no dejan de necesitar alimento porque casi ocurriera una tragedia. Los caballos siguen ensuciando los establos con la misma dedicación de siempre y las ovejas continúan encontrando formas nuevas de complicarnos el trabajo. Así que no queda otra que levantarse temprano, ponerse las botas y seguir adelante. Paso gran parte de la mañana limpiando corrales, cargando pacas de heno y quitando más mierda de animal de la que jamás imaginé que existiría en el mundo. El olor ya ni siquiera me molesta. Empiezo a creer que mi nariz terminó rindiéndose hace días.

Liam, como siempre, habla sin parar mientras trabajamos. Jura que tiene talento para hacer reír a la gente, pero la realidad es que la mitad de sus chistes son tan malos que provocan más lástima que gracia.

—¿Sabes por qué las vacas nunca cuentan secretos? —
pregunta completamente serio.

Ni siquiera levanto la cabeza.

—Porque ya sé que la respuesta va a ser horrible. —Me quejo.

—Porque siempre terminan mugiéndolo todo.

Graham suelta un resoplido que intenta disfrazar de tos.

Emma niega con la cabeza.

Yo termino riéndome igual.

—Eres un idiota.

—Pero te hice reír.

—De vergüenza ajena. —Me río.

—Sigue contando como victoria.

Por un momento consigo olvidarme de todo. Del acantilado.
Del beso. De las palabras que Claus me lanzó cuando Hazel
desapareció. Incluso de la conversación frente a la puerta de mi
habitación.

Solo por un momento. Porque entonces lo veo acercarse. El
ambiente cambia sin necesidad de que diga una sola palabra. Todos
dejan lo que están haciendo casi al mismo tiempo.

Claus lleva varios sobres marrones en la mano.

La paga.

Empieza a repartirlos uno por uno entre los trabajadores.
Algunos le dan las gracias, otros hacen algún comentario sobre el fin
de semana, pero él responde apenas con un gesto de la cabeza.
Está más serio de lo habitual.

Cuando llega hasta mí, nuestras miradas se encuentran.
Ninguno de los dos habla durante unos segundos. Extiende uno de
los sobres hacia mí.

Lo observo sin moverme.

—No tienes que hacerlo.

Él frunce ligeramente el ceño.

—¿Hacer qué? —Dios, no puedo con esa mirada, porque lo
veo más guapo hoy. Sus ojos están más grises que nunca y tiene un
poco más de barba hoy, lo que lo hace ver más peligroso que nunca.

—Pagarme.

Bajo la vista hacia el sobre.

—Pensé que... mi pago era tener un techo donde dormir, comida y un lugar donde esconderme hasta decidir qué hacer con mi vida. —Esto último lo digo solo para que lo escuche él.

Su expresión se endurece apenas.

—Ese nunca fue el trato. —Levanto la mirada, porque sabe que miente—Has trabajado igual que los demás.

Hace un pequeño movimiento con el sobre.

—Es tu paga.

Niego con la cabeza.

—No puedo aceptarlo.

Él da un paso hacia mí. Lo suficiente para que solo yo escuche sus siguientes palabras.

—Si no lo tomas voy a castigarte, Salvaje. No me importa que mis trabajadores me miren, voy a besarte. —Mi respiración se detiene un instante. Antes de que pueda responder, toma mi mano.

Sus dedos rodean los míos con firmeza y coloca el sobre en mi palma. Intento devolvérselo pero él no lo permite. Sigue sujetando mi mano y la acaricia el muy cabrón.

El silencio que se forma alrededor resulta casi cómico. Liam carraspea exageradamente. Incluso Arthur que acaba de entrar, desvía la mirada hacia las vacas con un interés completamente falso.

Emma intenta concentrarse en una carretilla que claramente no necesita mover.

Todos han visto el gesto. Y todos saben que ahí pasa algo. Mis mejillas empiezan a arder de la vergüenza. Por culpa de su mano y ese rostro que no debería ser tan perfecto. Le quitaré las gafas y saldré corriendo, sí, debería hacer eso.

Todavía recuerdo exactamente cómo se sentía sosteniéndome anoche. La seguridad con la que me rodeaba la cintura, la forma en que me hacía olvidar todo lo que existía fuera de él, la manera en que bastaba una caricia para poner mi mundo de cabeza. Odio que un simple roce sea capaz de despertar recuerdos que llevo horas intentando enterrar.

Finalmente afloja los dedos y me deja el sobre.

—Buena chica. —Su voz vuelve a ser la del jefe del rancho.

Él sostiene mi mirada durante un largo segundo y, una pequeña sonrisa aparece en la comisura de sus labios.

No llego a responder, solo asiento y continúa caminando. Pero esa sonrisa... Esa maldita sonrisa... Hace que volver a mantener las distancias sea mucho más difícil de lo que estaba dispuesta a admitir.

...

Entro en la cocina pensando únicamente en prepararme un café antes de volver al trabajo. Después de toda la mañana limpiando establos, siento los brazos pesados y las botas cubiertas de barro. Lo último que esperaba era encontrar a Claus apoyado contra la encimera, con una taza entre las manos, esperándome como si supiera exactamente a qué hora iba a aparecer.

Levanta la vista en cuanto entro.

Y vuelve a hacerlo.

Esa forma de mirarme me pone nerviosa. No es descarada. Es peor. Es lenta, detenida, como si se tomara el tiempo de recorrer cada detalle de mi rostro y de recordar algo que solo existe entre nosotros. Intento convencerme de que no significa nada, pero mi cuerpo parece no estar de acuerdo.

—¿En qué vas a gastarlo? —pregunta de repente.

Tardo un segundo en entender de qué habla.

—¿El dinero?

Asiente.

Miro el sobre que todavía llevo en la mano y me encojo de hombros.

—Probablemente... en mantequilla de maní.

Una risa grave escapa de su pecho.

—Tenemos de eso aquí, Eve.

Frunzo el ceño mientras lo sigo hasta uno de los muebles altos de la cocina. Abre una de las puertas y empieza a rebuscar entre todo lo que hay ahí.

Un segundo después saca un frasco. Luego otro y otro. Los va colocando sobre la encimera uno detrás de otro hasta que pierdo la cuenta.

Seis. Lo miro completamente incrédula.

—¿Por qué demonios tienes tanta mantequilla de maní?
Se encoge de hombros.

—Porque alguien se la come como si fuera agua.

No puedo evitar reírme. Abre uno de los frascos, mete una cuchara y me la entrega.

—Toma. —Lo observo unos segundos antes de aceptarla y meterme una buena cantidad en la boca.

—¿Así de fácil? —digo con la boca aún llena.

—Así de fácil.

—¿Si te pido mi arma, me la darás? —pregunto, batiendo las pestañas con una inocencia exagerada que ni yo misma me creo.

Claus arquea una ceja, como si ya supiera que estoy tramando algo.

—Ni en tus sueños, salvaje.

Estoy a punto de responder cuando, sin previo aviso, sus manos encuentran mi cintura. Me atrae hacia él con un movimiento firme y mi espalda choca contra su pecho antes de que pueda protestar. El aire se me escapa cuando captura mi rostro y sus labios se estrellan en los míos. Es un beso corto, pero suficiente para dejarme sin aliento. Al separarse apenas unos centímetros, una sonrisa ladeada aparece en su rostro.

—Mantequilla de maní... —murmura con una risa baja, saboreando todavía el beso—. Ahora entiendo por qué te gusta tanto.

Mis mejillas arden.

—No cambies de tema.

—¿Y qué harías con el arma? —pregunta sin soltar mi cintura—. ¿Dispararme, salvaje?

Lo miro desafiante.

—Solo para que vuelvas a besarme.

Su sonrisa se ensancha contra mi boca.

—No hará falta recurrir a la violencia.

En ese momento escuchamos unos pasos pequeños corriendo por el pasillo. Hazel aparece con el cabello todavía despeinado y una enorme sonrisa.

—Buenos días, tengo hambre.

Claus levanta otra cuchara.

—¿Quieres?

Hazel asiente con tanta fuerza que el sombrero que lleva casi se le cae.

—¡Sí!

Él abre otro frasco y se lo entrega.

Cinco segundos después, Hazel y yo estamos sentadas una al lado de la otra, cada una con su cuchara, comiendo mantequilla de maní directamente del frasco.

Levanto una ceja.

—No me juzgues.

—Jamás. —dice Claus, sonriéndome. Todavía no lo perdono del todo, pero ese beso fue algo. Y claro, la paga también. Tengo dinero así que, compraré un jodido teléfono y comenzaré a hacer algunas llamadas.

Hazel hunde otra cucharada.

—Está muy rica.

—¿Ves? —dice Claus con una media sonrisa—. No soy el único que piensa que esto es una buena idea.

—No, tú eres el único que guarda un almacén entero.

Él se cruza de brazos sin dejar de mirarnos. Al principio pienso que está distraído. Pero pasan los segundos. Y sigue observándonos.

A Hazel, riéndose porque se ha manchado la punta de la nariz.

A mí, intentando no reírme de ella mientras termino haciendo exactamente lo mismo.

No sé qué está viendo. Solo sé que esa expresión vuelve a aparecer en su rostro.

La misma del acantilado.

La misma de antes de que todo saliera mal.

Una mirada tan intensa que hace que el resto de la cocina desaparezca. Desvío la vista, necesito hacerlo. Porque si sigo sosteniéndole la mirada un segundo más, voy a recordar demasiado.

—¿Qué? —pregunto, intentando sonar indiferente.

Él tarda un instante en responder.

—Nada.

Miente.

Lo sé por la forma en que aprieta la mandíbula.

—No era nada.

—Entonces deja de mirarme así.

Una sonrisa apenas asoma en la comisura de sus labios.

—¿Así cómo?

Siento el calor subir hasta mis mejillas.

—Como si estuvieras pensando cosas.

—¿Y si lo estoy?

Hazel levanta la cabeza, completamente ajena a la conversación.

—¿Pensando qué?

Claus aparta la vista de mí para mirar a su hija.

—Que alguien va a terminarse toda la mantequilla antes del almuerzo.

Hazel se ríe y abraza el frasco contra el pecho.

—¡No es cierto!

Yo también río, agradecida por la interrupción.

Pero cuando vuelvo a mirar a Claus, él ya me está observando otra vez. Y esta vez no intenta disimularlo. Hay una promesa silenciosa en sus ojos.

Una que ninguno de los dos se atreve a pronunciar mientras Hazel sigue allí, feliz, sin sospechar que entre nosotros continúa librándose una batalla que está muy lejos de terminar.

CAPÍTULO 31

Claus

No recuerdo la última vez que dormí una noche completa.

Hay noches buenas. Cuatro horas. A veces cinco. Otras, como esta, basta un sueño para devolverme a un lugar del que salí hace años, pero que nunca terminó de salir de mí. Despierto sobresaltado, con el pecho ardiendo y la respiración descontrolada, convencido de que voy a abrir los ojos y volveré a encontrarme esas cuatro paredes de hormigón húmedo, la luz blanca que nunca terminaba de apagarse y el sonido metálico de una puerta cerrándose detrás de mí. Siempre es igual. Tardo varios segundos en reconocer el techo de mi habitación, las vigas de madera, el viento golpeando las ventanas del rancho. Mi cabeza sabe que estoy en casa. Mi cuerpo todavía no se lo cree.

La gente piensa que la cárcel te cambia porque ves peleas, porque aprendes a defenderte o porque convives con asesinos. No tienen ni idea. La cárcel te cambia porque te obliga a dormir sabiendo que el hombre que respira a menos de dos metros de ti podría decidir matarte simplemente por haber tenido un mal día. Y aprendes que el silencio nunca significa tranquilidad. Significa que alguien está pensando. Planeando. Esperando. Y cuando entiendes eso, dejas de dormir de verdad. Solo aprendes a cerrar los ojos sin bajar la guardia.

Entré allí después de vengar la muerte de mi prometida. La policía no pudo demostrar lo que realmente hice, pero sí encontró suficientes cabos sueltos para encerrarme mientras seguían investigando. Seis meses. Los abogados me repetían que no era tanto tiempo, que podía haber sido mucho peor. Ninguno de ellos tuvo que pasar una sola noche en aquella celda. Ninguno tuvo que escuchar el sonido de los candados cerrándose sabiendo que hasta

la mañana siguiente nadie iba a abrir esa puerta aunque estuvieras muriéndote dentro. Seis meses pueden parecer poco cuando los cuentas en un calendario. Intenta contarlos respirando el mismo aire que un monstruo.

Los primeros días estuve solo. Me acostumbré enseguida a la rutina. Desayuno. Recuento. Patio. Comida. Más recuentos. Las horas siempre parecían las mismas. Los mismos pasos de los guardias. Las mismas discusiones al fondo del pasillo. Los mismos hombres caminando en círculos porque hacerlo les recordaba que seguían vivos. Llegué a pensar que tendría suerte. Que cumpliría mi condena sin llamar la atención de nadie. Entonces una tarde abrieron la puerta de mi celda y metieron a otro preso.

Ni siquiera levanté la vista al principio.

Escuché una bolsa caer sobre la litera superior y después una risa. No una carcajada. Una risa baja, tranquila, casi educada.

—Así que tú eres Claus.

No respondí.

—Dicen que mataste a varios hombres.

Seguí doblando la manta sobre mi cama como si estuviera solo.

—Me gustan los hombres peligrosos.

Aquella frase consiguió que levantara la cabeza.

Era un tipo delgado, mucho más bajo que yo y con una cicatriz que le cruzaba la cara desde la oreja hasta el mentón. Si me hubiera guiado únicamente por su aspecto, jamás habría pensado que pudiera representar un problema. Lo inquietante no era su físico. Eran sus ojos. Sonreían incluso cuando el resto de su cara permanecía completamente inmóvil. Como si hubiera algo roto dentro de él que ya no distinguiera cuándo una situación era graciosa y cuándo no.

Los presos hablaban de él en voz baja. Nunca delante suyo. Nunca delante de los guardias. Las historias cambiaban dependiendo de quién las contara, pero todas coincidían en una cosa: aquel hombre disfrutaba haciendo sufrir a la gente mucho antes de matarla. Algunos aseguraban que era caníbal. Otros decían que era

una exageración inventada para mantener alejados a los curiosos. Yo no sabía qué creer. Hasta que empecé a escucharlo cada noche.

No intentaba intimidarme.

Eso habría sido más sencillo.

Lo hacía como quien conversa con un amigo antes de dormir. Apagaban las luces y él comenzaba a hablar desde la litera de arriba. Nunca preguntaba si quería escucharlo. Nunca esperaba una respuesta. Simplemente hablaba. Contaba historias sobre comidas, restaurantes, recetas y recuerdos de infancia con una tranquilidad, y poco a poco la conversación tomaba otro camino. Empezaba a describir personas. Decía que todos olíamos distinto. Que el miedo cambiaba el olor de la piel. Que podía reconocer cuándo alguien estaba a punto de rendirse solo por la forma en que respiraba. Después se reía para sí mismo, como si acabara de recordar un chiste privado, y el silencio volvía a llenar la celda.

Nunca describía nada de forma explícita.

No lo necesitaba. El verdadero horror era la normalidad con la que hablaba.

Una madrugada me desperté sobresaltado porque tenía la sensación de que alguien me observaba. Abrí los ojos y lo encontré sentado en el borde de la litera superior, completamente inmóvil. La poca luz que entraba desde el pasillo apenas iluminaba su rostro, pero distinguía perfectamente que estaba sonriendo.

—¿Qué haces?

No respondió enseguida. Se limitó a inclinar un poco la cabeza.

—Pensaba.

—Pues piensa mirando otra pared.

Su sonrisa se hizo un poco más grande.

—Estaba intentando imaginar cuánto tardarías en despertarte.

Aquella noche no volví a cerrar los ojos.

Los días siguientes fueron peores. Empezó a hacer comentarios sobre mí como si me conociera de toda la vida. Decía que caminaba apoyando más peso sobre la pierna derecha. Que apretaba la mandíbula cuando estaba enfadado. Que hablaba dormido algunas noches. No entendía cómo podía saberlo. Yo nunca

dormía profundamente. O eso creía. Poco a poco comprendí que me observaba constantemente. Mientras leía. Mientras comía. Mientras me afeitaba frente al pequeño espejo de metal. Era como convivir con un depredador que todavía no había decidido cuándo atacar.

Una tarde me preguntó por qué estaba realmente allí. Le dije que no era asunto suyo.

Asintió con total tranquilidad.

—Yo tampoco cuento toda la verdad cuando me preguntan.

Seguí leyendo el libro que tenía entre las manos.

Entonces añadió:

—Aunque sí es verdad que la carne sabe diferente dependiendo de la persona.

No levanté la vista. No iba a darle la satisfacción de verme reaccionar.

Él soltó una risa muy baja.

—Ves... ahora ya estás imaginando cosas.

Tenía razón. Eso era lo peor. Nunca sabía cuánto era una provocación y cuánto era un recuerdo.

La agresión llegó semanas después. Fue rápida, absurda y silenciosa. Había conseguido esconder un cubierto del comedor. Todavía hoy no sé cómo. Yo estaba de espaldas cuando sentí el golpe en el muslo. El dolor fue inmediato, seco, suficiente para hacerme caer sobre una rodilla. Antes de que pudiera reaccionar, él ya estaba agachado frente a mí con la misma sonrisa de siempre.

—¿Sabes una cosa? —Su voz sonaba casi amable.—Los músculos vivos siempre reaccionan.

El hijo de puta iba a comerme vivo, literalmente.

Aquellas palabras me helaron más que la herida. No porque creyera que fuera a cumplir cualquier fantasía enfermiza que rondara por su cabeza. Sino porque comprendí que, para él, aquello no era una pelea.

Era curiosidad y yo era un experimento.

Recuerdo muy poco de lo que ocurrió después. Recuerdo levantarme, golpearlo, a los guardias entrando a la carrera, la sangre en el suelo sin saber de quién era. Lo demás son imágenes sueltas que mi cabeza nunca consiguió ordenar.

No volvimos a compartir celda.

Nunca pregunté qué hicieron con él. Nunca pregunté si sobrevivió. Simplemente salí de prisión unos meses después convencido de que había dejado aquel lugar atrás.

Qué ingenuo. Porque uno nunca sale del todo. Algunas cárceles siguen cerradas mucho después de cruzar la puerta principal.

Por eso reviso tres veces las cerraduras antes de dormir, también instalé más cámaras de las necesarias. Por eso necesito saber dónde está Hazel cada minuto del día.

Y cuando Eve desaparece de mi vista más tiempo del normal, una parte de mí imagina inmediatamente el peor escenario posible.

No es desconfianza.

Es costumbre.

La costumbre de haber aprendido que basta un solo descuido para que tu vida cambie para siempre.

Me levanto de la cama y camino hasta la ventana. El rancho permanece en silencio bajo la luz de la luna. Las patrullas siguen haciendo su recorrido y los focos iluminan los caminos de tierra. Todo está exactamente donde debería estar.

Sin embargo, antes de volver a acostarme, mis ojos buscan una ventana concreta.

La habitación de Eve. Permanezco observándola unos segundos. No porque crea que vaya a pasar algo esta noche. Sino porque hace años aprendí que la tranquilidad nunca dura demasiado. Y desde que ella apareció en mi vida...

Empiezo a sospechar que la próxima tormenta ya viene de camino.

CAPÍTULO 32

Eve

No recuerdo la última vez que vi a Hazel tan emocionada.

Lleva hablando de la feria desde hace tres días. Arthur fue quien tuvo la brillante idea de llevarla y, por alguna razón que todavía no entiendo, la pequeña insistió en que yo también debía ir. Intenté convencerla de que disfrutara el día con su abuelo y con Claus, pero se cruzó de brazos, infló los mofletes y declaró que un circo no era un circo si yo no estaba allí. Al final, terminé aceptando más por ella que por mí.

Hace frío, así que me pongo una falda larga color crema, un suéter grueso de lana y mi sombrero favorito. Las botas nuevas todavía están impecables; me costó decidirme a comprarlas con el dinero que Claus me dio por mi trabajo, y fue idea de Emma quien me llevó de compras el mismo día, pero necesitaba algo que no estuviera lleno de barro. También aproveché para comprar un teléfono desechable. Aún no me atrevo a hacer ninguna llamada, pero saber que lo tengo escondido en el bolsillo de la chaqueta me da una falsa sensación de control.

El aparcamiento del circo está lleno. Las luces de la enorme carpa iluminan la noche y el aire huele a palomitas, azúcar caramelizada y tierra húmeda. Hazel prácticamente salta fuera de la camioneta antes de que Claus termine de apagar el motor. Arthur la toma de la mano mientras ella señala cada atracción como si fuera la primera vez que ve colores en su vida.

—¡El carrusel, abuelo! ¡Primero el carrusel!

Arthur me guiña un ojo.

—Creo que ya tengo plan para la siguiente media hora.

Los veo alejarse entre la multitud mientras Hazel no deja de reír.

—No la malcríes demasiado —dice Claus.

—Llegas unos cinco años tarde para decir eso —responde Arthur sin siquiera girarse.

No puedo evitar reír.

El recinto está mucho más lleno de lo que esperaba. A los pocos minutos empezamos a encontrarnos caras conocidas. Graham y Emma pasan sobre nuestras cabezas en la montaña rusa. Ella grita como si estuviera siendo secuestrada mientras Graham levanta las manos riéndose.

—¡Esto fue idea tuya! —alcanzo a escucharle gritar a Emma antes de desaparecer en la siguiente curva.

Más adelante encontramos a Liam completamente concentrado en un puesto de tiro al blanco.

—¡Voy por el oso gigante! —anuncia con una seguridad que dura exactamente diez segundos.

Falla el primer disparo.

Luego el segundo.

Después el tercero.

El hombre le devuelve el rifle con una sonrisa de lástima.

—Creo que el oso está a salvo.

Arthur se ríe tan fuerte que casi tiene que apoyarse en un poste. Aprovechando que todos están distraídos, decido caminar un rato por mi cuenta.

Necesito aire.

Necesito dejar de pensar.

Las luces de los puestos se mezclan con la música del circo y el ruido de la gente. Hay niños corriendo de un lado a otro, parejas compartiendo algodón de azúcar y artistas caminando entre el público todavía maquillados. Todo parece demasiado alegre para alguien como yo.

Entonces la veo. Una estructura negra al final del recinto. Las letras rojas sobre la entrada anuncian:

LA CASA DEL TERROR

No sé por qué me llama tanto la atención. Quizá porque siempre he pensado que los monstruos de mentira dan menos miedo que los reales.

Me acerco y un chico vestido completamente de negro sostiene un fajo de entradas.

—Solo parejas —dice con una sonrisa cansada—. ¿Vienes con alguien, preciosa?

Estoy a punto de responder que no.

—Viene conmigo.

La voz de Claus aparece justo detrás de mí. Ni siquiera lo escuché acercarse. Cuando giro la cabeza, está allí, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y mirándome de forma retadora.

—No voy a dejar que entres sola.

El chico nos entrega dos entradas y un pequeño folleto plastificado.

—Las reglas son sencillas. Cada pareja elige una máscara. Una vez dentro, empieza el juego. Tendrán que cruzar todas las salas hasta llegar a la salida. Uno acecha. El otro escapa. Hay cámaras por todo el recorrido, personal de seguridad y varias habitaciones falsas para despistar. Si alguien quiere abandonar, solo tiene que levantar la mano frente a una cámara.

Paso la vista por el folleto.

"No confíes en lo que ves."

"No todas las puertas llevan a la siguiente habitación."

"A veces el sonido viene del lugar equivocado."

"Si tu perseguidor te atrapa... pierde el juego quien huía."

Levanto una ceja.

—Suená fácil.

El chico sonrío.

—Eso dicen todos.

Entramos en una pequeña sala iluminada únicamente por una estantería llena de máscaras.

Hay lobos, ciervos, zorros, cuervos y criaturas imposibles hechas con metal envejecido.

Veó a Claus elegir una distinta al resto, pero la luz es tan tenue que solo alcanzo a distinguir un pico alargado y algunos detalles metálicos. Parece un ave. O algo parecido.

No llego a verla bien. Las puertas automáticas se abren con un chirrido. Y todo queda en completa oscuridad.

El chico habla por un altavoz.

—El juego comienza... ahora.

Claus se inclina apenas hacia mí.

—Corre, salvaje. —Los vellos de mi nuca se erizan y no necesito que me lo repita y me echo a correr.

Los primeros pasillos parecen sencillos. Luces rojas parpadean sobre paredes cubiertas de cortinas negras. Escucho cadenas arrastrándose, risas infantiles y golpes que parecen venir de todas partes al mismo tiempo. Varias figuras aparecen detrás de vitrinas iluminadas durante un segundo antes de desaparecer cuando las luces vuelven a apagarse.

No miro atrás.

Sigo avanzando.

Doblo una esquina.

Nada.

Otra.

Silencio.

Demasiado silencio y mi respiración empieza a ser lo único que escucho. Las paredes cambian. Ahora son espejos. Decenas de reflejos devuelven mi imagen desde todos los ángulos posibles.

Me detengo. En uno de ellos... Hay alguien detrás de mí. Me giro de golpe pero no hay nadie. Vuelvo a mirar el espejo. Y se ha ido.

—Muy gracioso... —murmuro.

Sigo caminando. Una puerta se abre sola y sé que es mala idea entrar, pero de todas formas lo hago. Entro y la habitación parece un dormitorio antiguo cubierto de polvo. Una mecedora se mueve lentamente sin que nadie la toque.

Cruzo otra puerta. Esta vez un pasillo mucho más estrecho. Y entonces escucho pasos, pero frente a mí, ¿Detrás?

Empiezo a caminar más deprisa. Los pasos hacen lo mismo. Corro.

También corren.

No importa cuántas veces gire. Siempre los escucho a la misma distancia. Mi corazón empieza a golpearme el pecho. Intento convencerme de que es parte del espectáculo, que hay cámaras, trabajadores y que todo está controlado.

Entonces las luces se apagan por completo. Oscuridad absoluta y contengo la respiración.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Cuando las luces vuelven... Hay una figura inmóvil al otro extremo del pasillo. Alta y vestida de negro. Con una máscara de ave de pico largo, remaches de metal y lentes oscuras que no dejan ver los ojos.

No se mueve. Solo me observa.

Trago saliva.

Retrocedo un paso. Él da uno hacia delante.

Retrocedo otro.

Él hace exactamente lo mismo.

No corre.

No habla.

Solo avanza con una calma que resulta infinitamente más inquietante que cualquier monstruo gritando. Me doy media vuelta y echo a correr. Las habitaciones empiezan a confundirse unas con otras.

Cortinas, puertas falsas y maniqués. Ya no sé cuánto tiempo llevo dentro, solo sé que cada vez que creo haberlo perdido...aparece otra vez.

Siempre en silencio.

Siempre demasiado cerca.

Doblo una última esquina convencida de que por fin conseguí despistarlo. Una mano rodea mi cintura desde la oscuridad y me arrastra contra una pared acolchada. Un jadeo escapa de mis labios, pero otra mano cubre mi boca antes de que llegue a convertirse en un grito.

Mi espalda choca contra un pecho firme y siento su respiración junto a mi oído.

—Quieta.

Reconozco esa voz al instante. Mi pulso, que hace un segundo era puro miedo, cambia por completo.

—No grites... a menos que sea por placer, *Salvaje*.

Levanto la vista hacia una pequeña luz roja que parpadea en el techo.

—Las cámaras...

Él inclina apenas la cabeza.

—Aquí hay un punto muerto.

Muy despacio aparta la mano de mi boca, pero no la de mi cintura. Su otra mano sube hasta mi sombrero y lo acomoda con una delicadeza que contrasta con la persecución de los últimos minutos.

—Lo hiciste mejor de lo que esperaba.

—Mentiroso —susurro, intentando recuperar el aliento—. Llevabas siguiéndome desde el principio.

Una risa baja escapa detrás de la máscara.

—Ese era el juego, pensé que te gustaba.

Nuestras respiraciones siguen agitadas. Estamos demasiado cerca. Las luces del pasillo vuelven a parpadear. Durante un instante solo existe el sonido lejano de otros participantes corriendo por el laberinto y el eco de nuestros propios corazones.

Él inclina apenas la cabeza.

Sus labios rozan los míos en un beso breve, y pasa su lengua por ellos, robado entre las sombras, suficiente para desordenar todos mis pensamientos. Cuando se aparta apenas unos centímetros, su frente permanece apoyada contra la mía.

—Todavía no has ganado.

—¿Y qué tengo que hacer? —pregunto, con un hilo de voz. Estoy tan excitada

Detrás de la máscara, su sonrisa se adivina más que verse.

—Encontrar la salida... antes de que vuelva a atraparte, pero creo que, quiero follarte aquí primero.

Un jadeo sale de mi garganta y escucho que ríe, aunque no pueda verlo por completo. Sus manos abandonan mi cintura y bajan apenas para tomar la tela de mi falda y subirla hasta mi cintura. Con

mucho cuidado, hace mi ropa interior hacia a un lado y siente la humedad de mis pliegues.

—¿Vas a dejar que llene este coño y culo con mi semen?

Asiento con la cabeza y busco sus labios, ahora soy yo quien lo devora, mientras sus dedos siguen acariciando la parte más sensible. Gimo contra su boca, incapaz de contenerme. Sus labios descienden por mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos que me hacen arquear la espalda.

Hasta que cae de rodillas y coloca una pierna sobre su hombro.

—Necesito probarte.— susurra contra mi piel, y sus manos agarran mis caderas con urgencia. Lo guío hacia donde lo necesito, y muevo mis caderas sobre su boca, y cuando pasa su lengua por toda mi hendidura, vuelvo a gemir.

Sus movimientos se vuelven más profundos, más deliberados. Me sostiene con firmeza mientras mete un dedo, luego dos sin dejar de chupar, ajustando el ángulo perfecto. El placer me recorre en oleadas, y no puedo evitar gritar su nombre. Los dedos se clavan en lo más profundo mientras me sostengo de sus hombros, dejándome llevar completamente por la lujuria intensa.

—Así— murmura, acelerador el ritmo, y siento que estoy llegando al borde. Todo en mí se tensa, se consume y explota en su cara. —Eres una chica muy sucia, has hecho un desastre muy bonito en mi cara.

La oscuridad nos rodea como una bestia viva. El único sonido es el crujir de las tablas del piso de madera podrida bajo nosotros, y en la distancia, la música distorsionada de la feria—ese carrusel maldito que gira lentamente en la sala contigua, sus notas fuera de ritmo, casi desgarradoras.

Sus dedos me agarran con brutalidad, sin gentileza. No quiero gentileza aquí, en este lugar donde las sombras parecen tener dientes. La penumbra apenas nos permite ver la silueta del otro, apenas sentir donde termina mi cuerpo y comienza el suyo. Es casi como si estuviéramos devorando fantasmas.

Se pone de pie y escucho cómo se desabrocha y baja el pantalón, me sostiene fuerte, mientras me abre de piernas y se hunde dentro de mí sin previo aviso. Cuando grito, me pone una mano en la boca, amortiguando el grito.

—Mírame— gruñe, aunque sabe que apenas puede verme en la oscuridad. Pero obedezco, sabiendo que hay algo en él que se alimenta de esta entrega absoluta, en este lugar que huele a moho y a cosas olvidadas. —Tus gritos solo son míos. ¿Has entendido?

Me suelta para que hable.

—Sí, señor. —gimo. Y es suficiente para que salga y vuelva entrar, está más duro. Sé que ha sido una represalia, una muy deliciosa represalia.

Sus movimientos son posesivos, territoriales. Las manos recorren mis muslos con intención de marcarme, de dejarme tan molida que sienta su presencia en cada paso que dé mañana. Grito de nuevo, esta vez en sus labios, devorándolos por completo, pero el sonido se pierde entre el chirrido del carrusel lejano, entre los ecos de esta casa que no está realmente abandonada—está hambrienta.

—Eres mía, *Salvaje*— susurra contra mi oído, y la oscuridad parece cerrarse aún más alrededor nuestro.

—Nadie te va a tocar como yo— gruñe, follándome más profundo, su voz como vidrio roto.—Nadie va a saber lo bien que se siente este coño, solo yo.

Lo siento todo. Su control absoluto. Su obsesión.

—Dilo— ordena, tomando mi barbilla con rudeza, obligándome a mantener contacto visual en la penumbra. —Dile a la oscuridad a quién le perteneces.

—A ti— jadeo, y el sonido que emite es casi un rugido de satisfacción.

—Más fuerte— exige, acelerando sus embestidas, su agarre en mis caderas casi doloroso. —Quiero que esta maldita casa escuche. Quiero que sepa que eres MÍA.

Sus embestidas se vuelven más salvajes, más desesperadas. La música distorsionada aquí dentro sigue chirriando como si danzara con nosotros, y fuera cómplice de esto.

—Eres la única cosa en este mundo que me importa además de mi hija— susurra entre respiraciones rasgadas, y hay algo casi quebrantado en su voz algo que suena como obsesión pura. —La única. Y voy a asegurarme de que lo recuerdes cada vez que respires.

Sus manos me sostienen como si temiera que desapareciera en la oscuridad. Y si fuera suya y solo suya.

—Dime que me necesitas— exige, sus labios cerca de mi oído. Luego bajan y suben un poco mi sueter para comer unos de mis pechos por encima de mi sostén, lo rasga hacia arriba y libera mis pezones adoloridos—Dime que sin mí eres nada.

—Te necesito—sollozó contra su cuello. —Sin ti soy... nada.

—Eso es, amor— Su risa es oscura, casi cruel. —Eres mi obsesión. Mi perdición. Mi razón para existir en este infierno.

Sale dentro de mí y me baja, seguido de eso, me voltea bruscamente, presionando mi cuerpo contra la pared helada. El frío del yeso me golpea la mejilla, pero el calor de él es un infierno. Sus manos se cierran alrededor de mi garganta, para asfixiarme, y para recordarme que tiene el control total.

—Cada marca que dejo en ti es un recordatorio— susurra contra mi cuello. Mientras siento su polla entrando por atrás —Cada cardenal, cada rasguño son prueba de que eres mía. Solo mía.

Sus movimientos son violentos ahora, posesivos. No es amor. Es reclamación. Es dominación pura.

—Nadie más va a verte así. Nadie más va a saber lo que se siente ser destrozada por mis manos, rogando por más. —Sus dedos se hunden en mis caderas, mientras que la otra mano no abandona mi cuello. —Voy a marcar cada centímetro de ti. Voy a asegurarme de que cuando otro hombre te vea, sepa exactamente a quién le perteneces.

—Córrete conmigo, Salvaje— gruñe, sus movimientos volviéndose erráticos y salvajes. —Quiero sentirte caer. Quiero que me dejes marca mientras te corres para mí.

Mi cuerpo tiembla, está al borde. Cada embestida me lleva más cerca, más profundo en este abismo de placer y dolor.

—Ahora—ordena, y es suficiente. Me corro fuerte, en la oscuridad de este circo maldito, gritando su nombre como una plegaria. Mi cuerpo se convulsiona alrededor suyo, apretando, rogando, suplicando.

—Sí, así— gruñe, y lo siento al borde— Mía. Eres mía.

Se corre profundo dentro de mí, su cuerpo se tensa, sus músculos tiemblan. Un gemido gutural se escapa de su garganta, casi un rugido. Sus manos me sostienen como si fuera lo único real en este infierno, y yo fuera su ancla mientras se desmorona.

La oscuridad nos rodea, la música sigue así como mi corazón, latiendo por él como un toro salvaje.

CAPÍTULO 33

Claus

Londres nunca descansa.

Da igual si son las ocho de la mañana o las dos de la madrugada. Siempre hay alguien caminando deprisa, alguien cerrando un trato o alguien dispuesto a traicionar a otro por dinero. Hace años me acostumbré a este ritmo. Hoy solo quiero terminar la reunión y volver al rancho.

Volver con Eve.

La imagen de ella dormida aparece en mi cabeza mientras atravieso la ciudad. Cuando salí del rancho todavía era de noche. Permanecía profundamente dormida en mi cama, con parte del cabello cubriéndole el rostro y una de mis camisetas demasiado grande deslizándose por uno de sus hombros. Ni siquiera abrió los ojos cuando me levanté. Solo murmuró algo ininteligible y se giró buscando el calor que acababa de dejar en las sábanas. Estuve varios minutos observándola antes de marcharme. No quería despertarla. Después de todo lo que habíamos vivido durante los últimos días, verla dormir tranquila era un lujo que ninguno de los dos había tenido desde que llegó al rancho.

Sí, la dejé en mi cama, donde pertenece; porque la follé dos veces más antes de que cayera desmayada, no tengo suficiente de ella y esta noche no quise dejarla.

Subo hasta la última planta del edificio sin detenerme a saludar a nadie. La sala de reuniones ya está ocupada cuando entro. Max levanta la vista del portátil. Azrael permanece de pie cerca de su hermano, como si las sillas fueran un invento que jamás terminó de convencerlo, y Noel revisa varios documentos con una taza de café entre las manos.

—Mírenlo —dice Azrael apenas cruzo la puerta—. El vaquero decidió aparecer.

—Buenos días para ti también.

Max deja el ordenador a un lado.

—Tenemos un problema.

No hace falta que añada nada más. Si me hicieron conducir hasta Londres no es por una tontería. Tomo asiento mientras Noel desliza un mapa sobre la mesa. Hay varias zonas marcadas con círculos rojos.

—Llevamos semanas siguiendo movimientos extraños —explica—. Al principio pensamos que era una banda local intentando hacerse un nombre, pero ya descartamos esa posibilidad.

—¿Qué están haciendo?

Max apoya los antebrazos sobre la mesa.

—Cobran impuestos de guerra.

Frunzo el ceño.

—¿Impuestos?

—A empresarios, transportistas, clubes, talleres... cualquiera que genere dinero en determinadas zonas. Pagan o tienen problemas.

No digo nada durante unos segundos. Eso no tiene sentido.

—Ese territorio le corresponde a Theron. —determino.

—Exactamente.

Azrael deja escapar un resoplido.

—Y todos sabemos que ni siquiera Theron hace esa mierda. Puede controlar media ciudad, pero jamás ha necesitado andar cobrando monedas puerta por puerta.

Max asiente.

—Por eso creemos que hay algo más detrás. Nadie monta una estructura tan grande solo para recaudar dinero. Esa es la fachada. Nos preocupa que también estén moviendo otro tipo de negocios.

La frase queda flotando en la sala.

Personas.

Las posibilidades son demasiadas.

—¿Qué necesitan de mí? —Hago el mapa a un lado, ya lo memoricé.

—Que hables con Theron.

Levanto una ceja.

—¿Por qué yo?

Azrael sonríe.

—Porque eres el único al que todavía le contesta el teléfono sin colgarle antes de los diez segundos y no tengo tiempo para soportar a mi cuñado en estos momentos.

Noel deja escapar una risa.

—Además, sabemos que estás de vacaciones.

—¿Lo estoy?

—Precisamente por eso. Si aparecemos nosotros pensará que es una reunión oficial. Si vas tú... parecerá una visita entre amigos.

Max vuelve a intervenir.

—Ya sabes que mi cuñado y yo no somos precisamente de tomar el té juntos.

Resoplo.

—Hablaré con él.

El ambiente se relaja apenas. Noel me observa unos segundos antes de inclinar la cabeza.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Los tres intercambian una mirada.

Mala señal. Azrael termina sonriendo.

—Porque tienes una cara... —Hace una pausa deliberadamente larga.—...como la de un hombre que lleva días sin dormir o acaba de pasarse horas follando.

Max suelta una carcajada.

—Yo iba a decir que parecía de buen humor, pero Azrael siempre encuentra una forma más elegante de decir las cosas.

—Váyanse a la mierda.

Me levanto de la silla. No pienso darles el gusto de confirmarles absolutamente nada.

—¿Eso es un sí? —grita Azrael a mi espalda.

Levanto la mano sin girarme y les dedico un gesto que provoca otra ronda de risas.

Cabrones.

El ascensor tarda una eternidad en llegar a la planta baja. En cuanto salgo del edificio saco el teléfono del bolsillo y marco un número que conozco de memoria.

No tengo que esperar demasiado.

—Pensé que nunca llamarías.

La voz de Theron suena tan tranquila como siempre.

—¿Ya te aburriste de jugar a la casita?

Aprieto la mandíbula.

Mierda.

A veces olvido que mi mejor amigo parece tener ojos repartidos por toda Inglaterra.

—No sé de qué hablas.

Escucho una risa al otro lado.

—Claro que sí. —Hace una pausa.—En tu beneficencia anual había una chica muy guapa pegada a ti toda la tarde.

Una voz femenina protesta de fondo.

—¡Theron! —escucho la voz de Josephine, su esposa y también algo siendo arrojado.

Él resopla.

—Lo siento, *pajarito*. —Después vuelve conmigo.—Entonces... ¿hay algo que quieras contarme?

Durante unos segundos permanezco en silencio. Podría mentirle. No serviría de nada. Me conoce demasiado.

—No voy a hacerlo por teléfono, Theron.

La risa desaparece inmediatamente.

—Mierda. —Su tono cambia por completo.—Entonces es serio.

—Sí. —nunca pensé que lo diría.

—¿Qué tan serio?

Miro el tráfico avanzar frente a mí antes de responder.

—Creo que estoy metido en un problema.

—Eso no es nuevo.

—Cuando te enteres... intenta no matarme. —Escucho cómo exhala lentamente.

—No prometo una mierda. —No esperaba otra respuesta.

—Te espero mañana en Raven Valley.

—Ahí estaré, cabrón.

La llamada termina.

Guardo el teléfono y vuelvo al coche.

Durante todo el camino de regreso apenas presto atención a la carretera. Mi cabeza salta constantemente entre una conversación y otra. El nuevo enemigo. Theron. Eve. Todo empieza a mezclarse de una forma que no me gusta.

Hay demasiadas piezas moviéndose al mismo tiempo.

Y siento que varias de ellas apuntan directamente hacia el rancho. Aprieto un poco más el volante. Solo quiero volver a casa. Volver a abrir la puerta de mi habitación y encontrarla allí.

Dormida.

Esperándome sin saberlo. Porque, por extraño que resulte admitirlo, mi cama dejó de sentirse sola desde anoche que Eve empezó a dormir ahí.

Y ahora me cuesta imaginar regresar... sin ella.

CAPÍTULO 34

Claus

Me meto a la cama en la oscuridad. El tráfico estuvo de mi parte y regresé a tiempo. En cualquier momento despertará, pero quiero que sea por mí. Mi polla ya está dura cuando siento su piel rozar mi cuerpo. Ella está completamente dormida, vulnerable. Vulnerable para mí.

Dejo que mis labios encuentren su cuello, besos lentos, deliberados. Sus músculos se tensan ligeramente el cuerpo siempre sabe antes que la mente.

—Despierta— susurro contra su piel, mis manos recorriendo sus costillas. —Quiero que veas lo que te estoy haciendo.

Ella gime, aún en ese espacio entre el sueño y la realidad. Murmura algo apenas mi nombre, quizá. O una súplica.

—¿Quieres esto? —pregunto, aunque no es realmente una pregunta. Mis dedos descienden, rozando sus pliegues. —Dime que lo quieres.

Sus ojos se abren en la penumbra, y por un momento hay confusión. Luego reconocimiento. Deseo.

—Sí— jadea, su cuerpo ya abriéndose para mí. —Sí, quiero, vaquero.

—Eso es lo que pensé— gruño, posicionándome. Mi polla roza su entrada, y ella se retuerce, anticipando. Llevo saliva a la punta y me entierro lentamente en ella, sintiendo cada centímetro mientras gime mi nombre.

Su espalda se pega a mi pecho, y comienzo con movimientos lentos, deliberados. Círculos. Embestidas profundas que la hacen arquearse.

—Mírame mientras lo hago— exijo, mi mano en su barbilla, obligándola a girar su cabeza para verme en la oscuridad.

Luego acelero. Sus uñas se clavan en mi pierna, en mi cadera, dejando marcas que prueben que esto fue real. Que ella fue mía.

—Dime a quién le perteneces— gruño contra su oído.

—A ti—solloza. —Solo a ti.

Me corro profundo dentro de ella, pero no es suficiente. Nunca es suficiente y estoy duro de nuevo.

—Quiero tu boca— ordeno, saliendo de su cuerpo con lentitud torturante.

Ella se gira sin dudar, sus ojos oscuros encontrando los míos en la penumbra. No hay timidez aquí. Solo hambre.

Se posiciona entre mis piernas, su lengua recorriendo la punta de mi polla todavía húmeda de ella. Un gemido escapa de mi garganta.

—Así, cariño— susurro, hundiendo mis dedos en su cabello.

—Toma cada centímetro.

Ella abre la boca y me envuelve, lentamente al principio, sintiendo cada vena, cada textura. Luego más profundo. Sus mejillas se cavan mientras succiona, y juro que veo estrellas en la oscuridad.

—Mierda— gruño, su cabeza moviéndose arriba y abajo con ritmo. Es arte la forma en que me devora, como si fuera lo único que la mantuviera viva.

Aumento el ritmo, usando su boca como quiero, como necesito. Ella gime alrededor de mí, ese sonido que me vuelve loco, ese sonido que prueba que ella disfruta esto tanto como yo.

—Eres tan buena en esto— gruño, mis caderas empujando más profundo. —Tan perfectamente mía.

Sus manos se aferran a mis muslos mientras me sigue el ritmo, sin quejarse, solo tomándose. Su entrega total, su posesión de mí mientras soy poseedor de ella.

—Voy a correrme en tu boca— advierto. —¿Lo quieres?

Ella asiente, aún con mi polla en su boca, y eso es suficiente. Es todo lo que necesito.

Me corro en su boca, profundo, sin piedad. Ella lo toma todo cada gota, cada temblor de mi cuerpo mientras libero toda la tensión

en ella.

—Trágalo— ordeno, mi mano en su barbilla. —Quiero que sientas cada parte de mí dentro de ti.

Pero antes de que termine, siento sus manos moviéndose frenéticamente entre sus propias piernas, masturbándose mientras me toma.

—¿Te estás corriendo en mi polla? —gruño, y ella asiente, incapaz de hablar con mi grosor llenando su boca.

Sus gemidos vibran alrededor de mí, y veo cómo su cuerpo se convulsiona. Sus dedos aceleran, desesperados, buscando ese borde. Y entonces sus ojos se cierran, su cuerpo se tensa.

Los sonidos que emite son casi inhumanos, ahogados alrededor de mi polla, mientras su otra mano se clava en mi muslo, marcándome.

—Así— gruño, viéndola desmoronarse. —Eso es. Córrete para mí.

Ella se corre completamente, su cuerpo temblando, su boca aún trabajando en mí. Y eso me lleva al borde.

Cuando termina, la jalo hacia arriba, hacia mí. La beso con ferocidad, saboreando su propio orgasmo en sus labios. Ella se ríe contra mi boca ese sonido oscuro y quebrado que solo existe para mí.

...

—¿Quién eres, Claus?

La pregunta rompe algo dentro de mí.

No levanto la vista enseguida. Sigo jugando con su cabello mientras ella sigue abrazada a mí. Y esa simple pregunta pesa más que cualquier amenaza que haya recibido en los últimos diez años. Porque no tengo una respuesta que pueda darle sin destruir todo lo que hemos construido.

Había pensado decírselo.

Lo tenía decidido.

Aquella noche, después de que nuestras barreras terminaran por caer, cuando la tuve entre mis brazos y dejó de esconderse y tomé su primera vez, pensé que ya no podía seguir mintiéndole. Quería contarle quién era realmente. Quería decirle que el vaquero

que conocía era solo una parte de mí. Que existía otra vida de la que nunca hablaba. Otra en la que las reuniones no eran con ganaderos, sino con hombres capaces de decidir quién vivía y quién moría con una simple llamada.

Entonces sonó el teléfono.

Mi padre preguntando sobre el paradero de mi hija. Todo cambió. Y desde ese momento no he encontrado el valor para volver a intentarlo.

Porque ahora la mentira pesa mucho más. Ahora no solo tendría que confesar quién soy. También tendría que aceptar que la dejé enamorarse de una versión incompleta de mí. Sé que lo está, porque yo también lo estoy de ella.

Me gusta cómo me mira cuando cree que solo soy un vaquero. Un hombre que trabaja la tierra. Un padre que vive para su hija. Un tipo con demasiado dinero para ser únicamente ganadero, sí... pero nada más.

Me gusta que todavía pueda verme de esa manera. Porque sé exactamente qué ocurrirá cuando descubra el resto. Volverá a mirarme igual que miró a su padre. Y esa idea me revuelve el estómago.

—¿A qué fuiste a la ciudad? —insiste.

Dejo de acariciarla y bajo la vista para verla. Sus ojos no se apartan de los míos. Está empezando a unir demasiadas piezas.

—Trabajo. —Respondo lo justo.

Ella cruza los brazos.

—¿Qué clase de trabajo?

Podría mentirle. Inventarme una reunión con abogados. Con proveedores. Con compradores de ganado. Sería sencillo. Pero ya estoy cansado de añadir mentiras sobre otras mentiras.

—Nada importante.

Veo la decepción cruzar por su rostro.

—Siempre haces eso.

Frunzo el ceño.

—¿Hacer qué?

—Cerrar la conversación justo cuando llegamos a algo importante.

No respondo. Porque tiene razón. Ella deja escapar el aire con frustración.

—Cada vez que intento conocerte un poco más... levantas un muro.

Sus palabras me golpean donde más duele. Porque llevo toda la vida construyendo muros. Y ahora no sé cómo derribarlos.

Me giro y la coloco debajo de mi cuerpo para besarla, ella se deja por completo. Ella no retrocede y lo toma todo.

—No es porque no confíe en ti.

—Entonces, ¿por qué?

Llevo sus manos por arriba de su cabeza y veo sus perfectos pechos. Sus pezones están duros ya, así que paso la lengua sobre ellos solo para aliviar un poco de dolor.

—Porque hay cosas que, una vez las conoces... ya no puedes olvidarlas.

Su expresión se suaviza apenas.

—Déjame decidir eso a mí.

Maldita sea. Si supiera...

—¿Sabes qué es lo peor? —dice en voz baja.

Niego.

—Que cuando te miro... quiero creerte.

Mi pecho se comprime. No debería besarla. No después de esconderle una verdad tan grande. Ni de verla pedir respuestas. Sin embargo, cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, toda la determinación que llevaba repitiéndome durante el camino de regreso desaparece.

Inclino la cabeza y rozo sus labios apenas un instante. Un beso breve. Casi una disculpa. Ella responde antes de que pueda apartarme.

Cuando nos separamos unos centímetros, apoya la frente contra la mía.

—Sigues sin responderme.

Una sonrisa cansada se escapa de mis labios.

—Lo sé.

—Estúpido.

Tiene razón.

Nunca me habían llamado así. Y nunca una sola palabra había descrito tan bien lo que soy cuando se trata de Eve. Porque puedo enfrentarme a cualquier enemigo. Menos al momento en que tenga que decirle quién soy realmente.

—Este *estúpido*, va a follarte de nuevo.

CAPÍTULO 35

Eve

Cuando abro los ojos, lo primero que veo no es el techo de madera de la habitación de Claus ni el espacio vacío a mi lado.

Es un par de ojos enormes observándome con demasiada atención. Pego un pequeño respingo contra el colchón.

Hazel está de rodillas sobre la cama, con el cabello completamente despeinado, el pijama arrugado y una sonrisa tan grande que parece imposible que haya esperado en silencio todo este tiempo. Tiene las manos apoyadas sobre el colchón y me estudia como si fuera un acertijo que está a punto de resolver.

¿Cuánto tiempo lleva ahí?

Dios... Espero que no mucho.

—Buenos días... —murmuro todavía medio dormida.

Ella no responde. Sigue mirándome. Luego ladea un poco la cabeza.

—¿Por qué estás en la cama de mi papi?

Mi cerebro deja de funcionar.

Abro la boca.

La vuelvo a cerrar.

Busco una respuesta que pueda entender una niña de cinco años sin que resulte incómoda para ninguno de los dos.

No existe.

—Eh... yo...

Qué respuesta tan brillante, Eve.

Hazel espera unos segundos más, completamente paciente. No parece incómoda. Solo tiene curiosidad. Esa curiosidad infinita que tienen los niños cuando creen que los adultos saben absolutamente todo.

Entonces dispara la siguiente pregunta.

—¿Eres mi nueva mami?

Siento que algo se rompe dentro de mí.

No esperaba eso.

No estaba preparada para eso.

Las palabras se quedan suspendidas entre nosotras mientras la habitación parece volverse demasiado pequeña de repente. Mi garganta se cierra y el pecho me duele de una forma completamente distinta a cualquier golpe que haya recibido.

La miro. Ella sigue sonriendo. No entiende el peso de lo que acaba de decir. Solo espera una respuesta.

—Cariño...

Es lo único que consigo pronunciar. No puedo mentirle. Pero tampoco puedo decirle que sí. Porque no depende solo de mí, porque ni siquiera sé qué soy para Claus y además porque mi vida sigue siendo un desastre y no tengo idea de si mañana seguiré durmiendo en esta cama o tendré que escapar otra vez.

Hazel baja la vista unos segundos antes de volver a levantarla.

—Quiero que lo seas. Quiero que seas mi mami.

Mi corazón termina de romperse. No hay manipulación. Solo un deseo tan inocente que duele.

Me pregunto cuántas veces habrá imaginado tener una madre. Cuántas veces habrá visto a otras niñas llegar al colegio de la mano de la suya. Cuántas veces se habrá preguntado por qué ella no.

Trago saliva para intentar deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Ven aquí.

Abro los brazos y ella se acerca enseguida. Se acomoda contra mí como si llevara toda la vida haciéndolo y rodea mi cintura con sus pequeños brazos. La abrazo fuerte, cerrando los ojos un instante mientras apoyo la barbilla sobre su cabeza.

No quiero que note que estoy al borde de las lágrimas.

No por ella. Ella no tiene la culpa de nada. Le acaricio el cabello despacio.

—¿Qué te parece si desayunamos?

Hazel levanta la cabeza inmediatamente. Toda la conversación parece desaparecer de su mente con una facilidad que solo tienen los niños.

—¡Ok!

Sonríe otra vez.

—¿Podemos hacer panqueques?

No puedo evitar reír.

—Podemos intentarlo.

Ella asiente con entusiasmo y salta de la cama.

—¡Voy a decirle a papi!

Sale corriendo de la habitación sin esperar mi respuesta. La puerta se cierra detrás de ella. Y el silencio vuelve a instalarse. Me quedo sentada sobre el colchón sin moverme durante un largo rato. Las sábanas todavía conservan el aroma de Claus.

Su camisa sigue tirada en el suelo. Mi sombrero descansa sobre una silla. Todo me recuerda la noche anterior. Pero ninguna de esas cosas pesa tanto como cuatro palabras.

"Quiero que seas mi mami"

Me cubro el rostro con las manos y dejo escapar el aire lentamente. Esta niña es demasiado lista. Hace las preguntas más difíciles con la misma naturalidad con la que pide panqueques para desayunar.

Y lo peor... Es que una parte de mí quiso responderle que sí. No porque creyera que fuera posible. Sino porque, nadie en mucho tiempo, me hizo imaginar un futuro que nunca me había permitido soñar.

Un hogar.

Una familia.

Algo que siempre pensé que estaba destinado a pertenecerle a otras personas... Nunca a mí.

CAPÍTULO 36

Eve

Emma y yo terminamos sentadas sobre una cerca de madera mientras observamos a varios trabajadores mover unas pacas de heno hasta el granero. El aire huele a tierra mojada porque ha llovido durante la madrugada y el rancho parece más tranquilo que de costumbre. Hazel corre detrás de unos pollitos con una energía que ya quisiera tener yo, Arthur finge leer el periódico mientras en realidad la vigila de reojo, y Liam intenta convencer a Graham de que una cabra lo odia personalmente.

Y ahora, el mundo no parece que vaya a caerse a pedazos. Y el vaquero y yo estamos en un mejor momento ahora mismo, claro, si sumas los múltiples orgasmos que me ha dado en las últimas veinticuatro horas. El coño me duele en cada paso que doy.

—¿Sabes qué es lo mejor de vivir aquí? —dice Emma, dando un sorbo a su café.

La miro.

—¿Qué?

—Que todos creemos ser muy discretos... y no lo somos en absoluto.

Frunzo el ceño.

—No sé de qué hablas.

Ella se ríe.

—Claro que lo sabes.

Le doy un pequeño golpe con el hombro.

—Emma.

—Eve.

Nos quedamos unos segundos mirándonos hasta que termina soltando una carcajada.

—El jefe está completamente loco por ti.

Casi me atraganto con el café.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

Niego con la cabeza.

—Estás exagerando.

—No, cariño. Llevo demasiados años viviendo en este rancho como para no darme cuenta de ciertas cosas.

Deja la taza sobre la cerca y cruza una pierna sobre la otra.

—Nunca hemos visto a una mujer por aquí y vives en su casa. Todos hemos deducido que eres la novia secreta del jefe y que te arrastró de la ciudad directamente aquí.

La frase me hace guardar silencio.

—Desde que quedó viudo, Claus se convirtió en un hombre completamente solitario. Venía, trabajaba, cuidaba de Hazel y volvía a encerrarse en su mundo. Si alguna mujer intentaba acercarse, él encontraba la forma de desaparecer antes de que terminara la conversación. Ni cenas, ni citas, ni coqueteos. Nada. Pero tú, pareces tenerlo embrujado.

Miro hacia el establo. Claus está hablando con uno de los trabajadores mientras revisa unas facturas. Incluso desde aquí parece serio y concentrado. Como si el resto del mundo no existiera.

Emma sigue hablando.

—Hubo mujeres que lo intentaron. Créeme. Algunas bastante insistentes.

No puedo evitar levantar una ceja.

—¿En serio?

—Una vez una veterinaria vino tres veces en una semana solo porque, según ella, una de las vacas necesitaba revisión constante.

No puedo evitar reír.

—¿Y?

—La vaca estaba perfectamente.

Suelto otra carcajada.

—¿Y Claus?

Emma pone los ojos en blanco.

—Le dio las gracias, le pagó y volvió a hablar de cercas y ganado.

—Pobre mujer.

—Pobre de todas. —Vuelve a mirarme con una sonrisa divertida.—Hasta que apareciste tú. Y además Hazel te ama. Aunque no entiendo por qué trabajas tan duro. ¿Acaso es un fetiche tuyo?

Bajo la vista al café.

—No ha sucedido nada.

Emma resopla.

—¿Todavía sigues con eso?

—Es la verdad.

—Eve, por favor.

Se inclina un poco hacia mí.

—Ese hombre te busca con la mirada cada vez que entras en una habitación. Si desapareces diez minutos, sale a buscarte con cualquier excusa. Hace una semana no soportaba que tocaras sus herramientas y ahora deja que duermas seguramente en su cama.

Siento que el calor empieza a subir hasta mis mejillas.

—No sabes de lo que hablas.

—Claro que sí.

Me señala con un dedo.

—Y tú tampoco engañas a nadie.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Sonríe con esa expresión de quien acaba de descubrir un secreto.

—Cuando él pasa cerca de ti, dejas de escuchar lo que sea que estés haciendo. El otro día Liam te hizo la misma pregunta tres veces porque estabas demasiado ocupada mirando a Claus.

Abro la boca.

La cierro.

Maldita sea.

No recuerdo ese momento.

Ella interpreta perfectamente mi silencio.

—¿Ves?

Me apoyo en la cerca intentando parecer indiferente.

—No significa nada.

Emma deja escapar una risa.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Y yo también.

Se queda unos segundos observando cómo Claus ayuda a Hazel a subir a un caballo pequeño. Hay una ternura en su mirada que no había visto antes.

—Lo que sea que estés haciendo con él... —Vuelve a mirarme. —Estoy muy feliz por ustedes.

Algo dentro de mí se encoge. Porque una parte de mí quiere creer que tiene razón. La otra sabe que mi vida nunca ha sido tan sencilla.

—No ha sucedido nada. —Lo repito más para convencerme a mí misma que a ella.

Emma sonrío con una paciencia infinita.

—Todavía no—Levanta la taza de café como si estuviera brindando.—Pero sucederá.

Le doy un codazo suave.

—Eres imposible.

—Créeme. —Bebe otro sorbo sin dejar de sonreír.—Y cuando suceda...quiero ser tu dama de honor.

La miro como si acabara de perder completamente la cabeza.

—Emma...

—¿Qué?

—Ni siquiera somos novios.

—Como diría el jefe, detalles. Puros detalles.

—No hay ninguna boda.

—Todavía.

—¡Emma!

Ella empieza a reírse tan fuerte que varias gallinas salen corriendo del corral. Yo termino riéndome también, aunque intento disimularlo. Porque, por ridícula que parezca la idea... Hay una parte muy pequeña de mí que, durante un segundo... Se preguntó cómo sería vestir de blanco.

—¿Eres feliz, Emma?

—Claro que sí, quisiera mi propio rancho, aquí mismo, comprar una parcela de los Radkle, es un sueño que Graham y yo tenemos, llevamos ahorrando muchos años, espero que algún día lo podamos hacer.

—¿Y ser madre?

Emma baja la mirada hacia su café, noto que he tocado un tema sensible.

—Lo dejamos de intentar hace mucho—sonríe y sacude la cabeza—pero tenemos todos estos animales, son como nuestros hijos.

La risa de Emma todavía sigue en el aire cuando escuchamos el galope de un caballo acercándose a toda velocidad. Levanto la vista y Claus aparece primero, seguido de Arthur, Graham y Liam. Los cuatro tienen el rostro completamente serio. Ninguno reduce la velocidad hasta llegar frente a la casa.

Algo pasó.

Lo sé antes incluso de que alguno abra la boca.

Claus apenas detiene el caballo.

—¡El ganado se ha escapado! —grita uno de ellos.

Emma se pone en guardia.

—¿Qué?

—¡Las cercas del norte!

—Mierda... —murmura ella.

Todos empiezan a moverse al mismo tiempo. Liam corre hacia el establo. Graham desaparece en dirección a los vehículos. Arthur ya está dando órdenes a varios trabajadores que salen de todas partes.

No hay pánico, es como si todos supieran exactamente qué hacer. Miro a Hazel, completamente ajena al caos, abrazando una muñeca de trapo.

—Quédate con ella —le digo a Emma mientras ya camino hacia el establo.

Ella asiente enseguida.

—Ten cuidado.

—Volveré pronto. —le digo, marchándome.

Entro al establo buscando un caballo cualquiera, pero mi mirada se detiene sobre el único que jamás pensé que me dejaría acercarme.

Francis.

El enorme semental negro levanta la cabeza al verme entrar. Hace apenas unas semanas no permitía que nadie se aproximara demasiado.

Me acerco despacio.

—Sé bueno, grandullón.

Extiendo la mano. Él resopla sobre mis dedos.

—Vamos... tenemos trabajo.

Durante un segundo creo que va a apartarse. En cambio, baja lentamente la cabeza. Después flexiona las patas delanteras hasta quedar casi de rodillas frente a mí. No puedo evitar sonreír.

—Gracias, cariño.

Me apresuro a colocarle la silla y el resto del equipo de montar. Hace unas semanas habría tardado una eternidad, pero después de ver a Claus en varias ocasiones, los movimientos empiezan a salirme casi por instinto. Nunca me gustaron los caballos; de hecho, siempre les tuve demasiado respeto. Sin embargo, desde que llegué al rancho algo cambió. Descubrí que, una vez consigues ganarte su confianza, son mucho más honestos que la mayoría de las personas. Ajusto la cincha, acaricio el cuello de Francis y tomo aire antes de impulsarme hacia la silla. En cuanto me siento firme y sujeto bien las riendas, él sale disparado como si hubiera entendido la urgencia mucho antes que yo. El viento golpea mi rostro mientras atravesamos el rancho. A lo lejos distingo varias camionetas recorriendo los caminos de tierra y algunos trabajadores intentando localizar a las ovejas.

Cuando llego al límite norte de la propiedad, encuentro a Claus desmontando de un salto.

La escena hace que el estómago se me cierre. La cerca está completamente destruida. No doblada ni vencida por el peso del ganado.

Destrozada.

Hay postes arrancados de raíz, alambres cortados y huellas marcadas sobre la tierra húmeda. Pero no hay una sola vaca.

Ni una oveja.

Nada.

El silencio resulta incluso más inquietante. Me acerco despacio. Me agacho junto a uno de los postes rotos. Paso los dedos a pocos centímetros de la madera sin llegar a tocarla. Si algo aprendí creciendo rodeada de hombres que resolvían los problemas con violencia...

Es a distinguir un accidente de un mensaje.

Y esto...

Tiene la cara del segundo.

—Eve. —La voz de Claus me obliga a levantar la cabeza.—Ten cuidado.

Se acerca hasta quedar a mi lado.

—No pises nada.

Obedezco y retrocedo un paso.

—¿Quién hizo esto?

Él observa el terreno unos segundos.

—Todavía no lo sabemos.

Un ruido rompe el silencio, y siento que algo no anda bien. Los dos lo escuchamos. Viene del sendero que atraviesa el bosque. El sonido de unas llantas y un auto a toda velocidad.

Claus reacciona antes que cualquiera. Su mano encuentra la mía y tira suavemente de mí hasta colocarme detrás de su espalda. Su cuerpo queda completamente entre lo que se avecina y yo.

No dice una palabra. Solo empieza a caminar hacia el origen del ruido. Los demás hacen lo mismo.

Entonces los vemos.

Cinco hombres con trajes oscuros y botas demasiado limpias se bajan de la camioneta todoterreno. Pero lo que llama la atención son las armas visibles bajo las chaquetas. No parecen granjeros ni cazadores. Eso tiene cara de lo que es mi vida. Mi respiración se corta de inmediato y me pongo en guardia.

Los reconozco antes incluso de distinguirles el rostro. Mi mano empieza a temblar dentro de la de Claus a pesar de que lo

único que quiero es mi puta arma.

Él lo nota enseguida.

Inclina apenas la cabeza.

—¿Los conoces?

No puedo apartar la vista de ellos.

—Son los hombres de mi hermano. —Siento cómo el aire desaparece de mis pulmones.—No pueden verme. Ellos hicieron esto.

Claus gira apenas el rostro.

—Escóndete. —me ordena.

—Voy a matarlos—gruño, cuando intento dar un paso, Claus me detiene.

—No, no vamos a hacer ahora. Contrólate. Piensa, no estamos preparados, nos ganan en número.

No discuto. Mierda, tiene razón. Corro hasta un grupo de arbustos junto a varios robles y me agacho entre las ramas. Desde allí puedo verlo todo sin que ellos me distingan. Veo a Claus acomodar discretamente el arma que lleva en la cintura. Comprueba que sigue donde debe estar y vuelve a cubrirla con la chaqueta antes de esperar a los desconocidos.

Su expresión cambia por completo. Vuelve a ser el vaquero tranquilo, como si no acabara de prepararse para una pelea. Tiene razón, si hago una estupidez, esto puede salir mal. Y él puede salir herido junto con los demás.

Los cinco hombres se detienen frente a él.

—Buenas tardes. —Claus sonríe con absoluta naturalidad. —¿Se perdieron?

El que parece liderarlos responde.

—Estamos buscando a alguien. —Su mirada recorre el terreno.—¿Vive aquí?

—Es mi propiedad. —Claus mantiene el mismo tono relajado. —¿A quién buscan?

El hombre saca una fotografía del bolsillo interior de la chaqueta. Incluso desde donde estoy escondida reconozco la imagen.

Soy yo.

Las manos empiezan a sudarme. Claus toma la fotografía apenas unos segundos. La observa y niega con la cabeza con naturalidad.

—No, lo siento. —Le devuelve el papel.—No tiene pinta de que una chica como ella venga por estos lados.

Hace un pequeño gesto hacia el bosque.

—¿Están seguros de que buscan en el sitio correcto?

Los hombres intercambian una mirada.

—Nuestro jefe insiste en que sí.

Claus se encoge ligeramente de hombros.

—Pues lamento no poder ayudarlos. No la he visto.

El silencio dura demasiado. Uno de los hombres no deja de observar a Claus. Mi corazón golpea con tanta fuerza que temo que puedan escucharlo. Por un instante estoy convencida de que descubrieron la mentira.

Finalmente, el líder saca una tarjeta.

—Si la ve... —Se la entrega. Y hace una pausa—Llame a este número. Es la hermana de nuestro jefe. Está muy preocupado por ella.

La mandíbula se me tensa.

Mentiroso.

Claus guarda la tarjeta en el bolsillo.

—Lo haré.

Los hombres asienten. Suben nuevamente al todoterreno y desaparecen por el camino por el que llegaron.

No soy capaz de moverme. Sigo escondida entre los arbustos mientras todo mi cuerpo tiembla sin control. No me doy cuenta de que Claus se acerca hasta que siento su mano sobre mi hombro.

—Cariño, Eve.

Levanto la vista. Las lágrimas empiezan a caer antes de que consiga detenerlas.

—Me encontré. —Mi voz apenas sale.—Sabe que estoy aquí.

Niego con la cabeza una y otra vez.

—Tengo que irme... no puedo...

—Shhh. —Él acorta la distancia y sostiene mi rostro entre sus manos. —Basta.

Intento apartarme.

—No entiendes...

—No. —Su voz es firme.—Tú escúchame a mí.

Con el pulgar limpia una lágrima que acaba de escapar.

—No vas a ningún lado. Estás a salvo conmigo.

—¿Cómo puedes decir eso? Ya sabes de lo que son capaces.

—Lo sé. —Asiente, sin miedo.

—Vendrán otra vez. —le digo.

—Que vengan. Mientras respires bajo mi techo, nadie va a tocarte.

Lo miro como si estuviera loco. Él mantiene la calma. Una calma que resulta casi imposible de creer.

—Necesito mi arma. —Las palabras salen entre dientes.—Voy a matarlo.

Durante un segundo pienso que va a negarse. En cambio, desabrocha lentamente la funda que lleva en la cintura. Extrae la pistola y la coloca en mi mano.

Cierro los dedos alrededor del metal sin entender.

—Si algún día tienes que disparar... —Su mirada permanece fija en la mía. —Hazlo con mi arma.

Parpadeo.

—¿Estás seguro?

Una media sonrisa aparece en su rostro.

—¿Vas a dispararme?

Siento un nudo en la garganta.

—Dios... no.

Él asiente despacio.

—Entonces escóndela bien. —Hace una pausa y vuelve a tomar mi mano, esta vez cerrando mis dedos alrededor de la empuñadura. —Y quiero que escuches muy bien lo que voy a decirte. Nadie va a acercarse a ti ni hacerte daño.

Aprieta mi mano una última vez.

—Tendrán que pasar sobre mi cadáver primero.

—No puedo esconderme para siempre, Claus.

Toma mi rostro con ambas manos y me besa, es un beso casto, pero lo suficientemente claro sin necesidad de decir una

palabra más, lo he entendido.

—No voy a esconderte. Voy a hacer que ellos tengan miedo de buscarte.

CAPÍTULO 37

Eve

Espero hasta que el rancho queda completamente en silencio. Desde mi habitación alcanzo a escuchar el viento golpeando los árboles y, de vez en cuando, algún caballo moviéndose en el establo. Es tarde. Lo suficiente para que Arthur ya esté dormido, para que Hazel lleve horas soñando y para que Claus haya dejado de recorrer la propiedad haciendo una última ronda antes de ir a la ducha. Permanezco varios minutos sentada sobre el borde de la cama, mirando el cajón de la mesita de noche como si dentro hubiera una bomba a punto de explotar. Supongo que, en cierto modo, la hay. Porque ese teléfono desechable puede traer respuestas... o hacer que todo se venga abajo.

Abro el cajón lentamente y saco el pequeño móvil que compré días atrás en la ciudad. Todavía parece nuevo. Apenas lo he encendido un par de veces para asegurarme de que funcionaba. No le dije a Claus nada. Una parte de mí siente que le estoy mintiendo, pero otra sabe que hay batallas que todavía tengo que pelear sola. Si realmente quiero descubrir quién intentó matarme aquella noche y quién esta de mi lado, no puedo seguir esperando a que las respuestas lleguen por sí solas. Aunque sé que fue mi hermano, apostarí mi vida.

Marco un número que no esperé me sirviera de algo memorizar. La llamada apenas dura dos tonos.

—¿Quién es? —responde del otro lado.

—Maeve Kavanagh —digo a secas.

—Vaya, vaya... —Escucho con una risa cargada de ironía—. Pensé que estabas muerta.

Cierro los ojos un instante. Hay voces que uno reconoce aunque pasen días sin escucharlas. La de Denis Rudenko es una de

ellas. Siempre habla como si estuviera divirtiéndose, incluso cuando amenaza a alguien.

—Fallaste. Pero si de algo te sirve, yo también pensaba que estabas muerto.

El silencio dura apenas un segundo porque después se ríe.

—Eso supone que fui yo quien intentó matarte.

—¿No lo hiciste?

—No.

La respuesta llega demasiado deprisa y sin vacilar. Si algo tienen los Rudenko es que no mienten, pero nunca se sabe.

—No tuve nada que ver, *princesa*.

Aprieto la mandíbula con fuerza.

—No me llames así.

—Sigues odiando ese apodo.

—Porque solo lo usan quienes creen que todavía pueden darme órdenes.

Él vuelve a reír, esta vez con menos ganas.

—Me alegra comprobar que sigues teniendo ese carácter de mierda.

Resoplo.

—No estoy llamando para recordar viejos tiempos. Estoy llamando porque necesito saber si debo poner una bala en la cabeza de mi hermano... o en la de alguien más.

Denis parece entenderlo porque su tono cambia cuando dice:

—Escúchame bien. Perdí hombres esa noche. Buenos hombres. También perdí un cargamento que costó meses organizar y una cantidad de dinero que preferiría no recordar. Mi padre está furioso y, por si todavía no lo entiendes, nosotros también queremos saber quién demonios decidió convertir ese trato en una emboscada.

Frunzo el ceño. No esperaba escuchar eso. Durante días me convencí de que él había sido el responsable junto con mi hermano. Era la explicación más lógica. Ahora ya no estoy tan segura.

—¿Por qué habría de creerte?

—Porque, si hubiera querido matarte, no estaría perdiendo el tiempo intentando convencerte de lo contrario.

Tiene razón. O al menos parte de ella. Denis nunca ha sido un hombre paciente.

—Queremos la cabeza de tu hermano tanto como tú.

Las palabras consiguen que me incorpore lentamente sobre la cama.

—¿Qué acabas de decir?

—Lo que escuchaste. Si él estuvo detrás de eso, rompió un acuerdo que llevaba años beneficiando a demasiada gente. Mi padre no piensa dejarlo pasar y no toleramos la puta traición.

Me quedo completamente inmóvil. La posibilidad de que mi hermano hubiera traicionado incluso a nuestros aliados siempre estuvo ahí, pero escucharla de boca de Denis hace que todo parezca mucho más real.

—Si él tuvo algo que ver... —continúa con una calma que resulta mucho más inquietante que cualquier grito—... va a pagar por ello.

Miro la puerta cerrada de la habitación. Pienso en Claus.

En Hazel.

En todos. En la falsa paz que he encontrado aquí. Todo eso puede desaparecer si doy un paso en falso.

—Tenemos que reunirnos. —Las palabras salen antes de que pueda arrepentirme.

Al otro lado de la línea se hace un silencio largo.

—No confío tan fácilmente. —dice. —¿Acaso no fue una trampa que tramaste con tu hermano?

—Vete a la mierda, Rudenko, yo no juego sucio. Te recuerdo que quien terminó corriendo cuando todo se fue a la mierda, fui yo. Y no vi que alguna bala te diera como a mí. —No puedo evitar sonreír con amargura.—Pero, yo tampoco confiaría tan fácil.

Otra pausa.

Los dos sabemos exactamente lo que significa esa conversación. Ninguno va a presentarse solo. Ninguno va a bajar la guardia. Los dos iremos preparados para una posible traición porque así es como hemos sobrevivido toda la vida.

—Elige un lugar. —dice al fin.

—Primero necesito comprobar que no te siguen. —le digo.

—Yo haré lo mismo. —Asiento, aunque él no pueda verme.—
Te enviaré un mensaje con los datos.

—Estaré esperando.

La llamada termina.

Permanezco varios segundos con el teléfono todavía pegado al oído, escuchando únicamente el tono que anuncia que la comunicación ha finalizado. Después apago el móvil, vuelvo a guardarlo en el cajón y cierro despacio, como si así pudiera encerrar también todas las dudas que acaban de nacer.

Porque si Denis está diciendo la verdad... Entonces llevo días mirando en la dirección equivocada. Y eso significa que el enemigo podría estar mucho más cerca de lo que imaginaba.

CAPÍTULO 38

Claus

Estoy de un humor de mierda.

No por Theron ni por la reunión. Ni siquiera por el ganado que desapareció anoche.

Es Eve.

Llevo toda la mañana pensando en la llamada que hizo desde el teléfono desechable. La escuché desde el pasillo cuando salí a buscarla. No pretendía escucharla. Mucho menos seguir haciéndolo. Pero en cuanto oí el nombre de Denis Rudenko, dejé de moverme.

Después hice lo que cualquier hombre desconfiado habría hecho. Revisé el teléfono y lo pinché. Ya había investigado a Rudenko antes. Segundo al mando de la mafia rusa. Su padre sigue siendo la cabeza de la organización, pero en Inglaterra es Denis quien mueve las piezas. Negocia, amenaza y ejecuta las órdenes. Un hombre que no llega vivo hasta esa posición siendo un santo precisamente.

Así que ahora llevo horas preguntándome la misma maldita cosa. ¿Por qué demonios Eve llamó al segundo al mando de la mafia rusa?

—¿Vas a quedarte ahí sin decir una palabra?

La voz de Theron consigue sacarme de mis pensamientos. Levanto la vista. Está sentado frente a mí con una taza de café entre las manos mientras espera una respuesta que no llega.

Nos encontramos en el despacho de la casa principal. Desde aquí se ve buena parte del rancho. La cerca del norte ya empezó a repararse, aunque todavía quedan varios postes en el suelo y seguimos recuperando animales desperdigados por los terrenos vecinos. Perdí demasiado ganado por culpa del sabotaje de anoche. Algunos han regresado solos, otros los encontraron mis hombres

esta madrugada, pero sigo convencido de que aquello no fue un accidente.

Fue un mensaje. Uno bastante estúpido. Porque si querían asustarme...eligieron el lugar equivocado. Mi mirada se desvía hacia la ventana.

Allí está Eve.

Hazel sostiene un cepillo casi más grande que ella mientras intenta peinar a una de las vacas Highland. La pobre vaca soporta el tormento con una paciencia admirable. Eve termina riéndose, aparta con cuidado un mechón de pelo del animal y le coloca un pequeño lazo rosa entre los cuernos.

Hazel aplaude como si acabaran de ganar un concurso de belleza.

No puedo evitar sonreír.

—¿Ves? —dice Theron—. Ahí está otra vez esa cara.

Frunzo el ceño.

—¿Qué cara?

—La de hombre distraído. Yo la tenía, cuando conocí a Josephine.

Resoplo.

—Cállate.

—No. —Bebe otro sorbo de café.—Ahora me interesa.

Apoyo ambos antebrazos sobre el escritorio.

—¿Qué sabes de los Kavanagh, en Irlanda del Norte?

La sonrisa desaparece de su rostro de inmediato. Su espalda deja de descansar sobre la silla. Ahora está completamente atento.

—¿Por qué preguntas? —dice, finalmente deja la taza sobre la mesa. —Desde que el viejo Kavanagh murió dejaron de tocar mis negocios en Londres. Durante un tiempo pensé que la hija había conseguido mantener a raya a los suyos. Era bastante más inteligente que su padre, según decían. Después empezó el rumor de que los rusos la habían matado recientemente y, desde entonces, quien mueve los hilos es el hermano.

Hace una pausa.

—Y no confío una mierda en ese tipo.

Asiento lentamente.

Coincido.

—Espero que no se le ocurra cruzar ciertos límites. ¿Por qué tanto interés?

Sus ojos se entrecierran.

—¿Es una misión de Código Negro?

Niego.

—No.

—Entonces... —Me observa unos segundos.—...mierda. No me gusta tu cara.

Permanezco callado.

Theron deja escapar una risa.

—Vaya. —Se acomoda mejor en la silla.—Si Hazel no tuviera cinco años, pensaría que ella es la que acaba de meterse en problemas.

Le lanzo una mirada. Él sonríe todavía más.

—¿Qué hiciste ahora?

Exhalo despacio.

—Maeve Kavanagh está viva, Theron.

El silencio cae de golpe sobre la habitación. Su expresión cambia por completo.

—¿Qué?

Ya no hay rastro de humor.

—¿Cómo demonios lo sabes?

Me levanto de la silla. Camino hasta la ventana.

—Porque está aquí.

Theron tarda un segundo en reaccionar.

—¿Aquí... en Inglaterra?

No respondo. Solo hago un gesto para que se acerque. Él llega a mi lado y mira hacia el exterior. Abajo, Hazel intenta convencer a otra vaca de quedarse quieta mientras Eve le coloca un segundo lazo rosa. La niña termina abrazando el cuello del animal y ambas empiezan a reírse por algo que no alcanzo a escuchar.

Theron tarda apenas dos segundos en reconocerla.

—Pero qué mierda... —Su mano desaparece bajo la chaqueta. Cuando vuelve a verla, sostiene una pistola. La levanta instintivamente hacia la ventana.

—Guarda esa mierda.

Mi voz sale mucho más dura de lo que pretendía. Él no aparta la vista de Eve.

—¿Qué demonios hace esa mujer aquí?

Silencio.

—Espera... —Frunce el ceño.—¿Está...peinando las jodidas vacas?

Hazel levanta otro lazo.

Eve rompe a reír. Theron baja lentamente el arma, completamente desconcertado.

—Y... ¿Está con Hazel?

No respondo. Eso parece alterarlo aún más. Se gira hacia mí. Empieza a hacer sonar el cuello de un lado a otro. Siempre hace eso cuando está intentando no perder la paciencia.

—Explícate, Claus James Radkle.

Camina por el despacho como un animal encerrado.

—Explícame por qué mi Hazel está jugando con una mujer peligrosa.

De repente se detiene. Sus ojos se abren apenas.

—Espera. —Me señala con un dedo. —Esa es la mujer que estaba contigo en la beneficencia.

Maldición.

—Es una historia larga. —Le digo. Nunca lo había visto tan paranoico, cuando se trata de su familia, de mí o Hazel se pone así. Es mi mejor amigo, como un jodido hermano y un grano en el culo.

—Pues tenemos tiempo. —Se deja caer nuevamente sobre la silla.

No guarda el arma. Simplemente la apoya sobre sus rodillas mientras me mira fijamente.

—Siéntate.

Obedezco.

—Y empieza a hablar.

Durante casi una hora le cuento absolutamente todo. Cómo la encontré inconsciente cerca del río.

Las costillas rotas.

La herida en la cabeza.

Las semanas en las que no tuve idea de quién era realmente. Cómo descubrí su identidad después de analizar su sangre. Cómo intenté echarla del rancho en cuanto supe la verdad. Y cómo ella me suplicó que no lo hiciera.

—Ella tenía miedo. —Mi voz sale mucho más baja al recordarlo. —Está completamente sola. Fue un ataque de su hermano.

Theron permanece callado. No me interrumpe ni una sola vez. Cuando termino, cruza los brazos.

—¿Y le creíste?

Miro otra vez hacia la ventana. Eve ahora ayuda a Hazel a recoger los cepillos.

—No me ha demostrado lo contrario.

Theron sigue observándome.

Demasiado.

Después sonrío. Esa sonrisa de hijo de puta que conozco desde hace veinte años.

—Te gusta.

No respondo porque no hace falta. Él deja escapar una carcajada.

—Joder... —Niego con la cabeza.

—No empieces. —Le advierto.

—Y te la has follado también.

Mi mandíbula se tensa.

—Cierra la puta boca, Theron.

Su risa se hace todavía más fuerte.

—Estás jodido. —Apoya ambos codos sobre las rodillas. —¿Y ahora qué se supone que vas a hacer?

No contesto. Porque no tengo la menor idea. Él me observa unos segundos más. De repente chasquea los dedos. Como si acabara de resolver un rompecabezas.

—Espera... —Levanta lentamente una ceja.—Ella no sabe quién eres realmente. ¿Verdad? Puede estar sola, pero no es estúpida. Sabes que Código Negro se ha vuelto como una leyenda en el mundo. Nadie los conoce, pero los odian. Y seguro no le caerás bien a su hermano.

»Maldita sea. Por eso me pediste que entrara por la parte de atrás del rancho. Te avergüenzas de mí.

Otra pausa. Su sonrisa regresa.

—Cabrón...

Niego con la cabeza.

—No empieces.

—¿Cómo que no empiece?

Se echa hacia atrás en la silla, disfrutando demasiado de la situación.

—El gran Claus Radkle, capaz de plantarle cara a cualquiera... y resulta que le tiene miedo a una mujer.

Lo miro con frialdad.

—No le tengo miedo a Eve.

Theron se ríe.

—No. —Su sonrisa desaparece poco a poco.—Le tienes miedo al momento en que descubra quién eres.

Y ahora, desde que empezó la conversación... No encuentro una sola palabra para llevarle la contraria.

Theron no aparta la vista de mí. Lleva demasiados años conociéndome como para creer que todo esto es improvisación. Sabe que no doy un paso sin haber pensado los diez siguientes y, por desgracia, también sabe leerme mejor que la mayoría de la gente.

—Sé que tienes un plan, Claus. Siempre lo tienes. —Se cruza de brazos y espera con una paciencia que me pone de los nervios—. ¿Qué piensas hacer?

Exhalo despacio.

Claro que tengo un plan.

Llevo construyéndolo desde el mismo instante en que vi la fotografía de Eve en manos de aquellos hombres. Desde que comprendí que esconderla en el rancho ya no iba a ser suficiente. Desde que escuché su voz quebrarse diciendo que debía marcharse porque solo traía problemas.

No.

No pienso dejar que se vaya. Pero antes de mover una sola pieza necesitaba que Theron lo supiera. No porque necesite su

aprobación. Porque necesito que, cuando todo explote, alguien entienda por qué tomé esta decisión.

—Claro que tengo un plan.

Theron asiente.

—Bien. ¿Cuál es?

Lo miro directamente a los ojos.

—Voy a pedirle que se case conmigo.

El silencio que sigue es glorioso.

Theron permanece completamente inmóvil durante unos segundos. Después parpadea una vez. Luego otra. Finalmente deja escapar una risa. No una risa cualquiera. Una de esas que empiezan bajas y terminan convirtiéndose en carcajadas.

Se lleva una mano al rostro.

Niega con la cabeza.

Y sigue riéndose.

—¿Acaso perdiste la cabeza?

No respondo. Eso solo consigue que se ría todavía más.

—Joder... ¿Te caíste de algún caballo esta mañana?

—No te estoy pidiendo permiso.

Su sonrisa no desaparece.

—Menos mal. Porque si hubieras venido a pedírmelo, iba a decirte que no.

Me pongo de pie.

—Ella está sola. —Mi voz vuelve a endurecerse. —No tiene a nadie.

Camino hasta la ventana sin dejar de mirar el exterior.

—Necesito esconderla bien. —Theron deja de reír. —Y voy a hacerlo bajo mis propios términos.

—Qué romántico.

Se acerca despacio hasta colocarse a mi lado.

—Espero que la chica realmente esté enamorada de ti.

Resoplo.

—Joder... —Me giro hacia él.—¿Puedes dejar de ser un imbécil durante cinco minutos y escuchar lo que intento decir?

—Te escucho. — Levanta ambas manos.

—Voy a casarme con ella. —Hago una pausa. Necesito que entienda que esto va mucho más allá de un sentimiento. —Le daré un apellido imposible de tocar sin empezar una guerra. Le daré respaldo. Protección. Un lugar desde el que pueda volver a reunir a la gente que todavía le es leal.

Empiezo a caminar lentamente por el despacho mientras ordeno cada idea.

—Si consigue recuperar el control de la organización Kavanagh, dejará de ser una mujer huyendo de su hermano para convertirse en una líder con poder real. Ya no tendrá que esconderse detrás de nadie.

Theron sigue escuchando sin interrumpirme.

—Y si ella está al mando... —Lo miro otra vez. —Existe la posibilidad de que tú y ella dejen de ser enemigos. Luego la dejaré ir.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros. Theron camina hasta la ventana. Apoya una mano sobre el marco y observa el jardín durante largo rato.

Abajo, Hazel permanece tumbada sobre una manta con la cabeza apoyada sobre las piernas de Eve. Ella sostiene un libro infantil entre las manos mientras cambia la voz para interpretar a cada personaje. Hazel se ríe tanto que termina rodando sobre la hierba.

Ninguna de las dos sabe que las estamos observándolas. Theron permanece varios segundos sin decir nada. Cuando finalmente habla, su voz ha perdido por completo el tono burlón.

—Sí... —Suspira.—Espero que sepas lo que haces, Claus. Y espero que nadie salga herido.

Asiento lentamente.

—Nadie saldrá herido. —Ya tomé esa decisión hace días.— Después de la boda quiero que te lleves a mi padre y a Hazel contigo. Hazel quiere conocer a su primo.

Theron gira apenas la cabeza y asiente.

—Llévalos contigo. No pienso correr riesgos innecesarios si todo sale mal...

No termino la frase. No hace falta. Él entiende perfectamente lo que significa. Se aleja de la ventana y camina directamente hacia mí. Cuando llega a mi altura, se detiene tan cerca que casi puedo sentir el enfado contenido en su respiración.

Niega muy despacio.

—No estaba hablando de ellos cuando dije que espero que nadie salga lastimado. —Frunzo el ceño. Theron sostiene mi mirada durante varios segundos. —Estaba hablando de ustedes dos.

Siento un nudo formarse en el estómago. No aparto la vista ni Theron tampoco.

—Porque esa chica va a salir herida. —Las palabras caen como un golpe.—Y tú también.

Niego lentamente.

—No tiene por qué.

Theron deja escapar una sonrisa triste. Una muy distinta a las de hace un momento.

—Claro que sí. —Su voz apenas supera un susurro.

—Porque acabas de decirme que vas a pedirle matrimonio por estrategia... —Señala la ventana con la cabeza—mientras la miras como un hombre que ya está enamorado hasta las malditas entrañas.

El silencio se vuelve insoportable. No sé cuánto tiempo pasa.

Cinco segundos.

Quizá diez.

Theron termina dándome una palmada en el hombro antes de dirigirse hacia la puerta.

—Ese no es el problema, Claus.

Se detiene con la mano sobre el picaporte.

—El problema es que todavía no te has dado cuenta de que, cuando llegue el momento de elegir entre tu plan... y ella...

Gira apenas la cabeza para mirarme por encima del hombro.

—Vas a romper el plan sin pensarlo dos veces. Y esa clase de hombres... Nunca salen ilesos de una guerra.

—Te equivocas. —Las palabras salen más secas de lo que pretendía.—No es por amor.

Theron ni siquiera pestañea.

—Eve no me ama.

No pienso explicarle lo que quiero decir. Maeve no es una mujer que se deje llevar por un par de besos, ni por una noche compartida, ni por promesas bonitas. Ha sobrevivido demasiado para creer en cuentos de hadas. Todo lo que haga tendrá un motivo, igual que todo lo que hago yo. Por eso el matrimonio tiene sentido. Porque los dos entendemos los pactos. Los acuerdos. La lealtad. El amor... el amor no entra en esa conversación.

Al menos eso intento convencerme. Theron me observa unos segundos antes de dejar escapar una risa cansada.

—Además de mentiroso... —Hace una pausa deliberada.

—...eres ciego.

Niego con la cabeza.

—No empieces otra vez.

—No, ahora sí mírala. —Señala la ventana. —Mírala de verdad.

Mi vista viaja hacia el jardín casi por instinto.

Eve sigue tumbada sobre la manta. Hazel tiene la cabeza apoyada sobre sus piernas mientras ella continúa leyendo el cuento, cambiando la voz cada vez que aparece un personaje distinto. Mi hija la escucha completamente absorta. Eve finge discutir hasta que las dos terminan riéndose.

La escena consigue que algo se afloje dentro de mí.

Theron no deja pasar ese detalle.

—¿A cuántas mujeres has dejado acercarse así a Hazel?

No respondo. Porque los dos conocemos la respuesta.

Ninguna.

Durante cinco años levanté un muro alrededor de mi hija. No permití que nadie entrara en nuestra rutina. Ni amigas. Ni vecinas. Ni mujeres interesadas en mí. Hazel conoció gente, claro, pero siempre existió una distancia. Nunca dejé que nadie ocupara un espacio que no estaba seguro de querer compartir.

Hasta que apareció Eve. Y todo eso dejó de tener sentido.

Theron cruza los brazos.

—Eso pensaba. —Su voz pierde cualquier rastro de burla. —Ni siquiera los hombres de Código Negro saben que tienes una hija.

Asiento muy despacio.

Es cierto.

Durante años me aseguré de que nadie pudiera utilizar a Hazel para llegar hasta mí. Mi vida dentro de la organización y mi vida en el rancho siempre fueron dos mundos completamente separados. Tan separados que muchos de los hombres con los que he trabajado codo con codo durante años creen que vivo solo.

Solo Theron conoce toda la verdad. Porque el día que enterré a mi prometida también enterré al hombre que mezclaba los negocios con su familia.

—Solo yo lo sé —continúa—. ¿Y ahora resulta que una mujer a la que conoces desde hace unas semanas desayuna con tu hija, duerme en tu habitación, pasea por tu casa como si siempre hubiera vivido aquí y tú quieres convencerme de que todo esto es un movimiento estratégico?

Aprieto la mandíbula.

—Lo es.

Theron suelta una risa incrédula.

—Claro.

Se acerca hasta quedar frente a mí.

—Entonces dime una cosa. Si mañana descubrieras que casarte con Maeve deja de ser útil para tu plan... —Hace una pausa. —¿La echarías del rancho?

Jamás. Theron sonríe al ver el silencio alargarse.

—¿Ves?.

—No saques conclusiones, no fui yo quien se consiguió una esposa siendo primero su acosador. —Le recuerdo su propia vida.

—Ese soy yo siendo romántico. —Se defiende, no hay remordimiento y eso es otra historia.

Vuelvo la vista hacia el jardín. Hazel acaba de levantarse para correr detrás de una gallina y Eve la persigue riéndose, fingiendo que va a atraparla antes de que llegue al corral.

Por un instante olvido dónde estoy. Solo veo a las dos personas que más me preocupa perder. Y entonces comprendo algo que preferiría no haber entendido nunca. Theron no está intentando

convencerme. Solo está diciendo en voz alta una verdad que llevo demasiado tiempo evitando mirar de frente.

CAPÍTULO 39

Eve

No pienso avisarle a nadie.

Si lo hago, Claus intentará detenerme. Así que espero hasta media mañana, cuando todos están ocupados reparando la cerca del norte, entro otra vez en mi habitación, saco el teléfono desechable del cajón y leo por quinta vez el mensaje que le mandé a Denis. Le dije que fuera puntual o no hay trato.

Memoricé la dirección desde que estuve en la fiesta del otro día, vuelvo a apagar el teléfono y lo dejo exactamente donde estaba.

No pienso llevarlo conmigo.

Si algo sale mal, prefiero que nadie pueda rastrear una llamada.

Salgo por la parte trasera del rancho aprovechando que Liam está entretenido intentando convencer a Graham de que una de las vacas le tiene manía. Camino durante más de una hora hasta llegar a la carretera principal. Después sigo otro buen trecho hasta encontrar la parada de un autobús local. El resto del camino lo hago prácticamente a pie. Nunca imaginé que Inglaterra pudiera ser tan condenadamente grande cuando no tienes un coche.

Esto es una mierda.

Las botas nuevas empiezan a pasarme factura mucho antes de llegar al pueblo y cuando por fin encuentro el letrero del bar, siento las piernas como si hubiera cruzado el país entero.

Empujo la puerta. El olor a cerveza, madera vieja y fritura me golpea de inmediato.

No es un lugar elegante. Precisamente por eso lo elegí. Aquí nadie mira demasiado al de la mesa de al lado.

Me siento en un rincón desde donde puedo ver tanto la puerta como la salida de emergencia. Viejas costumbres. Pido una cerveza únicamente porque necesito algo frío después de semejante caminata. El vaso apenas toca la mesa cuando una punzada recorre mi nuca.

Esa sensación.

La conozco demasiado bien.

La de estar siendo observada.

No alcanzo a girarme. Una mano firme se posa sobre mi nuca como única advertencia.

—Estás en problemas, salvaje.

Cierro los ojos un segundo.

Mierda.

—¿Escapándote de mí?

Reconozco esa voz incluso aunque me despertaran en mitad de la noche.

—Claus.

Levanto la cabeza despacio.

—¿Qué haces aquí?

Él no sonríe. Se limita a observarme con esa calma que siempre resulta excitante y peligrosa a la vez.

—Lo mismo iba a preguntarte, cariño. —Toma asiento frente a mí sin esperar invitación.—¿Qué haces aquí?

Cruzo los brazos como una malcriada y no respondo. Es como si pudiera leerlo en mi cara de todas formas.

—¿Reuniéndote con alguien?

Mi respiración se corta apenas un instante.

—¿Cómo lo sabes?

Niega lentamente con la cabeza.

—No eres muy lista cuando se trata de mentir. —Suspira.—Te lo he dicho unas cuantas veces ya.

Inclina apenas el cuerpo hacia delante.

—Ahora respóndeme. —parece que hubiera corrido una maratón. Sé que lo primero que hizo esta mañana fue notar que no estaba en su cama, siempre soy la primera en despertar y quedarme

a mirarlo mientras duerme, es tan...jodidamente caliente cuando está quieto sin ese ceño fruncido.

Se acomoda los lentes y suspira, esperando una respuesta que todavía no puedo darle, pero viniendo de él, no me queda la menor duda de que, encontró mi teléfono escondido y encontró el mensaje.

Le diré la verdad o eso creo, porque cuando estoy a punto de hacerlo, ya es demasiado tarde. La puerta del bar vuelve a abrirse. Lo reconozco al instante.

Denis.

Ha cambiado completamente de aspecto. Si no supiera quién es, juraría que se trata de otro ganadero más de los que llenan el local. Lleva unos vaqueros negros gastados, botas de cuero, una camisa negra remangada hasta los antebrazos y una barba de varios días que suaviza sus rasgos. No lleva sombrero, pero tampoco lo necesita.

El problema nunca ha sido su ropa. Es esa manera de caminar. Como si todo el lugar le perteneciera. Es como Claus también se mueve por su rancho y todo este lugar. Como si el peligro hubiera decidido entrar por la puerta principal.

Sus ojos me encuentran enseguida. Después se desvían hacia Claus. Y sonrío por pura provocación.

Mala señal.

Se acerca sin ninguna prisa y cuando llega a nuestra mesa, me dedica una inclinación burlona de cabeza.

—*Princesa.*

Lo fulmino con la mirada.

—Deja de llamarme así.

—Sigues igual de encantadora.

Su atención cambia hacia Claus. Los dos hombres se estudian durante varios segundos sin decir una palabra. El ambiente del bar parece encogerse.

Denis rompe el silencio.

—Tu novio parece bastante celoso. —Extiende la mano.—

Denis Rudenko.

Se pone de pie, y veo que Claus le lleva un par de centímetros más de altura y dureza y eso me gusta, aunque no debería, joder, no es el momento.

Claus acepta el saludo. Ninguno de los dos parece tener intención de soltar primero. Las venas del antebrazo de Claus empiezan a marcarse. Denis sonrío como si estuviera disfrutando del pulso.

—Claus Radkle. —Su voz es completamente tranquila.—El hombre que va a sacarte a patadas de este bar en cinco segundos si no empiezas a explicar qué coño haces aquí.

Denis no aparta la sonrisa.

—Vaya recibimiento.

Me pongo de pie antes de que alguno de los dos haga una estupidez.

—Los dos se sientan. —Ninguno se mueve. Suspiro.—Ahora.

Esta vez Claus es el primero en obedecer y suelta por fin su mano. Denis lo imita unos segundos después. Tomo asiento frente a Denis y Claus como era de esperarse coloca su silla muy cerca de mí y pone su antebrazo en mi espalda.

—Claus, no eres mi novio.

Él resopla.

—Y Denis... —Lo señalo con un dedo.—No necesitamos averiguar cuál de los dos tiene la polla más grande.

Hago una pausa.

—Créeme. —Miro a Claus. —Vas a perder.

Desde que llegó, el ruso suelta una carcajada sincera.

Se gira hacia Claus.

—¿Oíste eso, vaquero? —Se acomoda mejor en la silla.—No eres el novio, pero tienes la polla más grande, lo dudo.

Claus sostiene su mirada.

—No tientes tu suerte, Rudenko.

El silencio dura apenas unos segundos. Después golpeo la mesa con los nudillos.

—¿Podemos comportarnos como adultos durante cinco minutos?

Denis levanta ambas manos.

—Empieza tú. ¿Confías en este hombre? —se refiere a Claus. Asiento.

—Con mi vida, así que no omitas nada. Quiero saber qué pasó ese día. —La sonrisa desaparece de su rostro. Ahora sí parece el hombre peligroso que realmente es.

—No fui yo. —dice.

—Eso ya me lo dijiste.

—Y sigue siendo verdad. —Se inclina hacia delante. —Llevaba veinte hombres conmigo. Perdí ocho. Dos camiones. Un cargamento de armas. Y casi la cabeza cuando tuve que darle explicaciones a mi padre.

Permanezco en silencio.

Claus también.

—Entonces, ¿quién fue? ¿Sebastian?

Tener que llamarlo por su nombre ahora, ese nombre que tanto he odiado más que llamarle hermano me pone de mal humor.

Denis juega unos segundos con el vaso antes de responder.

—Te lo dije por teléfono, estoy seguro de que fue él y tú también, no sé por qué sigues teniendo dudas, no fui yo.

Mi estómago se contrae.

—¿Crees o lo sabes?

—Todavía no tengo pruebas suficientes. —Levanta la vista. — Por eso acepté reunirme contigo. Quiero conseguirlas.

Claus interviene por primera vez.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Denis gira lentamente la cabeza hacia él.

—Hablando con Sebastián.

Claus deja escapar una risa sin humor.

—¿Vas a pedirle una cita o entregarle la cabeza de su hermana?

—Voy a pedirle un negocio. —Sus ojos vuelven a fijarse en mí.—Tu hermano necesita aliados. Es muy estúpido, solo un estúpido mataría a su hermana y robaría mercancía a los rusos. Yo puedo ofrecerle las tres cosas. A ti, dinero y armas.

Siento a Claus tensarse a mi lado y coloco mi mano en su pierna, que no deja de moverse desde que se sentó a mi lado.

—¿Y esperarás a que se delate solo? —pregunto.

—La gente como Sebastián siempre termina hablando demasiado cuando cree que está ganando. Si le hago creer que, fuiste quien me robó y además huiste, caerá y querrá robarme de nuevo.

Claus no parece convencido.

—¿Y si sospecha?

—Entonces no habrá reunión. —Responde con absoluta tranquilidad. —No soy un suicida.

Cruzo los brazos.

—¿Qué necesitas de mí?

Los dos hombres me miran al mismo tiempo.

Es Denis quien responde.

—Nada.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que nada?

—Quiero que sigas exactamente donde estás, *princesa*.

—Eso no va a pasar. —protesto.

—Sí va a pasar. —Su tono se endurece. —Porque si Sebastián descubre que sigues viva antes de que yo consiga acercarme... Todo esto habrá sido una pérdida de tiempo.

Claus asiente por primera vez desde que empezó la conversación.

—En eso tiene razón.

Lo miro incrédula.

—¿Ahora están de acuerdo?

—No. —Responde sin apartar la vista de Denis.—Sigo sin confiar en él. Pero hay una cosa, no fuiste tú quien le robó, fue tu hermano. Y eso te hace inocente.

Denis sonríe.

—Ahí estás, me gustas, vaquero.

—Pero tampoco voy a permitir que seas tú quien se exponga. —dice Claus y vuelve a mirarme. —Si alguien va a acercarse a Sebastián...

Señala a Denis con un leve movimiento de cabeza.

—Que sea él. No tú.

Denis termina mi cerveza de un solo trago. Idiota.

—Entonces tenemos un trato. Mataremos a tu hermano y tu recuperas tu vida, volvemos a hacer negocios y todos seremos felices. Nadie le roba a los Rudenko y se sale con la suya. Tu padre nunca quiso hacer negocios con nosotros hasta que tú tomaste el control, eres inteligente y mi padre también lo cree. Esa traición nos convierte en aliados, son las palabras de mi padre y mías, princesa.

Se pone de pie.

—Yo buscaré a tu hermano. Dame una lista de los lugares donde podría estar y hago el resto. —Mira primero a Claus y luego a mí. —Y ustedes... Intenten no matarse antes de que yo regrese con respuestas. Hay suficiente tensión entre ustedes como para volar este bar sin necesidad de explosivos.

CAPÍTULO 40

Eve

El camino de regreso al rancho transcurre en un silencio que resulta mucho más incómodo que cualquier discusión que hayamos tenido. Pronto recuperaré el control que me pertenece y podré seguir con mi vida, protegiendo a Claus y su familia que desde un principio, no tuve por qué involucrarlos.

Claus no ha pronunciado una sola palabra desde que salimos del bar. Conduce con la vista fija en la carretera y las manos aferradas al volante con tanta fuerza que los nudillos se le han puesto blancos. Los músculos de la mandíbula se marcan cada vez que aprieta los dientes y, aunque intenta disimularlo, sé perfectamente que está enfadado. No conmigo únicamente. También consigo mismo. Lo conozco lo suficiente para distinguir cuándo está pensando demasiado, mi pierna es un ejemplo de su furia y mi desafío.

Apoyo la cabeza contra la ventanilla y observo el paisaje pasar a toda velocidad. Los campos verdes vuelven a ocupar el lugar de la ciudad y, poco a poco, el ruido del tráfico desaparece hasta convertirse en el sonido del motor y las ruedas sobre el asfalto.

Sé por qué está así.

Lo engañé. Me escapé del rancho. Me reuní con Denis sin decirle una sola palabra. Y, aun así, no me arrepiento. Había cosas que necesitaba hacer sola. Siempre las he hecho así.

—No estés molesto, vaquero. —No responde. Ni siquiera gira la cabeza.—El plan irá bien.

Sigue conduciendo. Durante unos segundos pienso que va a ignorarme por completo. Entonces deja escapar un resoplido y una risa baja.

No es una risa divertida. Es esa clase de risa que aparece cuando alguien está tan enfadado que ya no sabe si discutir o rendirse.

La conozco. La he visto antes. También mi orgullo. Claus nunca pierde el control levantando la voz. Lo hace encerrándose en sí mismo, apretando la mandíbula y dejando que el silencio hable por él.

—No puedes seguir haciendo esto. —Su voz rompe finalmente el silencio.

—¿Hacer qué?

—Tomar decisiones que también me importan.

—No te importa, vaquero. —Ahora sí gira apenas la cabeza para mirarme.

Solo un segundo.

Pero basta para entender que está conteniendo muchas más cosas de las que dice.

—Claro que me importa.

Niego despacio.

—No, Claus. —Sostengo su mirada.—Te lo dije desde el principio. Esta guerra es mía.

El coche reduce la velocidad. Pienso que va a detenerse para seguir discutiendo. Aparta la camioneta a un lado del camino.

El motor continúa encendido. Durante unos segundos ninguno de los dos habla, pero cuando abre la boca no es para lo que me espero.

—Cásate conmigo.

Parpadeo. Estoy segura de haber escuchado mal. El coche ya está completamente detenido, pero yo sigo inmóvil, incapaz de apartar la vista de él.

¿Acaba de...?

No.

No puede ser.

—¿Qué?

Claus me mira con la misma seriedad con la que daría una orden.

—Cásate conmigo, Maeve.

Mi cerebro intenta procesar la frase.

No lo consigue.

Lo único que sale de mi boca es una risa completamente incrédula.

—¿Estás jugando conmigo?

—No. —dice sin titubear. No sonrío, ni parece una broma.

Sus ojos permanecen clavados en los míos mientras el motor sigue encendido y el silencio llena el interior de la camioneta.

—No creo que el plan de Denis tenga éxito. No confío en él.

—Hace una breve pausa antes de continuar—. ¿Cómo sabemos que no fue tu hermano quien lo envió solo para encontrar tu paradero? Piensa, cariño. Si Denis te traiciona, Sebastián sabrá exactamente dónde buscarte. Ahora mismo cree que estás sola... y no lo estás.

No respondo enseguida.

Bajo la vista hacia mis manos. Hay algo en esa última frase que se queda dando vueltas en mi cabeza.

"No lo estás."

Me obligo a respirar antes de contestarle.

—Vaquero... —Mi voz sale mucho más baja de lo que esperaba.—Yo siempre he estado sola.

No sé por qué acabo de decirlo. Quizá porque es la primera vez que alguien insiste tanto en convencerme de lo contrario.

Trago saliva.

—Siempre. —Levanto la vista para encontrarme con sus ojos.

—No necesito tu apellido para hacerme valer.

Claus permanece inmóvil unos segundos. Simplemente estira una mano y me toma el rostro con una delicadeza que no encaja con el hombre que todos conocen. Su pulgar acaricia mi mejilla antes de que acorte la distancia entre nosotros y sus labios encuentren los míos en un beso lento, como si quisiera hacerme entender algo para lo que las palabras no alcanzan.

Cuando se separa, mantiene la frente apoyada contra la mía.

—Vales. —Lo dice sin apartar la vista de mis ojos. —Siempre has valido.

Su voz es tranquila, pero hay una convicción que me desarma.

—No quiero darte un apellido porque crea que lo necesitas para ser alguien. —Niega despacio. —Quiero dártelo porque ese apellido pesa. Porque abre puertas y cierra otras. Porque hace que mucha gente se lo piense dos veces antes de cruzar una línea.

Se incorpora apenas unos centímetros, aunque sus manos siguen sosteniendo mi rostro.

—No quiero quitarte poder. Quiero dártelo. Si te conviertes en mi esposa, dejas de ser una mujer desconocida escondiéndose en un rancho que nadie sabe de dónde salió. Pasas a ser mi familia. Y cuando alguien toca a mi familia, deja de tener un problema contigo para tener un problema conmigo.

Siento un escalofrío recorrer mi la espalda.

Él continúa sin dejarme hablar.

—Si el plan con Denis sale bien, recuperarás lo que te pertenece con alguien cubriéndote las espaldas.

—Y si sale mal... —pregunto con un hilo de voz.

Su mandíbula se tensa apenas.

—Sebastián no podrá venir simplemente a llevarte de vuelta. Tendrá que enfrentarse a mí, y a todos los hombres que responden cuando yo doy una orden.

Lo dice como un hecho. Como si ya hubiera tomado esa decisión por los dos.

—No estoy intentando encerrarte, Maeve. Estoy intentando ganar tiempo. Tiempo para que recuperes a tu gente. Tiempo para descubrir quién está moviendo los hilos. Tiempo para que dejes de huir y vuelvas a pelear desde una posición en la que no estés completamente sola.

Sus dedos acarician una última vez mi mejilla.

—Cásate conmigo.

Su voz baja todavía más.

—No porque necesites que un hombre te salve. Porque dos personas son más difíciles de romper que una. Déjame protegerte. Y al final, si tú quieres, podrás dejarme.

Hay algo en mi pecho que no me gusta, es como un dolor, una sensación de pérdida que nunca había sentido desde que era

niña, pensar en que esto acabe, lo que sea que tengamos él y yo, me duele y duele mucho.

—¿Qué pasa si mi hermano gana? —pregunto.

—Entonces nos aseguraremos de que el infierno le llegue de nuevo.

—Casarnos—me río para mí misma, pero esta vez se siente real. Él está jodidamente hablando en serio.

—Firmaremos unos papeles y ya está. —Eso consigue devolverme a la realidad.

Me separo de él y apoyo la espalda contra el asiento y cruzo los brazos.

—Vaya... —Lo observo unos segundos. —Discúlpame si no salto de alegría con esa propuesta romántica, vaquero.

Él permanece en silencio.

—Nunca quise casarme. —Las palabras salen con más dureza de la que pretendía. —Pero hacerlo de esta forma...en esta guerra. Lo hace tan... deprimente.

Claus baja la vista un instante hacia el volante. Después vuelve a mirarme.

—¿Me amas?

La pregunta cae sobre mí como un cubo de agua helada.

Mi respiración se detiene.

No esperaba eso.

De todas las cosas que podía preguntarme...

Jamás esa.

—¿Qué? —Mi voz apenas sale. —No...Es demasiado pronto.

Él asiente despacio. Como si esa fuera exactamente la respuesta que esperaba.

—Entonces no tiene por qué ser deprimente.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que no te estoy pidiendo un matrimonio por amor. —Hace una pausa. —Te estoy ofreciendo protección.

Sus dedos vuelven a aferrarse al volante.

—Y cuando recuperes lo que te pertenece... —Hace una breve pausa. —Si quieres marcharte...firmaremos el divorcio.

No esperaba escuchar eso tampoco, joder. ¿Qué ocurre conmigo?

Ni una sola de esas palabras.

Lo miro durante un largo rato. Intento descubrir si hay algo más detrás de todo aquello.

Alguna emoción.

Alguna mentira.

Algo que me diga que esto no es únicamente estrategia. No encuentro nada. Solo a un hombre dispuesto a poner su nombre entre mi hermano y yo.

Exhalo lentamente.

—De acuerdo.

Claus levanta apenas la vista.

—¿De acuerdo?

No puedo evitar sonreír.

—Sí, vaquero. —Estiro la mano hasta buscar la suya sobre el volante y entrelazo nuestros dedos.—Seré tu esposa.

Tal vez el mayor peligro no sea casarme con Claus. Tal vez sea descubrir que, cuando llegue el momento de separarnos... Ninguno de los dos quiera firmar ese último papel. Pero alguien tendrá que hacerlo y esa seré yo, porque entonces ahí estaré haciendo mi parte, para protegerlo.

CAPÍTULO 41

Claus

Escucho el agua caer al otro lado de la puerta del baño mientras permanezco sentado al borde de la cama con los codos apoyados sobre las rodillas. Hace apenas unos minutos le propuse matrimonio y, por extraño que parezca, siento mucha más calma ahora que antes de hacerlo. No fue un impulso. Llevo días dándole vueltas al mismo plan, buscando otra alternativa, otra forma de protegerla sin involucrarla todavía más en mi mundo. No la encontré.

Casarme con Eve no es un gesto romántico, aunque una parte de mí desearía que pudiera serlo algún día. Es una decisión estratégica. Si lleva mi apellido, deja de ser una mujer huyendo de un hermano que quiere verla muerta y se convierte en alguien a quien muy pocos se atreverán a tocar. Mi nombre abre puertas, mueve hombres y provoca guerras. Si puedo utilizar todo eso para devolverle el poder que le arrebataron, lo haré sin pensarlo dos veces.

No le mentí cuando le dije que quería darle poder. Porque eso es exactamente lo que pienso hacer. No voy a encerrarla en el rancho ni a convertirla en una esposa a la que haya que esconder detrás de un hombre. Conozco demasiado bien a Maeve para cometer ese error. Ella no nació para vivir a la sombra de nadie. Nació para mandar, para discutir cada decisión y para pelear incluso cuando sabe que tiene todas las de perder. Lo único que pretendo es darle el tiempo suficiente para recuperar a los suyos, reorganizar a la gente que todavía le guarda lealtad y devolverle un lugar que siempre fue suyo. Después será ella quien decida qué hacer con su apellido... el suyo y el mío.

Apoyo la espalda contra el cabecero y dejo escapar el aire lentamente. La conversación dentro de la camioneta vuelve una y otra vez a mi cabeza. Sobre todo una parte.

—*No necesito tu apellido para hacerme valer.*

Sonríó para mí. Claro que no lo necesita. Nunca lo ha necesitado. Ese es precisamente el problema.

Siempre ha cargado el peso del mundo sola porque nadie estuvo ahí cuando debía estarlo. Está tan acostumbrada a sobrevivir por su cuenta que cualquier mano tendida le parece una cadena. Todavía cree que protegerla significa hacerla más pequeña. Algún día entenderá que no pienso quitarle nada. Todo lo contrario.

Lo que sí me hizo gracia fue otra cosa. Cuando le pregunté si me amaba.

La respuesta tardó demasiado.

Las personas que no sienten nada responden enseguida.

Las que dudan... ya están perdidas.

Vi cómo bajó la mirada antes de contestar. Cómo buscó las palabras. Cómo intentó sonar convencida mientras decía que era demasiado pronto. No me molestó. Al contrario. Me confirmó algo que llevaba tiempo sospechando.

Mi pequeña salvaje mente fatal.

Y cuando lo hace, aprieta apenas la mandíbula y evita sostenerme la mirada durante más de unos segundos.

No está preparada para admitir lo que siente.

Yo tampoco.

Todavía no.

Porque en cuanto uno de los dos lo haga, dejará de existir la posibilidad de fingir que este matrimonio es solo un acuerdo.

El agua sigue cayendo. Levanto la vista hacia la puerta cerrada del baño.

No puedo evitar sonreír otra vez. Está tan empeñada en convencerme de que puede sola... Y yo estoy igual de empeñado en demostrarle que no tiene por qué hacerlo.

Será una pelea larga.

La más difícil que me ha tocado librar. Porque conquistar un territorio es sencillo comparado con conquistar la confianza de una

mujer que lleva toda la vida esperando que el mundo termine traicionándola.

Pero soy un hombre paciente. Y, si hace falta una vida entera para arrancarle la verdad que esconde detrás de esa mirada desafiante... Pienso quedarme el tiempo suficiente para escucharla de sus propios labios. Y si tengo que comenzar sacándoselo a polvos, ahora es un buen momento.

Me quito la ropa y camino hacia el vapor que sube desde la ducha, cuando entro al baño, puedo verla a través del vidrio, su silueta perfecta bajo el agua caliente, sus manos recorriendo su cuerpo.

No tiene idea de que estoy aquí así que, abro la puerta de la ducha lentamente, y ella gira, sorprendida. Sus ojos se oscurecen cuando me ve, no de miedo. De deseo.

—¿Qué haces? —pregunta, aunque ya sabe.

—Reclamarte— gruño, entrando bajo el agua caliente con ella. —Vi la mentira en tu rostro cuando te pregunté si me amabas. Crees que no lo veo. Pero lo veo todo, Eve. Cada pensamiento. Cada mentira.

El agua corre entre nosotros, y ella retrocede un paso, pero solo porque quiere que la persiga.

—Estoy loca por ti, vaquero. Pero no tiene que ser amor, no seas cursi—dice, y esta vez es verdad. La verdad retorcida de alguien que me necesita como yo la necesito.

Cursi. Sí como no.

—Lo sé—gruño, tomando su rostro con ambas manos. —Y voy a hacerte mía de formas que no conoces.

La beso bajo el agua, salvajemente, como si pudiera devorarla. Sus manos agarran mi espalda, sus uñas dejando surcos. Mi polla ya está dura, presionando contra su vientre.

La levanto contra la pared de la ducha, el agua cae entre nosotros. Su cuerpo es perfecto, cada curva, cada cicatriz que lleva de sus batallas. Todas mías. Comenzando con esa que puse en su pierna.

Mía, mi propiedad.

—Dime la verdad— exijo, alineándome con ella.

—Te necesito— solloza, y no importa si es verdad o mentira. La verdad no importa aquí. Solo esto, nosotros, en la oscuridad del agua, pertenenciéndonos.

Me entierro en ella de una sola embestida, profundo, sin piedad. Sus gritos se pierden en el ruido del agua, su cuerpo arqueándose contra el frío azulejo.

—Mierda, Eve—gruño contra su cuello. —Eres tan perfectamente mía.

Sus piernas se envuelven alrededor de mí, moviéndose conmigo, su cuerpo trabajando en perfecta sincronía. Es una verdad desnuda de lo que somos el uno para el otro.

—Más—grita, y obedezco. Aumento la velocidad, mis embestidas volviéndose más profundas, más posesivas. El agua corre sobre nosotros como si fuera el fuego del infierno, y tal vez lo es.

—Voy a correrme dentro de ti— gruño. —Y luego voy a hacerlo de nuevo. Una y otra vez. Hasta que entiendas que eres completamente mía.

—Sí—solloza, sus uñas clavándose en mi piel. —Por favor. Te necesito. Necesito sentirte.

Sus palabras me destrozan y me arreglan al mismo tiempo. La beso desesperadamente mientras mis embestidas se vuelven erráticas.

—Córrete para mí—ordeno. —Quiero sentir como te deshaces con mi polla.

Su cuerpo se convulsiona, apretando alrededor del mío mientras grita mi nombre como una plegaria. El placer la consume, y eso es lo que me lleva al borde. Me corro profundo dentro de ella, mis brazos sosteniéndola, marcándola como mía.

Cuando terminamos, la sostengo contra la pared, ambos temblando bajo el agua caliente.

—Esta es tu vida ahora— susurro contra su oído. —Esto es lo que significa pertenecerme. Y yo pertenezco completamente a ti. Oscuramente. Completamente. Para siempre.

Ella asiente, sin aire, sus ojos se encuentran con míos en la penumbra del vapor.

—Para siempre—murmura.

...

Salimos de la ducha y ella cae en la cama mojada, sus manos aún temblando. No la dejo ni un segundo para respirar. La quiero descontrolada. La quiero rota.

Me recuesto en la cama y la miro fijamente.

—Monta mi cara, vaquera— ordeno, mis manos ya agarrando sus muslos. —Quiero ahogarme en ti.

Ella titubea por un segundo, ese segundo de incertidumbre que tanto amo. Pero obedece. Siempre obedece. Se posiciona sobre mí, dudosa al principio, pero luego se deja caer. Mi boca encuentra su intimidad, y comienzo a devorarla como si fuese lo último que comiera en mi vida.

—Eso es— gruño contra ella, sus gemidos llenando la habitación. —Eres mía. Cada rincón de ti es mío. Tu placer es mío.

Sus caderas comienzan a moverse, frotándose contra mi boca, y juro que podría morirme así.

—Mira cómo tu coño me necesita— exijo—Mira cómo te devoro como si fueras lo único que merece mi boca.

Ella gira su cabeza, viendo el reflejo en el espejo, sus propias caderas moviéndose, su cuerpo perdido en placer. Sus ojos se oscurecen.

—Eres obsesión—murmuro entre sus piernas. —Mi perdición. Mi razón para existir es asegurarme de que nadie más te toque así. Que nadie más sepa lo que se siente saborear cada parte de ti.

—Oh, Dios—grita, sus manos en mi cabeza, presionándome más profundo.

—No es Dios, cariño— gruño, mi lengua trabajando en ella sin piedad. —Soy yo. Solo yo. Siempre yo. Voy a grabar mi nombre en cada célula de tu cuerpo.

Sus movimientos se vuelven frenéticos, desesperados. Puedo sentir que está cerca.

—Voy a amarrarte en mi cama— continúo, mis dedos penetrando en ella mientras mi boca sigue trabajando. —Voy a

marcar cada centímetro de ti. Cada marca va a ser un recordatorio de que eres completa, absoluta, e irrevocablemente mía.

—Sí, sí, sí—solloza, su cuerpo temblando.

—Nadie te va a tocar como yo—gruño ferozmente. —Ni un hombre, ni una mujer. Ni nadie en este mundo te va a hacer sentir lo que yo te hago sentir. Porque TÚ ERES MÍA.

Sus gritos se vuelven inaudibles. Está en el borde. Completamente perdida en esto.

—Córrete en mi boca— ordeno. —Quiero probar tu placer. Quiero que sea mío también.

Y lo hace. Se corre violentamente, sus caderas moviéndose sin control, sus gritos llenando la habitación como música oscura. La devoro cada segundo, saboreando cada gota de su placer.

Cuando baja, sus piernas no la sostienen. Se deja caer a mi lado, respirando pesadamente.

—Mírame— gruño, girándola hacia mí. —Mira en mis ojos y dime que esto es real. Que tú y yo somos reales.

—Es real—jadea. —Jodidamente real.

Sus ojos se encuentran con los míos, y veo el reconocimiento —ella siente lo mismo. Es fuego. Es locura. Es perfección oscura.

—Eres mi infierno favorito— murmura contra mis labios.

—Y tú eres el mío—gruño. —Y voy a quemarnos juntos.

¿Cuánto es para siempre? No somos salvación el uno para el otro. Somos perdición. Y la queremos de esta manera.

CAPÍTULO 42

Eve

Hoy es la boda que no pedí. La que nunca soñé. La que jamás esperé vivir.

Y, sin embargo, aquí estoy, de pie frente a un espejo, incapaz de apartar la mirada de mi propio reflejo. Hay algo distinto en la mujer que tengo delante. No sé si es el vestido, el cabello recogido o la paz extraña que siento después de tantos meses viviendo con el miedo pegado a la espalda. Solo sé que no puedo dejar de mirarla. Es otra versión de mí. Una que nunca imaginé conocer.

La noticia corrió por todo el rancho más rápido que cualquier incendio. Nadie necesitó explicaciones. Bastó con escuchar que Claus y yo íbamos a casarnos para que Emma empezara a organizarlo todo, Arthur fingiera que no le interesaba y Liam asegurara que apostaba una semana de sueldo a que yo terminaría mandando más que Claus antes de que acabara el mes. La ceremonia será sencilla. No habrá iglesia, ni mil invitados, ni un banquete interminable. Solo nosotros, unos papeles que firmar y unas cuantas personas que ya se han convertido, sin darme cuenta, en parte de mi vida. Cuando estampe mi firma, dejaré de ser Eve para convertirme, oficialmente, en la señora Radkle.

No quiero pensar en cómo terminará todo esto.

No quiero preguntarme si algún día firmaremos otro papel para separarnos.

Hoy no.

Hoy solo quiero permitirme disfrutar de un momento que nunca pensé vivir.

El vestido es mucho más sencillo de lo que habría imaginado para una boda. Blanco, de tela ligera, con una caída suave que llega hasta los tobillos y unas mangas largas de encaje que Emma insistió

en elegir porque, según ella, "en Yorkshire siempre hace frío, incluso cuando no hace frío". No tiene piedras, ni brillos, ni una cola interminable. Solo una elegancia tranquila que me hace sentir cómoda. Llevo el cabello recogido en un moño bajo del que escapan algunos mechones rebeldes, y Emma ha colocado pequeñas flores blancas entre los rizos. El ramo también lo preparó ella. Margaritas y unas pequeñas flores silvestres que recogieron Hazel y Arthur esa misma mañana. No es un ramo comprado en una floristería. Es un ramo hecho con las manos de la gente que me ha abierto las puertas de su casa.

Y eso lo hace perfecto. Aunque tengan dinero, el dinero no compra los pequeños detalles. Cuando me giro, encuentro a Emma observándome con los ojos brillantes.

Tiene una sonrisa enorme. De esas que anuncian que está a punto de llorar.

—Te ves hermosa, Eve. —No puedo evitar sonreír.—Gracias por permitirme ser tu dama de honor.

Levanto una ceja.

—Créeme... —Finjo pensarlo unos segundos.—La lista fue difícil.

Emma abre la boca con indignación fingida.

—¡Oye!

Las dos terminamos riéndonos. La tensión desaparece por un momento.

Incluso Hazel, que está sentada en el suelo jugando con Daisy mientras intenta colocarle un pequeño lazo rosa alrededor del cuello, levanta la vista para preguntarnos de qué nos reímos. La gata, por supuesto, no comparte el entusiasmo y escapa en cuanto encuentra la oportunidad, haciendo que Hazel salga corriendo detrás de ella entre carcajadas.

Ese pequeño caos consigue que todo parezca más real. Más parecido a una familia.

La puerta se abre. Arthur entra sin hacer ruido. Lo primero que llama mi atención no es la seriedad de su rostro. Es que no lleva puesto un traje. Ni siquiera parece haberse preparado para una boda. Su mirada recorre la habitación hasta detenerse en mí.

Claus me dijo que hablaría con él. También me dijo que intentaría explicarle el motivo de este matrimonio. Pero los dos sabíamos que esta conversación iba a llegar tarde o temprano.

Arthur permanece unos segundos en silencio.

Después mira a Emma.

—Emma. —Ella deja de sonreír inmediatamente.

—¿Sí, señor?

—¿Puedes llevarte a Hazel un momento? —Su tono sigue siendo tranquilo. —Necesito hablar con Eve.

Emma entiende al instante. No hace preguntas. Se acerca a Hazel y le tiende la mano.

—Vamos, pequeña. Tenemos que darle de comer a Daisy.

Hazel mira a la gata, luego a mí y finalmente a Arthur, toma la mano de Emma y las veo salir de la habitación. La puerta vuelve a cerrarse y el silencio ocupa su lugar.

Arthur vuelve a mirarme de arriba abajo.

Esta vez sonrío apenas. Una sonrisa tan pequeña que cualquiera diría que la imaginé.

—No estoy de acuerdo con esto.

Asiento despacio.

—Lo sé, señor.

—Entonces... —Da un paso más hacia mí. —¿Por qué lo permitiste?

No aparto la mirada.

—¿Conoce a su hijo?

Arthur resopla por la nariz.

—Lo hago.

—Entonces debe saber que no tuve otra opción. —Sonrío con resignación. —Fue idea suya. Al principio me negué. No estaba de acuerdo.

Arthur inclina ligeramente la cabeza.

—Pero ahora sí.

No sé qué responder. Porque tiene razón. Hace apenas unos días habría dicho que este matrimonio era una locura.

Ahora...ahora ya no estoy tan segura. Me siento en una de las sillas frente al tocador. Arthur hace lo mismo, dejando un pequeño

espacio entre los dos. Permanece varios segundos observando el suelo antes de empezar a hablar.

—Claus iba a casarse con la madre de Hazel. La quería con todo lo que tenía. —Levanto la vista hacia él. —Cuando la perdió...

Hace una pausa.

—Yo también perdí a mi hijo ese día.

Siento un nudo formarse en la garganta. Arthur no llora. Ni siquiera parece estar cerca de hacerlo. Pero el dolor sigue ahí.

—Parte de él nunca regresó. —Mira hacia la ventana. —Lo comprendí cuando perdí a mi esposa.

Suspira despacio.

—Hay personas que siguen respirando después de una tragedia... —Otra pausa.—Pero dejan de vivir.

Bajo la vista a mis manos.

—Yo... —Trago saliva.—Lo siento mucho.

Él asiente agradeciendo las palabras.

—Jamás quise involucrar a Claus en todo esto ni a ustedes.

Arthur niega lentamente.

—Claus no se involucra. —Una pequeña sonrisa aparece en su rostro. —Así es él. Si decide cargar con algo, nadie consigue hacer que cambie de opinión. Pero lo que tú has provocado en él... Es como si hubiera vuelto a la vida.

Mi pecho se encoge. Niego inmediatamente.

—No he hecho nada, señor.

No puedo evitar sonreír.

—Bueno... —Pienso un momento.—Solo he conseguido cabrearlo unas cuantas veces.

Arthur rompe a reír. Una risa sincera y profunda. De esas que hacen que las arrugas alrededor de los ojos se marquen un poco más.

—Y eso... —Niega con la cabeza todavía sonriendo.—Eso es amor.

Lo miro horrorizada.

—¿Qué? —La palabra casi se me atraganta.—No.

Niego varias veces.

—Claro que no.

Arthur sigue sonriendo.

—¿Sabes cuál es el problema de ustedes dos?

Cruzo los brazos.

—¿Cuál?

—Que creen que el amor siempre llega haciendo ruido. —Se inclina un poco hacia delante.—Y casi nunca es así. Llega cuando alguien empieza a preocuparse por si ya comiste. Cuando buscas a una persona con la mirada antes de entrar en una habitación. Cuando un hombre cambia todos sus planes para mantener a salvo a una mujer... y una mujer deja de huir porque, ahora siente que tiene un lugar al que regresar.

No sé qué responder. Porque cada una de esas palabras encuentra un rincón de mí que preferiría mantener cerrado. Arthur mete entonces una mano en el bolsillo interior de su chaqueta.

Saca una pequeña caja de terciopelo.

La abre despacio. Dentro hay un anillo antiguo.

Sencillo y elegante. Con una piedra pequeña que ha perdido parte del brillo por el paso de los años.

Lo pienso incluso antes de que él hable.

—Era de la madre de Claus. —dice.

Lo miro sin atreverme a tocarlo.

—¿Qué...? —Niego inmediatamente.—No.

No puedo. Él extiende la mano un poco más.

—Claro que puedes.

—No. —Mi voz se rompe.—No debo.

Arthur toma mi mano con la misma calma con la que siempre habla.

Deposita la pequeña caja sobre mi palma.

—Aunque este matrimonio sea una mentira, según ustedes...

—Esboza una sonrisa llena de una ternura que me desarma.—
Merece tener algo real.

Miro el anillo durante varios segundos. Después vuelvo a levantar la vista hacia Arthur. Y, desde que empezó este día... Siento que el peso de ese apellido ya no está solo en los papeles que voy a firmar. También empieza a instalarse, muy despacio... En mi corazón.

Arthur cierra la cajita entre mis dedos para que no pueda devolvérsela.

—Solo... —Hace una pausa y, por fin desde que entró en la habitación, su voz pierde la firmeza que la caracteriza.—No rompas su corazón.

Levanto lentamente la mirada hacia él. Sus ojos ya no son los de un hombre que cuestiona una decisión. Son los de un padre.

—No lo soportaría. —Arthur suspira profundamente antes de continuar.—Cuando perdí a la madre de Hazel pensé que nunca volvería a verlo sonreír de verdad. Aprendió a vivir, sí. Aprendió a criar a su hija, a sacar adelante el rancho, a levantarse cada mañana y seguir respirando. Pero vivir... eso es otra cosa.

Sus ojos buscan los míos.

—Y entonces llegaste tú.

No sé qué decir.

Porque sigo creyendo que lo único que he hecho desde que puse un pie en este lugar ha sido traer problemas.

—Ahora tienes dos corazones en tus manos.

Baja la vista un instante.

—El de mi hijo... —Hace una pausa.—Y el de mi nieta.

Trago saliva.

—Hazel te adora. Es imposible no darse cuenta. Habla de ti desde que se levanta hasta que se acuesta. Quiere parecerse a ti, cocinar contigo, montar a caballo contigo... incluso convencer a Daisy de que duerma en tu habitación.

Una sonrisa triste aparece en su rostro.

—Hace mucho tiempo que no veía a esa niña tan feliz.

Aprieto la pequeña caja entre las manos. Siento que pesa mucho más de lo que debería.

—Espero... —Arthur deja escapar lentamente el aire.—Espero que al final todo haya valido la pena.

No sé si se refiere a este matrimonio.

A la guerra. O a todo lo que hemos vivido para llegar hasta aquí. Quizá a las tres cosas. Las lágrimas amenazan con aparecer, pero hago un esfuerzo por contenerlas.

—Gracias. —Mi voz apenas es un susurro.

Arthur frunce ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

Bajo la mirada al anillo. Las palabras se atascan unos segundos en mi garganta.

—Por verme como una persona normal.

Él me observa como si acabara de decir la mayor tontería del mundo. Da un paso hacia mí y, sin pedirme permiso, me abraza. Es un abrazo cálido. Apoyo la frente contra su hombro y cierro los ojos durante un instante.

—Eve... —Su mano acaricia despacio mi espalda. —Eres una persona normal. Solo eres una mujer que no eligió a la familia en la que nació.

Se separa apenas unos centímetros para poder mirarme a los ojos. Hay una sonrisa tranquila dibujada en su rostro.

—Pero sí elegiste quedarte aquí. —Mira el anillo que todavía sostengo. Luego vuelve a encontrar mi mirada. —Y espero que esta familia que elegiste...esté a tu altura.

Las lágrimas que llevaba tanto tiempo conteniendo terminan por escapar.

CAPÍTULO 43

Eve

Cuando salgo de la habitación, el jardín del rancho ya está preparado.

Es exactamente como imaginaba que sería una boda organizada por Emma: sencilla, cálida y con más cariño que dinero. Bajo el enorme roble han colocado una mesa de madera donde descansan los documentos que vamos a firmar, dos plumas y un pequeño jarrón con flores silvestres. Hay algunas sillas ocupadas por las pocas personas que forman parte de este momento. Graham conversa en voz baja con Liam mientras este último no deja de lanzar comentarios que hacen reír a Hazel, quien juega sentada sobre una manta con Daisy, empeñada en colocarle una diminuta corona de flores a la pobre gata. Arthur permanece unos pasos más atrás, observándolo todo con las manos en los bolsillos, y Emma termina de acomodar los pequeños ramos que decoran el camino improvisado entre la casa y el árbol.

Entonces lo veo.

Claus ya está esperándome.

No lleva corbata. Nunca imaginé que fuera capaz de soportarla demasiado tiempo. Viste un traje negro perfectamente ajustado que resalta aún más el ancho de sus hombros, una camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados y las mismas botas vaqueras que utiliza prácticamente todos los días. Ni siquiera en su propia boda deja de parecer un vaquero. Tiene una mano dentro del bolsillo del pantalón y la otra relajada a un lado del cuerpo, pero basta con mirarlo para saber que está tan tenso como yo.

Nuestros ojos se encuentran.

Y el resto del mundo desaparece.

Solo veo a Claus caminar hacia mí.

Se detiene frente a mí sin decir nada durante unos segundos. Sus ojos recorren mi rostro, el vestido, las flores en mi cabello y regresan lentamente a mis ojos, como si quisiera memorizar cada detalle.

—Te ves preciosa, salvaje.

No puedo evitar sonreír.

—Pensé que dirías que el vestido era demasiado blanco para alguien como yo.

Él suelta una risa baja.

—Pensé muchas cosas cuando te vi aparecer. —Da un paso más.—Pero ninguna fue esa.

Inclina apenas la cabeza.

—La verdad... —Su mirada se suaviza.—Quisiera tener que quitártelo ya.

Noto cómo el calor sube por mis mejillas.

—No sabía que los vaqueros también podían ser cursis.

—Solo cuando la ocasión lo merece.

Nos quedamos mirándonos unos segundos más.

Soy yo quien rompe el silencio.

—Todavía podemos detener esto.

Frunce ligeramente el ceño.

—¿Qué?

—Si cambiaste de opinión. —Mi voz vuelve a ponerse seria.—No voy a obligarte.

Niega despacio. Miro la mesa donde descansan los documentos. Después vuelvo a él.

—¿Y tú? —pregunta.—¿Cambiate de opinión?

—No. —responde sin más.

—¿Ni un poco?

—Ni un segundo. —determina.

Cruzo los brazos.

—Qué arrogante.

—No. —Niega despacio. —Solo estoy seguro de una cosa. Que esta decisión sigue siendo la mejor manera de protegerte.

Lo observo en silencio.

—Sigues creyendo que todo esto es una buena idea.

—Más que ayer.

—¿Incluso después de que me escapara del rancho para reunirme con Denis?

—Sobre todo por eso. —Su respuesta me hace fruncir el ceño.

Él continúa antes de que pueda hablar.

—Porque confirmaste exactamente lo que ya sabía.

—¿Y qué sabías, vaquero?

—Que nunca vas a dejar de luchar. —Su mano encuentra la mía con absoluta naturalidad. Entrelaza nuestros dedos.—Y tampoco voy a intentar cambiar eso.

Aprieta mi mano apenas un poco.

—No quiero una esposa que baje la cabeza. Quiero a la mujer que discutió conmigo desde el primer día que llegó al rancho. La que me desafía, que toma decisiones aunque me saque de quicio y la que sería capaz de apuntarme con un arma si creyera que estoy equivocado.

No puedo contener una pequeña sonrisa.

—Eso ha sonado muy poco romántico para ser una boda.

—No pretendía ser romántico.

—Ya me había preocupado.

Él también sonrío.

—Pretendía ser sincero.

Su pulgar acaricia lentamente el dorso de mi mano.

—Porque, una vez firmemos esos papeles, no quiero que olvides una cosa. —Lo miro esperando que continúe. —No voy a dirigir tu vida, decidir por ti. No voy a impedir que cobres la venganza que llevas años esperando.

Su voz se vuelve todavía más firme.

—Voy a pelear esa guerra contigo. No delante de ti, ni detrás de ti. Contigo.

Siento un nudo instalarse en mi garganta.

—Claus... —Él niega antes de que termine la frase.

—No. Déjame acabar. —Sus ojos no abandonan los míos ni un solo instante. —Si algún día recuperas todo lo que es tuyo y descubres que ya no me necesitas... Haré a un lado mi orgullo y te

abriré la puerta para que seas libre. Pero mientras lleves mi apellido...

Hace una breve pausa.

—Nadie volverá a hacerte sentir sola.

Durante unos segundos soy incapaz de responder. Porque esa promesa pesa mucho más que cualquier anillo. Mucho más que cualquier firma. Respiro profundamente antes de sonreír.

—¿Sabes qué es lo peor de todo?

Él arquea una ceja.

—¿Qué?

—Que sigues siendo un vaquero amargado.

Una risa escapa de su garganta. La primera completamente sincera que le escucho después de toda la tensión que se ha acumulado en estos días.

Después acerca su frente a la mía.

—No. —Su voz apenas es un murmullo. —Solo soy un hombre que encontró a la mujer adecuada en el peor momento posible.

Y, dejo de pensar en la boda que nunca soñé. Porque, quizá... La única boda que necesitaba era exactamente esta. Con el hombre que jamás pensé encontrar.

...

Despierto en medio de la noche. El anillo pesa demasiado en mi dedo. Claus duerme plácido, su espalda ancha y musculosa brilla con la luz todavía de la luna. Necesito tomar aire fresco, creo que estoy teniendo un ataque de pánico.... salgo de la habitación sin hacer mucho ruido, llevo apenas una bata que me cubre, Emma pensó que sería buena idea tener lencería sexy para dormir en mi primera noche de bodas, les dijimos a todos que tomaríamos la luna de miel en unos días... pero era todo mentira, nada de esto es real.

El aire frío de la madrugada me golpea el rostro en cuanto cruzo la puerta principal. Camino sin pensar. Solo dejo que mis pies me lleven.

Cuando me doy cuenta, estoy frente al establo.

Empujo la puerta de madera.

El olor a heno húmedo, cuero y tierra me envuelve de inmediato. Algunos caballos levantan la cabeza al escucharme entrar,

pero enseguida vuelven a dormir. La única luz es la que se cuela entre las rendijas de la madera y la luna que se filtra por una de las ventanas superiores.

Me apoyo contra una de las columnas y cierro los ojos.
Intento respirar.

No funciona.

¿Y si todo sale mal? La pregunta aparece sin pedir permiso.

¿Y si Denis me traiciona?

¿Y si el plan fracasa?

¿Y si Sebastián descubre dónde estoy antes de que podamos movernos?

Mi respiración empieza a acelerarse.

Abro los ojos.

No.

No.

No ahora.

Intento pensar en otra cosa. En cualquier cosa. Pero mi mente sigue avanzando.

¿Y si lastiman a Claus? Mi pecho se oprime.

¿Y si mi hermano gana? Siento un pinchazo tan fuerte en el centro del pecho que tengo que llevarme una mano hasta allí.

No puedo respirar. Lo intento otra vez. El aire entra, pero no llena mis pulmones. Todo empieza a girar. El establo parece hacerse cada vez más pequeño, las paredes se acercan. El suelo desaparece bajo mis pies. Las lágrimas empiezan a caer sin que pueda detenerlas.

Necesito detener esto.

Necesito volver.

Necesito sentir algo que no sea este miedo.

Mi mirada recorre desesperadamente el establo. Quizá si corto mi piel... Si siento dolor... Empiezo a buscar alrededor. Una herramienta. Un clavo. Un trozo de metal. Lo que sea. Pero no encuentro nada. Al menos nada que no esté completamente oxidado.

Una parte de mí sabe que eso debería tranquilizarme. La otra solo siente que se está quedando sin opciones. Mi visión comienza a

nublarse. Las piernas dejan de responder. Caigo hacia delante. Pero antes de que mis rodillas lleguen a golpear el suelo, unos brazos rodean mi cuerpo desde atrás.

Me sostienen como si hubieran estado esperándome.

—Te tengo, *amor...*

Su voz rompe el caos que hay dentro de mi cabeza.

Claus.

El simple hecho de reconocerlo hace que termine de romperme. Comienzo a llorar con más fuerza. Las lágrimas caen sin control mientras intento respirar y no puedo.

El aire sigue sin entrar. Mi pecho duele. Me duele tanto que por un instante estoy convencida de que voy a morir.

—Respira. —Su voz permanece tranquila.—Mírame.

Niego desesperadamente.

No puedo.

No soy capaz.

—Claus... —Intento hablar. Las palabras se rompen antes de salir.—Claus... yo...

Él me gira despacio hasta dejarme frente a él. Sus manos sujetan mi rostro con firmeza. Obliga a que mis ojos encuentren los suyos.

—Estás teniendo un ataque de pánico. —Habla despacio.— Estoy aquí.

Niego con fuerza. No debería, no debería estar aquí, se supone que estaba dormido. Y yo debería haber muerto en ese ataque. Mi respiración se acelera todavía más.

Claus niega inmediatamente.

—No luches contra él. Escúchame. Solo escúchame a mí. — Sus pulgares limpian las lágrimas que siguen cayendo por mis mejillas. —Respira conmigo, inhala.

Lo hace exageradamente despacio para que pueda seguirlo.

—Eso es. Ahora suelta el aire.

Intento imitarlo.

No lo consigo. Empiezo a hiperventilar otra vez. Él no pierde la calma. Ni siquiera por un segundo. Simplemente vuelve a empezar.

—Otra vez. Estoy aquí. No voy a ningún sitio así que inhala, cariño...exhala. Escucha mi voz.

Nada más. Su frente termina apoyándose contra la mía. Siento una de sus manos deslizarse hasta mi nuca mientras la otra permanece rodeando mi cintura para evitar que vuelva a desplomarme.

—Eso es, cariño. Muy bien, sigue conmigo.

No vuelvo a intentar contener el llanto. Es imposible. Me aferro a su camisa con ambas manos como si fuera lo único capaz de mantenerme en pie.

—Tengo miedo... —La confesión apenas consigue atravesar el nudo que aprieta mi garganta.

Él cierra los ojos un instante. Después vuelve a mirarme.

—Lo sé.

—No quiero... —Otra bocanada de aire entrecortado.—No quiero que te pase nada.

La frase escapa antes de que pueda detenerla.

Sus ojos cambian. Durante apenas un segundo desaparece el hombre frío, el líder, el vaquero testarudo. Solo queda Claus. El hombre que me sostiene entre sus brazos en mitad de la madrugada, y el que ahora es mi marido.

—Mírame bien. —Espero a que vuelva a respirar antes de continuar haciéndolo con él.—Tu hermano puede intentar todo lo que quiera. Puede mandar hombres, prenderle fuego al rancho, venir él mismo si es tan idiota como para hacerlo.

Su mano acaricia lentamente mi cabello.

—Pero mientras yo siga respirando... —Su voz se vuelve un susurro.—Nadie va a tocarte.

...

El olor a Claus llena mis pulmones mientras intento controlar mi respiración. El ataque de pánico me dejó temblando, vulnerable en medio de este establo oscuro donde se supone que debería estar celebrando mi noche de bodas. La lencería de seda que llevo puesta se pega a mi piel sudorosa, transparente bajo la luz de la luna que se filtra por las grietas del techo.

Claus sigue frente a mí, sus ojos oscuros estudiándome como si pudiera ver cada pensamiento, cada miedo que corre por mi mente. Y entonces se mueve y sus labios capturan los míos con una furia que me roba el aliento que apenas había recuperado.

—¿Por qué huyes, Eve? —gruñe contra mi boca, sus manos agarrando mi rostro con fuerza.—Soy tu esposo. Se supone que tienes que huir hacia mí, no de mí.

—Lo siento—gimo, sin dejar de besarlo, mis manos aferrándose a su camisa como si fuera lo único que me mantiene anclada a la realidad. —Lo siento, lo siento...

—No quiero tus disculpas,—dice, su voz ronca, peligrosa. —Quiero que entiendas algo, mi pequeña salvaje. Te voy a demostrar que al único que tienes que temerle es a mí. A lo que te hago sentir. Te haré sentir tan viva que no querrás morir. Te haré sentir que cada segundo sin mí es un infierno.

Sus palabras son una promesa y una amenaza, y mi cuerpo responde antes que mi mente. Me besa de nuevo, más profundo, más posesivo, y puedo sentir su erección presionando contra mi vientre a través de la seda. Se separa de mí por un momento, y escucho el sonido metálico de cadenas. Mis ojos se abren de golpe cuando veo lo que tiene en las manos: Cadenas gruesas que cuelgan de una viga del establo, lo suficientemente bajas para alcanzarlas pero lo suficientemente altas para...

—Claus, ¿Qué?

—Confía en mí, —interrumpe, y hay algo salvaje en sus ojos. Algo que me asusta y me excita en igual medida. —Sujétate bien, cariño.

Toma mis muñecas y las coloca en las cadenas. El metal frío contrasta con el calor de mi piel. No me ata, solo me hace sostenerlas. Es mi elección quedarme. Mi elección entregarme.

—No te sueltes, —ordena, su voz como terciopelo oscuro. —No importa lo que pase. No te sueltes o tu coño sufrirá las consecuencias.

Asiento, incapaz de hablar, y entonces sus manos están en mi cintura, levantándome del suelo como si no pesara nada. Mis piernas

se envuelven instintivamente alrededor de su cintura, y el sonido de las cadenas resonando en el establo me hace temblar.

—Eres tan hermosa así, — murmura, sus ojos recorriendo mi cuerpo. —Colgando de mis cadenas. Completamente a mi merced. Completamente mía.

Sus manos encuentran la seda de mi lencería, y con un movimiento brusco, la rompe. El sonido del material desgarrándose es obsceno en el silencio del establo, y el aire frío golpea mi piel desnuda.

—Mierda, —gruñe, mirándome como si fuera algo sagrado y profano al mismo tiempo. —Mira lo que eres y lo que me haces, Eve. Tan hermosa, *mi esposa*. Mía.

Su polla está dura, presionando contra mi entrada, y puedo sentir cada centímetro de él. Mis brazos tiemblan sosteniendo las cadenas, mi cuerpo suspendido en el aire, completamente vulnerable.

—Dime que no me equivoco, —exige, la punta de su erección rozando mi intimidad húmeda.—Dime que me perteneces.

—Soy tuya, —jadeo, desesperada por sentirlo. — Completamente tuya, vaquero.

—Exacto, —gruñe, y se entierra en mí de una sola embestida brutal.

Grito de placer, de dolor, de la intensidad absoluta de sentirlo tan profundo mientras cuelgo de estas cadenas. Mis brazos se tensan, sosteniéndome, y el sonido metálico de las cadenas moviéndose se mezcla con nuestros gemidos.

—Así, — gruñe contra mi cuello, sus caderas moviéndose con fuerza. —Así es como te quiero. Colgando de mí. Dependiendo de mí. Sin escape.

Sus embestidas son profundas, posesivas, y cada una me hace balancear en las cadenas. El olor a heno se mezcla con el olor a sexo, a nosotros. Es primitivo. Es perfecto.

—Eres mi obsesión, — murmura, sus dientes mordiendo mi hombro. —Mi perdición. Mi razón para respirar. No hay un segundo del día en que no piense en estar dentro de ti. En reclamarte. En marcarte como mía.

—Claus, —sollozo, mis piernas apretándose alrededor de su cintura mientras él me folla sin piedad. —Por favor...

—¿Por favor, qué? —gruñe, una de sus manos bajando para frotar mi clítoris mientras sigue embistiéndome. —¿Quieres que pare? ¿Quieres que sea gentil?

—No, —grito, mis uñas clavándose en las cadenas. —No pares. Nunca pares.

—Eso pensé, —dice, y hay satisfacción oscura en su voz. — Porque esto es lo que somos, Eve. Esto es lo que siempre seremos. Fuego y destrucción. Obsesión y posesión. No hay amor suave aquí. Solo esto, esta necesidad de consumirnos el uno al otro.

Sus palabras me destrozan y me reconstruyen al mismo tiempo. Cada embestida es más profunda, más desesperada. Puedo sentir el sudor corriendo por mi espalda, mis brazos ardiendo por el esfuerzo de sostenerme, pero no quiero que pare. Nunca quiero que pare.

—Mira,—ordena, y sigo su mirada hacia abajo, donde puedo ver su polla entrando y saliendo de mí, brillante con mi humedad. — Mira cómo te tomo. Mira cómo tu cuerpo me acepta como si fuera hecho para mí.

—Lo es, —jadeo, perdida en el placer. —Fui hecha para ti.

—Sí, —gruñe, sus embestidas volviéndose erráticas. —Fuiste hecha para mí. Cada centímetro de ti. Cada gemido. Cada lágrima. Todo es mío, no vuelvas a negármelo, escondiéndote de mí.

El placer se construye en mi vientre, intenso, abrumador. Mis brazos tiemblan violentamente, las cadenas resonando con cada movimiento.

—Voy a llenarte, —gruñe contra mi oído. —Voy a correrme tan profundo dentro de ti que sentirás mi marca durante días. Y cada vez que camines, cada vez que te muevas, recordarás lo que te hice aquí.

—Sí, —sollozo, al borde del precipicio. —Soy tuya. Solo tuya.

—Córrete para mí, —ordena, sus dedos trabajando mi clítoris con precisión brutal. —Quiero sentarte caer mientras te sostienes de

mis cadenas. Quiero que grites mi nombre en este establo hasta que la noche sepa a quién le perteneces.

Y lo hago. Me corro violentamente, mi cuerpo convulsionando alrededor de él, mis gritos llenando el espacio. Las cadenas resuenan salvajemente mientras mi cuerpo se sacude, y él me sostiene, embistiéndome a través de mi orgasmo.

—Mierda, Eve, — gruñe, y puedo sentir cómo se tensa. —Eres perfecta. Tan jodidamente perfecta.

Se corre profundo dentro de mí, sus caderas presionando contra las mías, manteniéndome llena de él. Puedo sentir cada pulsación, cada gota de su liberación marcándome desde adentro. Cuando finalmente se detiene, ambos estamos temblando. Mis brazos apenas pueden sostener las cadenas, y él lo nota. Me baja lentamente, pero no me suelta. Me sostiene contra su pecho, mis piernas aún envueltas alrededor de él, su polla todavía dentro de mí.

—No vuelvas a huir de mí, — susurra contra mi cabello, su voz ronca. —No importa qué demonios te persigan, vienes a mí. Siempre vienes a mí.

—Lo prometo, — murmuro, enterrando mi rostro en su cuello. —Lo prometo.

—Bien, —dice, y puedo sentir su sonrisa contra mi piel. — Porque no te voy a dejar ir. Nunca, esposa. En esta vida y en la próxima. Y voy a pasarme cada día recordándotelo.

Me lleva hacia el heno, acostándome suavemente, pero no sale de mí. Se queda ahí, llenándome, reclamándome incluso en el silencio.

—Te ...*necesito*, —susurro en la oscuridad. Una palabra casi cerca de un te amo, pero eso lo asustaría, le dije que no era amor y mantendré mi palabra.

—Lo sé, —responde, besando mi frente. —Y yo te *necesito* con una obsesión que debería asustarte. Pero no lo hace, ¿Verdad?

—No, —admito, sonriendo en la oscuridad. —Me hace sentir viva.

—Exacto, — murmura. —Y eso es todo lo que necesitamos. Esta locura. Esta obsesión. Esta necesidad destructiva que nos

consume.

Y en el silencio del establo, con el olor a heno y sexo llenando el aire, sé que tiene razón. Esto es lo que somos. Esto es lo que siempre seremos.

Obsesión pura. Posesión absoluta. Amor destructivo.

Y no lo cambiaría por nada en el mundo.

CAPÍTULO 44

Eve

Me despido de Hazel y Arthur con un abrazo que dura un poco más de lo normal. Este segundo, intenta ocultarlo con una sonrisa tranquila, como si marcharse durante unos días fuera la cosa más natural del mundo, pero lo conozco lo suficiente para saber que también está preocupado. Hazel, en cambio, no deja de hablar. Lleva una pequeña mochila rosa casi más grande que ella y está convencida de que va a vivir la mejor aventura de su vida.

—Cuando vuelva quiero que me enseñes a hacer panqueques otra vez.

Sonrío.

—Solo si prometes no quemar la cocina.

Abre mucho los ojos.

—¡Fue culpa de Daisy!

La gata, completamente ajena a la acusación, se limita a bostezar desde el porche. Arthur resopla divertido.

—Nos veremos pronto.

Asiento.

Hazel corre hacia mí una última vez y me rodea la cintura con sus pequeños brazos.

—No tardes, ¿sí?

El nudo que siento en la garganta apenas me deja responder.

—No tardaré. —Le beso la frente.—Pórtate bien con el abuelo.

—Siempre me porto bien.

Arthur y yo nos miramos al mismo tiempo. Los dos sabemos que acaba de mentir. Cuando el coche desaparece por el camino de tierra, permanezco varios segundos observando la nube de polvo que deja atrás.

Según Claus, se irán unos días. "Una pequeña luna de miel para nosotros", dijo.

Arthur aceptó sin discutir. Hazel estaba demasiado emocionada como para hacer preguntas. Pero yo sí las tengo. Y demasiadas. Claus no quiso decirme adónde los envió. Solo repitió que era algo temporal. Que estarían más seguros y que volverían pronto.

No insistí.

Aunque una parte de mí no deja de decirme que está mintiendo. Mi esposo me ha estado mintiendo. No sé desde cuándo, o sé sobre qué, pero puedo verlo.

Desde aquella noche en el establo, algo cambió en él. Pasa horas encerrado en su despacho con la puerta cerrada. Apenas duerme. Ya casi no recorre el rancho como antes ni supervisa el trabajo de los empleados. De hecho, cada día veo menos trabajadores. Algunos desaparecen durante horas y regresan entrada la noche sin acercarse siquiera a los establos. Otros simplemente dejaron de venir.

Y Claus...

Claus nunca me da una explicación. Siempre tiene una respuesta preparada y consigue desviar la conversación. Como si llevara toda la vida escondiendo verdades.

Algo no anda bien. Y no quiero pensar que me está ocultando algo. Pero de una cosa estoy completamente segura. Claus Radkle no es un hombre cualquiera.

...

—Ven conmigo. —Su voz me saca de mis pensamientos. Levanto la cabeza. Él ya está de pie frente a la puerta del despacho. —Quiero mostrarte algo.

Lo sigo sin preguntar. Entramos en su despacho y cierra la puerta, se dirige hacia una estantería llena de libros antiguos. Lo observo mover uno de ellos. Escucho un clic metálico y, de pronto, una parte de la biblioteca se desplaza lentamente hacia un lado.

Me quedo completamente inmóvil.

—¿Qué demonios...?

Él sonrío de lado.

—Lo suponía.

Atravesamos el pasadizo. Al otro lado hay una habitación completamente distinta al resto de la casa. No parece pertenecer a un rancho. Ni siquiera parece pertenecer a la misma época. Las paredes están cubiertas por pantallas. Monitores de distintos tamaños muestran imágenes en tiempo real de toda la propiedad. Los establos. Los accesos principales. El bosque. La entrada del camino. Los graneros. Incluso la parte trasera de la casa.

Hay mapas, ordenadores, equipos de comunicación, discos duros, servidores. Todo perfectamente ordenado. Mi sorpresa debe ser tan evidente que Claus termina riéndose por lo bajo.

—Antes trabajaba en defensa cibernética. —Lo miro unos segundos.

Después vuelvo a mirar toda aquella habitación. Finalmente regreso a él.

—Un hacker. —Cruzo los brazos. —¿Qué pasó?

La sonrisa desaparece de su rostro. Durante unos segundos guarda silencio.

—Mataron a la madre de Hazel. Y ese mismo día... —Baja la mirada apenas un instante.—A mí también me dieron por muerto.

No encuentro ninguna respuesta, solo puedo observarlo. Porque ahora muchas cosas empiezan a tener sentido.

Las cámaras, puertas ocultas, rutas de escape, la forma en que siempre sabe cuándo alguien entra en la propiedad. Su obsesión por la seguridad. Su necesidad de tener el control de absolutamente todo.

—Lo siento. —Mi voz apenas es un susurro y vuelvo a recorrer con la mirada aquella sala. —Ahora entiendo por qué insististe tanto en que fuera tu esposa. Sabes camuflar muy bien las cosas.

Claus deja escapar una pequeña risa.

—Buen intento. —Da un paso hacia mí.—Pero sabes perfectamente por qué lo hice.

Su mirada se queda fija en la mía.

—Solo que te asustaría decirlo en voz alta.

Siento cómo el calor sube hasta mis mejillas. Aparto la vista.

¿Amor?

No.

Todavía no. Busco cualquier otra respuesta. No la encuentro. Él espera. Como si supiera exactamente lo que estoy intentando evitar. Termino sonriendo con resignación.

—Eres fácil de querer, vaquero. —La frase sale antes de que pueda detenerla.

Sus ojos cambian apenas un instante. Pero continúo hablando antes de que tenga oportunidad de responder.

—Aunque sabes que, en esta guerra... —Trago saliva. —Solo uno de los dos llegará vivo al final. Y ese serás tú.

Claus niega lentamente. Como si rechazara esa posibilidad incluso antes de escucharla completa. Pero no discute, entonces, su teléfono vibra sobre la mesa.

Lo mira apenas un segundo. Después vuelve a guardarlo en el bolsillo.

—He citado a Denis. —Su voz recupera la firmeza de siempre. —Llegará en cualquier momento.

Asiento despacio.

Miro una última vez la sala llena de monitores, después vuelvo a encontrar sus ojos.

—De acuerdo.

Por alguna razón... Tengo la sensación de que, cuando Denis cruce esa puerta... Nada volverá a ser igual.

CAPÍTULO 45

Eve

Media hora después, uno de los hombres de Claus golpea dos veces la puerta del despacho antes de asomar la cabeza.

—Ya está aquí.

Claus apenas levanta la vista de la mesa.

—¿Lo registraron?

—Dos veces.

—¿Armado?

—Ya no.

Claus asiente.

—Hazlo pasar.

La puerta vuelve a abrirse unos segundos después.

Denis entra con las manos en los bolsillos, caminando con esa tranquilidad insultante que parece llevar pegada a la piel. Antes de cruzar la puerta lo registraron de arriba abajo. Le quitaron una pistola, dos cuchillos, un cargador extra y hasta una pequeña navaja escondida dentro de una de sus botas. Aun así, entra como si fuera él quien estuviera en territorio amigo.

Su mirada recorre el despacho. Después se detiene en Claus. Una sonrisa burlona aparece en su rostro.

—Vaya, vaya... —Silba por lo bajo.—Veo que eres toda una estrella en Yorkshire, vaquero.

Claus ni siquiera responde. Se limita a observarlo con esa calma que resulta mucho más amenazante que cualquier insulto.

Denis termina girándose hacia mí.

—Elegiste bien a tu novio, princesa.

Antes de que pueda responder, siento la mano de Claus buscar la mía. Entrelaza nuestros dedos. Después levanta nuestras

manos lentamente hasta que el anillo queda perfectamente visible entre los tres.

—Esposo. — Su voz sale grave y autoritaria.

Denis arquea una ceja. Claus no aparta la mirada de él.

—Y desde ahora en adelante la llamarás por su nombre. —
Hace una breve pausa. —Maeve Radkle.

El silencio dura apenas unos segundos. Denis baja la vista hacia el anillo. Después vuelve a mirarme. Finalmente sonrío.

—Entendido, joder. —Inclina ligeramente la cabeza.—Señora Radkle. Estoy herido porque no fui invitado a la boda, pero felicidades.

Claus suelta mi mano.

—Ahora sí, siéntate.

Denis toma asiento frente al escritorio sin borrar esa sonrisa de suficiencia que parece divertirlo todo el tiempo.

Yo me acomodo junto a Claus. Él permanece de pie unos segundos más antes de rodear el escritorio y ocupar su silla. El ambiente cambia de inmediato. Ya no parece una conversación. Parece una reunión de guerra.

Denis deja de sonreír.

—Tengo malas noticias. —Apoya ambos antebrazos sobre las piernas. —Tu hermano no quiere salir de su cueva. Está siendo imposible reunirme con él en Irlanda.

Frunzo el ceño.

—¿Ni siquiera aceptó escucharte? —pregunto.

—Ni eso. —Resopla.—Todo pasa por intermediarios. Cambian constantemente de ubicación y nadie sabe dónde demonios está realmente Sebastián.

Cruzo los brazos mientras ordeno las ideas en mi cabeza. Entonces lo entiendo. Hay una única forma de hacerlo salir.

Levanto la vista.

—Yo lo haré salir.

Los dos hombres me miran al mismo tiempo. Claus es el primero en hablar.

—Ese no era el plan, Eve.

Niego lentamente.

—Cambio de planes. —No aparto la mirada de Denis.—Voy a reunirme directamente con Sebastián.

El despacho queda completamente en silencio.

—Lo haré salir.

Claus apoya ambas manos sobre el escritorio.

—No. —Su respuesta es inmediata. —Ni hablar.

—No te estoy preguntando. —le digo—Estoy informándote.

Su mandíbula se tensa.

—No pienso dejar que vayas sola.

Denis interviene antes de que la discusión siga creciendo.

—Hay un pequeño problema. —Los dos lo miramos.—Tu hermano ya sabe que sigues viva.

Sonrío apenas.

—Quiero que lo sepa. —Denis frunce ligeramente el ceño. Yo continúo.—Lleva meses creyendo que soy una presa y que le tengo miedo. Quiero que piense que ha ganado.

Quiero que crea que estoy desesperada, que necesito verlo y que estoy cometiendo un error. Porque Sebastián jamás dejaría pasar una oportunidad como esa.

Claus sigue negando con la cabeza.

—Es demasiado arriesgado.

—Precisamente por eso funcionará. —Miro directamente a Denis. —Quiero que me prestes a tus hombres.

Después giro la cabeza hacia Claus.

—Y tú también, vaquero. Necesito a todos.

El ruso responde primero.

—Cuenta con ello. —Cruza una pierna sobre la otra. —Si logramos sacar a Sebastián de donde está escondido...Mis hombres estarán listos.

Vuelvo a mirar a Claus. Él sigue completamente serio.

—Lo haré salir. —Mi voz no tiembla y me dirijo a Denis—Y cuando aparezca...Lo matarás.

Denis sostiene mi mirada sin pestañear.

—Después recuperaré a mi gente. Recuperaré todo lo que me pertenece. Y te pagaré el doble de todo lo que Sebastián te robó.

El ruso sonríe. Esta vez no hay burla, solo negocios. Extiende la mano sobre el escritorio.

—Trato hecho... —Hace una breve pausa.—Princesa.

Un gruñido bajo escapa de la garganta de Claus. Denis gira lentamente la cabeza hacia él. Levanta ambas manos en señal de rendición.

—Perdón. —Una sonrisa divertida vuelve a aparecer en su rostro. —Señora Radkle.

Denis observa a Claus por un segundo más de la cuenta y luego dice algo que se queda en el aire:

—Ahora que te veo, tu cara se me hace conocida, vaquero. Y ahora soy yo la que tengo que contener una sonrisa.

CAPÍTULO 46

Claus

Dos días después

Esto es una mierda.

Solo bastó una llamada.

Una sola. Dos días atrás, uno de mis teléfonos seguros vibró cuando ya había anochecido. No era un número registrado. No podía rastrearse. Solo tres personas tenían acceso a esa línea.

Contesté al segundo tono.

—Habla.

Del otro lado no hubo respuesta inmediata. Solo respiración. Después, una voz que reconocí al instante.

—Lo encontré. —Denis.

No perdí tiempo.

—Habla.

—Tu teoría era correcta. —Escuché unos papeles moverse al otro lado de la línea. —El hijo de puta ni siquiera está en Irlanda del Norte.

Sentí la mandíbula tensarse.

—¿Dónde?

—Sigue en Inglaterra.

Cerré los ojos un segundo.

Sabía que no había cruzado el mar.

Sebastián jamás abandonaría el tablero mientras creyera que todavía podía ganar la partida. Le di a Denis todas las pistas, pero yo lo encontré primero, estaba cuidando la espalda como miembro de código negro, ni siquiera los rusos tenían que saber que yo era el cuarto y último miembro.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Una pausa.

—Ha estado moviéndose entre propiedades rurales usando empresas fantasma. Cambia de ubicación cada pocos días.

—¿Lo tienes localizado?

—No.

Mi paciencia empezaba a agotarse.

—Pero tengo un contacto que puede hacerle llegar un mensaje.

Ahí pondría mi plan. No tendríamos que encontrar a Sebastián.

Haríamos que él viniera.

—Hazlo.

—¿Qué le digo? —Miré por la ventana del despacho.

Pensé en Eve. En todo lo que arriesgaría.

—Dile que su hermana quiere negociar.

Denis soltó una risa baja.

—Va a morder el anzuelo.

—Lo sé.

Colgué.

Y desde entonces comenzaron los dos días más largos de mi vida.

Dos malditos días revisando rutas de escape, cámaras, accesos, francotiradores, vehículos, comunicaciones y hombres. Dos días imaginando cien formas distintas en las que aquel encuentro podía salir mal. Dos días convencido de que, si Sebastián aparecía, uno de los dos no volvería a salir con vida.

Ahora todo dependía de ella. Porque se lo había prometido, pero hasta cierto punto, de todas maneras esta también era mi guerra.

...

El restaurante es mío. Lo compré hace años únicamente por su ubicación.

Nadie lo sabe. Para cualquiera es un pequeño negocio familiar a las afueras de la ciudad.

Para mí... Es una fortaleza.

Cada cámara.

Cada salida.

Cada punto ciego.

Cada empleado.

Todo responde a mis órdenes. Estoy sentado en una sala privada del segundo piso, frente a una pared cubierta por monitores.

Puedo verla. Eve está sentada sola junto al ventanal, exactamente donde le pedí que lo hiciera. Lleva un vestido negro sencillo, una chaqueta clara y el cabello recogido.

Nadie diría que va armada. Yo sí lo sé.

La Glock descansa bajo la parte trasera de su cinturón. Otra pistola permanece asegurada en su tobillo. Y un pequeño cuchillo escondido bajo la manga izquierda.

Le insistí en que aceptara el auricular.

No quería hacerlo, pero terminó cediendo. Ahora puedo escuchar incluso su respiración.

Denis permanece conmigo. Observa otra pantalla donde sus hombres rodean discretamente el edificio. Los míos hacen exactamente lo mismo.

Si alguien dispara... Responderemos antes de que pueda hacerlo una segunda vez. La puerta principal se abre. Todos los monitores muestran el mismo hombre entrando.

Alto.

Traje oscuro.

Sebastián.

Dos escoltas. Camina con esa arrogancia propia de quien jamás ha aprendido a temer las consecuencias. Se detiene frente a la mesa.

Eve no se levanta. No le regala esa satisfacción.

Él sonríe.

—*Vaya...*

Aparta una silla.

—*Pensé que tendría que perseguirte durante meses.*

Ella sostiene su mirada.

—*Te estaba ahorrando el trabajo.*

Él toma asiento. Los escoltas permanecen detrás. Mi dedo descansa sobre el gatillo. Solo un movimiento.

Solo uno.

—*Te ves bien, hermanita.*

—*Tú no.*

Sebastián sonríe.

—*Sigues siendo igual de insolente.*

—*Y tú igual de incompetente.* —mi mujer lo ataca mejor.

El camarero aparece, pero nadie pide nada. Entonces se marcha inmediatamente.

Silencio.

—*¿Qué quieres?* —Pregunta Sebastián.

—*Lo que es mío.*

Él suelta una carcajada.

—*Ya no tienes nada.* —dice Sebastián.

—*Eso lo veremos.*

—*Nuestro padre está muerto. El sindicato Kavanagh ya no responde ante ti. La familia tampoco.* —Inclina ligeramente la cabeza.—*¿Qué puedes ofrecerme?*

Eve no pestañea.

—*Tu vida.*

Denis me mira de reojo. Yo sigo observando los monitores. Sebastián deja de sonreír.

—*No estás negociando.* —dice Sebastián.

—*Nunca vine a negociar.*

—*Entonces has venido a morir.* —la amenaza me pone alerta.

Eve se inclina apenas hacia delante. Su voz permanece tranquila.

—*Porque eres un idiota y no sabes nada de negocios.*

El rostro de Sebastián cambia.

—*¿Qué has dicho?*

—*Me escuchaste perfectamente.*—Ella continúa sin levantar la voz.—*Por eso nuestro padre nunca te quiso en primera fila. Porque eres un imbécil que actúa por impulso.*

Hace una pausa.

—*Como lo estás haciendo ahora.*

Veó exactamente el instante en que Sebastián pierde el control. Su mano desaparece bajo la chaqueta.

—¡Arma!

Grito por el auricular. Pero Eve ya lo había visto.

Ella también desenfunda. Las dos pistolas aparecen al mismo tiempo. El restaurante entero estalla en gritos.

Las mesas vuelcan.

Los clientes corren.

Los escoltas buscan cobertura.

Sebastián apunta directamente a la cabeza de Eve.

—*Puedo matarte aquí y ahora, hermanita.* —Aprieta el arma con fuerza. —Dime por qué no debo hacerlo.

No espero un segundo más. Abro la puerta. Bajo las escaleras. Cruzo el restaurante mientras mis hombres reducen a los escoltas. Denis hace lo mismo desde el lado contrario.

Cuando llego a la mesa... Ya tengo mi pistola apoyada contra la cabeza de Sebastián.

—Baja el arma. —Mi voz hace que todo el restaurante quede en silencio.—Y deja de apuntar a mi esposa.

Sebastián permanece inmóvil.

Siente el cañón contra su sien. Sabe que no estoy bromeando.

—Hazlo. —Muy despacio deja caer el brazo. El arma golpea el suelo.—Ahora...

Aprieto un poco más el cañón.

—Date la vuelta.

Obedece. Y en cuanto nuestros ojos se encuentran... Sé que estoy jodido.

Reconocimiento puro. Inmediato. Su expresión cambia por completo. Después mira a Eve. Luego vuelve a mirarme.

—Este... —Una sonrisa incrédula aparece lentamente en su rostro. —¿Este es tu esposo?

—Lo es. —Responde Eve.

Puedo sentir su mirada recorriéndome de arriba abajo. Ya no llevo la ropa del rancho.

Ni botas embarradas, ni camisa de algodón. Voy vestido completamente de negro. Chaleco, arnés, auricular táctico. Exactamente igual que cualquier miembro de Código Negro.

Sebastián comienza a reír. Una carcajada llena de satisfacción.

—¿Acaso sabes con quién te casaste, hermanita?

No respondo.

No puedo.

Siento la mirada de Eve clavarse en mí, esperando...Y yo...Como un maldito cobarde...Permanezco en silencio porque quien soy no importa ahora, sino que mi esposa no muera frente a mí...*no otra vez.*

Sebastián vuelve a reír.

—Oh... —Niega lentamente con la cabeza.—No lo sabes.

Dijiste que era un mito, pero te dije que no, que estos hijos de puta eran reales y que jodian el negocio.

Aprieto todavía más el arma contra su sien.

—Cierra la puta boca. —Él ya no me escucha. Solo mira a Eve.

—¿De qué está hablando, Claus? —Pregunta ella. Su voz ya no suena firme, suena confundida.

Sebastián sonríe como si acabara de ganar la partida.

—Mi pequeña y estúpida hermana... —Hace una pausa deliberada. Disfrutando cada segundo. —Maeve...Él es Código Negro.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

CAPÍTULO 47

Eve

Código Negro.

¿Qué mierda? Las palabras siguen rebotando dentro de mi cabeza mientras miro a Claus incapaz de comprender lo que acaba de pasar. Él no parpadea. No intenta explicarse. No me mira. Solo permanece completamente inmóvil con el arma apuntando a la cabeza de Sebastián, como si el mundo no acabara de derrumbarse a nuestro alrededor.

Código Negro.

Durante años escuché historia y rumores, casi como una puta leyenda. Nadie conoce sus rostros. Nadie sabía cuántos eran. Nadie sabía dónde estaban. Solo se hablaba de ellos cuando algún imperio criminal desaparecía de la noche a la mañana o cuando un hombre demasiado poderoso amanecía muerto sin dejar un solo rastro de quién había dado la orden.

Pensé que eran un mito. Un nombre inventado para asustar a quienes querían jugar a ser reyes.

Y ahora... Ahora estoy casada con uno de ellos. Niego lentamente con la cabeza.

—No...

Mi voz apenas consigue salir.

—Es solo un vaquero.

Sebastián vuelve a reír. Una risa llena de burla y satisfacción. Como si hubiera estado esperando este momento desde el principio.

Y entonces, no llego a escuchar el primer disparo. Lo primero que veo es movimiento.

Hombres salen de todas partes. Incluso de la parte trasera del restaurante. Todos armados y apuntándonos.

No solo a mí. También a Claus. Mi respiración vuelve a acelerarse. Estamos rodeados. Sebastián sonríe mientras siente el cañón de Claus contra su cabeza. Ni siquiera parece preocupado.

—Habla. —Escupe la orden.—O la mato.

Los segundos se hacen eternos. Claus no aparta el arma ni busca la salida. Y hay algo en esto que me deja más helada, y es que, no parece importarle que haya descubierto así su identidad. Él simplemente habla.

—Es verdad. —Su voz permanece firme.—Soy Código Negro. Siento que el suelo desaparece bajo mis pies.

Él continúa.

—Y precisamente por eso... —Sus ojos permanecen clavados en Sebastián. —No tienes escapatoria. Si en verdad conoces lo que hacemos, sabes que siempre ganamos.

Jadeo. Mi pecho empieza a doler. Lo sabía. Maldita sea...Lo sabía.

Desde el primer día hubo cosas que nunca tuvieron sentido. La forma en que controlaba cada acceso del rancho. Las cámaras. La habitación secreta. Los hombres obediéndolo sin hacer preguntas. La facilidad con la que conseguía información imposible de obtener. La información sobre mí tan...detallada. Cada vez que hablaba de poder... cada vez que insistía en que casarme con él significaba estar protegida...Era esto.

A esto se refería. No era un vaquero con demasiados contactos y rico. Era uno de los hombres más peligrosos que existen.

Y nunca me lo dijo. Una risa amarga amenaza con escaparse de mi garganta. Me torturó para que le dijera quién era yo, exigiendo la verdad.

Me obligó a confiar en él. Y mientras tanto... Él también me estaba mintiendo. Todo este maldito tiempo.

Sebastián rompe el silencio.

—Esto se puso interesante. —Sonríe de lado.—Ahora quiero hacer un trato diferente.

Consigo encontrar mi voz y hablo:

—¿O si no?

Me mira directamente.

—Quiero ser parte de Código Negro. —Hace una pausa.—O los mataré a todos.

Claus ni siquiera le permite terminar.

—O primero te mato yo.

Todo ocurre demasiado deprisa. Su brazo rodea mi cintura y tira de mí con una fuerza que me hace perder el equilibrio justo cuando el primer disparo rompe el aire.

Después llega otro.

Y otro.

Y otro más.

El restaurante entero explota en un infierno de pólvora, cristales rotos y gritos. Claus prácticamente me cubre con su cuerpo mientras avanzamos. Puedo sentir cómo los proyectiles impactan contra las paredes, vuelcan mesas y destrozan las ventanas.

Ninguno lo alcanza.

Ni a él.

Ni a mí.

Levanto mi arma casi por instinto y disparo. Una vez, dos y tres...No sé si acierto. Ni siquiera tengo tiempo de comprobarlo. Entre el humo veo a Sebastián correr hacia la salida trasera mientras varios de sus hombres intentan cubrirlo.

—¡Está escapando! —Grito.

Claus también dispara. Dos hombres caen antes de alcanzar la puerta. Pero Sebastián desaparece.

—¡Muévete! —Su mano sigue sujetándome con fuerza.

Corremos entre mesas destrozadas y cuerpos tendidos en el suelo mientras continúo disparando hacia cualquier hombre que intente acercarse demasiado.

—No dejes de disparar, Salvaje. —Su voz apenas consigue imponerse sobre el estruendo.

—No pienso hacerlo. —Aprieto otra vez el gatillo.—No hasta que lleguemos a uno de los coches.

Salimos al exterior. Y el caos continúa. Los disparos resuenan por todo el aparcamiento. Los vehículos sirven de cobertura. Veo hombres caer. No sé de qué lado. Solo sé que el aire huele a pólvora y sangre. Entonces escucho otra ráfaga completamente distinta.

Denis.

Está cubierto detrás de una camioneta negra mientras dirige a sus hombres con una calma casi insultante. Cada disparo suyo encuentra un objetivo, uno tras otro y los hombres de Sebastián empiezan a caer. Los nuestros también reciben impactos, pero son muchos menos de los que esperaba.

Al menos eso creo.

Mi cabeza empieza a zumbear. Todo se vuelve confuso. El sonido empieza a desaparecer poco a poco, como si alguien hubiera decidido bajar el volumen del mundo.

No escucho los disparos.

No escucho los gritos.

Solo un pitido agudo dentro de mis oídos. La visión comienza a nublarse.

No.

No ahora.

No.

El ataque de pánico vuelve. Puedo sentirlo acercándose y mi respiración deja de obedecerme. Las manos empiezan a temblarme. Claus lo nota antes incluso de que yo sea plenamente consciente.

—Mírame.

No puedo.

Él abre la puerta de una camioneta blindada prácticamente empujándome hacia el asiento trasero.

—Entra. —Obedezco sin pensar y él viene detrás de mí, luego, la puerta se cierra de golpe.

Un segundo después Denis sube al asiento del copiloto mientras el conductor acelera sin esperar ninguna orden.

Se gira para mirarnos. Sus ojos pasan de Claus a mí. Después sonrío apenas.

—Código Negro... —Niega lentamente con la cabeza.—Sabía que tu cara me resultaba conocida.

No respondo, porque me siento una idiota, todos parecían conocer a Código negro, menos yo. Todos lo sabían. Y yo... Yo era la única idiota sentada en esa mesa creyendo que estaba casada con un simple vaquero.

Claus intenta buscar mi mano. Retrocedo antes de que pueda tocarme y la aparto de golpe con rabia y dolor. Él se queda completamente quieto.

No vuelve a intentarlo.

No dice una sola palabra. Y el silencio que llena el interior del vehículo resulta mucho más insoportable que todos los disparos que acabamos de dejar atrás.

El coche abandona la ciudad a toda velocidad. No regresaremos al rancho, los dos lo sabemos. Sebastián ya conoce demasiado. Y, ahora que también conozco la verdadera identidad de mi esposo... y estoy completamente segura de una cosa.

Claus ya tiene otro plan.

—¿Y ahora adónde vamos? —Pregunta Denis.

Puedo sentir la mirada de Claus sobre mí antes incluso de escuchar su respuesta.

—A Londres.

CAPÍTULO 48

Claus

Ella sigue molesta conmigo. Puedo entenderlo, pero tiene que saber una cosa: como jefa de una organización, sabe que hay secretos que es mejor que permanezcan en silencio. Sé que Código Negro para muchos es un mito. Pueden conocer nuestros rostros y no nos importa, no es que andemos con las palabras escritas en la frente. Pero joder, ella no debió enterarse de la boca de la persona que la quiere ver muerta.

No íbamos a regresar a Raven Valley, no después de que su hermano supiera demasiado y no confiaba en que no atacarían el lugar. Y ahora estamos en una de mis casas de seguridad de la ciudad. Solo Código Negro y Theron saben de este lugar.

Ahora observo a mi esposa desde el otro lado del salón del PH. El apartamento es una obra maestra de arquitectura moderna, paredes de vidrio del piso al techo que ofrecen vistas panorámicas de la ciudad, pisos de mármol italiano que reflejan las luces de los rascacielos circundantes. Estamos en el piso 47, suspendidos en el cielo como dioses observando el mundo mortal debajo.

Pero ninguna de esas vistas importa cuando la miro a ella.

Eve está de pie frente al ventanal principal, su silueta recortada contra el horizonte de la ciudad. Los rascacielos se elevan a nuestro alrededor como gigantes de acero y cristal. Pero Eve no ve nada de eso. Está perdida en su propia mente, en sus propios demonios.

Ha tenido dos ataques de pánico en los últimos tres días, pero no me ha permitido acercarme, y eso me está volviendo absolutamente loco. Apenas ha dormido, puedo ver las ojeras oscuras bajo sus ojos, la palidez de su piel que normalmente tiene ese tono dorado que tanto amo. La he obligado a comer,

prácticamente forzándola a tragar cada bocado mientras me mira con esos ojos llenos de resentimiento y dolor. Han sido tres días en los que he trabajado duro, ella cree que solo estamos escondidos, pero no, yo no me escondo.

Pero me estoy cansando de esta jodida ley de hielo.

La observo mientras mira por la ventana, su mano presionada contra el vidrio como si quisiera atravesarlo y caer en la noche.

—No puedes estar enfadada siempre, — digo, mi voz rompiendo el silencio que nos ha consumido durante días.

—Claro que puedo, idiota, —responde sin voltear, su reflejo en el vidrio mostrándome la dureza en sus ojos.

—No, cariño. No puedes.

Me acerco más, y la tensión en su espalda aumenta. Puedo ver cómo sus hombros se elevan ligeramente, cómo sus dedos se curvan contra el vidrio. Está lista para huir o pelear, y ambas opciones me están matando.

Porque lo único que quiero es sostenerla. Protegerla. Amarla de la única manera que sé, obsesiva, destructiva, completamente.

Pero ella no me deja. Y eso me está volviendo loco.

Pienso en cómo llegamos aquí. En cómo todo se desmoronó en cuestión de horas. Y lo peor es que tiene razón en estar furiosa. Debí decírselo yo. Debí confiar en ella con la verdad antes de que se convirtiera en un arma en manos de nuestros enemigos. Pero no lo hice. Porque soy un cobarde cuando se trata de ella. Porque tenía miedo de que me mirara exactamente como me está mirando ahora, con una mezcla de traición y dolor que me destroza más que cualquier bala.

Denis sabe demasiado ahora también. No todo, pero suficiente para ser peligroso. Suficiente para que no pudiera confiar en que mantendría la boca cerrada si alguien presionaba los botones correctos. Por eso lo envié a Londres con su padre, los planes han cambiado y ahora serán bajo mis términos.

Aunque ahora mismo, mirándola de pie frente a esa ventana, tan cerca y tan inalcanzable, me pregunto si la seguridad física vale la pena cuando estamos destruyéndonos emocionalmente.

Mi obsesión por ella siempre ha sido intensa, desde el momento en que la vi, supe que era mía. Que estaba hecha para mí de la misma manera retorcida en que yo estaba hecho para ella. Pero estos tres días sin poder tocarla, sin poder sostenerla cuando los ataques de pánico la consumen, sin poder besarla hasta que olvide por qué está enojada... está volviéndome loco de una manera que nunca experimenté.

He matado hombres con mis propias manos. He torturado información de personas que pensaban que eran inquebrantables. He construido un imperio en las sombras que hace temblar a los más poderosos.

Pero nada, absolutamente nada, me ha roto como verla sufrir y no poder hacer nada al respecto.

—Eve, — murmuro, acercándome otro paso. Puedo oler su perfume, ese aroma a jazmín y algo más oscuro que siempre me vuelve loco. —Por favor.

Esa palabra, *por favor*, es algo que rara vez digo. Algo que nunca pensé que diría. Pero por ella, me arrodillaría. Por ella, destruiría el mundo. Por ella, me destruiría a mí mismo.

Y tal vez eso es exactamente lo que estoy haciendo. Me acerco más, y la siento tensarse cada vez más. No voy a dejar que los minutos avancen y ella se aleje cada vez más.

—Eve, — murmuro, mi mano rozando su hombro.

—No me toques, — sisea, pero no se mueve.

—Demasiado tarde para eso, salvaje. Ya te toqué. Ya te marqué. Ya te hice mía.

Se gira entonces, y sus ojos están llenos de lágrimas contenidas y rabia pura.

—Me mentiste.

—Te protegí, — corrijo, acortando la distancia entre nosotros.

—Hay una diferencia.

—¡Me ocultaste quién eres realmente! ¡Código Negro no es solo una organización, es una maldita leyenda de terror!

—Y tú eres la jefa de tu propia organización, — gruño, atrapándola contra el ventanal. —Sabes perfectamente que hay

secretos que deben permanecer en silencio. Secretos que protegen a las personas que amamos.

—No debí enterarme por él. — escupe, sus manos empujando mi pecho sin fuerza real.

Tiene razón. Joder, tiene toda la razón.

—Lo siento, — digo finalmente, y las palabras saben a ceniza en mi boca. —Siento que te enteraras así. Siento no habértelo dicho yo. Iba a hacerlo, lo juro.

Sus ojos se abren, sorprendidos. Eve no esperaba una disculpa. Yo tampoco esperaba darla.

—Claus...

—Pero no voy a disculparme por protegerte, —continúo, mi frente presionando contra la suya. —No voy a disculparme por hacer lo que sea necesario para mantenerte viva. Incluso si eso significa que me odies.

—No te odio, — susurra, y puedo sentir cómo su resistencia comienza a quebrarse. —Te odio por hacerme sentir así. Por hacerme necesitarte tanto que duele.

—Bien, — gruño, capturando sus labios en un beso brutal. — Porque yo te necesito tanto que me está volviendo loco. Tres días sin tocarte, Eve. Tres jodidos días viéndote sufrir y no poder hacer nada.

Ella gime contra mi boca, sus manos finalmente aferrándose a mi camisa en lugar de empujarme.

—Eres un idiota.

—Lo sé, —murmuro, mis manos bajando por su cuerpo, sintiendo cada curva. —Pero soy tu idiota. Y voy a demostrarte exactamente cuánto lo siento, esposa.

La levanto de golpe, sus piernas envolviéndose alrededor de mi cintura mientras camino hacia el sofá. La dejo caer sobre los cojines de cuero negro, y ella me mira con esos ojos oscuros que me consumen.

—¿Disculpas aceptadas? — pregunto, arrodillándome frente a ella.

—Depende, —jadea cuando mis manos suben por sus muslos. —¿Qué tan bien te disculpes?

Sonrí, esa sonrisa oscura que sé que la vuelve loca, y le arranco la bata que lleva puesta desde que salió de la ducha y las bragas de un tirón. El sonido de la tela desgarrándose es obsceno en el silencio del apartamento.

—Voy a disculparme hasta que olvides tu propio nombre, — prometo, enterrando mi rostro entre sus piernas.

El primer toque de mi lengua la hace arquear la espalda, sus manos hundiéndose en mi cabello. La devoro como un hombre hambriento, saboreando cada gemido, cada temblor de su cuerpo. Las luces de la ciudad parpadean detrás de nosotros, testigos silenciosos de esta reconciliación destructiva.

—Claus, — gime, sus caderas moviéndose contra mi boca. — Dios, Claus...

—No es Dios, — gruño contra su intimidad. —Soy yo. Solo yo. Siempre yo.

La llevo al borde una y otra vez, negándole el orgasmo cada vez que está cerca. Sus gritos de frustración son música para mis oídos.

—Por favor, — solloza finalmente. —Por favor, lo siento. Perdóname por alejarte.

—¿Disculpas aceptadas? —pregunto de nuevo, mis dedos reemplazando mi boca, penetrándola lentamente.

—Sí, — grita. —Sí, joder, sí. Disculpas aceptadas.

Me pongo de pie y la volteo bruscamente, presionando su rostro contra el respaldo del sofá. Mis manos agarran sus caderas con fuerza mientras me posiciono detrás de ella.

—Voy a follarte hasta que entiendas que nunca, NUNCA, debes a alejarte de mí, — gruño, entrando en ella de una sola embestida brutal.

Su grito llena el lugar, y comienzo a moverme sin piedad. Cada embestida es una disculpa, una reclamación, una promesa de que esto—nosotros—es lo único que importa.

—Eres mía, — gruño, una mano enredándose en su cabello, jalándola hacia atrás. —Dilo.

—Soy tuya, — solloza, sus paredes apretándose alrededor de mí. —Solo tuya.

—Eso es, — murmuro, acelerando el ritmo. —Y yo soy tuyo. Completamente. Destructivamente. Tuyo.

Saco mi polla dentro de ella y la levanto, llevándola hacia el ventanal. La presiono contra el vidrio frío, su cuerpo desnudo expuesto a la ciudad que se extiende debajo de nosotros. Los rascacielos nos rodean, sus ventanas iluminadas como ojos que nos observan.

—Mira, — ordeno, entrando en ella de nuevo desde atrás. — Mira la ciudad. Mira cómo te follo contra este vidrio donde cualquiera podría vernos.

Ella gime, sus manos presionando contra el cristal, dejando marcas de vapor con cada respiración entrecortada. El reflejo de los edificios baila en el vidrio, mezclándose con nuestras siluetas, dos sombras consumiéndose mutuamente.

—Todos esos edificios, — gruño, mis embestidas volviéndose más profundas. —Todas esas personas. Y ninguna de ellas sabe que aquí arriba, te estoy reclamando de nuevo. Te estoy marcando. Te estoy pidiendo disculpas.

—Claus, — gime, su cuerpo temblando. —Voy a...

—No todavía, —ordeno, saliendo de ella abruptamente.

Ella gime de frustración, y la llevo al suelo. Las luces de la ciudad se reflejan en el piso de mármol pulido, creando un caleidoscopio de colores a nuestro alrededor.

Me recuesto en el suelo frío y la jalo sobre mí.

—Móntame, vaquera— ordeno. —Quiero verte cabalgar mi polla mientras la ciudad nos observa.

Ella obedece, posicionándose sobre mí y bajando lentamente. Sus ojos se cierran cuando me siente llenarla completamente.

—Abre los jodidos ojos, — gruño, mis manos en sus caderas, guiando sus movimientos. —Quiero que me mires mientras te corres.

Sus ojos se abren, y hay algo salvaje en ellos. Algo roto y hermoso. Comienza a moverse, sus caderas creando un ritmo perfecto, y puedo sentir cada centímetro de ella apretándose.

—Eres tan jodidamente bonita, — murmuro, una de mis manos subiendo para agarrar su garganta suavemente. —Tan

perfectamente mía.

—Y tú eres mío, — jadea, acelerando el ritmo. —Mi jodido vaquero.

Sus palabras me destrozan. Me reconstruyen. Me consumen.

—Córrete para mí, — ordeno, mi pulgar presionando su clítoris. —Dame lo que me gusta.

Y lo hace. Se corre violentamente, su cuerpo convulsionando sobre el mío, sus gritos resonando en el apartamento vacío. La sensación de sus paredes apretándose alrededor de mí me lleva al borde, y me corro profundo dentro de ella, llenándola, marcándola, reclamándola.

Cuando finalmente se desploma sobre mi pecho, ambos estamos temblando. Las luces de la ciudad siguen parpadeando a nuestro alrededor, indiferentes a la destrucción que acabamos de crear.

—Disculpas aceptadas, — murmura contra mi cuello, y puedo sentir su sonrisa.

—Bien, —respondo, besando su cabello. —Porque no planeo disculparme por nada más. Solo por esto: Por no decirte la verdad cuando debí hacerlo.

—Está bien, — susurra. —Porque yo tampoco planeo disculparme porque voy a seguir sin obedecerte, vaquero. No importa quién seas.

—Ya lo veremos, — murmuro, sosteniéndola contra mí mientras las luces de la ciudad bailan a nuestro alrededor. —Porque no quiero que lo hagas.

CAPÍTULO 49

Eve

Despierto esta mañana con la misma sensación de los últimos días: un peso insoportable sobre el pecho y demasiadas preguntas dando vueltas dentro de mi cabeza. Londres amanece cubierta por ese cielo gris que parece no querer marcharse nunca y, por un momento, me quedo mirando el techo del apartamento, intentando convencerme de que todo lo ocurrido en el restaurante no fue real. Código Negro y Sebastián. Todo vuelve de golpe.

Cuando salgo de la habitación, Claus ya está vestido y esperándome con una taza de café entre las manos. Ni siquiera menciona la discusión de ayer. Solo levanta la vista hacia mí y dice, con esa tranquilidad que a veces me desespera:

—Vístete. Tengo una sorpresa para ti.

Lo miro sin entender.

—¿Una sorpresa?

Ahora. En serio.

No creo que este sea precisamente el mejor momento para sorprenderme con nada. Estoy demasiado enfadada con él todavía, aunque le dije que lo disculpaba, eso no cambia cómo me siento, demasiado confundida y demasiado cansada como para dejarme impresionar. Estoy a punto de decirle que no quiero salir cuando un pensamiento completamente absurdo cruza mi cabeza.

Nunca he tenido una sorpresa.

Nunca.

En mi familia no existían esas cosas. Los regalos siempre escondían un interés, las cenas eran reuniones de negocios y cualquier celebración terminaba hablando de dinero, territorios o asesinatos. Nadie organizaba algo solo para verme sonreír.

Resoplo.

—Está bien.

Media hora después salimos del edificio. Claus abre la puerta del coche para que suba primero y no puedo evitar detenerme unos segundos antes de hacerlo.

No sé cómo lo hace, pero el apartamento ya estaba lleno de ropa para mí, así que visto unos pantalones negros y una blusa de diseñador, una parte de mí se siente cómoda y otra, extraña la vida polvorienta que tenía en Raven Valley. Ahora que lo observo bien... La ropa de campo no era lo único que le quedaba bien.

Sus pantalones negros perfectamente ajustados, la camisa blanca remangada hasta los antebrazos, el reloj de acero en la muñeca y esas gafas que nunca abandona hacen que se vea jodidamente peligroso. Sin el sombrero de vaquero parece otro hombre. Lleva el cabello perfectamente peinado hacia atrás y transmite esa clase de autoridad que hace que cualquiera piense dos veces antes de desafiarlo.

Subimos a un Rolls-Royce Spectre negro eléctrico. El coche apenas hace ruido al ponerse en marcha. Todo el interior está cubierto de cuero negro, madera oscura y pequeños detalles metálicos que desprenden lujo sin necesidad de presumirlo. Es el tipo de automóvil que jamás habría imaginado conduciendo Claus cuando todavía creía que era únicamente un vaquero.

Él conduce con una sola mano apoyada sobre el volante mientras la otra descansa relajada cerca de la consola.

Yo finjo mirar por la ventana. Pero termino mirándolo a él otra vez. Hasta que una verdad termina golpeándome con más fuerza de la que esperaba.

Estoy locamente enamorada de este hombre.

Maldita sea.

Estoy enamorada de él.

De su carácter imposible. De su forma de protegerme incluso cuando me enfada. De esa calma que mantiene mientras todo alrededor se cae a pedazos. Y eso solo convierte todo este desastre en algo mucho más complicado.

—¿Qué? —Su voz me sorprende.

Aparto la mirada inmediatamente.

—Nada.

Una pequeña sonrisa aparece en la comisura de sus labios.

—Me estabas mirando.

—No. —miento.

—Sí. —dice divertido.

—No.

Su sonrisa se hace apenas un poco más grande.

—Mientes fatal, Salvaje. ¿Ya te enamoraste de mí?

Ruedo los ojos.

—Concéntrate en conducir. —Suelta una risa baja.

No volvemos a hablar durante varios minutos.

La ciudad desaparece poco a poco detrás de nosotros hasta que los edificios dejan paso a enormes terrenos industriales abandonados. Cada vez hay menos tráfico. Menos personas. Menos señales de vida.

Cuando finalmente el coche se detiene, miro alrededor. No hay absolutamente nada. Solo una enorme explanada de cemento rodeada por antiguas naves.

Pero no estamos solos. Ya hay varios vehículos estacionados. Todos negros y blindados. Mi mirada se detiene inmediatamente en uno de ellos.

—Ese es el coche de Denis.

Claus apaga el motor.

—Lo es.

Sale primero. Después abre mi puerta.

—Vamos.

En cuanto bajo, varios hombres hacen exactamente lo mismo desde los demás vehículos.

Todos armados.

Todos atentos.

Todos vigilando el perímetro.

Frunzo ligeramente el ceño. Hay algo extraño. Empiezo a reconocer algunos rostros. Mi corazón se acelera.

No.

No puede ser. Los observo uno por uno. Esas caras las conozco. Los vi crecer dentro de la organización de mi padre.

Entrenaron conmigo. Comieron en nuestra mesa.

Fueron hombres de confianza de la familia Kavanagh. Mi respiración se corta.

—¿Cómo...?

No consigo terminar la pregunta.

Claus toma mi mano y sus dedos aprietan los míos con suavidad.

—Los busqué por ti. —Su voz es tranquila.—A tu gente.

Siento un nudo tan fuerte en la garganta que durante unos segundos soy incapaz de respirar.

Los vuelvo a mirar. Empiezo a contarlos casi sin darme cuenta.

Uno...

Cinco...

Diez...

Quince...

Más de veinte hombres. Todo este tiempo creí que Sebastián había acabado con todos. Que me había dejado completamente sola. Que ya no quedaba nadie dispuesto a seguirme. Y resulta que estaban ahí.

Esperándome.

Uno de ellos da un paso al frente. Reconozco su rostro inmediatamente. Austin. Fue la mano derecha de mi padre durante más de veinte años y siempre me protegió ahora que lo recuerdo. Se lleva una mano al pecho e inclina la cabeza con el mismo respeto de siempre.

—Señorita Kavanagh...

Levanta la vista hacia mí. Y, uno tras otro, todos los hombres hacen exactamente el mismo gesto.

—Estamos a su disposición.

No consigo responder. Porque, desde que me convertí en líder de la organización... Dejo de sentirme completamente sola en esto.

CAPÍTULO 50

Claus

La conversación que sabía que tendríamos, llega mientras caminamos.

—Entonces—dice Eve—Código Negro.

—Max, Azrael su hermano, Noel y yo somos código negro—No llevo a Maeve a cualquier sitio. La llevo al corazón de Código Negro.

—Cuatro, entonces era verdad. Los cuatro jinetes.

—¿Cuatro jinetes? —me causa gracia y niego con la cabeza— Supongo que no son listos después de todo.

Continuamos caminando. Ni siquiera muchos de nuestros aliados conocen la ubicación de esta base. Desde fuera parece un antiguo edificio industrial abandonado a las afueras de Londres. Ventanas cubiertas por placas metálicas, muros de ladrillo desgastados y una entrada que cualquiera asumiría clausurada desde hace años.

Por dentro... Es otra historia.

Puertas blindadas. Reconocimiento biométrico. Ascensores que solo funcionan con autorización. Pasillos vigilados por cámaras que yo mismo diseñé para no dejar un solo punto ciego.

La observo mientras camina a mi lado. No dice una palabra. Sé que está procesándolo todo. Llegamos hasta la última puerta. Coloco mi mano sobre el lector.

La cerradura libera varios seguros al mismo tiempo.

La puerta se abre.

Y ella entra.

La sala de reuniones es amplia, iluminada por enormes pantallas donde aparecen mapas, rutas, movimientos financieros y

decenas de operaciones activas alrededor del mundo. Una mesa de madera negra ocupa el centro de la habitación.

Ellos ya están aquí.

Max.

Azrael.

Noel.

Y yo completo el círculo.

Max permanece de pie, apoyado sobre la mesa. Sigue imponiendo respeto sin necesidad de levantar la voz. Su sola presencia obliga a cualquiera a prestarle atención. A su derecha está Azrael, con su larga trenza cayendo sobre el hombro y esa expresión permanente de hombre que parece disfrutar demasiado la violencia. Noel permanece sentado, revisando una tablet mientras apenas levanta la vista cuando entramos.

Un minuto después la puerta vuelve a abrirse.

Theron Sterling. Entra como si aquella también fuera su casa. Lo cierto es que, después de tantos años trabajando juntos...

Casi lo es. Maeve recorre la sala con la mirada y se impresiona al ver al jefe de la mafia inglesa delante de ella.

No intenta esconder su nerviosismo. Pero tampoco retrocede. Eso es exactamente lo que siempre me ha fascinado de ella.

Puede tener miedo. Y aun así seguir avanzando. Max rompe el silencio.

—Theron ya me puso al tanto. Felicidades. —Cruza los brazos sobre el pecho antes de fijar la mirada en mí durante un segundo y luego en Maeve.—Cuando te hicimos parte de Código Negro fue porque eras un miembro importante. Tus conocimientos eran exactamente lo que nos faltaba como equipo.

Una pequeña sonrisa aparece en su rostro.

—Pero también sé que terminaste siendo la alianza perfecta con la mafia.

Su mirada viaja hacia Theron. Mi mejor amigo simplemente asiente. Después Max vuelve a mirar a Maeve.

—Maximilian Hass —se presenta con una reverencia y le tiende la mano, Eve la toma sin titubear—¿Qué es lo que quiere tu hermano, señora Radkle?

Ella no necesita pensar la respuesta.

—Quiere poder.

Max permanece unos segundos en silencio.

—¿Estás segura de eso?

Maeve no responde inmediatamente. En lugar de hacerlo, mete una mano en el bolsillo de su chaqueta. Saca el teléfono seguro que le entregué hace unos días.

No puede rastrearse ni interceptarse. Lo desbloquea. Marca un número que ambos conocemos de memoria y activa el altavoz.

Todos guardamos silencio.

Solo se escucha el tono.

Uno.

Dos.

Tres.

La llamada es contestada.

—Supongo que eres tú... —La voz de Sebastián llena la sala.
—Estás viva...de nuevo.

Aprieto la mandíbula. Siento la ira recorriéndome el cuerpo. Pero permanezco completamente inmóvil. Ella necesita hacer esto. Y yo necesito dejarla.

—¿Qué es lo que quieres, Sebastián? —Pregunta Maeve.

Él ríe.

—Es fácil. —Silencio. —Código Negro tiene contactos con la mafia inglesa. Quiero entrar.

Maeve ni siquiera tarda un segundo.

—¿O si no me matas?

—Eso... —Responde con absoluta tranquilidad.—Y voy a desatar una guerra que nadie quiere.

Sus palabras hacen que toda la sala permanezca inmóvil.

—Además... —Continúa.—Voy a exponer a Código Negro frente a todos sus enemigos.

Miro a Max. Su expresión no cambia.

—Les diré dónde se esconde uno de ustedes.

Maeve deja escapar una pequeña risa, algo que nadie se espera, pero es así como es mi mujer, valiente cuando tiene que serlo, aunque tenga miedo.

—¿Eso es todo? —Sebastián guarda silencio. Ella continúa.—
Pensé que al menos ibas a intentar sonar inteligente.

Todos se ríen a nuestro alrededor y mi mujer no se detiene.

—Pero supongo que sigo esperando demasiado del hijo que
nuestro padre siempre consideró una decepción y un inútil. Te lo he
dicho, no sabes negociar.

Silencio.

Puedo imaginar perfectamente la cara de Sebastián.

Ella remata.

—Quieres entrar en Código Negro porque nunca has sido
capaz de construir absolutamente nada por ti mismo. —Su voz
permanece tranquila.—Siempre has necesitado robar el trabajo de
otros.

»Primero intentaste quedarte con la organización de papá.
Después con mis hombres. Ahora quieres apropiarte de una
organización de la que ni siquiera entiendes cómo funciona o... si es
real. Eres patético.

Nadie dice una palabra. Ella sonríe apenas.

—Toda tu vida has querido ser un rey...

—¡Cállate! —La voz de Sebastián estalla al otro lado de la
llamada.

Maeve ni siquiera se inmuta.

—¿Te duele? —Pregunta con una calma casi cruel. —La
verdad suele tener ese efecto.

Escucho cómo algo golpea al otro lado del teléfono.

Está furioso.

Perfecto.

—Dos semanas. —Escupe cada palabra.—Les doy dos
semanas, Maeve.

La llamada termina.

Durante varios segundos nadie habla. El silencio pesa sobre
toda la sala.

Maeve es la primera en romperlo.

—Yo no tengo miedo. —Nos observa uno por uno.—¿Y
ustedes?

Azrael sonríe.

—No.

Noel deja la tablet sobre la mesa.

—Yo tampoco, señora Radkle.

Yo permanezco completamente serio. Max tampoco duda cuando dice:

—Lamento que vayas a perder el único familiar de sangre que te queda.

Theron da un paso hacia delante.

Su voz suena firme.

—Yo también lo lamento. —Aprieta la mandíbula.—Y que ese imbécil esté en mi territorio me enfada.

Maeve suspira, pero puedo sentir que se siente de alguna forma con un peso menos al saber de que no está sola en esto. Nunca lo estuvo, aunque todos los miembros de Código Negro no estuvieran involucrados, lo estoy yo.

—Es mi guerra. —dice.

—No. —La interrumpo inmediatamente. Ella gira la cabeza hacia mí y sostengo su mirada.

—Es nuestra.

Max asiente.

—Así es. —Se apoya sobre la mesa.—Con todo respeto, señora Radkle...Tu esposo tiene razón.

Maeve no dice nada.

—Esto dejó de ser un asunto exclusivamente tuyo hace mucho tiempo. —Mira el teléfono todavía sobre la mesa.—Ahora es personal.

Los ojos de Max recorren la sala.

—No vamos a pasar por alto una amenaza directa contra Código Negro. Y aunque no lo fuera, Claus es familia por lo tanto, tú también.

Maeve vuelve a hablar.

—Mi hermano no sabe nada. —Niega lentamente con la cabeza.—Tiene que estar mintiendo.

—Reconoció a Claus. —Responde Max.—Eso no fue casualidad.

—También Denis Rudenko reconoció a Claus.

Theron cruza los brazos.

—De Denis me encargo yo. —Todos lo miramos. —No representa una amenaza inmediata. Tenemos negocios con los rusos.

Max continúa hablando:

—Claus es quien dirige toda la inteligencia e investigación de Código Negro. —Suspira. —Es quien desaparece durante semanas para conseguir información donde nadie más puede entrar. Si Sebastián conocía su rostro... —Hace una pausa.—Alguien empezó ese rumor.

La habitación vuelve a quedarse en silencio. Azrael golpea suavemente la mesa con los nudillos. Una sonrisa peligrosa aparece en su rostro.

—Pues encarguémonos de ese cabrón.

Todos giramos hacia él. Su expresión ya no tiene nada de divertida. Solo hambre de guerra.

Dos semanas.

Eso fue lo que dijo Sebastián.

Catorce días. Catorce días en los que absolutamente todo puede cambiar. Apoyo ambas manos sobre la mesa y observo el mapa de Londres frente a mí. Ya no se trata de territorios.

Ni de dinero. Ni siquiera de poder. Se trata de limpiar. Limpiar todo aquello que no sirve. Y eliminar, de una vez por todas, cualquier amenaza contra los nuestros.

Noel deja la tablet sobre la mesa.

—Tengo que admitir algo, señora Radkle. —Maeve arquea una ceja.—Claus eligió muy bien esposa.

Azrael asiente con una sonrisa ladeada.

—Sí. Pensé que era el único con problemas para cerrar la boca.

Miro a ambos con cara de pocos amigos.

—No la animen. —Los dos me ignoran por completo. Max termina sonriendo, algo poco habitual en él.

—Creo que hablo por todos cuando digo que acabas de convertirte oficialmente en la favorita del equipo.

Maeve me lanza una mirada de reojo.

—¿Lo escuchaste? —Resoplo.—Ya me estoy arrepintiendo de haberlos presentado.

CAPÍTULO 51

Eve

Nunca imaginé que la casa de Theron Sterling pudiera sentirse... como un hogar.

Después de conocerlo dentro de una sala de reuniones, rodeado de hombres armados y hablando de guerras, esperaba encontrar una mansión fría, llena de guardaespaldas y silencios incómodos.

En cambio...

Lo primero que escucho cuando cruzamos la puerta es una carcajada infantil.

—¡Papi, mami! —Reconozco esa voz inmediatamente.

—¡Hazel! —La pequeña aparece corriendo por el pasillo y prácticamente se lanza sobre mí antes de que pueda reaccionar. La abrazo por puro instinto mientras ella rodea mi cuello con sus bracitos.

—¡Pensé que tardarían más!

No puedo evitar sonreír.

—Yo también me alegro de verte.

—Los extrañe—ella nos abraza a su padre y a mí.

—Yo también, pequeña.

Cuando la dejo nuevamente en el suelo, levanto la vista.

Arthur está sentado en uno de los sofás con una taza de café entre las manos, observándonos con una sonrisa tranquila.

Y no es el único. Todos están ahí, Max, Azrael y Noel. Los tres están repartidos por el enorme salón como si aquella fuera una reunión cualquiera entre amigos y no una organización criminal.

Azrael es el primero en hablar. Se queda mirando fijamente a Hazel. Después gira la cabeza hacia Claus.

Parpadea.

Y vuelve a mirar a la niña.

—No jodas... —Se lleva una mano al rostro.—¿También tienes una hija?

Hazel frunce el ceño inmediatamente.

—Eso es una palabrota.

Toda la sala estalla en carcajadas.

Azrael levanta ambas manos.

—Lo siento.

Ella lo observa durante unos segundos más, como si estuviera evaluando si merece el perdón.

Finalmente asiente.

—Está bien. —Después sus ojos se fijan en la larga trenza que cae sobre el hombro de Azrael y su expresión cambia por completo.

—Me gusta tu cabello. —Azrael se queda completamente quieto.

—¿Sí?

Hazel asiente con entusiasmo.

—¿Sabes hacer trenzas? —Él mira su propia trenza. Luego a nosotros.

—Pues... sí.

Hazel suspira dramáticamente.

—Qué suerte. —Azrael contiene una sonrisa.

—¿Por qué?

Ella señala a Claus con un dedo.

—Porque mi papi no puede. —Todas las miradas recaen sobre mi esposo.

Él levanta una ceja.

—Oye.

Hazel continúa como si él ni siquiera hubiera hablado.

—Eve sí. —Se gira hacia Azrael completamente orgullosa. — Por eso es mi nueva mamá.

El silencio dura exactamente dos segundos. Después las carcajadas llenan toda la casa. Incluso Max termina riéndose.

Noel niega lentamente con la cabeza. Arthur se limita a beber café como si aquello fuera la conversación más normal del mundo.

Y Claus... Claus parece debatirse entre sentirse avergonzado o tremendamente orgulloso. Creo que gana la segunda.

—Bueno... —Dice Azrael intentando recuperar la compostura.
—Eso explica muchas cosas.

—¿Cuáles? —Pregunta Hazel.

—Que tu papá por fin dejó de ser un amargado si tiene una niña tan lista como tú y una esposa como Eve.

Vuelven las risas. Hasta Claus termina soltando una. En ese momento aparece una mujer desde la cocina con una bandeja llena de café y algunos postres.

Es alta y con rasgos asiáticos como Noel, es muy hermosa y tiene una sonrisa cálida que inmediatamente transmite tranquilidad. Theron llega detrás de ella y le pasa un brazo por la cintura con absoluta naturalidad.

—Cariño. —Me dice Claus—Quiero presentarte a la esposa de Theron.

La mujer se acerca hasta mí. Claus me dijo que el jefe de la mafia inglesa, Theron Sterling es su mejor amigo, y no podía estar menos sorprendida.

—Josephine Sterling. —Me ofrece la mano.—Es un placer conocerte.

Se la estrecho.

—El gusto es mío. —Theron sonríe. —Maeve Radkle.

La mujer se parece mucho a...y antes de que pueda preguntar, Noel levanta una mano desde el sofá como si pudiera leer la mente.

—Mi hermana.

Lo miro sorprendida.

Josephine sonríe.

—Sí. Lo seguimos siendo la mayor parte del tiempo.

Josephine rueda los ojos.

—No le hagas caso.

Toda la sala vuelve a reír. Empiezo a observarlos con más atención. Hunter quien es la esposa de Max, entra entonces desde el

jardín con una amplia sonrisa, hermosa de cabello negro y ojos azules. Theron la señala.

—Ella es mi hermana. —Hunter me dedica una sonrisa amable antes de acercarse a besar la mejilla de Max.

Él ni siquiera intenta disimular el cariño con el que la mira. Theron nota mi expresión.

—Sí. —Se ríe.—Max tuvo muy buen gusto que casi le cuesta la vida.

Hunter le da un pequeño codazo.

—No exageres.

Azrael aparece por detrás rodeando con un brazo los hombros de otra mujer de cabello rizado que acaba de entrar detrás de Hunter.

—Y esta belleza es Willow.

Ella sonríe.

—Mucho gusto.

—Es mi todo. —Corrige Azrael inmediatamente.

Willow le da un golpecito en el pecho.

—Esposa.

—Cierto. Mi esposa.

Las sonrisas vuelven a llenar la habitación. Miro alrededor una vez más.

Theron con Josephine.

Max con Hunter.

Azrael con Willow.

Arthur jugando con Hazel sobre la alfombra.

Noel... Solo. Mi mirada se dirige automáticamente hacia Claus. Supongo que, hasta hace muy poco... Él también ocupaba ese lugar.

El otro soltero del grupo. El único que regresaba a una casa vacía. Sin darme cuenta me acerco hasta él.

Entrelazo nuestros dedos. Levanta la vista hacia mí.

—¿Estás bien?

Observo nuevamente a todos.

Las bromas.

Las risas.

La facilidad con la que se molestan unos a otros. No parecen los hombres más peligrosos de Gran Bretaña. Parecen una familia. Aprieto un poco más su mano.

—Tienes una bonita familia, vaquero.

Su expresión se suaviza de inmediato. Da un paso hacia mí. Me rodea con sus brazos sin importarle que todos estén mirando. Apoyo la frente contra su pecho.

—Ahora también es la tuya. —Sonrío con tristeza.

—No creo que les caiga bien a todos. —Levanto apenas la cabeza para mirarlo.—Solo están siendo amables conmigo.

Él niega despacio. Después me abraza un poco más fuerte. Como si quisiera borrar esa idea antes de que pudiera instalarse en mi cabeza.

—Te equivocas. —Deposita un beso sobre mi cabello. —Eres fácil de querer, Salvaje.

Y, por primera vez en mucho tiempo...Empiezo a creer que quizá tenga razón. Pero nada dura para siempre. ¿verdad?

CAPÍTULO 52

Eve

Dos semanas. Eso fue exactamente lo que nos dio Sebastián. Catorce días para prepararnos. Catorce días para decidir quién iba a seguir respirando cuando todo terminara.

El lugar elegido es una antigua zona industrial abandonada a las afueras de Londres. El viento levanta polvo entre las naves derruidas y hace silbar las estructuras oxidadas que permanecen en pie como esqueletos de otro tiempo. No hay edificios habitados a kilómetros de distancia. Solo asfalto agrietado, hormigón y silencio.

El escenario perfecto para una guerra. Detengo el coche y observo por el parabrisas.

No he venido sola. Ni por un segundo pensé en hacerlo y desde luego, Claus no me detuvo y se encargó de esto él solo. Él mismo lo dijo, es nuestra guerra.

Detrás de nosotros esperan los hombres que recuperé. Los pocos que sobrevivieron a la caída de mi padre y los que al final resultaron serme fieles. Más atrás, la mafia inglesa ocupa el flanco derecho con Theron al frente. En el izquierdo están los rusos de Denis. Y dispersos por todo el perímetro, casi invisibles, los hombres de Código Negro.

Claus está a mi lado. No hace falta que me mire para saber lo que está pensando. Si algo sale mal... Va a intentar protegerme otra vez. Y yo no pienso permitirlo. Varios vehículos negros aparecen en el horizonte. Se acercan lentamente hasta detenerse frente a nosotros. Las puertas se abren al mismo tiempo.

Sebastián baja primero.

Sonríe.

Como si hubiera venido a una reunión de negocios y como si no estuviera rodeado por cientos de hombres armados.

—Supongo que vienes a disculparte. —Camina unos pasos hacia mí con las manos abiertas.—Ya era hora de que entraras en razón, hermanita.

No respondo. Saco mi pistola, apunto y disparo.

El estruendo rompe el silencio de la explanada. El impacto lo hace retroceder un paso.

Solo uno.

Sebastián baja la mirada hacia su pecho. Después abre lentamente la chaqueta. Debajo aparece un chaleco antibalas.

Mierda, mierda, mierda.

Levanta la cabeza. Y se ríe.

—Muerto por mi propia hermana... —Niega despacio.—Habría sido una buena historia.

Su mano desaparece dentro del bolsillo del pantalón. Lo sabía, disparé primero, pero él también venía directo a matar.

Frunzo el ceño.

—¡Claus!

Pero ya es demasiado tarde. Sebastián aprieta un pequeño detonador. El mundo explota. Una onda expansiva sacude el suelo bajo mis pies. El aire se llena de humo, fragmentos de cemento y el ensordecedor rugido de varias explosiones consecutivas.

Los disparos comienzan de inmediato. Todo el mundo responde al fuego. Los hombres de Sebastián salen de las naves abandonadas.

Las balas silban por todas partes. Claus me empuja detrás de un vehículo.

—¡Quédate aquí!

—¡Ni hablar! —Intento salir de nuevo. Él vuelve a cubrirme con su cuerpo.

Siempre hace lo mismo. Aprieto los dientes.

No.

Esta vez no.

Aprovecho un segundo en el que su atención se desvía y salgo corriendo.

—¡Maeve! —Escucho su grito detrás de mí.

No me detengo. Solo tengo un objetivo. Sebastián. Lo veo alejándose entre el humo mientras varios de sus hombres intentan cubrirlo. Maldito hijo de puta no se escapará de nuevo.

Corro tan rápido como puedo. Esquivo un coche destrozado. Salto sobre una barrera de hormigón. Él se gira justo cuando llego.

Y me lanzo contra él. Los dos caemos al suelo. El golpe nos deja sin aire durante un instante. Pero ninguno piensa detenerse. Empieza a golpearme. Respondo de inmediato.

Los años entrenando no fueron en vano. Bloqueo uno de sus ataques. Lo hago perder el equilibrio. Intento inmovilizarlo.

Él consigue zafarse. Su puño impacta contra mi costado. Un dolor agudo atraviesa mis costillas. Aun así no suelto el aire, no retrocedo. No después de todo lo que ha hecho. Consigo colocarlo boca arriba.

Me siento sobre él para impedir que vuelva a levantarse.

Forcejamos desesperadamente. Su mano busca una pistola caída a un lado pero llego primero. La aparto de una patada. Él vuelve a intentar librarse.

No lo consigue.

Todo el odio acumulado durante meses estalla de golpe.

Cada mentira. Golpe.

Cada muerte. Golpe.

Cada amenaza. Golpe.

Cada persona que me arrebató.

Todo termina concentrándose en este instante. Hasta que unos brazos fuertes me rodean por detrás.

—¡Maeve!

La voz de Claus rompe mi furia.

Intenta apartarme.

—¡Ya basta!

Sigo forcejeando.

—¡Suéltame!

—¡Mírame! —Consigue levantarme.

Respiro con dificultad. Las manos me tiemblan. Miro a Sebastián. Permanece inmóvil sobre el suelo. No se mueve. El

silencio empieza a extenderse por toda la explanada.

Levanto la vista.

Los hombres de Sebastián están derrotados. Algunos han huido. Otros permanecen inmóviles entre los vehículos destrozados.

Theron baja lentamente su arma.

Denis hace una señal a los suyos.

Max, Noel y Azrael comienzan a asegurar el perímetro.

Se acabó. De verdad se acabó. Claus mantiene una mano sobre mi espalda mientras intenta alejarme del cuerpo de Sebastian.

—Vámonos.

Asiento y empiezo a girarme.

Entonces... Algo llama mi atención.

Un movimiento.

Mínimo.

La mano de Sebastián.

No.

Mis ojos se abren de golpe.

Está vivo.

Sus dedos sujetan otra pistola oculta bajo el cuerpo. Todo ocurre en un segundo. Levanta el arma. Apunta directamente a Claus.

No pienso.

Solo actúo.

Me lanzo hacia mi esposo y lo abrazo con todas mis fuerzas para apartarlo de la trayectoria. El disparo resuena al mismo tiempo que otro.

Dos detonaciones.

Un mismo instante.

Siento un golpe seco atravesarme. El aire desaparece de mis pulmones. Claus me sostiene antes de que caiga.

—¡Hijo de puta! —grita Claus.

Ahora Sebastián permanece inmóvil. Esta vez para siempre.

Un disparo limpio entre los ojos pone fin a todo gracias a Claus. Pero yo apenas puedo mantener los ojos abiertos. Las manos de Claus recorren mi espalda desesperadamente.

—Eve... —Su voz ya no suena firme. Tiembla.

—No... —Intento hablar.

No sale ninguna palabra. Él me aprieta contra su pecho. Como si pudiera impedir que me escapara entre sus brazos.

—No, no...

Escucho a alguien pedir una ambulancia. Otros gritan órdenes. Todo empieza a alejarse. Solo veo sus ojos. Nunca había visto tanto miedo en ellos.

—Eve...—Me acaricia el rostro con manos temblorosas.—
Mírame.

Lo intento. De verdad lo intento. Pero cada vez resulta más difícil. Su frente se apoya contra la mía.

—No me hagas esto... —Cierra los ojos apenas un segundo. Cuando vuelve a abrirlos, están llenos de desesperación.—Quédate conmigo, cariño. Por favor, no me dejes.

El mundo comienza a oscurecerse. Lo último que escucho... Es a mi vaquero gritando mi nombre.

CAPÍTULO 53

Claus

No.

No.

No puede estar pasando.

La sostengo entre mis brazos mientras intento ignorar el calor que empapa mi camisa. Todo mi mundo cabe dentro de ella. Todo el ruido de la batalla desaparece. Ya no escucho disparos.

Solo la veo a ella. Su respiración es cada vez más débil.

—Mírame, Salvaje.

Le acaricio el rostro con una mano que no deja de temblar.

—Eh... mírame.

Sus párpados luchan por permanecer abiertos. Sus labios se entreabren como si quisiera decir algo. No sale ninguna palabra.

—No me hagas esto. —Apoyo mi frente contra la suya.—Por favor...No me dejes.

—Te....amo, vaquero—arrastra las palabras y mi mundo se desmorona—amé...ser...tu esposa.

Cuando cierra los ojos, mi mundo termina por romperse y me quedo en shock. Ni siquiera le dije que la amaba también. ¿Qué clase de marido soy?

No, no, no. Ella tiene que despertar.

Escucho pasos corriendo hacia nosotros. Theron cae de rodillas a mi lado. Max, Azrael, Noel y Denis llegan apenas unos segundos después. Todos hablan al mismo tiempo.

Nadie consigue ordenar el caos. Theron me aparta una mano del cuerpo de Maeve para revisar la herida. Su expresión cambia inmediatamente. Y eso me asusta mucho más que toda la guerra que acabamos de librar.

—No te muevas. —Su voz deja de sonar tranquila.

Presiona con fuerza sobre mi abdomen y no lo entiendo, la que está herida es ella, no yo. Pero entonces, el dolor llega, la punzada, el disparo y cómo me voy apagando lentamente.

Después levanta la vista hacia los demás.

El silencio dura apenas un instante. Después empiezan a llover las maldiciones. Azrael golpea el suelo con el puño. Max gira la cabeza y da varias órdenes a los hombres de Código Negro. Denis corre hacia uno de los vehículos buscando el botiquín de combate.

Noel ya está llamando a los médicos.

Yo... Yo no puedo hacer nada. No puedo soltarla. Mis brazos siguen rodeándola con desesperación. Como si abrazarla fuera suficiente para impedir que se marchara.

Theron me mira.

—Claus. —No reacciono.—¡Claus!

Theron levanta la vista de golpe.

—¡Claus! —hay desesperación en ese grito.

Hasta que siento algo caliente resbalar por mi costado. Frunzo el ceño y bajo la mirada. Mi camisa también está cubierta de sangre.

No...

No puede ser. Llevo una mano a mi abdomen. Los dedos regresan completamente rojos. La misma bala. La bala atravesó a Maeve... Y después me alcanzó a mí.

Las piernas dejan de responderme. Como un incendio extendiéndose por todo el cuerpo. El aire desaparece de mis pulmones.

Theron maldice entre dientes.

—Joder... orificio de salida.

Señala a Max.

—¡Sujétalo!

Niego con la cabeza.

—No.

No pienso apartarme de ella. Ni muerto. Intento incorporarme. El mundo da vueltas. Todo empieza a perder nitidez.

Levanto la cabeza.

—Necesito que te quedes conmigo. —Niego inmediatamente.

—No.

—Déjame trabajar, joder. No vas a morir.

—No. —Mi voz sale rota.—No la voy a soltar.

Nunca.

Jamás.

Theron me sostiene la mirada durante un segundo. Después asiente. Él comienza a trabajar con una rapidez que solo da la experiencia.

Todo sucede demasiado deprisa. Yo solo sigo mirando el rostro de mi esposa. Recuerdo el día que apareció herida en mi rancho. La primera vez que discutimos. Cuando me llamó vaquero con ese tono burlón. Nuestra boda. Hazel diciendo que era su nueva mamá. El ventanal del apartamento en Londres.

Eres fácil de querer, Salvaje.

Maldita sea.

Todavía tenemos demasiadas cosas pendientes. Aún no hemos vuelto a Raven Valley.

Aún no hemos visto crecer a Hazel.

Aún no le he enseñado todos los lugares que quiero enseñarle.

Aún no...

No.

No puede terminar aquí.

—Por favor... —Le beso la frente.

Theron cambia inmediatamente de prioridad. Inclina a Maeve con cuidado y comienza las maniobras para mantenerla con vida.

—Vamos...

Su voz ya no suena como la del jefe de la mafia inglesa. Suena como la de un hombre desesperado y el médico que es.

—Vamos, Maeve...No le hagas esto. —Sigue trabajando sin detenerse.

Una.

Dos.

Tres.

Vuelve a intentarlo. Alguien grita que la ambulancia está entrando. Otro dice que preparen el helicóptero. Azrael camina de un lado a otro completamente fuera de sí.

Yo solo extendiendo la mano y busco la de ella. Nuestros dedos llegan a rozarse.

Es suficiente. La sujeto con toda la fuerza que me queda.

—Te prometí... —Mi voz apenas es un susurro.—Te prometí que mientras yo siguiera respirando... No permitiría que nadie te tocara.

Una risa amarga intenta escapar de mi garganta.

Qué promesa tan inútil.

He fallado.

Le he fallado.

La vista comienza a oscurecerse. Las voces se escuchan cada vez más lejos. Como si todos estuvieran al otro lado de un túnel. Lo último que siento es la mano de Maeve entre la mía.

Y lo último que pienso...Es que, si ella se va... No quiero despertar en un mundo donde ya no exista.

Después...Todo se vuelve completamente negro.

EPÍLOGO

Eve

Han pasado ocho semanas.

Ocho largas semanas desde que desperté en una habitación de hospital sin recordar cómo había llegado allí. Ocho semanas desde que decidí marcharme antes de que Claus pudiera abrir los ojos.

No porque hubiera dejado de amarlo. Todo lo contrario. Porque lo amo demasiado. Lo suficiente como para entender que, mientras yo permanezca a su lado, siempre habrá alguien dispuesto a utilizarme para destruirlo.

Así que hice lo único que me pareció correcto.

Desaparecer.

Desde entonces no he dejado de moverme.

He recuperado propiedades que pertenecían a mi padre, he reorganizado a los hombres que sobrevivieron a Sebastián y he cerrado acuerdos que llevaban años pendientes. Uno a uno, he ido poniendo orden donde solo quedaba caos.

Por fin en mucho tiempo... no huyo. Aunque cada noche termine preguntándome si él también estará mirando el mismo cielo. Y cada mañana despierte buscando su calor al otro lado de la cama.

Aunque siga llevando su apellido y finja que ya no significa nada.

Hoy necesito despejar la cabeza. Por eso termino comprando un caballo en una pequeña finca a las afueras de Cushendun, en Irlanda del norte.

Es un semental negro, enorme y testarudo. Me recuerda demasiado a cierto vaquero.

No puedo evitar sonreír.

Cabalgamos durante casi una hora entre colinas cubiertas de hierba y viejos muros de piedra. El viento mueve mi cabello mientras el caballo avanza con calma por un sendero rodeado de árboles. Por primera vez en semanas... Consigo respirar.

Hasta que escucho una rama romperse detrás de mí. El caballo levanta las orejas.

Yo también lo noto.

Detengo las riendas. El silencio vuelve.

Demasiado silencio.

Desmonto de un salto. Mi mano encuentra la pistola escondida bajo la chaqueta casi por instinto.

La desenfundo. No me extrañaría que algún enemigo me haya seguido hasta aquí, no sería el primero.

—Sal.

No obtengo respuesta.

Solo otro crujido.

Apunto hacia los árboles.

—He dicho que salgas. —gruño.

Pero, una voz grave rompe el silencio cuando dice:

—Si me apuntas con esa arma... —Hace una pausa.—La usaré contigo y no te gustará.

Mi corazón deja de latir durante un segundo.

No.

No puede ser.

Él aparece entre los árboles con las manos dentro de los bolsillos del abrigo, caminando con esa tranquilidad desesperante que siempre tiene cuando todo el mundo alrededor está perdiendo la cabeza.

Como si jamás hubiera recibido un disparo, o nunca hubiera estado a punto de morir, y no hubieran pasado ocho semanas.

Claus.

El aire abandona mis pulmones.

—¿Qué haces aquí?

Él arquea una ceja.

—¿Cómo que qué hago?

Sigue acercándose.

Sin prisa.

Sin miedo.

Como si supiera perfectamente que jamás apretaría el gatillo.

—He venido por mi esposa.

Aprieto la mandíbula.

—He enviado los papeles del divorcio. —Su expresión ni siquiera cambia.—No soy tu esposa.

Da otro paso.

—No soy... —Mi voz se rompe apenas un segundo.—Nada.

Él suspira.

—¿Ya terminaste?

—Hablo en serio, Claus.

—Yo también. —Continúa caminando hasta quedar a apenas un metro de mí.

Sigo apuntándole.

Ni siquiera pestañea.

—Apártate.

—No.

—Claus.

—No. —Su voz es tranquila.

—¿Terminaste de huir? —pregunta con voz ronca—¿Qué fue lo que te dije sobre huir, cariño? Ahora me toca a mí encontrarte.

—No estoy huyendo.

—¿Ah, no? —Inclina apenas la cabeza.—Porque desaparecer sin decir una palabra, enviar papeles de divorcio y cambiar de país se parece muchísimo a una huida.

No respondo. Porque tiene razón. Y los dos lo sabemos.

—No podía quedarme.

—¿Quién decidió eso?

—Yo. —digo.

—Error. —Da otro paso. Ahora prácticamente puedo sentir su respiración. —Eso lo decidíamos los dos.

Intento mantener el arma firme.

No puedo. La mano me tiembla.

Él lo nota.

Con una calma insultante, alarga la mano. Aparta lentamente el cañón. Después desliza la pistola fuera de mis dedos. No opongo resistencia. Nunca he sabido hacerlo cuando me mira así.

Deja el arma sobre la silla de montar. Después vuelve toda su atención hacia mí.

—Además... —Frunzo el ceño.

—¿Qué? —Una pequeña sonrisa aparece en su rostro.

Esa sonrisa arrogante que tanto odio.

Y tanto adoro. Sin apartar los ojos de los míos, levanta apenas el borde de mi vestido hasta descubrir el costado donde la cicatriz quedó marcada para siempre.

Mis dedos buscan detenerlo, pero llego tarde. Él observa la pequeña marca como una gran victoria.

RV, y el cuervo.

Pasa el pulgar con una delicadeza que contradice por completo la dureza de sus palabras.

—Aquí dice otra cosa. —Levanta la vista. Sus ojos grises no dejan espacio para ninguna duda. —Aquí pone que eres de mi propiedad.

—Claus... —Niego lentamente con la cabeza.—No hagas esto. Él sonríe apenas.

—¿Qué parte? —Se inclina un poco más hacia mí.—¿La de venir a buscar a mi mujer?

Su mano encuentra la mía. Entrelaza nuestros dedos como si nunca los hubiera soltado.

—¿O la de recordarte que llevas dos meses intentando convencerte de una mentira?

Siento un nudo en la garganta.

—Te dejé para protegerte.

Su expresión cambia por primera vez y desaparece la arrogancia. Solo queda ese hombre que conocí en Raven Valley.

—Lo sé, cariño. —Su voz se vuelve mucho más suave. —Y fue la decisión más valiente...

Luego añade:

—Y también la más estúpida que has tomado en toda tu vida.

No puedo evitar soltar una risa entre las lágrimas. Él aprovecha ese instante.

Me rodea la cintura.

Me acerca a su cuerpo.

—Escúchame bien, Salvaje. —Apoya la frente contra la mía. — No quiero una vida segura si no estás en ella.

Cierro los ojos. Siento sus manos sujetándome como si tuviera miedo de que volviera a desaparecer.

—Casi te pierdo. —Su voz se quiebra apenas un instante. Lo suficiente para que mi corazón también lo haga.—Cuando desperté y me dijeron que ya no estabas...

Respira hondo.

—Morí una segunda vez.

Levanto una mano y acaricio su rostro.

—Lo siento.

Él niega.

—No. —Deposita un beso en mi frente.—Ya sufrimos bastante.

Después sonrío con esa seguridad imposible que solo él tiene.

—Así que se acabó, Maeve Radkle.

—¿Qué se acabó? —pregunto.

—Las despedidas.

—Claus...

—No pienso volver a dejar que te marches sola.

Me observa como si la respuesta fuera la cosa más evidente del mundo.

—Porque donde tú estés... —Hace una pausa.—Es mi casa.

Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Él las seca con el pulgar.

—Salvaje...—Su sonrisa se ensancha.—Es hora de ir a casa.

Me besa. Extrañaba sus besos, pero el beso es como un recordatorio de lo que dejé atrás, casto, con ganas de más, pero entonces se dirige hacia la montura del caballo.

Mi corazón comienza a latir más rápido cuando veo lo que toma en sus manos.

El arma.

—Claus... —murmuro, mi voz temblando entre miedo y algo más oscuro que no quiero nombrar.

Se gira hacia mí, el metal brillando en su mano, y hay algo absolutamente letal en sus ojos. Algo que me hace querer huir y quedarme al mismo tiempo.

—¿Estás lista para tu castigo, esposa? — pregunta, su voz baja y peligrosa mientras se acerca lentamente.

—¿Qué haces? — jadeo, mi cuerpo tensándose.

—Te dije, — murmura, arrodillándose entre mis piernas, el arma colgando casualmente de su mano, —que si volvías a apuntarme con un arma, la usaría contigo.

El recuerdo me golpea. Debí saber que Claus nunca hace amenazas vacías.

Claus, espera—ni siquiera me doy cuenta de cómo aparta mi ropa interior por debajo de mi falda larga.

—Abre más las piernas, — ordena, y el tono de su voz no admite discusión.

Obedezco, temblando, mi cuerpo traicionándome con la humedad que sé que él puede ver. El miedo y el deseo se mezclan en mi sangre de una manera que debería asustarme pero que solo me excita más.

—Mírate, — gruñe, sus ojos oscuros recorriendo mi cuerpo desnudo. —Estás tan mojada ya. Mi pequeña Salvaje está tan jodidamente pervertida.

—Claus, por favor.

—¿Por favor qué? — pregunta, y entonces siento el frío del metal contra mi muslo interno.

Jadeo, mi cuerpo arqueándose involuntariamente. El arma está helada contra mi piel caliente, y la sensación es tan intensa que me hace temblar.

—¿Por favor que pare? — continúa, deslizando el cañón del arma lentamente hacia arriba, rozando mi piel sensible. —¿O por favor que continúe?

—Yo... no sé, — sollozó, mis manos aferrándose a su camisa.

—Yo sí lo sé, — gruñe, y entonces el metal frío presiona contra mi clítoris.

Grito, mi espalda arqueándose violentamente. La sensación es abrumadora, el frío extremo contra la parte más sensible de mi cuerpo, el peligro inherente del arma, la mirada oscura de Claus observando cada una de mis reacciones.

—Eso es, — murmura, comenzando a mover el arma en círculos lentos. —Quiero que sientas esto. Quiero que recuerdes que cada parte de ti me pertenece. Incluso tu castigo. Incluso tu placer. Todo es mío.

—Claus, — gimo, mis caderas moviéndose involuntariamente contra el metal.

—¿Está cargada? — pregunta casualmente, como si estuviera hablando del clima. —¿Quieres saberlo?

El miedo me atraviesa como un rayo, pero solo hace que la excitación sea más intensa. Más oscura. Más retorcida.

—Eres un sádico, —jadeo.

—Y tú estás empapando mi arma, —responde, deslizándolo el cañón hacia abajo, presionando contra mi entrada. —Así que ¿quién es realmente la enferma aquí, cariño?

El metal frío penetra apenas un centímetro, y el contraste con el calor de mi interior me hace gritar. Es tan jodidamente incorrecto. Tan peligroso. Tan absolutamente perfecto.

—Mírate, — gruñe, sus ojos fijos en donde el arma desaparece parcialmente dentro de mí. —Tomando mi arma como la buena esposa que eres. ¿Esto es lo que querías cuando me apuntaste? ¿Querías que te follara con ella?

—No, — sollozó, pero ambos sabemos que es mentira.

—Mentirosa, — sisea, empujando el arma un poco más profundo antes de sacarla y volver a presionar contra mi clítoris. — Tu cuerpo me dice la verdad. Estás tan mojada que estás goteando.

Comienza a mover el arma más rápido, alternando entre círculos torturantes en mi clítoris y penetraciones superficiales que me vuelven loca. El metal se calienta con mi calor, pero sigue siendo más frío que cualquier otra cosa, y la sensación es tan intensa que no puedo pensar.

—¿Vas a correrte en mi arma? — pregunta, su voz ronca. —
¿Vas a manchar el metal con tu orgasmo mientras te castigo?

—Sí, — grito, más allá de la vergüenza. —Sí, joder, sí

—Entonces hazlo, — ordena, presionando el arma firmemente contra mi clítoris mientras sus dedos libres penetran dentro de mí. —
Córrete para mí. Muéstrame que entiendes quién te posee. Quién te controla. Quién decide cuándo respiras. Y a quien nunca debiste dejar.

La combinación del metal frío contra mi clítoris y sus dedos calientes dentro de mí me destroza. Me corro violentamente, gritando su nombre, mi cuerpo convulsionando en el heno mientras olas de placer me atraviesan.

—Eso es, mi salvaje, — murmura, sin dejar de mover el arma, prolongando mi orgasmo hasta que estoy sollozando. —Tan perfecta. Tan mía. Tan jodidamente mía.

Cuando finalmente me suelta, estoy temblando incontrolablemente. Él deja el arma a un lado y se posiciona sobre mí, levantandome una pierna, su polla dura presionando contra mi entrada hipersensible.

—¿Aprendiste tu lección? — pregunta, sus labios rozando los míos.

—Sí, — jadeo.

—¿Cuál es?

—Que todo lo que soy te pertenece, — susurro. —Incluso mi castigo. Incluso mi placer. Todo es tuyo.

—Buena chica, — gruñe, entrando en mí de una sola embestida brutal.

Grito de nuevo, mi cuerpo aún sensible del orgasmo anterior, pero él no muestra piedad. Me folla con una intensidad salvaje, cada embestida una reclamación, cada gruñido una promesa de posesión absoluta.

—Nunca, — jadea, sus manos agarrando mis caderas con fuerza suficiente para dejar marcas, —vuelvas a apuntarme con un arma. Porque la próxima vez, no seré tan gentil.

—¿Esto es ser gentil? —sollozó, mis uñas clavándose en su espalda.

—Cariño, — gruñe, mordiéndome el cuello, —no tienes idea de lo oscuro que puedo ser contigo. Pero lo descubrirás. Pasaremos toda nuestra vida descubriendo exactamente qué tan retorcidos podemos ser juntos.

Y mientras me folla ahí de pie, sé que tiene razón. Esto es solo el comienzo de nuestra oscuridad compartida.

Y no puedo esperar a ver qué tan profundo podemos caer.

EPÍLOGO EXTRA

Un año después
Eve

Renovamos nuestros votos ayer. Pero sentí que esa había sido la boda que nos merecíamos, todos estaban presentes, sus amigos y familia, amigos que ahora son míos y nuestra familia. Hazel llevaba las flores y se veía tan hermosa como siempre, me conmovió ver lo mucho que ha crecido en un año. Ahora tiene seis, es una niña feliz y mi corazón se derrite cada vez que me llama: Mamá.

El sol acaba de salir y tengo una nueva rutina, salir a montar a caballo. Mi mudanza a Inglaterra era algo que no estaba en discusión, no había nada que me atara a Irlanda del norte, los negocios se pueden llevar desde cualquier lugar. Y ahora, lideraba con mi marido y el derramamiento de sangre era poco necesario.

Me quedo a observar la penumbra.... hasta que escucho pasos y sonrío, no me muevo porque sé que es mi marido.

Claus

Me acerco en silencio, aunque sé que ella ya me sintió. Después de un año, Eve puede detectar mi presencia antes de que yo siquiera respire cerca de ella. Es como si nuestros cuerpos estuvieran sintonizados en la misma frecuencia oscura.

Me subo detrás de ella en el caballo con facilidad, mi pecho pegándose a su espalda. Ella no se sobresalta, solo se relaja contra mí, como si mi cuerpo fuera su hogar.

—Buenos días, esposa, — murmuro contra su cuello, inhalando el aroma de su piel mezclado con el aire fresco del amanecer.

—Buenos días, vaquero, — responde, y puedo escuchar la sonrisa en su voz.

El caballo se mueve lentamente bajo nosotros, sus pasos tranquilos mientras observamos el lago. La penumbra cubre el agua como un velo, y el cielo comienza a teñirse de rosa y naranja en el horizonte. Es hermoso. Pero no tanto como ella.

—¿No podías dormir sin mí? — pregunta, recostando su cabeza contra mi hombro.

—Nunca puedo, — admito, mis manos rodeando su cintura por encima del vestido largo. —La cama está fría sin ti. Vacía. Como si me faltara la mitad del alma.

Ella se ríe suavemente, ese sonido que solía ser tan raro y que ahora escucho todos los días. —Qué romántico te has vuelto, Claus. ¿Qué pasó con el hombre que me amenazaba con cadenas?

—Sigue aquí, — gruño, mordiendo suavemente su oreja. — Solo que ahora sabe que te tiene para siempre. Ya no necesito amenazas. Ya no necesito cadenas al menos que las quieras.

—Siempre las querré, —repite ella, y hay algo profundo en esas palabras. Algo que va más allá del deseo. Algo que es pura verdad.

El caballo continúa su paso lento, y mis manos comienzan a moverse. Subo una por su costado, sintiendo la tela suave del vestido bajo mis dedos, y bajo la otra hacia su muslo.

—Claus, — murmura, pero no es una protesta. Es una invitación

—Shh, — susurro contra su cuello. —Solo quiero tocarte. Quiero recordarte lo que somos, mientras observamos nuestro lago.

Mis dedos encuentran el borde del vestido y lo subo lentamente, exponiendo sus piernas al aire fresco de la mañana. Ella tiembla, pero no de frío.

—Ayer renovamos nuestros votos, — digo, mis dedos trazando círculos en su muslo interno. —Pero hoy quiero renovar algo más. Quiero renovar esta promesa: Que cada día de nuestras vidas, te tocaré así. Te amaré así. Te reclamaré así.

—Claus, — jadea cuando mis dedos rozan la tela de su ropa interior.

—¿Recuerdas nuestra primera vez? — pregunto, presionando suavemente. —En la parte trasera de mi camioneta. Eras tan inocente. Tan asustada. Tan perfecta.

—Lo recuerdo, — susurra, sus caderas moviéndose involuntariamente contra mi mano. —Recuerdo que pensé que me destruirías.

—Y lo hice, — admito, deslizando la tela a un lado y tocando su piel directamente. —Pero tú me destruiste también. Me destrozaste y me reconstruiste. Me hiciste humano de nuevo.

Ella gime suavemente cuando mis dedos encuentran su clítoris, moviéndose en círculos lentos. El caballo sigue caminando, el movimiento añadiendo una fricción deliciosa a cada caricia.

—Mírate, — murmuro, mi otra mano subiendo para acariciar su pecho por encima del vestido. —Tan hermosa en este amanecer. Tan mía. Pero ahora es diferente, ¿verdad? Ahora no es solo posesión. Es amor.

—Es amor, — confirma ella, su voz temblorosa. —Te amo tanto que a veces me asusta. Como si fuera demasiado grande para mi cuerpo.

—Lo sé, — digo, aumentando la presión de mis dedos. —Yo siento lo mismo. Como si mi corazón fuera a explotar cada vez que te miro. Y cada respiración que tomas fuera más importante que la mía.

El lago refleja los primeros rayos del sol, y el agua brilla como oro líquido. Pero yo solo tengo ojos para ella, para la forma en que su cuerpo se arquea contra el mío, para los pequeños sonidos que hace, para la forma en que sus manos se aferran a mis muslos.

—Hazel me preguntó ayer si algún día tendría un hermanito, — dice Eve de repente, y siento cómo su cuerpo se tensa con placer bajo mis caricias.

—¿Y qué le dijiste? — pregunto, mis dedos moviéndose más rápido.

—Le dije que tal vez, —jadea. —Que lo estábamos pensando.

La idea me golpea con una fuerza inesperada. Eve embarazada. Llevando a mi hijo. Nuestro hijo. Una familia construida sobre las cenizas de nuestra oscuridad.

—Joder, — gruño, penetrándola con dos dedos mientras mi pulgar continúa trabajando su clítoris. —Dime que lo dices en serio. Dime que quieres eso.

—Lo digo en serio, — gime, su cabeza cayendo hacia atrás contra mi hombro. —Quiero todo contigo, Claus. Quiero una familia. Quiero un futuro. Quiero envejecer a tu lado y seguir amándote incluso cuando seamos viejos y grises.

—Te amaré incluso cuando estemos muertos, — prometo, mis dedos moviéndose con más intensidad. —Te amaré en cada vida. En cada universo. En cada maldita dimensión que exista.

El caballo se detiene cerca del borde del lago, como si supiera que necesitamos este momento. El agua lame suavemente la orilla, y el sol finalmente rompe el horizonte, bañándonos en luz dorada.

—Córrete para mí, — ordeno, mi voz ronca contra su oído. —Córrete mientras observas nuestro hogar. Córrete sabiendo que esto es para siempre. Que yo soy para siempre.

—Claus, — gime mi nombre como una oración, y entonces su cuerpo se tensa, temblando violentamente contra el mío mientras el orgasmo la atraviesa.

La sostengo firmemente, mis dedos sin dejar de moverse, prolongando su placer mientras ella se deshace en mis brazos. Es hermoso. Es perfecto. Es todo lo que siempre quise.

Cuando finalmente se calma, descansa su cabeza hacia atrás en mi pecho, su respiración entrecortada. Retiro mi mano de debajo de su vestido y la abrazo completamente, sosteniéndola contra mí como si fuera lo más precioso del mundo.

Porque lo es.

—Te amo, — dice ella, su voz suave pero firme. —Te amo más de lo que las palabras pueden expresar. Te amo con cada parte rota de mí que tú sanaste. Te amo con cada cicatriz que me diste y cada beso que las curó.

—Te amo, — respondo, besando su sien. —Te amo con cada parte oscura de mí que tú iluminaste. Te amo con cada demonio que enfrentamos juntos. Te amo con cada promesa que hice y cada promesa que aún haré.

Nos quedamos así, abrazados en el caballo, observando cómo el sol termina de salir sobre el lago. El mundo se despierta a nuestro alrededor, los pájaros comienzan a cantar, el viento sopla suavemente a través de los árboles, y en algún lugar de la casa, sé que Hazel pronto despertará y nos buscará.

Pero por ahora, es solo nosotros dos. El hombre que era pura oscuridad y la mujer que era puro fuego. Juntos, creamos algo nuevo. Algo hermoso. Algo que vale la pena cada momento de dolor que nos trajo aquí.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? — pregunta Eve, entrelazando sus dedos con los míos sobre su vientre.

—¿Qué? — murmuro contra su cabello.

—Que después de todo, de la sangre, el dolor, los secretos, las mentiras, los ataques de pánico, las peleas, después de todo eso, elegimos esto. Elegimos el amor. Elegimos la paz. Elegimos construir algo hermoso sobre las ruinas de lo que fuimos.

—Y lo volveríamos a hacer, — digo con certeza absoluta. — Pasaría por todo de nuevo si significa terminar aquí. Contigo. Así.

—Yo también, — susurra.

El caballo comienza a caminar de nuevo, llevándonos de regreso hacia la casa. Hacia nuestra hija. Y todo lo que hemos construido. Y el futuro que elegimos juntos.

Y mientras cabalgamos bajo el sol naciente, con mi esposa en mis brazos y el amor llenando cada espacio vacío que alguna vez tuve, sé una verdad absoluta:

Esto es lo que significa estar completo.

Esto es lo que significa estar en casa.

Juntos.

Para siempre... más allá de lo salvaje.

FIN

CONTINÚA LEYENDO: BLAZE

La historia de Noel Ashford

Libro 4 Código Negro

PRÓLOGO

Noel

Camino directo hacia el callejón donde se ha escondido el hijo de puta al que tengo que matar esta noche. Mis pasos resuenan contra el pavimento húmedo mientras avanzo sin ninguna prisa, porque no tengo motivos para apresurarme. El hombre que está ahí dentro ya está muerto. Lo único que falta es que su cuerpo termine de entenderlo. Siempre cumplo mis tareas. Siempre. No importa cuánto corran, cuánto se escondan o cuántas personas estén dispuestas a protegerlos. Esconderse de mí nunca ha sido una opción. Tarde o temprano, todos terminan frente a mi arma.

Aprieto la mandíbula y continúo avanzando hasta detenerme a unos metros de la entrada del callejón.

—Será mejor que salgas —digo con tranquilidad, casi con aburrimiento—. Estás muerto. Ya te lo dije.

Durante unos segundos solo escucho el silencio. Después, un movimiento torpe al fondo.

—Por favor... —La voz llega hasta mí quebrada por el miedo—. Te juro que no quise...

Suelto una risa seca.

—¿No quisiste qué? —pregunto, ladeando ligeramente la cabeza—. ¿Robarme? ¿Traicionarme? ¿Intentar esconderte como una rata después de meter las manos donde no debías? Mejor cállate y sal de ahí, 이 개자식아! —*i gaejasiga*—.

Nada.

Ni una respuesta.

Ni el sonido de unos pasos acercándose.

Respiro profundamente y saco el arma. No tengo paciencia para juegos. Apunto hacia el interior del callejón y disparo una sola

vez. El estruendo rompe el silencio y la bala impacta contra la pared, justo al lado de donde está escondido. No necesito matarlo todavía. Solo quiero recordarle que puedo hacerlo cuando quiera.

Y funciona.

El muy hijo de puta sale de su escondite casi tropezándose consigo mismo, con las manos levantadas y el rostro desencajado.

—¡Espera! ¡Por favor!

—Mira qué rápido aprendiste a obedecer.

Lo observo acercarse unos pasos. Sus ojos no se apartan del arma que sostengo en mi mano.

—Muy bien —digo, levantando el cañón hasta apuntar directamente hacia su pecho—. Esto será rápido.

—Puedo explicarlo.

—No me interesa.

—Solo dame un minuto. — ruega.

—No necesitas un minuto. Necesitas dejar de moverte.

El hombre se queda inmóvil.

—Por favor...

—Te dije que no te muevas.

Aprieto el gatillo.

El disparo atraviesa el aire y la bala impacta directamente en su cabeza. Su cuerpo cae al suelo con un golpe seco, y durante unos segundos me quedo observándolo sin sentir absolutamente nada. Ni culpa. Ni remordimiento. Ni siquiera satisfacción. Solo una tarea terminada.

Guardo mi arma en el bolsillo interior de mi traje y me doy la vuelta para marcharme, pero un sonido me obliga a detenerme a mitad de camino.

Un jadeo.

Frunzo el ceño.

Me quedo completamente quieto.

Si alguien me ha visto, estoy en problemas. Esta no era una misión de Código Negro. Es un asunto personal. Nadie sabe que estoy aquí, nadie debería saberlo y, mucho menos, alguien debería haber presenciado lo que acaba de ocurrir. Código Negro no tiene nada que ver con esto. Yo estoy aquí porque alguien creyó que

podía robarme y salir caminando como si nada hubiera ocurrido. Ese fue su error.

Nadie me roba.

Y nadie se sale con la suya.

Tengo el apodo de Rey Dragón fuera de Código Negro por una razón. No lo gané siendo misericordioso. Lo gané quemando todo lo que se interpone en mi camino hasta que no queda nada que pueda volver a levantarse.

Vuelvo lentamente la cabeza hacia el lugar de donde provino el sonido.

—Será mejor que salgas de ahí —adviento, esta vez con un tono mucho más frío—. O serás el próximo en recibir una bala.

Otro jadeo.

Me quedo inmóvil.

Mierda.

Algo no encaja.

Doy un paso hacia el fondo del callejón y vuelvo a escuchar aquel sonido. Es demasiado suave. Demasiado débil. No es el jadeo de un hombre que acaba de correr o de alguien que está intentando escapar. Hay algo diferente en él.

Entrecierro los ojos.

Camino despacio hacia el origen del ruido, manteniendo una mano cerca del arma mientras mis sentidos se mantienen completamente alerta. Entonces lo escucho otra vez.

Un jadeo entrecortado.

Femenino.

Me detengo.

No es un hombre.

Es... una mujer.

Aparto ligeramente la mirada del cadáver y observo las sombras que se esconden entre unos contenedores y la pared de ladrillo. Durante unos segundos no veo nada, hasta que distingo una pequeña silueta encogida en el suelo.

Una mujer.

Está escondida y parece aterrada.

Obviamente.

Una sonrisa lenta aparece en mi rostro mientras me acerco un poco más.

—Vaya, vaya... ¿Qué tenemos aquí?

Ella se estremece.

No digo nada durante unos segundos porque mis ojos empiezan a recorrerla con más atención

Es hermosa.

No por ser delicada y perfecta que parece fabricada para llamar la atención. Hay algo en ella que me resulta mucho más peligroso, precisamente porque parece no darse cuenta del efecto que provoca. Su rostro está pálido por el miedo, algunos mechones de cabello se han pegado a sus mejillas y sus labios tiemblan ligeramente mientras intenta controlar la respiración. Incluso cubierta de polvo, con la ropa desordenada y una expresión de puro terror, resulta imposible ignorarla.

Tiene unos ojos enormes, demasiado expresivos para alguien que intenta desesperadamente ocultar lo que está sintiendo. Hay miedo en ellos, sí, pero también algo más. Algo que no alcanzo a identificar. Sus facciones son delicadas, casi demasiado suaves para este lugar, y durante unos segundos me pregunto qué demonios hace una mujer como ella escondida en un callejón donde acaba de morir un hombre.

Me agacho frente a ella, manteniendo la distancia suficiente para que no intente hacer ninguna estupidez.

Ella retrocede hasta que su espalda choca contra la pared.

—Tranquila —digo, aunque mi voz no tiene absolutamente nada de tranquilizadora—. Si quisiera matarte, ya lo habría hecho.

Sus ojos bajan inmediatamente hacia mi traje y después hacia el arma que todavía llevo conmigo.

Bien.

Al menos entiende la situación.

—¿Estás perdida, *Mariposa*?

AGRADECIMIENTOS



Quisiera agradecer a cada uno de los que llegó hasta aquí, pero si tengo que nombrar a algunas personas; la primera sería maila por tu increíble talento y sobre todo tu amistad.

A pasha fiore por hacerme reír y creer en mí. a ale por ser parte de este mundo conmigo y ser la primera en saber qué es lo que va a pasar, te dije que te enamorarías de mi vaquero. a lyn por crear las mejores canciones y amar a mi vaquero.

Mis lectores por acompañar a estos personajes, por sentir con ellos, sufrir con ellos y enamorarte entre estas páginas.

Cada libro existe porque al otro lado hay alguien dispuesto a vivirlo.
Nos vemos en la próxima historia.

Stalkeame:

instagram: @krisbuendiaauthor

tiktok: @krisbuendiabooks @kris.buendia.vers

www.krisbuendiabooks.com

SOBRE LA AUTORA



Todo comenzó cuando era muy joven y descubrió que le resultaba más entretenido contar la historia de los villanos que la de los príncipes azules o las damiselas en apuros.

A menudo, la historia de los villanos está mal narrada, y ¿qué mejor idea que crear mis propios libros con mujeres fuertes y valientes que se enamoran y salvan sus propias almas?

Si estás buscando historias encantadoras, no las encontrarás en mis libros. Aunque prometen un final feliz, primero debes cuestionarte si te gusta todo lo que escribo. Podría seguir hablando de mí durante horas, lo cual detesto; por eso, te recomiendo que leas mis libros.

¿Quién es Kris?

Kris es una autora internacional de bestsellers, ocupando el primer puesto en Amazon con sus trilogías "Quédate Conmigo" y "La Profesional", entre otros éxitos.

Actualmente, ha publicado más de cincuenta historias.

Sus obras giran en torno a villanos, amor y mentiras, siempre culminando en finales felices. En sus libros, te sumergirás en cautivadores tropos como la mafia, antihéroes, multimillonarios y otros elementos que te llevarán al mundo del dark romance.

Reside en el Reino Unido y constantemente está maquinando la próxima historia que cautivará a sus fieles lectores.

FUI AUTORA ROMÁNTICA DEL MES EN KOBO EN EL MES DE ENERO DEL 2019.

EL LIBRO ENGEL CATALOGADO COMO MEJOR ENTREGA DE ÉXITO EN EL 2021.

LAS TRILOGÍAS LA PROFESIONAL Y QUÉDATE CONMIGO #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.

C DE CENICIENTA #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.

LA MANSIÓN #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.
